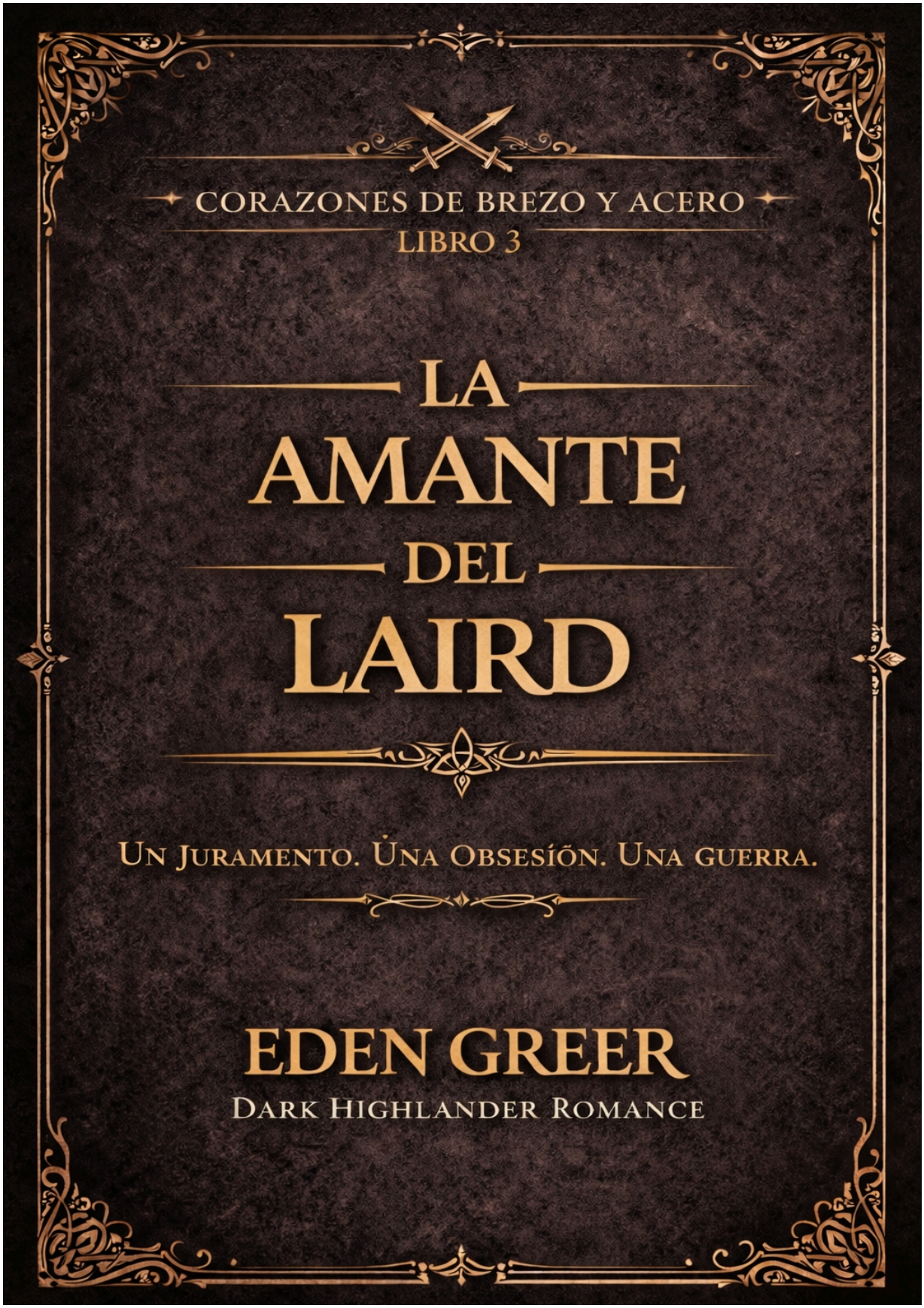

EDEN GREER
LA AMANTE DEL LAIRD
CORAZONES DE BREZO Y ACERO 3


CORAZONES DE BREZO Y ACERO
LIBRO 3
LA AMANTE DEL LAIRD
Un Juramento. Una Obsesión. Una Guerra.
EDEN GREER
Dark Highlander Romance

© 2026 Eden Greer

Título: LA AMANTE DEL LAIRD

Serie: CORAZONES DE BREZO Y ACERO 3

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de portada: Madison Hale

Maquetación: Madison Hale

Safe Creative: 2604225359837

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la legislación nacional e internacional en materia de propiedad intelectual. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su distribución, comunicación pública, transformación, almacenamiento o transmisión por cualquier medio —electrónico, mecánico, digital o impreso— sin la autorización expresa y por escrito de la autora o de sus representantes legales.

La vulneración de estos derechos constituye un delito conforme a la normativa vigente y podrá dar lugar a acciones civiles y penales, incluyendo reclamaciones económicas por daños y perjuicios.

La autora protege activamente su obra mediante herramientas de rastreo digital y monitorización de contenido en plataformas públicas y privadas. Cualquier copia ilegal, compartición no autorizada o distribución en redes, foros o sistemas de mensajería será perseguida.

Si ha adquirido una copia legal, gracias por apoyar la creación literaria y el trabajo independiente.

NOTA DE ADVERTENCIA

Esta novela contiene tensión sexual intensa, dinámicas de poder, violencia verbal y deseo oscuro entre enemigos. Recomendada para lectoras adultas que disfrutan romances intensos y dominantes.

Ainm gan Guth

I bhfoscadh na hoíche gan fhuaim
coinníonn croí rún nach labhraítear.
Ní an lámh a cheanglaíonn an anam,
ach an tost a fhágann gan ainm é.
Beirt a roinn an tine i bhfolach,
gan solas ná fianaise.
Ní an dorchadas a mharaíonn an grá,
ach an neamhní a fhágann ina dhiaidh.
Fanann sí gan glaoch, gan áit,
i saol nach admhaíonn í.
Agus nuair a bhristear an scáth,
éiríonn an fear ina stoirm.
Óir ní an caillteanas an pian is mó,
ach an grá nár tugadh riamh don saol.



Nombre sin voz

En el refugio de una noche sin testigos
un corazón guarda un secreto que no se pronuncia.
No es la mano la que ata el alma,
sino el silencio que la deja sin nombre.
Dos que compartieron el fuego en la sombra,
sin luz ni verdad que los sostuviera.
No es la oscuridad lo que mata el amor,

sino el vacío que deja a su paso.
Ella permanece sin ser llamada, sin lugar,
en un mundo que no la reconoce.
Y cuando la sombra se rompe,
el hombre se convierte en tormenta.
Porque no es la pérdida el mayor dolor,
sino el amor que nunca se atrevió a existir.

SINOPSIS

PRELUDIO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

EPÍLOGO

SERIE CORAZONES DE BREZO Y ACERO

SOBRE EDEN GREER

SINOPSIS



La tengo apartada del mundo.

No porque me avergüence de ella. Sino porque hay hombres que destruyen lo que aman de otros para llegar a ellos.

Yo tengo enemigos.

Dos años manteniéndola a salvo. Sin nombrarla, sin reclamarla, sin darle lo que merecía. Dos años diciéndome que cuando esto termine, jamás se separará de mí.

Entonces desaparece.

Y entiendo, demasiado tarde, que el silencio que usé para protegerla fue exactamente el arma que necesitaban para hacerle daño.

No negocio. No razono. Arraso.

Quien la tocó aprenderá lo que significa provocar a un hombre que ya no tiene nada que perder.

PRELUDIO



Invery,1450

He observado cómo lavaba la ropa durante casi un ciclo lunar completo. No es algo que haya buscado de forma deliberada, o al menos eso intenté grabarme a fuego cuando mis pasos comenzaron a desviarse. Las rutas hacia el norte me conducen inevitablemente por el camino que serpentea junto al río, el cual fluye lamiendo los lindes de la aldea. Allí, sobre las piedras planas de la orilla sur, habita una mujer que desafía al alba cada mañana. Mantiene los brazos hundidos en el agua gélida hasta los codos, ajena al frío que muerde la piel. Su cabello, de un tono que parece absorber la sombra de los robles centenarios, le cae por la espalda con una libertad salvaje, como si en este mundo herido nadie poseyera el derecho de observarla.

Nadie lo hace, a excepción de mí.

Durante la primera semana, me convencí de que era simple curiosidad de laird, un interés natural y legítimo por los nuevos rostros que pueblan mis tierras tras las últimas escaramuzas. La segunda, abandoné esa mentira porque me resultaba mezquina y empezaba a oprimirme el pecho con la fuerza de un corsé de cuero. Los hombres de Gleann Mòr llevan días intercambiando miradas cargadas de significado cada vez que tomo el sendero del sur sin una necesidad aparente que lo justifique ante el clan. Yo finjo no

advertir ese escrutinio, una falta de autoridad que revela, más que cualquier confesión, el estado de mis defensas derruidas.

Esta noche, mi caballo aguarda entre la espesura de los robles, a cien varas de su puerta. No deseo que el eco de los cascos alerte a los vecinos, ni que el semental de un Varkas sea reconocido frente al hogar de una viuda que carece de protección y estirpe. No busco preguntas para las que todavía no poseo palabras, ni escándalos que manchen un nombre que ya ha sufrido bastante.

La aldea duerme bajo una capa de silencio absoluto, solo perturbado por el murmullo constante y eterno del río. El aire exhala un aroma a brezo mojado y a ese humo denso de la turba quemada que se adhiere a la garganta como un aviso. Camino con la seguridad de quien pisa su propio feudo, reconociendo cada palmo de tierra, pero al llegar a la vivienda situada al final de la calle del molino, mi pulso traiciona mi mando. La ventana orientada al este parpadea con una luz tenue.

Está despierta.

Me detengo frente a la madera gastada por los inviernos. Llevo un mes construyendo esta propuesta en mi mente, disponiendo cada argumento como si se tratara de una formación de batalla en un desfiladero estrecho y traicionero. He calculado cada ángulo de su resistencia y cada posible rechazo que podría escupirme a la cara. Sin embargo, ahora, con los nudillos a un palmo de la puerta, noto que lo que me hierve en las entrañas no nace de la táctica ni de la razón. Es algo primario, una sed que no se sacia con hidromiel. Es una necesidad de quietud que solo intuyo cuando mi mirada se posa en ella.

Llamo. El golpe suena seco, imponente, reclamando su lugar en la noche.

La puerta se abre antes de que el eco se disuelva en la oscuridad del valle. No hay rastro de temor en su semblante; no muestra ese retroceso instintivo y servil que suelen exhibir los campesinos ante la presencia de su señor. Ealasaid Mhor me recibe con un escrutinio silencioso y altivo. Sus ojos oscuros recorren mi

figura, midiendo el ancho de mis hombros bajo el pesado manto de lana, la empuñadura labrada de mi espada y las cicatrices que marcan mis facciones. Me sostiene la mirada con un aplomo que me obliga a tensar la mandíbula para no flaquear.

—Laird —dice al fin. Su voz es similar al cauce que tanto ama: profunda, constante y carente de adornos innecesarios.

No se aparta. No inclina la cabeza en señal de sumisión. Esa resistencia, ese fuego contenido, es exactamente lo que necesitaba confirmar en ella.

—Ealasaid Mhor —respondo, y pronunciar su nombre me deja un sabor que oscila entre el hierro de la guerra y la dulzura de la miel silvestre.

—La misma.

—Necesito hablar con vos.

Ella lanza una mirada rápida a la penumbra que bosteza tras de mí para asegurarse de que mi sombra viaja sola. Luego, con un gesto parco pero decidido, se hace a un lado permitiéndome el paso.

—Pasad.

La estancia es pequeña, casi asfixiante por el calor que desprende la lumbre. Huele a jabón de sebo y a esa limpieza austera y digna propia de quien posee poco en bienes, pero lo gobierna todo con voluntad de hierro. Me mantengo de pie, sintiéndome demasiado grande, un intruso de acero y pieles en un espacio que apenas me contiene. Soy muy consciente de que las vigas del techo se sitúan a pocos dedos de mi cabeza. Ella se gira, cruza los brazos bajo el pecho con actitud desafiante y me clava esos ojos que parecen comprender, con una lucidez hiriente, que he pasado treinta días observándola desde la linde del bosque.

—¿Qué buscáis aquí, laird?

La pregunta es un dardo lanzado al centro de mi armadura. Directa. Sin el «milord» sumiso que cualquier otro habitante de la

aldea usaría para aplacar a su señor.

—Una propuesta —añado, esforzándome por recuperar la voz que empleo en la sala de consejo, esa que no tiembla ni permite que se filtren las fisuras del deseo.

—¿De qué clase?

—Del tipo que os conviene aceptar si deseáis sobrevivir a lo que viene.

Ella no responde de inmediato. Me sopesa, me mide como un guerrero mide el alcance de un hacha enemiga. He visto a generales veteranos dudar ante mis términos, pero ella simplemente procesa la realidad de mis palabras con una inteligencia afilada tras su silencio. Es la mirada de quien ha aprendido, a base de golpes, a no fiarse de los hombres que visten pieles caras y portan acero reluciente.

—Hablad —sentencia, otorgándome el permiso en su propio hogar.

—Os abasteceré de todo lo necesario —comienzo, desplegando las piezas de mi oferta sobre la mesa invisible que nos separa—. Dejaréis de lavar ropa ajena en el hielo del río. Recibiréis leña suficiente para que el invierno no sea vuestro verdugo, grano de mis graneros y carne de mis mejores bosques. Yo mismo me encargaré de que se repare ese marco de la ventana por donde se cuela el frío y ese tejado que amenaza con ceder bajo el peso de la nieve. A cambio, no os exijo nada que vuestra voluntad no quiera entregar.

Esa última frase me quema la garganta al pronunciarla. Es la cláusula que me permite salvar mi honor de hombre, pero también es la que me deja, de forma irrevocable, a merced de su arbitrio.

Ealasaid ladea la cabeza con elegancia. Una pequeña sonrisa, casi imperceptible y cargada de un cinismo refinado, asoma en sus labios, restándole severidad a su rostro, pero no peligro.

—¿Por qué? —pregunta con sencillez.

—Porque puedo hacerlo. Y porque soy el dueño de estas tierras.

Uso mi autoridad como un escudo, pues es la respuesta que zanja las discusiones en el mundo de los hombres. No obstante, frente a ella, ese escudo se siente hecho de paja seca ante una antorcha.

—Eso no es una razón, laird. Es una capacidad. —Da un paso firme hacia mí, invadiendo ese espacio personal que nadie en diez clanes a la redonda se atreve a hollar—. ¿Por qué yo? ¿Por qué esta viuda y no cualquier otra?

El calor sube por mi cuello, y esta vez no es el reflejo de la chimenea lo que me abrasa. Podría mentirle, decirle que soy un hombre justo movido por la piedad, que me hiere ver a una mujer de su alcurnia con las manos agrietadas por el trabajo servil. Pero la verdad es un pozo más oscuro y profundo.

—La viuda del hijo de Brannach Mhor —digo, atacando el flanco que sé que le duele—. Culpada de una muerte de la que sois inocente, aunque el mundo os señale. Expulsada de vuestro hogar, sin clan que os defienda, sin nadie que os cubra las espaldas mientras os dejáis la vida en las piedras del río. Os he investigado, Ealasaid. Sé exactamente quién sois y lo que habéis perdido.

Sus ojos chispean con una furia contenida. No es el miedo de la presa; es el reconocimiento de quien ha sido descubierto en su refugio más sagrado.

—Habéis estado indagando en mi pasado —acusa con voz vibrante.

—Pregunto por todo lo que ocurre bajo mi cielo. Nada escapa a mi conocimiento.

—Esta aldea no forma parte de vuestro linaje, Gleann Mòr no llega hasta aquí.

—Lo será si yo decido que mis fronteras se ensanchen.

El silencio que sigue es denso, casi tangible, como el lodo del cauce en otoño. El candil de aceite chisporrotea, soltando una gota de cera que golpea la madera de la mesa con un eco que, en mi estado de alerta, me parece un trueno en mitad del salón. Ella me estudia, buscando la trampa oculta, el precio ensangrentado que todo hombre de poder suele poner a su generosidad.

—¿Qué esperáis obtener a cambio de tanta bondad? —insiste con amargura—. Nadie ofrece calor y sustento por mera caridad en las Highlands. Todo tiene un precio, laird.

Doy un paso hacia ella, acortando la distancia hasta que el aroma a limpieza que emana de su piel, mezclado con el rastro ancestral de la turba, me invade los sentidos.

—Vuestra compañía —murmuro, y mi voz suena más áspera, más rota de lo que mi orgullo pretendía permitir—. Cuando yo venga a esta puerta. Siempre y cuando vos lo deseéis también. No antes, ni de otro modo.

—¿Y si mi deseo es que no volváis nunca?

—Entonces, el trato se mantendrá, pero yo no cruzaré este umbral.

Ealasaid me sostiene la mirada, inamovible. No queda rastro de la viuda desamparada que otros ven; frente a mí hay una mujer que negocia su libertad y su cuerpo con el hombre que sostiene su destino entre las manos. Me mide, busca una grieta de debilidad en mi máscara de piedra, pero yo me obligo a permanecer impasible. Sin embargo, por dentro, el caos es absoluto; mis convicciones se desmoronan ante la cercanía de su aliento.

—¿Cuándo comenzamos con este arreglo, laird?

Un mes de práctica en la soledad de mi castillo. Un mes de frases ensayadas ante el espejo de acero. Todo ese esfuerzo se disuelve en los pocos segundos que tarda en pronunciar esas palabras. El laird de Gleann Mòr, el guerrero curtido en mil batallas que jamás duda, desaparece para dejar paso al hombre que solo ansía tocarla.

—Ahora mismo —respondo.

La palabra cae con el peso irreversible de una sentencia. No hay vuelta atrás para ninguno de los dos. He pasado treinta días imaginando este instante desde la seguridad de mi montura, protegiéndome de la lluvia y el viento, y ahora que el aire viciado y caliente de la cabaña nos envuelve, la realidad me golpea con una fuerza que me deja sin aliento.

Cruzo la distancia que nos separa en dos zancadas hambrientas. El tiempo de las embajadas, de los tratos y las palabras medidas ha terminado en el instante en que ella ha aceptado el inicio de este juego. Le tomo la cara entre las manos con una urgencia que no admite réplica. Las mías son grandes, marcadas por el roce constante de las riendas y el pomo de la claymore, llenas de cicatrices que ella recorre con una mirada intensa antes de que mis palmas atrapen su calidez. Sus manos suben hacia mis muñecas; son pequeñas, pero poseen la aspereza del trabajo honesto, la huella imborrable del río y la piedra. No intenta apartarme. Al contrario, se ancla a mí con la firmeza de quien ha encontrado un puerto en mitad de la tormenta.

La beso.

No queda ni rastro de la contención que mostré al llamar a su puerta. Es un choque brutal de dientes y lenguas, un incendio forestal que lleva semanas alimentándose de miradas robadas desde la distancia y silencios impuestos por el deber. Ella sabe a hierro y a una urgencia que me devora el juicio de forma inmediata. Ealasaid no retrocede ni un milímetro; se inclina hacia mí con una naturalidad que me desarma por completo. No es la reacción de una vasalla que se somete por obligación a su señor, sino la de una mujer que reclama, con orgullo, su parte del botín. Sus dedos, seguros y carentes de duda, encuentran los correajes de cuero de mi jubón. No titubea. Los desabrocha con una destreza que me obliga a soltar un gruñido animal contra sus labios.

El frío de la noche escocesa queda relegado al otro lado de los muros de piedra. Aquí dentro, el calor de la turba se funde con el

de nuestros cuerpos en una danza febril. Me deshago de su abrigo de bastas pieles con manos que se han vuelto torpes por la necesidad de tocar su piel sin barreras. Debajo solo viste un camisón de lino fino, una prenda lavada tantas veces que ha perdido su aspereza y casi parece una extensión de su propia esencia.

La conduzco hacia el jergón con la determinación de quien toma una posición estratégica que sabe que no puede perder. Ella se deja caer sobre la lana basta y el brezo seco del colchón, pero no espera a ser tomada. Se incorpora sobre los codos, observándome con una fijeza perturbadora mientras me despojo de la túnica y las armas. La luz ámbar del fuego baila sobre su pecho, marcando el relieve de su deseo bajo la tela delgada y casi traslúcida.

Me coloco sobre ella, sintiendo el peso de mi propia existencia fundirse con la suya. Empiezo por su cuello, hundiendo mi rostro en el hueco de su hombro, inhalando ese aroma a jabón y a mujer que me ha perseguido en sueños. Mis manos descienden por sus costados, reconociendo cada curva, cada línea de tensión y cada gramo de su fuerza. Bajo el camisón, su vientre es una llanura cálida que vibra y se contrae ante mi tacto.

Subo la prenda con una lentitud que es pura tortura para ambos. Quiero verla. Deseo que la luz agonizante de la lumbre me revele lo que he estado adivinando durante un mes de vigilancia. Cuando mis dedos encuentran sus pechos, ella arquea la espalda con un movimiento fluido y suelta un jadeo que vibra en el centro de mis propios huesos. No hay espacio para palabras cariñosas ni para promesas vacías que ninguno de los dos puede, ni quiere, cumplir. Solo existe el roce de mi barba contra su piel sensible y el sonido de nuestra respiración, que se ha vuelto una sola en la penumbra.

Bajo más, reclamando cada palmo de su geografía. Mis labios recorren el camino de su esternón hasta alcanzar la calidez húmeda que se esconde entre sus muslos. Ealasaid echa la cabeza hacia atrás, entregándose al momento; sus dedos se enredan en mi cabello con una fuerza que me indica que no busca delicadeza, sino verdad. Cuando la pruebo, el sabor esmeralda y salino de su cuerpo

me nubla el sentido del deber. Ella suelta un grito breve, contenido contra los dientes, un sonido que se pierde entre el crujido de la madera que se consume en la chimenea. Se mueve contra mí con una urgencia que me espolea, exigiendo más, entregándose sin reservas a un hombre al que apenas conoce, pero al que su sangre parece haber reconocido mucho antes que su razón.

El norte entero, mis tierras, mi clan y el castillo que me aguarda en la colina dejan de existir. Solo existe este rincón de sombra y fuego, el roce del vello contra mi rostro y el modo en que ella me busca cuando la tensión se vuelve insoportable.

Me incorporo, despojándome de lo que resta de mi ropa en un gesto rudo. El frío golpea mi espalda, pero el calor que emana de ella es un incendio capaz de reducir a cenizas todo el valle. La tomo con una urgencia que no admite preámbulos innecesarios, hundiéndome en su cuerpo con la certeza de quien regresa a un hogar que siempre le perteneció. Ealasaid me envuelve con sus piernas, anclándome a su centro mientras nos movemos con un ritmo salvaje que no busca medida, solo la respuesta del otro.

Es real. Es crudo. Huele a sudor, a turba y a piel encendida. El jergón protesta bajo nuestro peso, pero el ruido queda ahogado por el latir desbocado de mi corazón. Sus uñas se clavan en mi espalda, trazando el mapa de mi rendición definitiva sobre la piel, mientras sus jadeos se acompasan con los míos. La busco de nuevo, atrapando sus labios en un beso que sabe a posesión absoluta y a un alivio que me quema, sintiendo cómo su cuerpo se tensa hasta el límite, llevándome al borde de un abismo que ambos estamos ansiosos por saltar.

La sujeto con más fuerza, uniendo nuestros pechos hasta que no queda un ápice de aire que nos separe. Antes de que el mundo se desvanezca bajo la fuerza del impacto final, hundo mi rostro en su cuello y sentencio con una voz que apenas reconozco como mía:

—A partir de ahora, eres mi mujer, Ealasaid. No habrá otro dueño para ti.

La miro a los ojos y veo mi propia perdición reflejada en su mirada oscura, que me observa fija y sin pestañear, aceptando el desafío. El clímax no nos alcanza como una liberación dulce, sino como un impacto contra la roca. Una certeza que se instala en mis pulmones y me dicta que esto jamás fue un negocio de leña y grano. Es la cadena que me ata a ella, y no tengo la menor intención de romperla.

CAPÍTULO 1



Braemar, Gleann Mòr,1452

El muchacho ha cabalgado durante dos horas ininterrumpidas para alcanzar estas puertas, y el temblor de su mano al tenderme el pliego delata el precio del esfuerzo. No es el miedo lo que lo agita, aunque mi presencia como laird en la severidad de mi fortaleza imponga el respeto debido. Es el frío voraz de la madrugada que se le ha filtrado hasta la médula y el hambre punzante de un mensajero que no osó detenerse a comer. Alguien, en algún recodo del camino, le advirtió que corriera como si la muerte le pisara los talones, y el joven ha cumplido con creces.

Le indico con un gesto breve la chimenea, donde las brasas aún sostienen un duelo desigual contra la humedad del alba. Tomas, con su eficiencia silenciosa, le pone un trozo de pan en la mano. El chico lo acepta sin apartar sus ojos de mí, observándome con una fijeza casi febril, como si temiera que el menor cambio en mi semblante revelara una tragedia inminente mientras descifro el mensaje.

Rompo el lacre con un movimiento brusco, impaciente. Reconozco el trazo de Cailean antes incluso de leer la primera línea; es una caligrafía nerviosa, ejecutada con la urgencia de quien escribe mientras vigila su propia espalda en territorio hostil.

«Donn ha pasado tres jornadas en la aldea de Braemar. Logró reunir a siete lairds menores bajo una misma mesa; un hecho

que ya conocéis. Lo que quizá ignoréis es que uno de sus hombres ha dedicado la semana a recorrer las posadas del sur, indagando sobre los senderos que tomáis cuando abandonáis el castillo. No vuestras rutas exactas, todavía no. Pero son hombres que saben cruzar mapas y testimonios; tres cruces marcadas en una taberna terminan por trazar una dirección. Cuidaos. —C.»

Doblo el papel con parsimonia, sintiendo el crujido de la fibra vegetal contra mis yemas mientras cierro el puño con una fuerza que me hace doler los nudillos. La advertencia se graba en mi mente con la violencia de una marca de hierro al rojo vivo. *Tres cruces en una taberna dan una dirección.* El significado es cristalino y devastador: el secreto que he intentado preservar con un celo casi paranoico está empezando a sangrar por las costuras del silencio. Alguien ha estado observando las sombras, alguien ha contado mis ausencias con precisión de verdugo, y lo que antes era un itinerario invisible ahora cobra forma en la mente de mis enemigos.

La sala de mapas queda sumergida en un silencio denso, solo interrumpido por el sonido del muchacho al masticar y por Tomas, que finge con maestría una sordera selectiva. Aprecio esa lealtad silenciosa; le pago para que ignore lo que ve, y lo hace con una perfección que roza lo artístico. Sin embargo, hoy no necesito sus máscaras. Le miro directamente a los ojos y él asiente, comprendiendo sin necesidad de palabras que la privacidad es ahora mi único baluarte. Sale de la estancia con pasos felinos, cerrando la puerta tras de sí con un clic definitivo.

Me aproximo a la mesa de roble macizo. El mapa de las tierras del sur permanece extendido desde hace semanas, con los bordes ajados y las marcas de carbón que trazo y borro según fluctúan las lealtades del valle. La aldea de Ealasaid no figura en el pergamino. Jamás me he atrevido a dibujarla, ni siquiera en la soledad más absoluta. Es una superstición irracional, pero en mi mundo, otorgar una coordenada a un lugar lo vuelve vulnerable para quien sabe interpretar los vacíos. Los hombres de Donn son expertos en leer lo que no se dice y en seguir el rastro de lo que no se marca.

Paso el dedo por la ruta que mis músculos conocen de memoria. Tres horas de galope hacia el sur. El río embravecido, el vado de piedras resbaladizas que exige mano firme, la colina coronada por el roble partido por el rayo y, finalmente, la curva que desciende hacia las casas bajas, envueltas en la bruma protectora. Hace cinco días que no recorro ese sendero. Diez días que no la veo a ella.

Diez días.

Es un lapso excesivo, una eternidad que me golpea con la contundencia de una maza de guerra. No es únicamente el deseo carnal reclamando su tributo, aunque esa sed me queme las entrañas y me obligue a estrujar el pliego de Cailean. Es algo más corrosivo: diez días es el tiempo exacto que ella necesita para reconstruir su fortaleza de independencia, esa autonomía que defiende con uñas y dientes frente a mi intrusión. Y es tiempo suficiente para que yo, si fuera un hombre ordinario, empezara a perder el rastro de su esencia hasta quedar vacío de propósito.

Pero Ealasaid no es una mujer común, y yo dejé de ser un laird previsible la primera noche que la contemplé junto al río, desafiando al invierno con una dignidad que me robó el aliento.

Me aparto de la mesa y me dirijo al ventanal. El patio del castillo está cubierto por una escarcha que se aferra a la piedra como una mortaja de cristal. Observo a los mozos sacando a los caballos de los establos; el vaho de los animales se mezcla con el humo de las cocinas, que sube recto hacia un cielo plomizo, libre de viento. Es una mañana de una claridad engañosa, de esas que permiten detectar al enemigo a leguas pero que también nos exponen sin remedio bajo la mirada del adversario.

Organizo la partida mentalmente, afinando cada detalle. Dos hombres. No cuatro, pues una escolta numerosa es una declaración de intenciones. Dos sombras. Connor y Hamish. Armas cortas para garantizar la agilidad en la espesura. Saldremos por la puerta este, bordeando el cerro por su vertiente sombría para descender por el sendero de los contrabandistas, ese que el tiempo

ha borrado de los mapas oficiales. Debemos llegar al ocaso, cuando la luz es traicionera y las siluetas se confunden con los robles. La vuelta será de madrugada, antes de que el sol delate nuestra retirada.

Exactamente igual que las otras veces.

Ese pensamiento me detiene en seco. No es la logística lo que me hace vacilar; la tengo resuelta antes de que el mensajero termine su pan. Lo que me frena es comprender que el «como siempre» ha dejado de ser un refugio seguro esta mañana. El juego ha cambiado de naturaleza, las apuestas han ascendido hasta el cuello y todavía no he decidido cómo gestionar la verdad que sostengo entre las manos.

Oigo pasos pesados en el corredor, un ritmo que reconozco mucho antes de que su dueño aparezca bajo el dintel.

—Laird —la voz ronca de Eòghan rompe el silencio.

Entra sin llamar, con la familiaridad de quien ha servido a mi estirpe desde antes de que yo tuviera fuerza para alzar una espada. Trae la capa salpicada de barro reciente y el cabello blanco revuelto por la presión del yelmo. Mira al muchacho, mira el papel que estrujo y procesa la situación con esa economía de pensamiento propia de un veterano que ha sobrevivido a tres décadas de traiciones.

—¿Qué noticias trae Cailean? —pregunta, omitiendo cualquier preámbulo.

—Que Donn está cartografiando mis ausencias. Busca el patrón de mis viajes al sur —respondo, intentando que mi voz mantenga la frialdad del acero.

Eòghan se queda inmóvil. En un hombre de su temperamento, esa quietud es el preludio de una tormenta.

—¿Sabe ya el destino exacto?

—No. Solo sabe que me marcho con frecuencia y hacia dónde apunto mis espuelas.

—Eso es solo el prólogo del descubrimiento, Sloane. Lo sabéis tan bien como yo —su advertencia cae con el peso de la realidad.

—Lo sé —admito, apretando la mandíbula hasta sentir el crujido en la sien.

Se acerca a la mesa y apoya sus manos callosas sobre el mapa, como si el pergamino fuera a revelarle una salida que yo no alcanzo a ver. Permanece un minuto largo en silencio antes de volver a hablar.

—Traedla al castillo —sentencia.

No hay duda en su tono, ni compasión. Lo dice como se pronuncian las verdades que el orgullo ha intentado sepultar y que hoy reclaman su lugar.

—El castillo será el primer objetivo de Donn si decide un ataque frontal —le rebato, aferrándome a la lógica militar—. Aquí ella será el blanco principal. Estará entre muros de piedra, sí, pero también rodeada de ojos que sabrán exactamente dónde herirme para hacerme claudicar.

—Allí fuera está desprotegida —replica Eòghan sin pestañear—. Y allí no tiene ni un solo palmo de piedra que la resguarde.

—Allí todavía es una sombra. Una lavandera sin nombre.

—*Todavía* —repite él con una amargura que me escuece.

Le miro con fijeza. Hay hombres a los que la vejez vuelve prudentes; a Eòghan lo ha vuelto brutalmente honesto. Se endereza y me clava una mirada que me despoja de mis títulos.

—Sloane —dice, usando mi nombre de pila, algo que solo hace en la intimidad de los páramos o cuando la situación es crítica —. Esa mujer lleva dos años habitando una casa sin cerrojo, a merced del viento y de los lobos, simplemente porque vos sois un cobarde.

—Soy un laird —le corrijo con el orgullo encendido—. Cargo con responsabilidades que vos apenas podéis vislumbrar.

—Se puede ser un laird y un cobarde al mismo tiempo cuando se trata de lo que uno ama, muchacho. Las dos cosas conviven perfectamente bajo una corona.

No hay réplica posible. El mensajero ha dejado de comer, percibiendo la tensión que vibra en el aire como una cuerda de arco tensada al máximo. Eòghan le ordena salir con un gesto imperativo de la cabeza. El joven obedece al instante, y yo le agradezco internamente esa discreción, aunque mi soberbia me impida verbalizarlo.

El silencio regresa, roto solo por el chisporroteo de la turba. Fuera, el relincho de un caballo impaciente resuena en mis propios nervios. Sigo mirando el mapa, buscando entre las montañas una respuesta que no sea el sacrificio de su libertad o el riesgo de su vida.

—Iré esta noche —declaro finalmente—. Evaluaré la situación sobre el terreno y tomaré una decisión.

—La decisión ya está tomada en vuestro pecho, Sloane. Solo os falta la entereza para reconocerla frente al espejo.

—Entonces veré cómo se lo comunico. Eso será el verdadero combate.

Eòghan asiente, satisfecho. Se encamina hacia la puerta, haciendo crujir sus articulaciones, pero se detiene un instante antes de salir, dándome la espalda.

—Llevaos a Connor y a Hamish. Y asegurad vuestra espada larga en la montura. Los hombres que preguntan en las tabernas son ratas; los que os encontrarán en el camino son lobos, y esos no vienen a parlamentar.

Se marcha y me deja a solas con el mapa y el pliego arrugado. Mi pulso no se ha estabilizado desde que rompí el lacre. Ahora comprendo el motivo.

Traedla.

No es que la idea sea nueva. Me ha asaltado cada vez que he tenido que desandar el camino bajo la lluvia, con el alma pesada de secretos. Me atormentó el primer invierno, sabiendo que ella estaba aislada con la única compañía de la viuda Deirdre. Me golpeó la primera vez que Cailean mencionó a Donn como una amenaza real.

Pero la ejecución es un abismo distinto. Lo que me ha mantenido paralizado no es la estrategia de defensa, sino el temor a su mirada. La expresión de Ealasaid cuando entre en su hogar y le ordene: «Recoged vuestras cosas, venís conmigo». Esa cara la conozco de memoria. Es el rostro de una mujer que lleva dos años esperando que yo tenga la decencia de reconocerla ante el mundo. Dos años de una puerta entornada y de amaneceres donde yo huía como un ladrón para no ser visto.

Y siempre he apartado la vista de su reproche silencioso. Siempre.

Porque el día que yo la nombre oficialmente, el día que los espías de Donn descubran que el Laird de Gleann Mòr tiene un corazón vulnerable, ella dejará de ser una sombra para convertirse en el yunque donde golpearán mi voluntad. Donn no conoce la piedad; él aniquila lo que su enemigo aprecia porque sabe que el dolor es la herramienta más eficaz para quebrar a un guerrero.

Bajo la cabeza, abrumado por el peso de mi linaje. Apoyo las manos sobre el mapa y respiro hondo, tratando de contener el incendio que ruge en mi pecho.

«Cuando la guerra termine, la traeré», me prometo, como si fuera un juramento al que me aferro desesperadamente. «Cuando Donn sea solo ceniza. Cuando pueda entrar en el gran salón con ella de mi mano sin que ese acto sea su sentencia de muerte. Entonces le daré el lugar que merece».

Entonces.

Esa palabra suena hoy a ceniza. Hace un mes, era un futuro lejano y manejable. Hoy, ese «entonces» depende de los borrachos en las tabernas y de un espía capaz de unir tres cruces en un papel. Saber que me muevo es el primer paso para saber hacia dónde lo hago, y el tiempo se ha agotado.

Me enderezo y enrollo el pergamino con cuidado. Paso por la sala grande, donde el aroma a pan caliente y madera quemada intenta ofrecer una normalidad que ya no poseo. Catrìona está junto al hogar, con las manos blancas de harina. Me observa al pasar con una mirada que ignora mi rango para buscar al hombre que hay debajo.

—¿Partís esta noche, laird? —pregunta con suavidad.

—Sí. Al anochecer.

—¿Debemos esperar vuestro regreso para el alba?

—Ya veremos, Catrìona. Ya veremos.

Ella asiente. Su silencio es más elocuente que cualquier interrogatorio.

—Laird —me llama justo cuando alcanzo el umbral—. Algunas cosas, si se dejan demasiado tiempo a la intemperie, acaban pudriéndose o volviéndose salvajes. No permita que el tiempo dañe lo que sus enemigos aún no han tocado.

No me giro. Siento el peso de su advertencia en la nuca, atrapado entre el calor del hogar y el hielo que me aguarda fuera.

—Lo sé —murmuro, casi para mí mismo.

Salgo al patio y el aire gélido me azota la cara, despertándome de mi letargo. Connor tiene los caballos preparados; sus alientos forman nubes densas en la penumbra. Hamish comprueba las cinchas con esa meticulosidad obsesiva que le caracteriza. Ambos levantan la vista al unísono. No necesitan preguntar; saben lo que significa que yo baje con la espada larga y esta expresión sombría.

—Preparaos para la caída del sol —les ordeno—. Saldremos por la puerta este. Volveremos al alba, si la suerte es nuestra aliada.

—¿Solo nosotros tres? —pregunta Connor, ajustando su cinturón.

—Solo nosotros. Pero mantened los ojos abiertos. No quiero sorpresas en el vado.

Hamish asiente, y noto cómo sus hombros se tensan bajo la túnica.

—¿Qué acero portamos, laird?

—Todo el que tengáis. No escatiméis hoy.

Se miran entre ellos. Saben que la espada larga es para el combate abierto, para la carnicería, no para una visita furtiva. El mensaje ha calado: hoy no vamos de visita, vamos de caza o a ser cazados.

Me giro hacia la colina que domina la fortaleza. Desde aquí se divisa el camino que se pierde en el valle y el perfil de las cumbres que protegen el sur. En algún lugar tras esas crestas, en una casa pequeña de una sola ventana, Ealasaid estará comenzando su jornada. Estará sacando agua del pozo con esos brazos fuertes que son mi único refugio, ajena a que un hombre en una taberna sucia está tratando de ponerle nombre al camino que conduce a su cama.

Aprieto el pliego de Cailean en mi bolsillo. Mi mano se cierra con una determinación férrea.

Esta noche.

Esta noche le revelaré la verdad. Le hablaré de Donn, de las tres cruces y del peligro que se cierne sobre su puerta sin cerrojo. Le diré que el tiempo de los secretos ha muerto y que ya no es seguro que permanezca allí sola. Le ordenaré que venga conmigo al lugar que le corresponde por mi voluntad y por la fuerza de mi acero.

Y antes de que el sol asome, por primera vez en dos años, no tendré que mirar atrás con el corazón encogido. No me marcharé

solo. Lo que tenga que decirle después —el nombre del clan, su lugar en mi mesa— lo diré cuando esté a salvo tras los muros de Gleann Mòr. He aprendido que un hombre no debe prometer lo que no puede cumplir, pero hoy voy a reclamar lo que es mío antes de que el destino me lo arrebate.

Bajo a los establos con paso firme. Mi caballo relincha al sentir mi presencia. Le acaricio el cuello, sintiendo el latido potente de su corazón.

—Esta noche —le susurro, aunque sé que el mensaje es para la mujer que me espera a tres horas de distancia.

El animal resopla, contagiado por mi urgencia. Tomo su gesto como la única bendición que necesito, mientras la luz del sol empieza a bañar las murallas con una claridad que, presiento, es la última paz que conoceremos en mucho tiempo.

CAPÍTULO 2



Hay cuatro razones fundamentales para no responder cuando una mujer decide descoser la reputación ajena en mitad de un mercado, y hoy soy capaz de recordarlas en el orden preciso, lo cual supongo que debe considerarse un progreso en mi dominio propio.

La primera es la más pragmática: lo que se pronuncie aquí, junto al puesto de nabos de Morag, será patrimonio de la aldea entera antes de que el sol se ponga. Morag no posee más oficio que el de redistribuir palabras ajenas, y lo ejecuta con una destreza que envidiarían los mejores cronistas. La segunda es que yo sigo siendo la mujer que descendió del norte sin un apellido que la amparara, esa que se las arregla en soledad; cualquier frase que escape de mis labios pesará el doble cuando sea repetida, por lo que me conviene, sobre todo, que mis palabras sean ligeras. La tercera es una sombra antigua: mi primer marido expiró a los cinco meses de desposarnos y todavía existen lenguas, aunque lejos de este valle, que sugieren que la enfermedad se la administré yo en el caldo. Las mujeres que cargamos con esa sospecha aprenden a convertir el silencio en una segunda piel. La cuarta, y quizás la más hiriente, es que lo que Morag relata es una verdad desnuda, y no pienso rebajarme a confirmar certezas ante un montón de hortalizas. Eso sí que sería una derrota definitiva.

—... aseguran que tiene una querida aquí, al sur —insiste Morag, cuya lengua nunca se cansa tras la primera embestida. A su lado, la mujer de Calum asiente con la solemnidad de quien escucha

un pasaje de las escrituras—. Dicen que lleva meses frecuentándola. Algunos, los más osados, apuestan por dos años. Imaginadlo. Un laird de su alcurnia. Con todas las hijas casaderas de los clanes vecinos aguardando un gesto, y él prefiriendo una cama perdida en el sur.

—Sus motivos tendrá —apunta la mujer de Calum, que posee el don de enunciar obviedades como si fueran revelaciones divinas.

—O los tendrá ella.

Morag suelta una risa gruesa, un sonido rudo que sacude el trapo grasiento que cuelga de su hombro.

—O ambos. Menudo incendio se desataría si se supiera quién es la pieza que se cobra en sus cacerías.

Sostengo dos nabos en la mano. Los contemplo con una fijeza absurda, como si en su piel terrosa estuviera escrito mi destino. Los deposito de nuevo en el montón con una lentitud que me exige un esfuerzo físico. Saco la moneda del bolsillo y la dejo sobre la tela de Morag. Ella no interrumpe su flujo de palabras mientras palpa el metal; podría tasar el oro con los ojos cerrados mientras reserva toda su atención para el único comercio que realmente le apasiona: el descrédito.

—Dos nabos —dictamina—. Medio penique.

—Quedaos con el resto. No traigo suelto hoy.

—Tomad uno más, entonces. No quiero deudas con vos.

Me arroja un tercer nabo en el capazo. Lo toco sin mirarlo, limitándome a asentar con la cabeza.

—Buenos días, Morag.

—Buenos días, Ealasaid. Dad recuerdos a vuestro esposo —se carcajea de su propia ocurrencia. Recordar mi soledad mediante la alusión a un marido inexistente es el grado de elegancia que impera esta mañana bajo los toldos.

Salgo de allí con paso firme.

Recoger mis pertenencias y abandonar el centro de la aldea es una tarea mecánica. He pasado dos años perfeccionando el arte de entrar y salir de los lugares concurridos con la celeridad de quien sabe que los espacios públicos son útiles por lo que ofrecen, pero peligrosos por lo que exigen. La rapidez es mi mejor defensa contra la curiosidad ajena. Sin embargo, hoy arrastro algo en el pecho que pugna por emerger por donde la piel es más fina —bajo las costillas, en la tensión de la espalda, en la marca de mis uñas clavadas en el asa de mimbre—. Solo el aire limpio del sendero hacia casa podrá mitigar esta presión, siempre que camine con la urgencia necesaria.

Camino rápido, casi huyendo.

«Dos años». «Meses viniendo».

No es la revelación lo que me asfixia, pues la certeza ya habitaba en mí. Es la diferencia abismal entre lo que se sabe en la intimidad y lo que se murmura en la plaza; es la distancia que separa meter los pies en el río de caerse en su centro y ser arrastrada por la corriente. Mientras el secreto solo nos pertenecía a él y a mí, era un pacto. Un acuerdo frágil, mal hilvanado, pero nuestro. Que Morag lo haya encadenado a su puesto de nabos para repartirlo en porciones lo transforma en algo público y, por tanto, en algo sucio. Un secreto que todos conocen, excepto quien oficialmente debería ser la última en enterarse, es la forma más cruel de humillación.

Cruzo el puente de madera. El río desciende con una pereza estival, habiendo olvidado ya la violencia de los sedimentos de primavera. Paso por el recodo donde la ribera se ensancha en piedras planas, mi lugar de trabajo. Es allí donde él me vio por primera vez, aunque en aquel entonces yo ignoraba que sus ojos estaban midiendo mi valor desde la linde del bosque.

Hoy no miro las piedras. No me atrevo.

Llego a mi cabaña con un sudor frío que no nace del esfuerzo, sino de una inquietud que me devora. Empujo la puerta con el codo —esa puerta que nunca cierro con llave porque no poseo nada que un ladrón desee, salvo mi propia vida— y entro

buscando el refugio de las sombras. Dejo el capazo sobre la mesa de madera cruda. Me apoyo en la superficie y obligo a mis pulmones a expandirse.

«Bien».

La palabra escapa de mis labios y queda suspendida en el aire viciado de la estancia. Es mi monosílabo de supervivencia, el que significa lo que yo necesite que signifique. En este instante, es una tregua: estoy a salvo de las miradas, ya no tengo que sostener la máscara. Y, por un segundo, me permito flaquear.

Me desplomo en el banco frente al hogar apagado. La chimenea de una mujer sola es un monumento a la ausencia; es el centro de una casa que no tiene reuniones que albergar. Lo enciendo cada noche por inercia; lo dejo morir cada mañana, como si mi estancia aquí fuera siempre provisional, el campamento de alguien que espera una orden de partida que nunca llega.

Dos años.

Dos años de una mano que roza la mía bajo la mesa con una familiaridad que duele; de un hombre que ha memorizado cómo salgo del agua con el lino adherido a mis curvas, que conoce la pequeña marca de nacimiento en mi costado y el modo en que mi cabello se enreda cuando se seca al sol. Ha habitado esta cama las noches suficientes para que mi cuerpo sepa distinguir, incluso en el sueño más profundo, el peso de su giro o el ritmo de su aliento. Dos años para terminar siendo, en la boca de una mercadera de legumbres, esa «querida» genérica, sin nombre ni rostro.

«Una». «Querida». «En el sur».

Como si yo fuera una referencia geográfica y no un ser de carne y hueso que sangra.

Me pongo en pie de un salto. La angustia es un animal que crece si me quedo quieta, y prefiero enfrentarme a mis demonios mientras mis manos están ocupadas. Descargo el capazo con movimientos bruscos: los nabos, el cuajo de queso, el paño de aceite. Los ubico en sus sitios asignados con una precisión casi

obsesiva. El orden doméstico es el único clavo ardiendo al que me sujeto para convencerme de que estoy viviendo una vida y no solo atravesando los días como una sombra.

Enciendo el fuego. Aún es pronto para la cena, pero necesito el trabajo de las llamas. El calor distrae a la cabeza, que es por donde hoy se ha filtrado el invierno de la aldea.

Lo entiendo. Ese es el verdadero veneno, no la ignorancia.

Lo comprendo porque lo vi gestarse desde aquel primer invierno, cuando él me pidió discreción y yo no se lo reproché. Me pareció razonable que un laird guardara silencio hasta que comprendiera qué clase de vínculo estábamos forjando. Lo entendí la segunda vez, cuando aclaró que no me llevaría al castillo todavía, y yo le respondí que no lo deseaba, protegiendo mi orgullo con una mentira necesaria. Lo comprendí el verano pasado, cuando trajo esa capa de lana y la dejó sobre el banco como quien olvida un despojo, no como quien entrega un regalo. «Os habéis dejado esto», le dije. «Guardádmelo», respondió él. Ambos éramos cómplices de un teatro donde las verdades se decían sin pronunciarse.

Un laird no oficializa a una viuda de pasado incierto. Un hombre con enemigos no expone el rostro de su debilidad. Todo eso está grabado en mi razón con letras de fuego. Pero la razón es un abrigo muy fino cuando la realidad te golpea en la cara en mitad de un mercado.

Soy una viuda de treinta y cinco años que se ha levantado en el frío durante tres inviernos. No soy una niña seducida por cuentos de hadas; sé exactamente qué lugar ocupo en el tablero de un hombre como él. Lo entiendo tanto que se me han agotado las excusas. Y aun así, cuando Morag ha pronunciado esa palabra —querida—, algo en mi interior se ha roto con un crujido sordo.

Me siento de nuevo, pero esta vez mis dedos tiemblan tanto que tengo que esconderlos bajo mis muslos. El fuego empieza a devorar los líquenes de la leña.

«No lo entiendo».

Ahí está la grieta. Comprendo la estrategia, el clan y la política, pero no entiendo este vacío. No entiendo cómo un hombre puede calzarse las botas a oscuras, a las cuatro de la madrugada, para huir de mi lecho como si fuera un pecado, mientras yo finjo que duermo para no obligarle a dar explicaciones que no tiene. Ese lugar de mi alma no sabe de motivos feudales; solo sabe contar noches en las que él no me ha nombrado ante nadie y mañanas en las que, si nos cruzáramos en el camino, pasaría a mi lado como si yo fuera parte del paisaje pedregoso.

Dos años.

Y cuando se lo he suplicado con los ojos —porque mi voz se quiebra antes de formular la pregunta—, él ha desviado la mirada. Siempre con esa paciencia de quien espera el momento oportuno, ese instante perfecto que siempre se sitúa un paso más allá de hoy.

Me levanto y voy a la ventana del este. La abro de par en par. El rumor del río entra con la brisa, constante y ajeno a mis miserias. Dejo que el aire me limpie el rostro y regreso al banco para hacer lo que juré no volver a hacer: la lista de mis pertenencias invisibles.

Sé el ángulo exacto en el que se le tuerce la boca cuando el peso del mando le agota. Sé qué lado de la cama busca instintivamente cuando el frío le castiga la vieja herida del costado. Sé que prefiere la miel al queso y que su silencio no es desprecio, sino una concentración absoluta que le hace olvidar el mundo. Sé cómo me sujeta la cara, con una devoción que me hace creer, por un instante, que soy la única mujer sobre la tierra.

Pero esa lista no tiene valor fuera de estos muros de piedra.

Porque para la aldea y para la historia, yo sigo siendo «la querida». Ese es el único título que poseo hasta que él decida otorgarme otro, y mi paciencia se ha transformado en una forma lenta de desesperación. Dos años son demasiados para vivir en el umbral de una vida ajena.

Apoyo la frente en mis antebrazos, sintiendo el calor del fuego en la piel. Me quedo así hasta que la luz cambia, tiñendo mis manos de un naranja violento. Cuando levanto la cabeza, el atardecer ya se ha instalado en el valle.

Me pongo en pie con una resolución que me asusta. He decidido dos cosas. La primera: si él viene esta noche —pues hace diez días que su ausencia es un hueco en mi puerta—, no le mencionaré lo ocurrido en el mercado. No le daré el poder de sentirse culpable por mi humillación. La segunda: se acabó el tiempo de la espera silenciosa. Abriré la boca y pronunciaré las palabras que él intenta esquivar. Porque yo he sostenido este secreto sobre mis hombros durante setecientos días, y hoy mis hombros han dicho basta.

Pongo agua a calentar y corto el pan. Mis movimientos son precisos, pero hay una frialdad nueva en ellos. Y es entonces, con el cuchillo aún en la mano, cuando el sonido me alcanza.

No es una patrulla. No es un viajero perdido. Es un solo caballo.

Reconozco ese paso como reconozco los latidos de mi propio corazón. Dos años de vigilia me han enseñado a distinguir el ritmo de sus cascos, el modo en que el animal aminora la marcha al acercarse al recodo del molino, el peso del jinete sobre la silla. Hoy viene despacio, casi con una vacilación que me resulta extraña.

Dejo el cuchillo. Mis manos están gélidas, como si la sangre hubiera decidido retirarse de mis extremidades.

«Hoy no», pienso. «Cualquier otra noche, pero hoy no tengo fuerzas para reconstruir este templo que se cae».

Oigo el crujido del cuero al desmontar. Oigo sus pasos sobre la tierra húmeda. Mi cuerpo se tensa, la espalda se yergue por puro instinto de supervivencia. Mi pulso, traidor, se serena antes de que yo lo ordene. El cuerpo ya sabe que él está aquí, y se prepara para el impacto.

Llaman.

Dos golpes. Uno firme, el otro casi un susurro, como si la mano dudara después del primer envite. Lo hace siempre. Es el último detalle de mi lista.

Respiro hondo, llenando mis pulmones de un valor que no siento.

«Bien».

Pero este «bien» es un desafío. Significa que hoy no habrá refugio en el silencio. Me dirijo a la puerta y la abro de golpe, sin darle tiempo a mi miedo para que me detenga.

CAPÍTULO 3



La puerta se abre con un quejido sordo, una queja de madera vieja que parece poner voz a lo que ella calla. Ealasaid aparece recortada contra la penumbra, mostrándome esa máscara que solo reserva para cuando se empeña en blindar el alma. Lo noto antes de dar el primer paso; no es lo que hace, sino lo que ha dejado de hacer tras diez días de ausencia. No baja la barbilla ese medio dedo que siempre desciende al reconocerme, ni su hombro derecho dibuja ese gesto involuntario que lleva repitiendo dos años. Su cuerpo es una fortaleza cerrada. No me sostiene la puerta para invitarme; la suelta en cuanto me ve y retrocede hacia la mesa. La madera se queda oscilando entre nosotros, y tengo que ser yo quien la cierre para devolverle a la estancia su hermetismo.

—Laird —dice, y la palabra suena demasiado limpia, despojada de la calidez que solemos compartir.

No usa mi nombre. No dice «Sloane». Ese vacío se me clava en el pecho con la precisión de una daga. Dejo la capa en el banco, el sitio que siempre ha sido mío por derecho consuetudinario, pero hoy el gesto me resulta inusualmente pesado, como si estuviera invadiendo un territorio que ya no me pertenece. Ella permanece junto a la mesa, con un cuchillo en la mano troceando el pan; hay queso servido y el agua ya borbotea al fuego. Estaba preparándolo todo para uno, o para ambos, pero la rigidez de su espalda no me da la respuesta. Deja el metal sobre la tabla sin apartar la mirada de la mía, sosteniéndome un desafío que me obliga a la inmovilidad.

—Hay agua caliente —añade, rompiendo el silencio con una cortesía que me hiela la sangre—. Si deseáis comer, podéis hacerlo ahora.

—Después —respondo de forma escueta, intentando descifrar el cambio en el aire.

Ella asiente y se limpia las manos en el delantal con un movimiento mecánico. Sus dedos buscan cualquier ocupación que no sea señalar mi falta. Me detengo a tres pasos; una distancia de seguridad que en realidad es la medida exacta del muro que ha levantado hoy. La lumbre proyecta una sombra extra en la sala que el fuego no alcanza a disipar, envolviéndola en una penumbra que se siente táctil.

—¿Os encontráis bien, Ealasaid? —pregunto, recurriendo a la interrogante de un hombre que ha venido a tantear antes de confesar.

—Sí —contesta, seca y sin adornos.

—¿Ha sucedido algo en mi ausencia?

—¿Tendría que haber sucedido algo para que estuviéramos así? —Su pregunta me devuelve el golpe con una elegancia brutal. No es un reproche; es la calma de alguien que ya conoce la respuesta y solo espera a ver si yo poseo el valor de admitirla.

No respondo de inmediato. Me pierdo contando los días. Diez es el número que me ha estado royendo las entrañas desde que recibí el mensaje de Cailean, y al parecer, también le ha estado doliendo a ella, aunque por motivos que solo puedo intuir. El silencio se prolonga hasta que el crujido de la madera en la chimenea se vuelve insoportable.

—Diez días es mucho tiempo —admito finalmente, dejando que la verdad se instale entre nosotros.

—Lo es, ciertamente —replica ella, inconmovible.

—No he podido venir antes. Los asuntos del norte...

—Lo sé —me interrumpe. Ese «lo sé» no es un perdón. Es un dato frío que coloca sobre la mesa como quien deposita el pan diario; ahí lo tienes, haz con él lo que te plazca.

La observo con una intensidad que me escuece. La lumbre le pinta media cara de un naranja cálido, dejando la otra mitad en una sombra absoluta. Llevo dos años memorizando este rostro, convencido de que podría dibujarlo si mis manos supieran hacer otra cosa que empuñar el acero. Pero hoy la sombra parece ganar terreno. Doy un paso hacia ella y, al ver que no retrocede, siento un alivio pequeño, casi vergonzoso.

—Ealasaid. Mírame, por favor.

Ella levanta la vista y me sostiene la mirada, pero «mirarme» hoy es algo distinto. Me observa de frente, con esos ojos que parecen querer atravesarme el jubón, y lo que encuentro no es el odio que esperaba, sino una atención quirúrgica. Está decidiendo mi destino y no quiere perderse ni un detalle.

—Os miro —dice—. Aquí me tenéis.

—Tenía que venir, no podía dejar pasar ni un minuto más.

—Habíais venido otras noches porque queríais. Hoy parece que traéis una carga distinta sobre los hombros.

—Ambas cosas pueden ser verdad, Ealasaid. Querer y deber no siempre se excluyen.

Ella lo medita, sin concederme la razón. Se cruza de brazos bajo el pecho, una postura que me indica que la tregua no está cerca. Suspira, y el sonido parece vaciar la habitación de oxígeno.

—¿Qué ocurre, Sloane?

Es la pregunta que he venido a contestar, aunque sé que no revelaré la verdad completa. He venido a darle la mitad que puedo manejar, la que no la hará huir. La otra mitad —la de que Donn ya conoce mis rutas, la de que nuestro secreto está sangrando en las tabernas— la mantengo bajo llave. Si meto ese miedo aquí, ella querrá desaparecer, y yo todavía no he venido a llevármela.

—Hay movimientos de tropas en el este —comienzo, usando la política como escudo—. Donn está agitando a los clanes. La frontera no es segura.

—Lo sabe toda la aldea, Sloane. Las mujeres hablan en el mercado mientras compran lana. No es un secreto, aunque vos os empeñéis en creer que el mundo se detiene cuando no estáis presente.

Mi nombre suena extraño hoy. Lo articula como si probara una herramienta vieja para ver si aún conserva el filo. Me doy cuenta de que, para ella, mi título y mi nombre están empezando a pesar lo mismo: demasiado.

—Por eso he tardado —justifico—. He tenido que asegurar que el clan no se desmorone.

—Bien. —Ese es su «bien» más peligroso. El que utiliza cuando no va a discutir la veracidad de una frase porque no vale la pena el esfuerzo.

—No quiero que estéis sola aquí. Es peligroso.

Ella levanta la vista bruscamente. Por fin veo una chispa de algo vivo.

—¿A qué os referís con «peligroso»?

—A que este lugar ya no es el refugio que solía ser.

—Quiere decir una cosa si la decís hoy, con el miedo en el cuerpo, y otra si la decís mañana. ¿A qué os referís con tiempo necesario?

—A hoy —sentencio.

Se queda muy quieta. Sus manos buscan el borde de la mesa y se aferran a la madera hasta que los nudillos se vuelven blancos. Su tensión reverbera en las vigas del techo.

—¿Cuánto tiempo más, Sloane? ¿Cuánto tiempo pensáis mantenerme en esta espera sin nombre?

La pregunta llega con diez días de retraso. Me quedo mudo, buscando una respuesta que no sea otra mentira piadosa.

—No mucho más. Unas semanas, Ealasaid. Solo unas semanas.

—Me dijisteis lo mismo el invierno pasado. «Unas semanas», dijisteis mientras el hielo se derretía.

—Ahora es distinto. Ahora tengo la certeza de lo que va a ocurrir.

—¿Me estáis diciendo la verdad, o es solo otra historia para calmar a la lavandera?

—Os digo lo que necesitáis saber para confiar en mí.

—No es la misma cosa, Sloane.

—No, no lo es —admito. En esa sinceridad brutal encontramos, por fin, un suelo firme.

Algo se afloja en ella. Su mandíbula se relaja, y solo entonces comprendo la presión que cargaba. El resto de su cuerpo sigue igual de inaccesible.

—Ealasaid. Si os pidiera que vinierais conmigo en unos días, ¿lo haríais? ¿Dejaríais esta casa por la mía?

La pregunta escapa sin filtro. Necesito su respuesta más que el aire. Me mira durante un tiempo eterno, mientras el agua en el perol sisea.

—Depende —responde por fin—. De si lo hacéis como un señor a su vasalla o como un hombre a la mujer que... —Se calla, pero el vacío que deja el silencio es elocuente.

—Os lo pediré bien, os lo prometo.

—Comed —dice ella, haciendo la primera concesión real—. Habéis cabalgado bajo el frío. No es bueno decidir con el estómago vacío.

Me siento y ella me sirve el pan y un guiso que huele a cebolla y cordero. Comemos en un silencio sepulcral, roto solo por el

metal contra la madera. Mis ojos se desvían a sus manos: fuertes, enrojecidas por el invierno en el río. Son las mismas manos que observé hace dos años, cuando decidí que esta mujer sería mi perdición.

Recuerdo aquel día en el río. La vi desde la orilla alta, lavando con una determinación que me dejó clavado al sitio. Aceptaba la soledad como una armadura. No pedía ayuda. Me marché sin decir nada, pero pregunté por ella en la aldea. «La viuda nueva», me dijeron. Regresé tres semanas después, incapaz de olvidar esa imagen de fortaleza silenciosa. La primera noche en esta casa, le tomé la mano para examinar sus nudillos cuarteados. No dijimos nada, pero me permitió sostenerla un momento más de lo necesario. Ese fue nuestro primer trato.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada melancólica.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Recordaba el primer día que os vi. En el río.

Ella no dice nada, pero la comisura de su boca desciende un milímetro. En ella, es una victoria.

—Terminaré vuestra ropa hoy mismo —dice, cambiando de tema—. La dejé secar tras el mercado.

—No hace falta prisa.

—Era nuestro trato, Sloane. Yo cumplo mi parte.

—Hoy no es día de tratos, Ealasaid. Hoy es otra cosa.

—¿Qué día es hoy, entonces?

No sé qué responder. Me mantengo en silencio y ella no insiste. Recoge los cuencos y se queda de espaldas a mí, con la columna tan recta que me duele verla. Finalmente, se gira.

—Voy a acostarme. Estoy agotada.

No me invita, pero tampoco me echa. Se quita el delantal y camina hacia la alcoba. El roce de su vestido contra mi brazo es una descarga eléctrica que ambos registramos. La sigo. La habitación es

pequeña, con la cortina de lana corrida para espantar el frío. La cama es estrecha, una cama para una mujer sola que nunca me he atrevido a ensanchar. Ella se desata el cabello y se desliza bajo la piel de oveja que le traje el otoño pasado.

Me desnudo y me meto a su lado, sintiendo el calor de su cuerpo. Ella está de espaldas, pero su respiración la delata: inspiraciones demasiado largas. Está esperando. Le pongo la mano en el brazo y ella inclina la cabeza hacia atrás aquel medio dedo que me negó en la puerta. Busco su mano bajo la manta. Sus nudillos tienen una grieta nueva, áspera.

No hago nada más. Ella me ha abierto la puerta y yo le he dado una verdad a medias. Mi cuerpo me grita que la tome, que borre los diez días de ausencia, pero hoy necesita algo sin condiciones. Solo el calor de mi palma contra la suya.

Se queda dormida de ese modo, anclada a mí. Miro los listones del techo, los mismos que he contado mil veces. Pienso en Donn y en las tres cruces. Acabará sabiendo la verdad. Y cuando ocurra, los cascos que ella reconoce no serán los míos. La observo en sueños; su mandíbula se ha relajado por completo. Es por esta mujer por la que estoy dispuesto a quemar el valle. Le aprieto la mano con suavidad y ella responde en un gesto inconsciente.

«Dos semanas», me repito. Dos semanas para asegurar que no huirá como una querida, sino que entrará en Gleann Mòr con la frente en alto. Me acomodo a su costado, sintiendo cómo se acurruca sin abrir los ojos. Nuestras manos siguen enlazadas, con la grieta de su dedo presionando mi palma.

CAPÍTULO 4



Existe una verdad que los hombres jamás terminan de comprender sobre las mujeres que vivimos en los márgenes: poseemos nuestras propias redes, nuestras alianzas de sombra. No hablo del vínculo previsible de quienes se conocen desde la cuna y crían a su prole en el mismo patio hasta exhalar el último suspiro con quince días de diferencia. Esa hermandad yo no la poseo; no tengo estirpe en estas colinas ni vientre que me ate a la tierra. Disfruto de una amistad más útil, que ocupa menos espacio en la mesa. Tengo a Deirdre al otro lado del camino, a Siùsan en el puesto de los huevos y a la joven Mòrag en el telar. Cuatro días a la semana intercambiamos palabras que permiten que los años se deslicen sin excesiva fricción.

Deirdre cuenta ya sesenta y cinco inviernos y una rodilla que protesta con cada cambio de viento, pero hornea un pan cuya fragancia parece un milagro del alba. Hoy es martes. Me encamino hacia su hogar con la espalda atenazada por esa rigidez de quien ha dormido con un brazo ajeno entre las manos, temiendo el menor movimiento para no romper el hechizo del amanecer.

—Pasad, mujer —me saluda desde el umbral. Deirdre escucha el paso de los gatos sobre la hierba húmeda; mis botas en la tierra le resultan un estrépito—. El pan está saliendo justo ahora.

—Huele de maravilla, Deirdre.

—Siempre lo hace. Lo extraño sería que mis manos olvidaran su oficio —replica con esa suficiencia que tanto admiro.

Me acomodo en su banco desgastado. Su cocina es el santuario de una mujer que se negó a que su casa fuera el mausoleo de un difunto. Hay flores secas, ollas de cobre que brillan con celo religioso y el taburete que antaño fue de su marido, ocupado ahora por ella con una naturalidad que desafía a los fantasmas.

—¿Cómo habéis amanecido? —pregunta mientras maneja la pala con destreza.

—Con la espalda entumecida. Me cuesta enderezarme.

—Vuestra espalda es joven y tiene memoria. Aguardad a tener la mía, que ya no olvida ninguna de las cargas que ha llevado —dice con humor.

—La vuestra protesta con motivos. La mía parece tensa por capricho —miento, ocultando el peso del secreto que comparto con el laird.

Deirdre extrae una hogaza morena y golpea la base con los nudillos. El sonido es hueco, perfecto. Me invita a cortar un trozo y a llevarme el resto para que ella no caiga en la tentación de consumirlo sola. Envuelvo el pan en mi paño y deposito sobre su mesa dos huevos frescos de Siùsan. Es nuestro pacto de cada martes. Comemos de pie, disfrutando de la miga que sabe a trigo y a leña de fresno.

—Contadme algo de provecho, Ealasaid —propone, clavándome ojos que han visto demasiadas estaciones—. Una novedad que alegre este rincón.

—Mi vida es tan tranquila como este río en verano, Deirdre.

—Tonterías. Una mujer de vuestra mirada siempre guarda un secreto en el bolsillo.

—Si la verdad no os basta, tendré que recurrir a las mentiras.

—Mentidme, pues. A veces son más entretenidas que la realidad.

Sonrío sin vigilar el gesto. Es liberador.

—He soñado con mi madre. Estaba viva y me reñía por algún descuido olvidado.

—Las madres que ya no están regresan solo para eso. Es su último privilegio.

La conversación deriva hacia el hijo del herrero y una oveja de Hamish que ha parido un cordero negro. La escucho sin interrumpir, saboreando una compañía que no exige nada. Al despedirme, Deirdre me retiene en el umbral con una mano cálida en mi antebrazo.

—Ealasaid, aguardad. Esta aldea os tiene aprecio. ¿Lo sabéis?

Me quedo inmóvil, fijando la vista en la madera grisácea de la puerta.

—Me permiten vivir en paz, Deirdre. Eso ya es mucho para una extraña.

—A mi edad, ambas cosas significan lo mismo —sentencia antes de dejarme marchar.

Desciendo hacia el río con el cesto cargado. El aire pierde su filo gélido y el sol reclama su territorio. Los hijos del herrero juegan en la orilla y me saludan; soy parte del paisaje, aunque carezca de tierras. Pero mientras devuelvo el saludo, una idea se me instala en el estómago como un peso de plomo: la cuenta atrás ha comenzado. Las dos semanas de las que habló Sloane no son una promesa, sino una amenaza que ya ha empezado a consumirse.

Cruzo el puente y paso frente al puesto de Siùsan. La encuentro discutiendo con un forastero. Me detengo medio paso, fingiendo buscar algo en el suelo. El hombre viste una capa gris castigada por el camino y luce una barba de varios días. No es jinete, pero la espada corta que cuelga de su flanco dice que no es un simple caminante.

—... solo deseo saber si por aquí transita gente importante —explica él. Su acento es del este; un dejo que reconozco con un escalofrío—. ¿Jinetes solitarios? ¿Algún laird que guste de rutas discretas?

—Aquí solo hay gente con sed y moneda, señor —responde Siùsan con aspereza—. Los señores poseen castillos, no necesitan nuestras posadas.

—Poseen castillos, sí, pero también intereses que los obligan a cabalgar de noche —insiste él con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

Él compra seis huevos y, al girarse, sus ojos registran los míos. No es una mirada lasciva, es un escrutinio. Me mide, me compara con una imagen mental. Sus pupilas se dilatan un milímetro, un gesto casi imperceptible de reconocimiento que me hiela la sangre. Me observa un segundo de más antes de seguir su camino.

Me acerco al puesto en cuanto se aleja.

—Ese hombre me ha agriado el humor —gruñe Siùsan, entregándome dos huevos extra—. Tomad, no quiero nada que proceda de su bolsa.

—¿Quién es? No parece mercader.

—Pregunta demasiado por quién va y quién viene. Por jinetes y señores. Le he dicho que se largue.

Asiento, sintiendo cómo el frío se me instala en los huesos. Atravieso la plaza con paso firme, evitando mirar atrás. Tomo la calle de mi casa caminando con una calma estudiada, aunque juraría que escucho un eco acompasado a mis espaldas.

Entro en mi cabaña y cierro con una urgencia que no puedo ocultar. Me apoyo contra la madera, intentando recuperar el aliento. Un hombre armado, del este, preguntando por señores donde solo viene Sloane. No es coincidencia. Donn ha movido una pieza y acaba de tropezar conmigo.

Voy al arcón y extraigo la pequeña caja de madera. Dentro, junto a mis escasos recuerdos, brilla una llave. La llave de esta casa que jamás he usado. La sopeso. Sloane tenía razón: el peligro es real. Su mudez es mi escudo; no me nombra para que hombres como el del mercado no sepan a quién buscar.

Me protege callando, pero ese silencio es también mi celda. Él vive en su mundo de mapas mientras yo espero tras una puerta que hasta hoy no tenía cerrojo. Salgo al umbral y meto la llave en la cerradura por fuera. El chasquido seco es un sonido extraño en esta casa. Vuelvo a entrar y la giro por dentro. Pequeño. Definitivo.

Dejo la llave sobre la mesa, a plena vista. Si Sloane viene esta noche, se encontrará con el metal interpuesto. Comprenderá el mensaje: ya no duermo a la intemperie. Me siento junto al hogar y muerdo el pan de Deirdre. El miedo me recorre la espalda, pero no lo combato; le hago sitio. El temor reconocido pesa menos que el que se niega.

—Tengo miedo —susurro a las paredes—. Y ahora la puerta tiene llave.

Pronunciar la verdad me devuelve el aire. Mañana pensaré en el futuro, pero esta noche mi única misión es vigilar ese umbral. Guardo la llave en el bolsillo, sintiendo su frío contra mi piel. No habrá más silencios que yo no haya elegido primero.

CAPÍTULO 5



Cailean llega al mediodía con la capa empapada hasta las rodillas. He leído ese semblante demasiadas veces en hombres que viven de lo que ven y oyen: traigo conmigo algo que preferiríais no escuchar, pero que vais a oír porque para eso me pagáis. Se quita los guantes de cuero con los dientes, protegiendo con la otra mano el pliego que lleva pegado al pecho, resguardándolo de la humedad que parece haberlo calado todo esta mañana. Su aliento forma nubes espesas en el aire frío de la estancia.

—Laird —saluda con un gesto parco mientras recupera el aire.

—Cailean. Entrad de una vez —le ordeno, señalando la sala de mapas.

Al cruzar el umbral, compruebo que la vigilia ha convocado a los de siempre. Eòghan me aguarda desde el amanecer, cuando regresé de la aldea con el alma inquieta. Duncan se mesa la barba con ese tic nervioso que le lleva a trenzar el vello cuando los pensamientos se vuelven peligrosos. Angus permanece junto a la ventana, tenso, como si sentarse fuera un lujo que no puede permitirse. Todos nos congregamos alrededor del roble, donde el mapa del sur aguarda nuestras decisiones como un juez mudo.

—Contadme lo que sepáis —pido, apoyando las manos en el borde de la mesa. La madera está fría, igual que mi pulso.

—Tengo dos noticias para vos, laird. Ninguna de ellas traerá alegría a esta mesa.

—Empezad por la menos amarga, entonces. No nos hagáis aguardar.

Cailean suelta el aire con un siseo.

—La primera es que el hombre de Donn que andaba husmeando en las tabernas ya no está allí. Regresó a Càrn Dubh hace tres soles por el camino del este.

—¿Y la segunda? ¿Qué es lo que ese hombre ha llevado a su señor?

—Regresó con un nombre —responde Cailean, y el peso de esas palabras vuelve el aire asfixiante.

Eòghan apoya las manos sobre el mapa con una pesadez deliberada. Duncan suelta la trenza de su barba y Angus se aparta de la ventana, rompiendo su guardia. El silencio es tan denso que escucho el crujir de la leña.

—¿Qué nombre ha obtenido? —pregunto, sintiendo la mandíbula tensa.

—No ha sido el vuestro, señor. Ha regresado con el nombre de una aldea. Una aldea situada al sur de nuestras lindes.

—Decid cuál, Cailean. Sin rodeos.

Cailean me sostiene la mirada de una forma inusual, y esa pausa me entrega la certeza gélida que mi mente se negaba a aceptar. La duda muere para dejar paso a un frío que se me instala en los huesos.

—La que ya imagináis, laird. No hay otra —confirma con voz sombría.

El aire se queda estancado en mis pulmones. Salgo de ese trance imponiéndome el orden implacable que uso cuando todo se desmorona. Primero el frío, después el mando.

—¿Sabe quién es ella? —tantea Eòghan, con una cautela que me hiela la sangre.

—No, por ahora no —contesta Cailean—. Solo conoce el lugar. Donn sabe ahora que el laird de Gleann Mòr se detiene allí con una frecuencia que no explican las ovejas ni los pastos. No sabe a quién busca, pero sabe dónde encontrar el rastro.

—¿Podemos fiarnos de ese chisme? —pregunta Duncan, entornando los ojos.

—El hombre que Donn envió no es de los que callan cuando beben. Regresó al campamento borracho, y el mozo que cuida sus caballos es pariente mío. El muchacho me debía un favor y ha hablado. Escuchó la misma historia dos veces, de boca de hombres distintos, esa misma noche.

Asiento, aceptando la realidad. Es suficiente para actuar. Duncan vuelve a tirarse de la barba, esta vez con brusquedad.

—Hay que golpearle primero —sentencia Duncan con voz ronca—. Si Donn ya tiene el sitio, en poco tiempo tendrá a la mujer, y luego nos pedirá el castillo a cambio de su vida. No podemos dejar que mueva ficha él.

—Ni siquiera sabemos si busca a una mujer —matiza Angus, buscando un gramo de cordura.

—Donn no es estúpido, Angus —replica Duncan—. Un señor que cabalga solo hacia una aldea del sur no va a comprar grano. Donn conoce las flaquezas de los hombres. Unirá los puntos antes de que acabe la semana.

Miro a Eòghan, que sigue con las manos clavadas en el pergamino viejo.

—¿Y vos, Eòghan? —insto.

Eòghan habla directamente al mapa, con una voz que parece brotar de las mismas piedras.

—Duncan tiene razón en el peligro, pero se equivoca en el remedio. Atacar a Donn ahora con lo que tenemos es mandar a nuestros hombres al matadero sin garantías. Si fallamos, Donn se quedará con todo: con nuestras tierras y con ella.

—¿Qué proponéis, entonces? —pregunta Duncan.

Eòghan levanta la cara y me mira con una fijeza que me atraviesa.

—Traedla aquí, Sloane. Aseguradla tras estos muros y después, solo después, pelearemos con todo el acero que tengamos.

Duncan resopla, insatisfecho.

—¿Traerla aquí? Este castillo es el primer sitio donde Donn va a mirar. Es ponerle una señal en el pecho.

—Es cierto que mirará aquí —repite Eòghan sin elevar el tono—, pero también es el único lugar donde no podrá entrar sin perder a la mitad de su gente. No es lo mismo acechar un camino que asaltar nuestra puerta, Duncan.

Angus, desde la ventana, interviene con una advertencia que me quema.

—Si la traéis, los aliados la verán. Y Donn lo sabrá en dos días. Hay hombres en nuestra mesa que reciben oro de Càrn Dubh. No es un secreto para nadie aquí.

—¿Qué sugieres tú, Angus? —pregunto.

—Propongo la torre del acantilado. Es discreta y fácil de defender con pocos hombres.

—Es un error —objetó Duncan—. Un grupo subiendo por esa senda se ve desde todo el valle. Si no podemos esconderla, mejor tenerla donde haya más espadas para protegerla.

Se hace un silencio pesado. Vuelvo a fijar la vista en el mapa, recorriendo el camino que tantas veces he hecho a oscuras. Del castillo a la aldea: tres horas para un jinete veloz, cuatro para un grupo que deba cuidar de una mujer.

Si Donn envía a su gente al alba, llegarían al mediodía. Si yo recibo el aviso en ese momento, llegaría al atardecer. Para entonces, su casa solo sería humo y cenizas. Es demasiado margen. No puedo permitírmelo.

—Cailean —retomo la palabra—. ¿Cuándo creéis que se moverán?

—Esta semana lo dudo, aún juntan suministros. La próxima es probable. La siguiente... diría que es seguro, señor.

Respiro despacio. Diez hombres armados entrando en una cabaña para llevarse a una mujer que solo cuenta con una llave nueva. La vulnerabilidad de Ealasaid me oprime el pecho de una manera que me cuesta ocultar. Siento una punzada de rabia contra mí mismo por haberla dejado tanto tiempo a la intemperie.

—Escuchadme —sentencio con autoridad—. Atacar no es posible ahora. Donn se vengaría con la aldea antes de retirarse. Pero esperar es cavar nuestra propia fosa. Vamos a traerla aquí esta misma semana.

Angus y Duncan me miran con sorpresa.

—Al castillo —aclaro—. La torre del acantilado es una trampa de soledad. Si Donn la asalta, nadie se enteraría hasta el alba. Aquí, si alguien se atreve a tocarla, mil hombres sabrán por qué mueren antes de que ella termine de gritar.

—¿Y los traidores de nuestra mesa? —pregunta Angus.

—Que la vean. Prefiero que sepan que es mi mujer a ojos de todos a que sospechen de una amante oculta. Cuando los espías de Donn pregunten, quiero que sepan que ya no buscan a una viuda desamparada, sino a la señora de este clan.

Eòghan no llega a sonreír, pero noto cómo sus hombros se relajan.

—¿Cuándo partimos? —pregunta Duncan.

—En cinco días. Quiero hombres de confianza, pero que no parezca una partida de guerra. Discreción hasta que crucemos el puente. Pero antes debo hablar con ella. Iré a la aldea esta semana.

—Ya habéis ido, señor —apunta Cailean—. No es prudente volver tan pronto.

—Iré el lunes sin falta. Lo que no tuve el valor de hacer anoche, lo haré entonces. No hay marcha atrás.

Eòghan, sin levantar la vista, añade:

—Si la traéis aquí, Sloane, ya no podrá volver a su vida de antes. Pensadlo bien.

—Lo he hecho, Eòghan.

—Si cruza ese umbral, debe hacerlo por la puerta grande. Debe sentarse a vuestra derecha en la cena, a la vista de todos. Tendréis que presentarla al consejo antes del segundo sol. Si no pensáis hacerlo así, dejadla donde está. Una media honra en este castillo le dolerá más que las espadas de Donn.

—Lo sé —interrumpo con un suspiro.

—Pues tenéis cinco días para aprender a ser un marido ante vuestra gente, laird. No falléis.

Eòghan sale y me deja a solas con mis dudas. El fuego ha bajado y el mapa sigue ahí. Me siento y la silla me acoge con la forma de mi cuerpo; un asiento de mando que hoy se siente pesado.

Anoche me juré que tendría dos semanas. Hoy, Cailean ha reducido mi refugio a cinco días.

Cinco días para preparar la alcoba sur, la que tiene luz de mediodía. Para asegurar que tenga su propio hogar y que solo ella guarde la llave. Para decir a Catrìona que busque el mejor lino. Para pedir pan con miel, aunque ella sea demasiado orgullosa para pedirlo.

Y cinco días para decirle a Ealasaid lo que callé anoche. Ese es el muro más alto.

Me acerco al mapa. Tomo la tiza roja y, por primera vez en dos años, marco la aldea. Dibujo un círculo sobre el recodo del río, allí donde las piedras sirven para lavar. Lo observo fijamente. Ya no hay secretos que guardar.

Vuelvo a medir las distancias con la cuerda de nudos. Tres horas, cuatro con ella. Los números son crueles. Si algo pasara

mañana, yo llegaría tarde. Apago el candil con los dedos, un gesto brusco. Necesitaba que algo me obedeciera.

Pienso en su «depende de cómo me lo pidáis». Le entregué una casa sin cerrojo y un nombre que no le pertenece. Ahora debo cumplir lo que Eòghan exige. Hacerla entrar por la puerta grande.

Ya no hay «luego». Solo existe el lunes.

Tomo un papel y escribo para Catrìona: *«Preparad la alcoba sur. Que el fuego arda desde el viernes. No hagáis preguntas»*. Sello con cera roja. Otra para el mayordomo sobre la cocina. Una tercera para Duncan: *«Escolta lista el viernes al alba. Vos al mando»*.

Dejo las cartas en el plato. Me quedo con la cabeza baja, incapaz de escribir más. Lo que resta no puede decirse con pluma. Debo decírselo a ella, mirándola a los ojos, mientras recuerdo la llave que dejó sobre su mesa cuando el miedo entró en su casa.

Salgo de la sala de mapas y cierro la puerta. El sonido es definitivo. Afuera, la lluvia empieza a calar las piedras. Miro hacia el sur. Tres horas. El lunes.

Eòghan pasa y me echa la capa seca sobre los hombros. Me la ajusto y bajo al patio. Hay mucho que preparar antes de que el sol de lunes asome por las colinas.

CAPÍTULO 6



Los cuatro días entre el martes y el sábado resultan ser exactamente lo que una espera cuando ha decidido echar la llave por dentro: una quietud artificial y pesada. El tiempo se mide únicamente por la ubicación del metal: en el bolsillo del delantal al alba y sobre la mesa al atardecer, siempre al alcance de mi mano. He pasado las horas revisando un inventario de supervivencia que me sé de memoria: la harina, el aceite, el último leño, el agua del pozo. Guardo incluso los huevos que me entregó Siùsan; son un tesoro que se reserva para cuando la incertidumbre se prolonga y el hambre deja de ser una idea para convertirse en una garra.

El forastero no ha vuelto. Siùsan me lo confirmó el miércoles con ese tono que empleamos las mujeres cuando no deseamos decir el todo, pero ambas comprendemos el fondo. Me entregó un trozo de queso que yo no había solicitado mientras sus ojos buscaban los míos con una advertencia muda.

—No ha regresado el hombre venido del este —dijo, dejando que la frase flotara entre los puestos.

—Bien —contesté, apretando la mandíbula para que mi voz no delatara el alivio.

—Bien, sí. Pero andad con cuidado, Ealasaid.

Ese «por si acaso» lo guardé en el mismo bolsillo donde la llave me marcaba el costado, un recordatorio constante de mi encierro. El viernes, Deirdre se presentó en mi umbral con una tisana, asegurando que me veía los ojos fatigados. Hablamos de la

boda del hijo del herrero y del cordero de Hamish, bordeando la cosa grande, la que me niego a tocar porque sé que, en cuanto lo haga, el miedo dejará de ser una sombra para volverse carne.

El sábado al atardecer, la realidad decide golpearme sin pedir permiso. Tengo las manos hundidas en la masa del pan cuando escucho los cascos. No es una visita social ni el trote pausado que él suele emplear. Es un ritmo cargado de una urgencia que me obliga a limpiarme las manos apresuradamente. Me bajo las mangas, saco la llave del bolsillo y la deposito sobre la mesa. No quiero que lea mi miedo antes de que yo lea sus intenciones.

Los pasos sobre la tierra húmeda son inconfundibles. Suenan los dos golpes: uno firme, el otro más suave. Al abrir, escruto su rostro. Sloane no trae la expresión de otras noches. Es el semblante de alguien que ha cabalgado sin resuello, con la mandíbula tensa como el granito.

—Ealasaid —dice, con la voz rota.

—Sloane.

Por primera vez, no entra de inmediato. Se queda en el umbral, confirmando que sigo viva.

—¿Puedo pasar a vuestra casa? —pregunta, y la cortesía me resulta más alarmante que un grito.

—Tenéis por costumbre no preguntar nunca. ¿Por qué ahora?

—Esta noche es necesario —responde, y su seriedad me obliga a apartarme.

Entra y cierra la puerta. Sujeta una alforja de cuero liso y la deposita en el banco, pero no se despoja de la capa. Se mantiene alerta, como si esperara que las vigas fueran a desplomarse. Su presencia llena la sala de un modo asfixiante.

—¿Qué sucede, Sloane? Decidme la verdad de una maldita vez —le interrogo, cruzándome de brazos para ocultar que mis dedos no dejan de temblar.

—Sentaos, os lo ruego.

—Me estáis asustando —suelto, y mi propia voz me suena extraña, despojada de su calma habitual.

—Sentaos —repite, y me hundo en el banco junto al hogar apagado.

Él recorre la estancia con zancadas nerviosas. Apoya una mano en la viga baja sobre el hogar y se queda ahí, con la cabeza gacha.

—Necesito —comienza, tragando aire— que durante estos tres días no salgáis de esta casa. Solo al pozo o a casa de Deirdre. Nada más. No quiero veros en el mercado ni bajando al río.

—Yo no lavo vuestra ropa en el río, Sloane. Lavo la mía y vos no mandáis sobre mis manos —le espeto, recurriendo a una furia estúpida porque sus palabras han calado demasiado hondo.

—Lavas en el río —repite él con una paciencia que me irrita —. Me es indiferente de quién sea la ropa. No bajéis al agua. Manteneos a resguardo.

—¿Cuántos días pensáis tenerme así? ¿Y qué pasará después?

—El lunes os lo explicaré todo. Confiad en mí.

—Confío, Sloane, pero la confianza se agota cuando me pedís que me oculte como una criminal sin darme una sola razón de peso.

—La razón vendrá el lunes. Ahora mismo, solo importa que estéis segura.

Exhala un suspiro cargado de una frustración que nunca le había visto. Se aparta de la viga y se sienta a mi lado, dejando un vacío que se siente como una frontera.

—Hay gente buscando, Ealasaid. Gente que no debería estar aquí. No sé cuánto saben, pero sé que no es momento para que una mujer sola se deje ver. El lunes regresaré con mis hombres y entonces decidiremos.

—¿Decidiremos? ¿Ambos?

—Sí, vos y yo —afirma, y esa primera persona del plural me golpea más que el miedo.

Es la primera vez que utiliza un verbo que nos incluye de esa manera. Asiento despacio, sintiendo cómo el aire regresa a mis pulmones.

—Bien. Pero escuchadme: si no aparecéis el lunes, esa misma noche yo ya no estaré aquí. No pienso esperar a que el peligro llame a mi puerta sin teneros al lado.

Él asiente. Sabe que mi paciencia tiene un precio y que hoy se lo he cobrado por adelantado.

—Cenad algo —le ofrezco, necesitando el refugio de lo cotidiano—. Tengo pan, huevos y queso.

Come con la avidez de quien ha olvidado alimentarse, sumido en un silencio que solo rompe el crujir de la leña. Yo apenas pruebo bocado; el hambre se me ha anudado en la garganta. Al terminar, me demoro en el barreño, de espaldas a él. Cuando me giro, compruebo que se ha quitado la capa. Me observa con una nota vibrante en los ojos. Urgencia.

—Ealasaid. Venid aquí.

Cruzo los pasos que nos separan. Me sujeta de las caderas con firmeza, manteniéndome de pie frente a él. Levanta la cara y me escruta como si necesitara tallar mi imagen en su memoria.

—Deseo miraros. Solo un instante.

—Miradme todo lo que queráis. No voy a romperme.

Su mirada es una contabilidad: mi frente, mi cuello, mis manos. Se está despidiendo de algo, y se le tuerce la boca en un gesto que es puro dolor.

—Sloane, ¿qué es lo que ocurre?

—Shh... —me silencia con un dedo sobre los labios—. Esta noche no es para las palabras. Por favor.

Esa súplica me desarma. Me callo y dejo que sus manos busquen el cordón de mi corpiño. Se mueve con una lentitud ceremonial, sentándome a horcajadas sobre sus rodillas. Me sujeta la cara entre sus manos con una delicadeza que me hace temblar.

—Lo que voy a hacer esta noche... lo he meditado todo el trayecto. No sé si es lo correcto, pero no puedo evitarlo. Solo estad conmigo.

Le sujeto las muñecas, obligándole a mirarme. Quiero ver la grieta en su armadura.

—Lo que vayáis a hacerme ya me lo habéis hecho muchas veces antes, Sloane. No busquéis excusas.

—Esta noche es distinta.

—Ya lo noto en vuestras manos. Están inquietas.

—No tengáis miedo.

—Jamás he tenido miedo de vos. Lo que me asusta es vuestro silencio.

Me inclino y le beso con una rabia que busca acallar sus dudas. Él no recibe el beso, lo devora, aferrándose a mí como si fuera lo único que le impide hundirse.

Nos movemos hacia la alcoba sin romper el contacto, con una urgencia que nos consume. Al caer en el jergón, la contención desaparece. Sus manos están en todas partes, confirmando que sigo allí. Me sujeta las manos sobre la cabeza, entrelazando sus dedos con los míos, y se inclina con la respiración rota.

—Dejadme sentiros —susurra.

Le permito todo. Me quedo bajo su peso, mirándole a los ojos mientras nos convertimos en una sola sombra. Hay algo desesperado en el modo en que se hunde en mí, una lentitud que duele porque saborea cada segundo contra la prisa que le atenaza el alma. Me obliga a no cerrar los ojos, a ser testigo de este naufragio.

Cuando el clímax nos alcanza, me sujeta con una fuerza que me deja sin aliento. Me besa la palma de la mano y cada uno de

mis nudillos con una devoción que me estremece. Se detiene en la grieta de mi índice, besándola dos veces, un gesto que sabe a promesa y a despedida.

Nos quedamos abrazados mientras su pulso se calma.

—Quedaos —le murmuro.

—Me quedaré, Ealasaid. Hasta que el sol asome. No puedo arriesgarme a más.

Se acomoda contra mi costado y apoya sus pies fríos contra los míos. Cierro los ojos, pero noto su mano recorriendo mi cabello con una ternura infinita, una caricia que pesa más que el acero. Despierto una vez y sigue observándome en la oscuridad.

Al alba, se levanta. Se viste con movimientos pesados. Se detiene en el umbral, duda y regresa. Se sienta en el borde de la cama y me toma la mano, apretándola hasta que me duele. Me besa la muñeca, justo donde late la vida, y la deposita de nuevo con cuidado.

—Lunes —murmura.

—Lunes —respondo yo, aunque él cree que duermo.

Escucho la puerta y el trote de su caballo alejándose. Me quedo mirando los listones del techo: el torcido, el del nudo, el que parece un río. Pongo la mano sobre mi muñeca, allí donde todavía siento el calor de su boca.

No va a venir el lunes. Lo sé. No es pesimismo, es la certeza de quien ha leído una despedida en cada caricia. Sloane no se va de mi lado, se va de esta casa, de esta vida de sombras y puertas sin cerrojo. Esta madrugada hemos nombrado nuestro destino sin decir una palabra.

Me incorporo y miro la llave sobre la mesa. No voy a quedarme aquí sentada. Me visto con rapidez y decido que estos tres días serán para prepararme. Él pidió que no saliera, pero no que permaneciera inmóvil. Voy a asegurar mi cesto y mi equipaje. Si el lunes el mundo cambia, me encontrará lista para reclamar mi lugar.

CAPÍTULO 7



Uisdean entra en la sala grande con el rastro del camino pegado a las botas. No pisa con la firmeza de quien camina, sino con la laxitud de quien ha mantenido los pies en los estribos hasta el límite de sus fuerzas. Su presencia impone un silencio sepulcral; Uisdean no aparece en Gleann Mòr si las noticias pueden permitirse el lujo de esperar.

Me levanto antes de que pronuncie palabra. No hay cortesía que valga ante un mensajero exhausto.

—A la sala de mapas. Ahora —ordeno.

Eòghan y Duncan me siguen sin necesidad de una orden. Al cruzar el umbral, Eòghan cierra la puerta tras de sí con un golpe seco que pesa tanto como el plomo. Apoyo las manos sobre el tablero, sintiendo la aspereza de la madera bajo mis palmas.

—Decid lo que tengáis que decir —insto.

Uisdean respira con dificultad, el sudor le brilla en las sienes a pesar del frío.

—Donn sabe lo de la mujer, laird. Lo sabe todo.

El golpe me alcanza en el centro del pecho, pero obligo a mi rostro a permanecer impasible.

—Tiene su descripción. Sabe que habita sola. Un muchacho de la aldea, ebrio, describió vuestras paradas en una casa concreta frente a los hombres de Donn. No hay margen para la duda.

Siento el peso de mi propia negligencia como una losa. He permitido que un secreto de dos años se desangre por la lengua suelta de un borracho, simplemente por no haber calibrado la vulnerabilidad de un camino tan transitado.

—¿Cuándo partieron los hombres de Donn? —interrogo, clavando la mirada en él.

—Anoche, al caer el sol. Ocho hombres con dirección fija al sur. Cailean los vio partir de Càrn Dubh. Me envió al galope a medianoche, pero perdí horas en el paso del Loch porque mi montura reventó.

Calculo con una frialdad que me asusta. Ocho jinetes ligeros salieron al anochecer. Son las once de la mañana. Han tenido tiempo de sobra para llegar, actuar y marcharse. La certeza gélida de que llego tarde se me instala en las costillas. No hay tiempo para lamentos; solo para el acero.

—Duncan, dadle a Uisdean un caballo de refresco y comida. Que Cailean sepa que voy. Que me espere en el paso del tejo.

—Así se hará —acata Duncan.

—Eòghan, buscad a Connor, Hamish y Niall. Elegid a un cuarto, el mejor jinete. Armas largas para todos. Cinco caballos por cabeza, los principales y cuatro de refresco. Partimos en veinte minutos.

Eòghan sale de la sala antes de que termine la frase. Me quedo solo tres segundos ante el mapa. Tres segundos para enterrar la rabia y dejar que el laird tome el control total. La vida de Ealasaid depende ahora únicamente de la velocidad de mi montura.

Salgo al patio. Catrìona me sale al paso con un fardo de provisiones. Sus ojos me traspasan.

—Traedla, laird. No regreséis sin ella.

—Lo haré.

Monto de un salto y me reúno con los hombres. Connor, Hamish, Niall y Fraser ya aguardan en sus monturas. El acero reluce

bajo un sol pálido que no calienta.

—Tomaremos la ruta del paso del tejo —decido—. ¡Partimos!

El estrépito de los cascos es el único sonido que nos acompaña. Cabalgamos en un silencio absoluto, ahorrando un aliento que necesitaremos pronto. El camino del tejo es exigente, pero nos ofrece la cobertura necesaria. A cada tramo, cambiamos de montura en un tiempo récord, bajando hacia el sur mientras el valle se abre ante nosotros.

Entramos en la aldea al paso. La plaza está desierta; el mercado, cerrado a cal y canto. Es el silencio del horror. Desmonto y entrego las bridas a Niall.

—Connor, conmigo. Los demás, cubrid la plaza.

Treinta y dos pasos hasta la curva. Veintisiete hasta su puerta. Al torcer la esquina, el mundo se detiene. La puerta de la cabaña está fuera de sus goznes, arrancada con una violencia que ha astillado el marco. El cerrojo —el que ella puso con tanto miedo el sábado— yace en el suelo, inútil y torcido.

Siento un desgarro interno, pero desenvaino la espada larga con firmeza.

—Conmigo, rápido —susurro.

Entramos en la sala pisando sobre astillas y restos de pan pisoteado. El banco está volcado y la mesa desplazada. Encuentro su capa en el suelo, lejos de su lugar. Mi instinto registra lo más importante: no hay sangre. La capturaron con rapidez o la lucha se trasladó fuera.

Corro a la alcoba. La cama es un caos de mantas y la piel de oveja está por los suelos. Al asomarme a la ventana del este, veo la raspadura fresca de una bota haciendo palanca. Rodamos hacia el patio trasero y encuentro el rastro definitivo: huellas pesadas de hombre y las pisadas pequeñas de Ealasaid, desordenadas, indicando una carrera desesperada hacia el bosque.

Peleó. Cruzó la zanja del río y subió hacia los árboles buscando amparo.

Seguimos el rastro cien pasos entre la maleza. Un trozo de su vestido oscuro cuelga de una zarza. Más adelante, una bota abandonada en el musgo. Doscientos pasos más allá, en un claro, las huellas de Ealasaid terminan de forma abrupta. Y allí, sobre la hierba aplastada, descubro la mancha de sangre.

Es pequeña. El resultado de un golpe o un corte durante el forcejeo, no una herida mortal. Hay huellas de cuatro hombres esperándola allí; una emboscada perfecta. Sus pisadas se vuelven cortas, arrastradas. Ya no corría. El rastro se encamina decididamente hacia el este, hacia Càrn Dubh.

—Laird... —murmura Connor.

Me tomo un segundo para componer mi rostro. La desolación no me sirve ahora; solo la determinación.

—Regresad con los demás —ordeno con voz de acero—. Salimos ya. El rastro va al este. Preguntad a Deirdre o al herrero qué vieron. Tenéis cinco minutos.

Me quedo solo en el claro, contemplando la hierba pisoteada. No estás muerta, Ealasaid. Y voy a por ti.

Connor regresa con el informe. Deirdre escuchó los gritos al alba; vio a cuatro hombres rodear la casa. El herrero los vio partir poco después de clarear; eran seis jinetes con una mujer como bulto sobre una montura. Salieron a las cinco de la mañana. Son casi las cuatro de la tarde. Han tenido once horas de ventaja.

—A Càrn Dubh —ordeno a mis hombres al montar—. Nos reuniremos con Cailean. No nos detendremos.

Salimos de la aldea sin mirar atrás, dejando la puerta arrancada y el hogar profanado. Ya no hay espacio para la nostalgia ni para el arrepentimiento. Cabalgamos hacia las sombras del este mientras el sol se oculta, y en mi mente solo hay una promesa: resiste, Ealasaid. Voy con todo lo que soy.

CAPÍTULO 8



Durante la primera mañana en la celda, aprendo pronto a contar el paso del tiempo observando la luz que se filtra por la aspillera. La hendidura es apenas una rendija de quince dedos de alto, situada en lo más alto del muro que mira hacia el este. Una mujer que ha vivido sola durante años desarrolla una habilidad temprana para medir la claridad del cielo sin necesidad de un reloj de arena. Ahora mismo, la luz entra con un tono amarillo diluido que se proyecta sobre la pared contraria. Sé que ese dibujo de luz alcanzará la esquina donde me han arrojado aproximadamente a las dos de la tarde.

Realizar estos cálculos es la única ocupación que me mantiene cuerda. He despertado entera dentro de esta caja de piedra en Càrn Dubh, aunque un mareo persistente me nubla la vista cada vez que intento fijar la mirada. Tengo el labio partido y un dolor sordo me recorre el costado, pero mis huesos han resistido. Me prohíbo desplomarme sobre la paja. El llanto es un lujo que solo se permiten quienes están a salvo, y yo estoy muy lejos de estarlo.

Me incorporo con una lentitud deliberada. El frío de la piedra me ha calado hasta la médula y una náusea repentina me obliga a cerrar los ojos y apoyar la frente contra el muro. Espero a que el mundo deje de girar. La celda es pequeña, de unos cinco por cuatro pasos. La puerta, reforzada con herrajes de hierro, tiene un ventanuco enrejado a la altura de los ojos. No hay mobiliario, solo un montón de paja sucia y la humedad que supura de las paredes.

Examino los sillares. Me acerco al muro norte. Deslizo las yemas de mis dedos por las juntas; el tacto es terroso, desconchado. Un hombre despreciaría estas grietas, pero mis manos han aprendido a distinguir lo que cede de lo que permanece inamovible tras inviernos de lavar ropa en el río. Mi índice se detiene en un punto donde la argamasa se deshace. Toco un hueco donde se nota una piedra de relleno más pequeña.

El sonido metálico del cerrojo me obliga a reaccionar. No me aparto de la pared de golpe; me separo con la naturalidad de quien examina una mancha de humedad y me giro despacio cuando la puerta se abre.

Fergal Donn entra solo. Lo reconozco por las descripciones de Sloane: la mandíbula cuadrada, el cabello ceniza y esa cicatriz que le divide la ceja. Es un hombre imponente que domina la habitación por el simple hecho de estar en ella. Se detiene a tres pasos y me estudia con una frialdad absoluta.

—Así que sois vos —dice con una voz profunda.

Me obligo a sostenerle la mirada, ignorando el pinchazo de dolor en mi labio. No pienso ocultar la herida; no voy a darle una importancia que no merece.

—Soy yo —confirmo, logrando que mi voz suene estable a pesar del temblor que amenaza mis rodillas.

—Dos años —continúa él—. Dos años de secretos que mi consejo no alcanzaba a comprender. —Ladea la cabeza, tasándome como a una res—. No sois precisamente joven, Ealasaid.

—No, no lo soy.

—Tampoco sois fea, a pesar de vuestro estado.

—Eso no me ha parecido una pregunta, señor, sino una observación innecesaria.

Un rictus amargo cruza su boca. Da medio paso hacia mí, invadiendo mi espacio. Yo no retrocedo. La inmovilidad es mi única defensa.

—¿Sois consciente de por qué estáis aquí?

—Puedo imaginarlo. Me encuentro aquí porque un hombre obsesionado con las tierras de Sloane Varkas no ha podido vencerle por el norte. Habéis decidido que el camino más corto para herirle es por el sur. Yo no soy una invitada, señor; soy un mensaje.

Donn se queda quieto, procesando el golpe. Asiente una sola vez, confirmando la calidad de la mercancía.

—Sois más perspicaz de lo que me aseguraron. Me hablaron de una lavandera, no de una estratega.

—Le habrán hablado poco de mí, entonces. Soy una extraña para todos.

Él se gira hacia la salida, pero se detiene en el umbral sin mirarme.

—Varkas... No ha tenido la decencia de otorgaros un apellido en estos dos años. ¿Erais consciente de ello mientras compartíais su lecho?

—Lo sé mucho mejor que vos —respondo, sintiendo que la rabia le gana el terreno a la náusea.

—Entonces sabréis también que lo que os suceda aquí, sea lo que sea, no lo sabrá nadie importante. Moriréis como una mujer por la que nadie reclamó justicia. Como alguien que nunca existió.

Guardo silencio. Mi mudez parece irritarle.

—¿Nada que decir? —murmura.

—Ya habéis hablado vos lo suficiente por los dos.

Él me recorre de nuevo con la mirada, desde mi cabello revuelto hasta las botas rotas. Se encoge de hombros con la desidia de quien cree tener el tiempo a su favor.

—Vendrá pronto —anuncia—. Antes de que termine el próximo amanecer, sabré qué hacer con vos. Entonces veremos qué trato le ofrezco a ese perro fiel. —Se detiene—. Comed lo que os traigan. No me servís de nada si os desvanecéis antes de tiempo.

Sale y el cerrojo cae con un chasquido que retumba en mis sienes. Me quedo inmóvil, escuchando sus pasos alejarse.

Cuento hasta sesenta, obligándome a respirar. Solo cuando estoy segura de que no hay nadie vigilando, permito que las lágrimas asomen. No lloro por la muerte, sino por esa frase sobre ser una mujer que nadie reclamará. Donn ha golpeado la única grieta que no tengo blindada: la duda que ha crecido entre Sloane y yo en la clandestinidad. Me seco las mejillas con la manga. El tiempo de lamentarse ha terminado.

Vuelvo a la pared norte. Utilizo un pasador de bronce que logré esconder en mi cabello; los hombres no suelen mirar hacia arriba al buscar armas. Hinco el metal en la argamasa podrida. El material se deshace como arena vieja. Trabajo con un sigilo absoluto, recogiendo el polvo en mi delantal. Me detengo cuando un espasmo de dolor me cruza el costado, obligándome a recuperar el aire.

A la tercera hora, logro introducir el meñique entero por la junta. Al fondo, percibo aire. Hay un pasillo al otro lado.

Me quedo quieta al escuchar voces en el corredor. Los guardias discuten por una partida de dados, lo que confirma que el pasillo conduce a algún lugar transitado de la fortaleza. El muro es demasiado grueso para atravesarlo con un pasador, pero esas voces me contarán el camino de salida sin saberlo.

Oculto la arena bajo la paja y me siento contra la pared. El rectángulo de luz ha alcanzado ya el suelo. Pienso en Sloane. Hoy es lunes; habrá encontrado el rastro de mi captura. Sé que viene de camino, pero el tiempo se agota más rápido de lo que él imagina.

«Aguantad, Ealasaid», me digo. Si logro salir de esta piedra, le diré todo lo que he callado. Le diré que quiero mi lugar a su derecha y que mi nombre sea pronunciado con respeto. Y le diré que le amo, porque no quiero que esa omisión sea lo último que me lleve de este mundo si las sombras terminan por alcanzarme esta noche.

CAPÍTULO 9



El amanecer se anuncia con un latigazo de luz que me quema las pupilas, un resplandor que ya no trae promesa alguna de alivio. Me cuesta respirar; el aire de la celda es una mezcla espesa de humedad y el hedor del miedo que empieza a calar en los muros. Tengo los labios secos, agrietados por el frío de la piedra, y el simple gesto de abrirlos para tomar una bocanada de aire me escuece como si tuviera brasas en la boca. La sed ha dejado de ser una molestia para convertirse en una garra que me aprieta la garganta desde dentro, un recordatorio constante de mi propia fragilidad.

Apenas me han dado agua desde que me arrojaron aquí. Donn quiere que mi voluntad se marchite antes que mi cuerpo, pero ignora que una mujer que ha pasado inviernos rompiendo el hielo del río con los puños conoce una forma de resistencia que no depende del sustento.

Me incorporo apoyada en el muro sur, sintiendo cada sillar como una costilla de piedra que me sostiene. Los grilletes, fijos en una argolla a la altura de mi cabeza, me obligan a mantener los brazos en una tensión constante que me agota los hombros. Mis tobillos, sujetos también por el hierro, me impiden estirar las piernas. Estoy anclada a esta pared, convertida en una extensión de los cimientos de Càrn Dubh.

La puerta se abre con una violencia que hace que el polvo del techo caiga sobre mis párpados. Fergal Donn entra con el paso pesado del que se sabe dueño del dolor ajeno. No trae el látigo esta vez; trae una mirada cargada de un desprecio que busca humillarme

más que cualquier golpe físico. Se detiene a dos pasos, lo suficiente para que perciba su suficiencia.

—Miraos —dice, y su voz rebota en el silencio como un escupitajo—. Una mujer sin estirpe, una lavandera que apenas recuerda su nombre, encadenada como el animal que es. Varkas os ha utilizado para calentar su cama mientras vos creíais que el silencio era vuestro escudo. No sois más que una vulgar manceba, una mujer de camino real por la que ningún hombre con juicio arriesgaría la vida de un solo soldado.

Intento despegar la lengua del paladar. El dolor es agudo, pero me obligo a hablar. La voz me sale rota, un susurro que parece venir de una tumba, pero con la firmeza de quien ya no posee nada que el enemigo pueda arrebatarle.

—Varkas vendrá —murmuro, y cada sílaba es un desafío—. No se equivoque, señor de Càrn Dubh. Él llegará.

Donn suelta una carcajada seca, desprovista de toda alegría.

—¿A por vos? ¿A por una mujer que no tiene silla en su mesa ni apellido en su clan? Seguid soñando mientras vuestra vida se escurre por estas losas. Varkas no vendrá. No sois nada para él más que un secreto incómodo.

Le sostengo la mirada, ignorando el sudor que me ciega y el latido desbocado de mi corazón.

—No vendrá solo a por mí —le replico, y esta vez mi voz suena clara, cargada de una sentencia que le hace mudar el gesto—. Vendrá para mataros. Vendrá para ver cómo vuestra sangre se mezcla con el barro de este patio. Vendrá para que el último sonido que oigan vuestros oídos sea el de su acero reclamando el precio de cada una de mis heridas. No soy su flanco débil, Donn; soy el motivo por el que vuestro linaje se detiene esta noche.

La cara de Donn se transforma. La sombra de la duda, esa pequeña grieta que tanto me ha costado cultivar con mi silencio, se ensancha por un instante antes de que la rabia la cubra por

completo. No puede tolerar que una mujer engrilletada le hable con la autoridad de un heraldo de la muerte.

—Entonces que así sea —sisea, desenvainando la espada con un movimiento lento y letal—. Si ha de venir, que encuentre solo cenizas.

Lo que sigue es un caos de dolor que mi mente intenta apartar. El látigo regresa con una saña que ya no busca información, sino la destrucción total de lo que represento. Cada golpe es un incendio que me recorre la espalda, que me desgarra el vestido y la piel, convirtiendo mi cuerpo en un mapa de llagas abiertas. Grito hasta que no me queda voz, hasta que el único sonido que sale de mi garganta es un silbido agónico de aire y sangre. Me retuerzo en los grilletes, sintiendo el metal desollarme las muñecas mientras el calor de mi propia vida empieza a encharcarse bajo mis pies.

Donn se detiene cuando mi cabeza cae hacia delante, incapaz de sostenerse. Me toma del cabello con brusquedad, obligándome a mirarle, y clava la punta de su espada en mi costado. Siento el acero frío hundiéndose en mi carne, buscando el camino hacia mi vida con una lentitud sádica.

—Nunca habrá un lunes —pienso con la última claridad que me queda, mientras el hierro me atraviesa el pecho y el mundo empieza a volverse azul.

Me queda la imagen de Sloane, de su mano dándome la vuelta a la mía en la oscuridad de la cabaña, de aquel pan con miel que nunca llegaremos a compartir. Pienso en el río, en el agua fresca de las Highlands que ahora daría mi alma por probar una última vez, y en el silencio que nos ha traído hasta este final.

Cierro los ojos justo cuando el frío del acero alcanza mi corazón, y por fin, el silencio deja de doler.

CAPÍTULO 10



El atardecer nos alcanza frente a los muros de Càrn Dubh, tiñendo la piedra de un color cobrizo que se asemeja demasiado a la sangre seca. No existe estrépito de madera rota ni gritos de asalto que rompan la calma; en su lugar, el silencio se ve apenas perturbado por el sonido contenido de cincuenta caballos inquietos y el vapor de su aliento elevándose en el aire gélido mientras el sol desciende definitivamente a nuestra espalda. La fortaleza se alza ante nosotros como un bloque de granito indiferente, con las puertas cerradas y una ausencia absoluta de movimiento en las almenas que resulta más alarmante que una lluvia de flechas. No se percibe la actividad habitual de una guardia en alerta, sino una quietud tensa: el reposo de quien ya ha terminado su trabajo y se limita a observar cómo el mundo exterior intenta asimilar el resultado del desastre.

Me mantengo al frente de la partida, con la mirada clavada en la torre principal. Siento la presión del acero de mi propia montura contra los muslos y el pomo de la espada larga golpeándome el costado, recordándome con cada movimiento el tiempo que he perdido en el camino. Levanto la voz, proyectándola hacia lo alto con una firmeza que me exige un control absoluto sobre mis propios nervios.

—¡Donn! Salid y dad la cara ante vuestro igual.

El eco de mi reclamo choca con la muralla y regresa vacío, disolviéndose en el viento que empieza a soplar desde el norte. Durante unos segundos interminables no aparece respuesta alguna,

pero ese vacío no indica duda, sino el cálculo minucioso de quien disfruta gobernando el ritmo de la tragedia. A mi espalda, Connor se inclina hacia delante sobre la silla, con los nudillos blancos apretando las riendas, conteniendo un impulso que no llega a verbalizar. Levanto una mano sin girarme, obligándolos a todos a permanecer en un estatismo de piedra. No hemos venido a precipitar una carnicería bajo muros que no podemos saltar de un solo asalto.

La figura aparece finalmente en lo alto de la torre más elevada, recortada contra un cielo que ha empezado a virar hacia un gris ceniciento. Fergal Donn se apoya sobre el pretil con una calma que me revuelve las entrañas, observándonos desde su altura como si fuéramos actores de una obra cuyo final él ya ha escrito hace horas.

—Laird Varkas —dice, y su voz desciende por la muralla con una claridad que me hiela la sangre—. Habéis tardado mucho más de lo que vuestra reputación sugería. Me pregunto si el camino era demasiado largo para vuestras fuerzas o si vuestra voluntad flaqueó al cruzar el último vado.

No respondo a su provocación. Lo observo en la distancia, evaluando la inclinación de su cabeza y la laxitud de su postura. No hay rastro de temor en él, ni rastro de la prisa que suele acompañar a quien guarda un rehén valioso para una negociación. Esa falta de urgencia es el primer golpe directo a mi esperanza; me confirma que ya no existe ninguna condición que pueda cumplir para cambiar el desenlace.

—Traedla —digo al fin, y el nombre de Ealasaid se queda atrapado en mi garganta, negándose a ser pronunciado en este lugar maldito.

Donn sonríe, una mueca lenta que no llega a sus ojos.

—Dos años ocultando a una mujer en una cabaña sin nombre, tratándola como un secreto que no merecía vuestro apellido… y ahora aparecéis aquí, con todo vuestro acero, a reclamarla ante el mundo. Resulta curioso, Varkas. Siempre llegáis cuando ya no queda nada que se pueda rescatar del barro.

Un murmullo cargado de rabia recorre a mis hombres, un sonido de metal rozando el cuero. Mantengo los ojos fijos en Donn, ignorando el incendio que me devora por dentro.

—Traedla ahora —repito, variando el tono hacia una nota baja y peligrosa, despojada de cualquier matiz que no sea una amenaza latente.

Donn gira apenas la cabeza y hace un gesto despreocupado con la mano. Dos hombres emergen de la sombra tras el parapeto. Ese instante de espera es una agonía física que me impide llenar los pulmones. Observo cómo los guardias se inclinan, ajustando un peso que parece excesivo, moviéndose sin la precaución que se tiene con un prisionero que puede luchar. La levantan entre los dos, sujetándola por debajo de las axilas y elevándola por encima del pretil como si fuera un fardo de mercancía defectuosa.

No hay cuidado en el trato, no hay rastro de la dignidad que ella siempre defendió con uñas y dientes. La cabeza de Ealasaid cae hacia un lado de forma antinatural, sin que los músculos del cuello ofrezcan el menor sostén. Sus brazos cuelgan con una laxitud absoluta y sus pies descalzos se balancean en el vacío sin buscar apoyo contra la piedra. El viento mueve su cabello oscuro sobre su rostro, pero no hay respuesta en ella, ni un parpadeo, ni un intento de apartar los mechones que le cubren los ojos.

Mi mente intenta desesperadamente buscar una explicación que no sea la muerte. Pienso con una lógica febril que quizá está sedada, que solo está inconsciente por algún golpe, que el cansancio extremo la ha vencido finalmente. Intento engañarme durante una fracción de segundo que se siente como una vida entera, pero la contradicción visual es insoportable: la forma en que su cuerpo se entrega a la gravedad es la de una masa que ya no posee espíritu propio. La veo con una claridad que me desgarra y en ese instante, antes de que nada suceda, entiendo que el lunes ha muerto antes siquiera de comenzar.

—Donn —digo, y el sonido que sale de mi pecho es el de un hombre que acaba de reconocer su propia ruina—. Bajadla.

Él no responde con palabras. Simplemente abre los dedos.

Los hombres la sostienen un segundo más, el tiempo justo para que el impacto visual se asiente en mi memoria para siempre, y luego abren los brazos. La sueltan con la misma indiferencia con la que se descarta un escombro.

El cuerpo cae con una verticalidad brutal, recorriendo la distancia hacia el suelo en un descenso que parece ralentizarse ante mis ojos. No hay grito, no hay giro, no hay el menor intento de corregir la trayectoria. Mi caballo arranca antes de que yo sea consciente de la orden; el animal siente mi desesperación y devora el barro en una zancada violenta. Salto de la montura en pleno movimiento, ignorando el dolor en las rodillas al chocar contra la tierra húmeda, y me lanzo hacia el punto donde su trayectoria debe terminar. Solo tengo un pensamiento único y obsesivo: que no toque el suelo. No en este lugar. No ante los ojos de Donn.

La intercepto en el aire de forma caótica. El impacto de su peso inerte contra mi pecho me arranca el aliento y me arroja hacia atrás, obligándome a clavar las rodillas en el barro para no ser derribado por la inercia de la caída. La sujeto con una fuerza desesperada, sintiendo cómo casi se me desliza de los brazos por la falta de tensión de sus miembros. Tengo que recolocar sus hombros y su cabeza contra mi cuello, haciendo un esfuerzo físico real para estabilizar su carga y que no toque la inmundicia del patio.

Me quedo de rodillas, con ella entre los brazos, rodeado por el silencio sepulcral de mis hombres y las risas contenidas que bajan de la muralla. Busco su pulso por instinto, presionando con los dedos en el hueco bajo su oreja y luego en su muñeca izquierda, allí donde la piel se siente extrañamente delgada. Repito el gesto con una urgencia demencial, convencido de que mi propia agitación me impide percibir el latido. Pero no existe nada. El frío de su piel es denso y profundo, un frío asentado que me indica que la vida la abandonó hace mucho más que unos minutos. Lleva horas muerta. Me la han entregado cuando ya no quedaba nada que rescatar excepto su cuerpo.

Me incorporo con ella en brazos, haciendo fuerza con las piernas contra el lodo. Fraser se acerca con el rostro descompuesto, balbuceando una pregunta sobre la venganza que decido ignorar.

—Marchémonos —ordeno. Mi voz ya no tiene matices; es una sentencia seca.

—¿Laird…? ¿No vamos a cobrarnos esto? —insiste Fraser, con la mano en la empuñadura.

—Marchémonos —repito, ajustando la cabeza de Ealasaid contra mi hombro para proteger su rostro de las miradas—. No voy a convertir su final en un espectáculo de sangre sobre el barro. No merece que sus últimos momentos en este mundo se pierdan entre el acero y los gritos de sus asesinos. No es cobardía, Fraser; es la última elección de respeto que puedo tomar por ella.

Nadie discute. El peso de mi decisión es una muralla que no se atreven a cruzar. Monto con una dificultad que me quema los tendones, sosteniéndola con un solo brazo mientras aseguro su cuerpo contra el mío. El camino de regreso a Gleann Mòr se convierte en una procesión de sombras bajo la luz de la luna. La sujeta contra mi pecho, reajustando su posición constantemente cada vez que el trote del caballo amenaza con hacer bailar su cabeza. Cubro sus pies descalzos con los faldones de mi propia capa, intentando protegerla de un frío que ya no puede herirla, sintiendo su mano inerte golpeando contra mi jubón con cada paso, un eco constante de mi propio fracaso. El cuerpo no acompaña el movimiento del animal; es una carga estática que me obliga a tensar cada músculo para mantenerla digna sobre la silla.

Al llegar a las puertas de mi castillo, el aire cambia. Los guardias de las almenas reaccionan primero con una confusión que se transforma en un silencio absoluto al identificar mi carga. Los portones de roble se abren de par en par con un gemido que parece un lamento colectivo. El silencio se extiende por el patio como una mancha de aceite; los criados se detienen, los mozos de cuadra sueltan las herramientas y nadie se atreve a pronunciar un saludo.

Cruzo el patio central por donde solo entran los reyes y los vencedores, sin mirar a nadie, con los ojos fijos en la torre sur.

Catrìona sale a mi encuentro al pie de la escalera. Se detiene en seco al ver la palidez de Ealasaid y la forma en que su cabello cuelga sobre mi brazo. No hace preguntas. No grita. Simplemente se lleva una mano a la boca y retrocede un paso, entendiendo en ese segundo que el tiempo de las esperas ha terminado en tragedia.

Desmonto con ella en brazos y subo la escalera de piedra. Entro en la alcoba que ordené preparar. El hogar está encendido, tal y como pedí, y el aroma a pan caliente y miel flota en el aire de la estancia; una crueldad que el destino me lanza a la cara con cada inspiración. Dejo su cuerpo sobre la cama de lino limpio con una delicadeza que me tiembla en las manos. Catrìona entra tras de nosotros con un cuenco de agua tibia y empieza a limpiar el barro de sus pies y las marcas oscuras de los grilletes en sus muñecas. Me quedo de pie junto a la ventana, viendo cómo la luz de las velas baila sobre su rostro sereno, ahora que el dolor de Donn ya no puede alcanzarla.

He cumplido mi palabra. Ha entrado por la puerta grande. Todo el mundo sabe ahora quién es la mujer que habitaba en el sur. He traído a la señora de Gleann Mòr a su hogar, pero el lunes ha llegado vacío de vida, y la promesa que hice en la oscuridad de una cabaña se ha cumplido con el peso de la muerte.

Me arrodillo junto a la cama y tomo su mano fría entre las mías, apretándola contra mi mejilla.

—Ealasaid Mhor —susurro, y las lágrimas que he contenido todo el camino empiezan a caer sobre sus dedos—. Bienvenida a vuestro hogar.

El silencio es la única respuesta que recibo, un silencio más hondo que los muros de esta fortaleza. El lunes se ha terminado, y con él, la vida que no me atreví a reclamar a tiempo.

CAPÍTULO 11



Mi propia alcoba me recibe con el aroma envolvente a leña reciente y a esas ramas de tomillo que Catrìona cuelga siempre del travesaño del hogar. Es uno de esos detalles silenciosos que aprendí de ella hace mucho tiempo, una de las tantas lecciones que nunca he sabido confesarle que atesoro. El fuego arde con una parsimonia respetuosa, alimentado por brasas vivas que ella misma ha mantenido encendidas desde que di la orden de abrir esta estancia, asegurando que el frío no fuera el primer habitante en dar la bienvenida a Ealasaid. Las ventanas que miran al mediodía permanecen cerradas, pero los postigos permiten que se filtre la primera claridad del amanecer, una luz mortecina que aún no se atreve a ser sol, sino que funciona como un anuncio sombrío de lo que está por venir. La cama luce sus mejores galas: el lino crudo, ese tejido que se reserva únicamente para las visitas de mayor linaje y que no ha vestido esta estancia desde la mañana en que mi madre exhaló su último suspiro.

Cruzo la habitación con Ealasaid en los brazos, sintiendo que cada paso es una traición a la quietud que nos envuelve. Al llegar junto al lecho, me detengo en seco y descubro, con una punzada de angustia, que no sé cómo soltarla. He depositado innumerables cuerpos sobre camastros y suelos durante veinticinco años de guerras incesantes, pero ninguna de aquellas maniobras prácticas me sirve ahora. En la guerra, el cuerpo se acomoda según cae, se le cruzan las manos y se sigue adelante; aplicar esa frialdad aquí, en este santuario que debía ser su hogar, sería una ofensa que no podría perdonarme jamás. Permanezco un minuto entero de pie,

sosteniéndola contra mi pecho, porque mi mente se niega a aceptar que deba entregarla a la inmovilidad del lino. Me parece que, mientras la cargue, aún conservo una brizna de control sobre este desastre.

Al final, me siento con extrema cautela en el borde de la cama, manteniéndola sobre mi regazo un instante más. La acomodo con una lentitud que me quema los tendones: deslizo primero sus piernas, permitiendo que sus pies descalzos rocen el lino frío, y luego bajo el resto de su cuerpo. Sostengo su cabeza hasta el último segundo, temiendo que la marca del cuello se acentúe bajo la luz del amanecer si la suelto con brusquedad. Cuando la almohada finalmente la recibe, utilizo dos dedos para corregir la posición de su mejilla, asegurándome de que descanse de forma natural, como si estuviera sumida en un sueño profundo y no en este mutismo definitivo. Le cruzo las manos sobre el estómago, la izquierda sobre la derecha, fingiendo una paz que a mí me está vedada.

—Laird.

La voz de Eòghan surge del umbral, cargada de una solemnidad que no necesita presentaciones. No me giro para mirarlo. Mantengo la vista fija en el rostro de Ealasaid, pues sé que si me doy la vuelta ahora, mi capitán verá en mis facciones a un hombre que ya no reconoce. La máscara del señor de Gleann Mòr se ha agrietado y no estoy listo para que nadie sea testigo de los escombros.

—Eòghan —respondo, con un hilo de voz que apenas rasga el aire.

—Todo el clan está bajo resguardo. La puerta del sur ha sido cerrada y los centinelas han doblado sus turnos en las torres. Los dos hombres que perdimos en la incursión descansan ya en la capilla. —Se detiene un instante, midiendo la ausencia de sonido en la alcoba—. Decidid, Sloane, ¿qué necesitáis de mí?

Lo medito mientras observo la palidez de Ealasaid, la cual parece acentuarse con la luz creciente. Sé que lo que estoy a punto

de pedir es un desafío a la lógica de los hombres, pero no tengo otra salida.

—A Morvenna Kyntire. Necesito que la traigáis aquí de inmediato.

El silencio que sigue a mi petición dura exactamente dos segundos. Eòghan no se inmuta, su voz recupera esa estabilidad carente de juicios que tanto le caracteriza, aunque la mención de ese nombre ha tensado el aire de la habitación.

—¿A quién deseáis enviar para tal encargo?

—A Fraser. Que tome un caballo de refresco y no se detenga. Entregadle la bolsa negra que guardo en el arcón; las tres monedas de oro son para él por el esfuerzo. —Tomo aire, buscando la sutileza necesaria—. Decidle que el laird de Gleann Mòr le entregará lo que ella pida, sin condiciones, si accede a ayudar a su esposa. Solo eso. Que no mencione nada más.

—Fraser estará en el páramo antes de que los pájaros despierten, Sloane. Irá como si le persiguiera el mismo diablo.

Mi capitán no discute la cordura de recurrir a esa mujer, cuya reputación de traer sombras de vuelta a la luz haría temblar a cualquier cristiano. Lo oigo asentir y retirarse, y sé que, en cuestión de minutos, Fraser estará galopando hacia el norte. Mientras tanto, me quedo a solas con ella, en una habitación que nunca debió ser el escenario de este encuentro. Me dejo caer de rodillas junto al lecho y tomo sus manos. Están gélidas. Es un frío asentado que se apodera de la carne cuando el motor del corazón ha dejado de latir hace demasiado tiempo.

—Ealasaid —comienzo, y mi voz suena tan quebrada que apenas la reconozco—. Ya estáis en mi casa. Habéis llegado esta mañana, tal como prometí.

Esta es la alcoba que os preparé con todo mi celo. Las ventanas miran al mediodía para que recibáis el sol que tanto os gustaba en vuestra aldea. El hogar lleva encendido esperando vuestra llegada. Esta habitación perteneció a mi madre y ha

permanecido cerrada durante once años, pero la mandé abrir exclusivamente para vos.

Hablar en pasado de mis planes es una tortura que no había previsto; el ayer duele con un filo mucho más agudo que la incertidumbre del presente. Tenía planeado ir a buscaros el viernes con doce de mis mejores hombres para escoltaros. Os había buscado un caballo manso para que el trayecto os resultara liviano. Yo mismo pensaba cabalgar en vanguardia para veros entrar por el arco principal, y os juro que cada guardia de este castillo habría sabido vuestro nombre y vuestro rango antes de que hubierais cruzado el umbral.

—Ealasaid, mírame... por favor —le suplico, olvidando que sus ojos ya no se abrirán por mi voluntad—. Hay algo que necesito deciros aquí, porque me faltó el valor para hacerlo mientras vuestro corazón latía.

Nuestra espera era una mentira tejida por mi miedo. Os decía «cuando la guerra termine» como si el conflicto fuera un lugar físico del que se pudiese salir cerrando una puerta. Pero ambos sabíamos que esa guerra podría durar otra generación. Fingimos que «entonces» era una palabra con significado, cuando solo era un refugio para mi cobardía. No os nombré porque temía lo que vendría después del nombre; temía que reclamaros me obligara a mostrar una vulnerabilidad que me enseñaron a odiar desde niño. Aprendí a callar, creyendo que el silencio protegía, cuando en realidad solo nos alejaba.

Tomo una de sus manos y acaricio sus nudillos con el pulgar. El lunes no llegó a ser ese sitio fijo que yo imaginaba. Y ahora estoy aquí, arrodillado frente a vos, sintiendo el peso de cada mirada que aparté en el mercado de Braemar para fingir que no existíais. Vi vuestro dolor y decidí no acercarme porque pensé que cualquier gesto empeoraría nuestra situación. Qué equivocado estaba. He guardado silencio mil veces, y ahora que os hablo de frente, me doy cuenta de que una sola vez no basta para compensar tanto vacío.

—Ella vendrá pronto. Le entregaré todo el oro que pida, incluso mi propia alma. Si Morvenna es capaz de devolveros a este cuerpo y vos aceptáis el trato de regresar, os juro que esta casa será vuestra por derecho propio. No habrá más sombras. Todo lo que os negué será vuestro ante el mundo entero.

Aprieto sus manos por última vez con una desesperación que me hace temblar.

—Y si decidís no volver... quiero que os llevéis esto: os amo. Os he amado desde aquel primer día en el río, cuando os vi lavando la ropa y me quedé prendado de vuestra fuerza silenciosa. Os he amado en cada regreso, en cada secreto. Cada uno de mis regresos era un «para siempre» disfrazado de visita. No supe ponerle palabras a mi amor y ahora solo puedo decírselo a la ausencia de esta alcoba.

Permanezco con la frente apoyada en sus manos, respirando su aroma que empieza a desvanecerse. Escucho pasos suaves a mi espalda, movimientos de alguien que lleva tiempo aguardando su turno.

—Laird.

—Catrìona —respondo, irguiéndome sin llegar a ponerme de pie.

Me giro lo justo para verla en el umbral. Porta una palangana y paños blancos inmaculados. Catrìona muestra ese rostro de piedra de quien no ha dormido y no permitirá que nadie se lo eche en cara. Al acercarse al lecho, se detiene en seco. Veo cómo sus manos tiemblan un instante imperceptible antes de recuperar el control. Mira las marcas de los grilletes y el moretón en el pómulo, y traga saliva con una dureza que me duele ver.

—Mi señora... —murmura Catrìona, y esas palabras contienen una carga de respeto y tristeza que me atraviesa.

Comienza la limpieza con una cadencia hipnótica. Moja, escurre, limpia. Trata el cuerpo con la delicadeza con la que se atiende a alguien que temes despertar. Es la precisión de las mujeres

que han comprendido que la suavidad es la última forma de honor. Yo la ayudo, sosteniendo la cabeza de Ealasaid cuando ella me lo indica, pasando el brazo bajo los hombros para que pueda limpiar el cuello.

El agua se enturbia y Mairi regresa puntualmente para renovarla. No cruzamos una sola palabra. Catrìona extrae un pequeño frasco de aceite y lo aplica con toques precisos. El aroma a romero y malva empieza a llenar la estancia, sustituyendo el olor a muerte por uno de cuidado. Al terminar, Catrìona se endereza y observa el rostro de Ealasaid. Por primera vez en diez años, veo a esa mujer inquebrantable apretar los labios, conteniendo una emoción que se niega a dejar salir. Me pone una mano en el hombro durante un par de segundos; es un peso firme, real, que no busca consolarme, sino recordarme que no estoy solo en esta vigilia. Sale de la estancia cerrando la puerta con un chasquido casi imperceptible.

Vuelvo a estar a solas con ella. El sol ha ganado la batalla a los postigos y un rectángulo de luz dorada se proyecta sobre el suelo, avanzando centímetro a centímetro hacia la cama. Miro fijamente la puerta, contando los minutos hasta que el estrépito de un caballo en el patio me anuncie que la mujer que puede traer el lunes de vuelta ha llegado.

CAPÍTULO 12



Fraser llega con el sol ya asomando sobre las colinas del este, tiñendo el horizonte de un oro pálido que se filtra por las rendijas de los postigos. Diez minutos antes de que los cascos de su caballo resuenen en el patio, yo ya sé con una certeza animal que ha regresado. El aire de la alcoba, estancado en un luto silencioso, cambia de pronto. Las llamas de las velas empiezan a temblar como si una presencia invisible caminara entre ellas, y el fuego del hogar baja a brasa viva sin motivo aparente, consumiéndose en un suspiro. Se me eriza la piel de los antebrazos y el aroma a tomillo y leña cede el paso a algo más antiguo, cargado de una humedad que huele a raíces y a secretos que la tierra nunca debió revelar. Es el anuncio de la mujer que he mandado traer desde los confines de lo prohibido.

Me levanto del borde de la cama, sintiendo cómo las rodillas me crujen tras horas de vigilia. Apoyo la mano en el poste tallado un instante para que la sangre regrese a mis pies entumecidos y miro a Ealasaid una última vez en su quietud. Sigue exactamente como la dejé: lavada con devoción por Catrìona, con las manos cruzadas sobre el camisón de lino limpio. Camino hacia la puerta con el corazón martilleando contra las costillas, pero no necesito alcanzar el pomo. La madera se abre por sí sola, sin que el marco oponga la más mínima resistencia física.

Morvenna Kyntire entra en mi alcoba y su presencia parece absorber la luz de las esquinas. La reconozco al instante por las historias que mi padre contaba en susurros: el cabello negro como el ala de un cuervo cayéndole hasta la cintura y, sobre todo, los ojos.

Son tan negros, tan insondables, que dentro de sus pupilas no se refleja el brillo de las velas. Es como mirar directamente al abismo.

—Varkas —pronuncia mi nombre con una voz que parece compuesta por dos capas superpuestas, una joven y otra anciana. El efecto me desordena el pulso de inmediato.

—Morvenna. Gracias por venir —respondo, tratando de recuperar mi compostura de señor, aunque me siento despojado de ella frente a su mirada.

—No se agradece lo que se paga con el alma, laird —sentencia ella, y su vista se dirige hacia el lecho—. Mostrádmela. No he venido por cortesía, sino por el llamado de la sangre.

Me aparto en silencio. Morvenna se acerca con una parsimonia que hiela la sangre, deteniéndose a un paso del colchón. Estudia a Ealasaid sin llegar a tocarla, manteniendo las manos enlazadas. Durante un minuto infinito no pronuncia palabra. Su vista recorre cada facción y la quietud de esas manos que yo mismo coloqué.

—Lleva horas así —murmura, más para sí misma que para mí.

—Desde esta mañana —confirmo, sintiendo que la esperanza es un clavo ardiendo en mi palma.

—La han trabajado durante la noche —dice ella, ladeando la cabeza mientras acerca su mano al cuerpo sin llegar a rozarlo. Inhala hondo, como si escuchara algo en el silencio de la piel—. Lo noto en la rigidez de su espíritu. El odio se asentó rápido.

—Donn no quería solo matarla; quería que yo llegara a tiempo para ver cómo se le escapaba el último aliento.

Morvenna asiente, una confirmación sombría que me cierra la garganta. De pronto, su actitud cambia y se vuelve imperativa.

—Tapad las ventanas. No quiero que una sola brizna de luz solar toque esta piel. Traed la tina más grande y colocadla frente al hogar, colmada de agua hirviendo. Necesitaré a un hombre que

cargue y a una mujer que sepa callar ante lo imposible. Los demás deben abandonar esta alcoba ahora mismo.

Salgo al pasillo con paso rápido. Catrìona está allí, tal como la dejé. No necesito hablar; me basta una mirada cargada de urgencia para que ella se ponga en movimiento. El castillo se convierte en un hervidero de actividad silenciosa. Las mujeres suben calderos humeantes y dos de mis hombres bajan la tina de madera; Mairi se encarga de sellar cada rendija de los postigos con paños empapados. El vapor empieza a llenar la alcoba, enturbiando el ambiente y cambiando el aroma por uno a tierra removida y cueva profunda. Cuando los últimos sirvientes salen y Catrìona cierra la puerta, la Kyntire me mira fijamente.

—Desnudadla —ordena con una frialdad que me corta la respiración.

Dudo un instante. Mis manos, que la han buscado tantas veces en la penumbra de su cabaña, ahora no parecen recordar cómo moverse. Suelto el cordón del camisón con los dedos temblándome violentamente. Bajo la tela blanca por sus hombros, dejando que el lino caiga a los pies de la cama. Retiro la sábana y, entonces, la veo de verdad.

Lo que veo me hace retroceder un paso, con el aire atascado en la garganta y una náusea que nace del alma. Catrìona solo la lavó superficialmente y yo no había tenido el valor de examinar lo que el lino ocultaba. Son latigazos cruzados en su espalda, surcos de carne viva que hablan de una saña metódica. El costado derecho es un mapa de horrores: marcas de golpes que no se dieron en un arrebato, sino con una paciencia sádica. Hay quemaduras redondas en el hombro, la huella exacta de un hierro candente apoyado con deliberación, y sus muñecas y tobillos muestran el rastro profundo de los grilletes que la anclaron al muro.

—Oh —exhala. Su voz se parte; la faceta joven desaparece y queda solo la voz anciana, cargada de un peso ancestral. Su mandíbula se tensa y, por un instante, veo una empatía antigua en

sus ojos negros—. La han tenido el tiempo justo para quebrarla. No hubo piedad.

—Una noche —logro articular, y la palabra sabe a hiel—. No necesitó más.

—Esto no es la tortura de un captor que busca secretos — Morvenna acerca su mano a las heridas, casi percibiendo el dolor que aún emana de ellas—. Esto es el deleite de un hombre que disfrutó quebrando cada centímetro de su voluntad.

Mis rodillas fallan. El equilibrio se me escapa y caigo de rodillas al pie de la cama con un golpe sordo, apoyándome mal contra la madera del lecho. Me cubro la cara con las manos y lloro. Lloro de rodillas, con la frente hundida contra la estructura de la cama, apretando la camisa de Ealasaid contra mi pecho con una mano mientras la otra intenta amordazar un grito que me nace de lo más profundo. No hay nada que se pueda contener ya.

Morvenna permanece inmóvil al otro lado de la cama, permitiendo que mi dolor se consuma. Le hablo a ella sin levantar la cara del colchón, con la voz hecha trizas.

—No la protegí como debía. Llevo dos años amándola y nunca tuve el valor de decírselo. La dejé sola porque me convencí de que el silencio la mantendría a salvo, pero solo la estaba escondiendo de mi propia responsabilidad. La condené con mi cobardía. Creí que el secreto la protegía y solo la estaba dejando sola frente al lobo.

Me quedo allí, quebrado, hasta que el silencio se vuelve tan denso como el vapor. Entonces ocurre algo para lo que no estaba preparado: Morvenna respira hondo, y veo que sus ojos negros están inundados de una humedad que no llega a caer.

—Varkas —me llama con una resonancia que me hace estremecer—. La voy a traer de vuelta.

—Gracias... —murmuro, sintiendo un vértigo que casi me hace perder el sentido.

—No me las deis todavía. —Su voz ahora es severa y definitiva—. Cuando yo os pida un favor, no podréis rechazarlo. Sea cual sea el sacrificio, sea cuando sea el momento. Esa es mi única condición por desafiar lo que está escrito.

—Acepto el trato.

Ella asiente, aceptando el juramento por mi sangre y mi honor. Indica la tina humeante con un gesto imperativo.

—Que preparen una tina de agua hirviendo.

Doy la orden con rapidez y las doncellas comienzan a trabajar sin descanso ordenadas por Catrìona, quien cierra la puerta, una vez realizado el mandato.

—Metedla dentro.

La levanto de la cama. Pesa tan poco que me asusta. El vapor de la tina me golpea y, cuando mis antebrazos tocan la superficie del agua para sumergirla, el calor me muerde la piel con una ferocidad insoportable. Siento cómo la carne se enrojece y el vello se chamusca, pero no la suelto. No me importa quemarme si con ello le ofrezco el calor que ella ya no sabe generar. Es mi piel a cambio de la suya.

La sumerjo por completo. Morvenna introduce su mano blanca en el líquido hirviente sin inmutarse y comienza a trazar círculos lentos, precisos, como si marcara un límite invisible dentro del agua.

El vapor cambia. Ya no es solo calor; huele a tierra removida, a algo antiguo que se despierta bajo la superficie.

Esparce la arena blanca. En el instante en que los granos tocan el agua, el líquido se ennegrece de golpe, denso, opaco, como si la luz hubiera sido arrancada de su interior. El cuerpo de Ealasaid se arquea bajo la superficie. No es un espasmo humano; es una sacudida violenta, ajena, como si algo tirara de ella desde dentro.

La luz de las velas se apaga de golpe. Solo queda el resplandor cobrizo de las brasas. El agua ennegrecida se agita con

una violencia que no responde al calor, sino a algo que se está despertando dentro de ella.

Morvenna no eleva la voz, pero cuando comienza a hablar, el sonido llena la estancia como si saliera de las paredes y no de su garganta.

—Anam air a ghairm bhon bhàs, till air ais don fheòil agad, gabh anail às ùr agus ceangail ri fuil an fhir a tha gad ghairm.

No es un canto fragmentado, ni una invocación que sube y baja. Es una frase sostenida, una orden larga que no admite interrupción. Mientras la pronuncia, introduce la mano en el agua sin mostrar reacción alguna al calor que a mí me ha quemado la piel, y empieza a trazar círculos lentos alrededor del cuerpo sumergido.

El polvo que deja caer con la otra mano no se dispersa como una hierba común. Se hunde y se expande desde dentro, tiñendo el agua de un negro más denso, más profundo, como si abriera una grieta en el fondo de la tina.

—Na fuirich anns an dorchadas, chan eil do chorp air a thoirt bhuat fhathast, till agus gabh na bhuineas dhut.

El cuerpo de Ealasaid responde.

No con un temblor leve, sino con una sacudida violenta que hace que el agua golpee los bordes de madera. Sus músculos se tensan bajo la superficie, sus manos se abren y se cierran, y durante un instante tengo la certeza de que algo está tirando de ella desde otro lugar.

Doy un paso adelante.

Morvenna levanta la mano sin mirarme. Me quedo donde estoy.

—¡Vuestra sangre, Varkas! Ahora.

No hay duda en la orden. Me abro la muñeca sin pensarlo, y cuando la sangre empieza a brotar, ella me agarra el antebrazo y lo guía hacia el agua. No la deja caer al azar. La dirige con precisión hacia los labios de Ealasaid, que asoman apenas bajo la superficie.

—Ceangail ris, gabh a fhuil agus gabh anail troimhe, oir is ann leis a tha thu beò a-rithist.

La sangre entra en su boca. El agua deja de agitarse. No poco a poco. De golpe. El negro empieza a romperse desde dentro, como si algo lo estuviera disolviendo, y en cuestión de segundos el agua recupera su transparencia. Me inclino sin darme cuenta, clavando la vista en su cuerpo.

Las heridas empiezan a cerrarse.

Primero las más superficiales, las marcas del látigo, que se atenúan hasta desaparecer. Después las más profundas, las de acero, que se contraen y se sellan como si la carne recordara su forma original. Las muñecas, destrozadas por el hierro, recuperan su contorno, aunque sé que la memoria de ese dolor no se irá.

Su pecho sigue inmóvil.

Un segundo. Dos. Morvenna no se mueve. No repite el canto. No insiste. Solo observa. Entonces el pecho de Ealasaid se eleva.

Una vez. El aire entra con dificultad, como si los pulmones no recordaran del todo su función.

Una segunda vez. Más firme.

El agua se estremece alrededor de su cuerpo, pero ya no hay violencia en el movimiento. Solo un pulso que vuelve.

Morvenna retira la mano. Se incorpora despacio, como si todo hubiera terminado mucho antes de que yo pudiera entenderlo.

—Sacadla de ahí —dice sin énfasis—. Ya respira.

No espero más. La saco del agua con una urgencia que me quema los brazos, la envuelvo en la piel de oveja y la estrecho contra mí, notando cómo su cuerpo empieza a generar calor propio.

Está viva. Su respiración se asienta poco a poco contra mi cuello.

Morvenna se dirige hacia la puerta. Se detiene en el umbral.

—Aseguraos de que el regreso haya valido todo el dolor que tuvo antes de encontrar la muerte. La que vuelve no es la misma mujer.

Aprieto a Ealasaid contra mí.

—Lo juro.

Ella sale y la puerta se cierra. Las velas se encienden solas y el fuego recupera su llama alta. Me quedo solo con ella, con mi muñeca todavía goteando y el corazón renovado. Ealasaid respira. Yo respiro.

—Ealasaid... esposa. Bienvenida a casa —susurro contra su pelo mojado.

Voy a aguantar cada día, cada reproche y cada silencio que ella necesite. Ella resistió el infierno por mi culpa, y yo le debo el resto de mi existencia para intentar arreglarlo. Esta vez no voy a esconderla. Ni del mundo, ni de mí mismo. El lunes ha llegado, y aunque no sea como soñé, nos ha dado una oportunidad más.

CAPÍTULO 13



Abro los ojos y el techo que me recibe no es el mío. Cuatro vigas de roble oscuro cruzan un espacio vasto, imponiendo una arquitectura de poder que me resulta extraña y pesada. En la tercera viga distingo un nudo redondo, una mancha de madera vieja que parece un ojo que no parpadea, observándome desde una altura que mi propia cabaña nunca poseyó. Me quedo inmóvil, con la espalda hundida en una lana que cede bajo mi peso con una suavidad que me resulta ajena. No es el jergón de brezo de mi casa, aquel que olía a campo abierto; aquí, el aire está saturado de una mezcla densa: leña de tomillo, cera de abeja y un rastro metálico, punzante, que se me pega a la garganta como una advertencia.

Giro la cabeza con lentitud, sintiendo una pesadez en los músculos que me hace dudar de mis propios nervios. Sloane está a mi lado. Duerme con una respiración rota, rítmica, dándome la espalda. Conserva el jubón de cuero abierto y las calzas puestas, como si se hubiera derrumbado sin fuerzas para terminar de desvestirse. Veo la línea afilada de su mandíbula y el rastro de un cansancio inhumano que le marca la piel incluso en la rendición del sueño.

Pero lo que me detiene el pulso es su muñeca izquierda. Está envuelta en un vendaje de lino inmaculado que muestra una mancha de sangre fresca, perfectamente circular, que parece latir mientras la miro.

Intento recordar. Busco en el desván de mi memoria las últimas imágenes nítidas: la cocina en la aldea, el calor de sus pies

contra mis piernas, el «lunes» que murmuró en la puerta como una promesa grabada en piedra. Recuerdo haber esperado que viniera a buscarme. «Ha venido. Me ha traído a su castillo», me digo, tratando de convencerme de una lógica que se me escapa.

No sé cuántas horas han pasado. Debería preguntarme por qué estoy desnuda bajo estas pieles, o por qué no escuché el estrépito de su llegada, pero una necesidad voraz me arrolla. No es hambre de pan; es una urgencia carnal y salvaje que me sube del vientre al cuello como un incendio. El deseo no llega con la pausa de la caricia; es un latigazo, una necesidad de cuerpo contra cuerpo que me anula el juicio. Siento la piel impaciente, ardiendo por un contacto que confirme que mi sangre todavía corre, que estoy hecha de materia y no de sombras. Necesito anclarme a él para no desvanecerme en este aire extraño.

No lo pienso. Alargo la mano y le toco el brazo, sintiendo la dureza de su músculo. Sloane gruñe entre sueños, un sonido gutural, pero no despierta. Deslizo mis dedos por su pecho, buscando el calor abrasador de su piel bajo el jubón. Me incorporo sobre un codo, dejando que las pieles resbalen por mi espalda, y me pego a él. El contacto de mi piel desnuda contra la tela ruda de su ropa me espolea los sentidos. Le beso la nuca, el nacimiento del pelo que huele a sudor, a caballo y a esa sangre que sigue empapando el lino de su muñeca.

—Sloane —susurro, y su nombre me sabe a hierro.

Sloane abre los ojos de golpe. Tarda un segundo eterno en enfocar la mirada, en entender que soy yo quien está ahí, reclamándole. Se gira con un movimiento pesado, con los ojos turbios de incredulidad.

—Ealasaid... —Su voz es apenas un rastro de ceniza—. Espera. No sé si... no sé si estás aquí de verdad.

Su mano derecha se alza hacia mi rostro, temblando, como si esperara que mis facciones se disolvieran bajo su tacto. No le dejo terminar el gesto.

—Calla —le ordeno.

Le tapo la boca con un beso que no tiene nada de tierno. Es un choque violento que sabe a urgencia y a miedo. Busco su aliento con una voracidad que no reconozco como mía. Él intenta incorporarse, intenta poner la mano sobre mi hombro para frenarme, quizá para comprobar mi solidez, pero yo soy más rápida. Me subo sobre él, a horcajadas, y la presión de mi cuerpo contra el suyo me arranca un jadeo que se pierde en su garganta. No hay preámbulos; solo este hambre de existencia.

Sloane intenta usar los brazos para sujetarme, pero su muñeca izquierda no le responde; la venda se tiñe de un rojo vivo con cada movimiento. Intenta agarrarme por la cintura, pero el dolor le hace fallar el gesto y sisea de frustración. Se queda ahí, inútil de un lado, con un solo brazo sano para intentar contener la tormenta física que lo arrolla. No me importa su confusión ni sus heridas. Le desabrocho lo que queda de su jubón con dedos frenéticos hasta que su pecho queda al descubierto. Él cede. Deja de preguntar y se rinde a la vida que le impongo.

—Ahora —le mando, ignorando cualquier demora.

Él se ayuda con la mano derecha, gruñendo por la torpeza de la izquierda que cuelga pesada. En cuanto el camino queda libre, me hundo en él con una fuerza que me deja sin aire. Es un choque de pedernal contra hierro, algo primario que hace que las vigas del techo parezcan girar. El impacto me hace arquear la espalda mientras lo busco como si buscara el centro de la tierra, anclándome a su carne para no salir volando hacia la oscuridad.

El acto es voraz, desquiciado por la necesidad de reconocimiento. La alcoba se llena del olor a sudor y turba. No busco su mirada porque temo el vacío que pueda haber en ella; busco su calor, la confirmación de que ambos somos reales. Él me responde con una intensidad desesperada, buscándome con la boca abierta, marcando mi piel con los dientes como si quisiera dejar una huella permanente en un cuerpo que cree haber perdido.

—Más fuerte, Sloane. No te pares —le ruego, y mi voz suena a orden y a súplica.

Él gruñe, un sonido que le nace de las entrañas y vibra en mis propios huesos. Su brazo derecho me rodea la cintura con una fuerza que me corta el aliento, apretándome contra él, mientras su muñeca vendada golpea el jergón, soltando pequeñas gotas rojas sobre la sábana de lino crudo. La mancha se extiende entre nosotros como un mapa de nuestra urgencia. No me importa. La calidez de su sangre en mi piel se siente como la única verdad sólida en este castillo de sombras.

Es un incendio que se alimenta de silencios. Soy puro instinto, aferrada a él para no caer al abismo que intuyo a mis espaldas. El clímax me alcanza como un latigazo seco que me sacude la espina dorsal y me nubla la vista. Es un impacto que me obliga a echar la cabeza hacia atrás, soltando un grito que se pierde entre el crujir de la madera. Sloane llega justo después, con los músculos en una tensión absoluta, enterrando el rostro en mi hombro con una liberación violenta, como si estuviera entregándome su último aliento.

El silencio que sigue es pesado, asfixiante. Me desplomo sobre su pecho, sintiendo su corazón desbocado bajo mi oreja como un trueno lejano. Sloane respira a trompicones, acariciándome con una torpeza tierna, como si estuviera volviendo a unir mis pedazos. Dejo que el sudor se enfríe sobre nuestra piel. El hambre ha retrocedido, dejando tras de sí una calma gélida que me permite empezar a pensar.

Me separo un poco y miro mis propias palmas a la luz de las brasas. No reconozco lo que veo. Mis manos están inusualmente limpias, demasiado tersas. No hay rastro de los callos del trabajo diario ni de la piel cuarteada por el frío del río. Busco en mi índice derecho y la grieta que tenía allí, esa marca profunda que me nacía cada invierno, ha desaparecido. La piel es lisa, nueva.

Estas no son mis manos. Son mis manos... pero no hay rastro de mi vida en ellas.

Un escalofrío me recorre la nuca. Miro alrededor. Esta alcoba es enorme, austera, con un lujo que me oprime. El hogar es de piedra labrada con escudos desconocidos. Tapices de cacerías violentas cubren los muros. No es mi casa. No es la aldea.

—Sloane —murmuro, y noto que su pecho sube y baja con más tranquilidad, aunque su brazo sigue tenso.

—Dime, Ealasaid.

—¿Cuándo me has traído aquí? —le pregunto, tratando de que mi voz no tiemble.

Él tarda en responder, una pausa que se siente como un abismo. Siento cómo se le tensa el músculo del brazo que me sujeta.

—Anoche —replica finalmente. La palabra es breve, cortante.

—¿Por qué no recuerdo nada? No recuerdo haber salido de la aldea.

Él me atrae de nuevo hacia su costado con un movimiento posesivo. Noto el vendaje de su muñeca, húmedo y pegajoso, contra mi brazo.

—Estabas agotada, Ealasaid. Consumida por la espera —dice él con una voz que suena demasiado ensayada—. Solo descansa ahora que estás a salvo.

Me callo. Acepto la respuesta porque no tengo otra, pero algo chirría en mi cabeza, una nota discordante. El calor que acabamos de compartir tiene un reverso frío, un vacío que empieza a devorar la intimidad.

Me acurruco contra él buscando su calor, pero el frío persiste. Sloane me rodea con su brazo sano y suspira, cerrando los ojos. Yo también los cierro, pero el sueño se niega a venir. Intento encajar las piezas: su muñeca herida, mis manos sin memoria de trabajo y el silencio de un castillo que me ha recibido como a una extraña.

Una idea plana y gélida se instala en mi cabeza y se niega a marcharse. «Este hombre me dejó sola», me digo, y la frase resuena en las vigas como una acusación. No sé exactamente a qué me refiero; mi memoria me dice que me dormí a su lado, pero mi cuerpo me grita otra cosa. Me quedo muy quieta, mirándolo dormir mientras la alcoba se llena de una luz mortecina.

Cuando despierte, ya veré yo qué hago con este frío que ha empezado a devorarme por dentro.

CAPÍTULO 14



Me despierta un bramido. No es el mugido pesado de una vaca ni el aullido de un perro; es un sonido mucho más hondo, más antiguo y gutural, que sube desde algún punto al sur del castillo y se extiende por el aire de la mañana con una reverberación que hace vibrar el cristal de la ventana. Un segundo bramido le contesta desde la distancia, con el mismo timbre grave y telúrico. Ciervos. Reconozco el sonido porque lo escuché en mi infancia, cuando los machos bajaban de los montes altos en la brama. Pero no estamos en la estación de la brama. Es abril. Los ciervos no berrean en abril.

Abro los ojos con la confusión latiendo en mis sienes. El techo que me recibe no es el mío. Cuatro vigas de roble oscuro cruzan un espacio que no reconozco. En la tercera viga distingo un nudo redondo, una mancha de madera vieja que parece un ojo sin párpado observándome desde el pasado. Me quedo muy quieta, con la espalda hundida en una lana que cede bajo mi peso con una suavidad inquietante. No es el jergón de brezo de mi casa. Aquí no huele a río ni a la humedad de las piedras de la orilla. Huele a leña de tomillo, a cera de abeja y a ese rastro metálico de hierro que se pega a la garganta como una advertencia.

El bramido se repite, esta vez mucho más cerca. El sonido entra en la alcoba y se queda un momento flotando bajo las vigas como una presencia sólida. Afuera, el silencio vuelve a asentarse, pero yo lo he escuchado. Y el cuerpo nuevo que tengo, este que todavía no reconozco del todo, ha reaccionado al estruendo con una alerta distinta: una vibración primaria situada por debajo del pecho.

Como si aquel sonido no fuera una advertencia, sino una llamada dirigida exclusivamente a mí. «Están ahí», pienso sin saber a quiénes me refiero.

Giro la cabeza sin prisa. Sloane sigue dormido a mi lado. Lo dejo descansar no por piedad, sino por puro cálculo; si hablo con él ahora, con este frío que tengo instalado en el pecho y la extrañeza de contemplar mis manos sin callos, voy a decir algo que no voy a saber retirar. Necesito una hora de ventaja. Necesito desentrañar el ritmo de este castillo antes de enfrentarme al hombre que lo gobierna.

Me incorporo despacio. Mi cuerpo se siente liviano de una forma antinatural, como si pesara menos que ayer, o como si la gravedad no me afectara del mismo modo. Sloane ni se inmuta; busca la almohada con su mano sana y vuelve a acomodarse. Su muñeca izquierda queda fuera de las pieles, envuelta en un vendaje manchado de un rojo ya seco. La miro un instante más de lo debido.

«Se cortó», me digo con la nitidez de un hecho irrefutable. No es una herida recibida en batalla; es un trazo limpio, hecho con cuchillo propio en el único sitio donde los hombres se abren cuando desean entregarlo todo. Guardo ese dato en un rincón de mi mente. Me siento en el borde de la cama y la piedra del suelo recibe mis pies descalzos con un frío limpio y cortante. Eso, al menos, lo reconozco.

Encuentro un arcón a los pies de la cama. Adentro hay vestidos de lana de colores sobrios y camisas de lino. Todo parece nuevo y, lo que es más inquietante, es exactamente de mi talla. «Me esperaban», pienso, y el frío de mi pecho gana terreno. Me visto en silencio, siguiendo los gestos mecánicos de quien lleva décadas haciéndolo sola. Aprieto los cordones del corpiño buscando sentir la presión de la tela, y me echo el chal por los hombros.

Cuando me giro, Sloane ya está sentado en el borde de la cama. Me está mirando fijamente. No lo he escuchado moverse, lo que aumenta mi sensación de desprotección.

—Ealasaid —pronuncia mi nombre como una súplica.

—Laird —le respondo, y la palabra cae con un filo que no tenía hace unas horas.

Él nota el trato formal de inmediato. Se le tensa la mandíbula, pero no me corrige. Mira el vestido gris y el chal antes de detenerse en mis pies descalzos.

—¿Adónde pensáis ir? —pregunta con voz ronca.

—A conocer esta casa, puesto que ahora parece ser la mía.

—Esperad. Debo contaros algunas cosas antes de que salgáis de aquí.

Me siento en la silla de madera junto al hogar y cruzo las manos sobre el regazo, adoptando la postura de paciencia que las mujeres usamos cuando hemos decidido escuchar sin interrumpir. Él traga saliva. Permanece con el jubón a medio abrochar y la muñeca vendada pegada al pecho como un tesoro herido.

—No os traje aquí anoche, Ealasaid. Ha pasado más tiempo.

—Ya lo sé. He visto la ropa del arcón. Diga lo que tenga que decir, laird, pero no me trate como si fuera tonta.

Sloane exhala un suspiro pesado y se aferra a sus rodillas. Sus ojos evitan los míos un segundo antes de soltar la verdad con una crudeza que le hace temblar las manos.

—Donn os capturó hace seis días. Os llevó a Càrn Dubh. Yo llegué tarde. Cuando entré en aquella fortaleza... vos ya estabais muerta.

La palabra «muerta» cae pesadamente en el suelo de piedra. Siento una extrañeza absoluta, como si hablara de otra mujer, de una sombra que no tiene nada que ver conmigo. No hay dolor, solo una curiosidad gélida.

—Continúe —le insto, manteniendo la espalda recta.

—Os traje de vuelta a Gleann Mòr. No podía aceptarlo, así que llamé a Morvenna Kyntire. Ella hizo un rito. Os devolvió la vida que Donn os había arrebatado.

—¿Y a qué precio lo hizo, laird? Esa mujer no regala nada.

—Me pidió un favor. El que ella decida reclamar en el futuro. He pactado a ciegas, Ealasaid, y lo volvería a hacer mil veces.

—Habéis pactado sin conocer las consecuencias. Bien.

El monosílabo le llega cargado de reproche. Sloane lo encaja sin parpadear. Él oculta algo; no me cuenta cómo me trajo, ni qué vio en aquel patio, ni qué le hicieron a mi carne para que ahora luzca tan tersa y nueva.

—Me estáis ocultando algo fundamental. Lo veo en vuestros ojos.

—Os cuento lo que necesitáis saber hoy para empezar de nuevo —replica con terquedad.

—Lo que yo necesito saber lo decido yo, señor. No vos.

—Hoy no será así —levanta la vista y me sostiene la mirada con una firmeza que no le conocía—. Cuando queráis saber más, me lo preguntaréis y yo os lo contaré. Pero hoy no es el día para esas sombras. Hay una cosa más. Morvenna me advirtió que los que regresan no vuelven iguales. Puede que sintáis cosas que no entendáis, o que me miréis con un frío que ya veo en vos.

—¿Un frío? —pregunto, apretando las manos sobre el vestido.

—Un frío que me hiela los huesos, Ealasaid.

Me levanto de la silla, cortando sus justificaciones antes de que llenen la estancia.

—Una última pregunta, Sloane Varkas. ¿De quién fue la decisión? De traerme aquí, de llamar a la hechicera y de pagar ese precio desconocido. ¿Quién decidió por mí?

—La decisión fue mía. Exclusivamente mía.

—¿Acaso me preguntasteis si yo deseaba volver?

—No podíais contestarme —dice él con una crudeza que busca sacudirme—. Estabais muerta en mis brazos.

—No es eso lo que os estoy preguntando y lo sabéis. ¿Desde cuándo decidís vos cuál es mi casa o cuál es mi destino?

Sloane baja los ojos, sintiendo el peso de mi desprecio, pero vuelve a subirlos con una determinación que me enfurece.

—No respondáis. Ya habéis dicho suficiente.

Cojo el jarro de barro con agua que hay en la mesa. Lo sopeso. No tengo intención de herirle físicamente, pero necesito que el silencio de este castillo estalle. Se lo lanzo con fuerza, apuntando al poste de la cama cerca de su hombro. Sloane se aparta apenas un palmo con un reflejo de guerrero, y el barro impacta contra la madera, haciéndose añicos. El agua se derrama sobre las pieles. Él no se mueve.

—Bien —espeto, y este «bien» tiene el frío de la tumba—. Ahora salid de mi alcoba.

—Esta es mi alcoba, Ealasaid. Estamos en Gleann Mòr.

—Es la mía desde este instante, por lo que vos mismo acabáis de confesarme. Si habéis decidido por mí, ahora aceptad las consecuencias. Salid.

Me sostiene la mirada un par de segundos. Finalmente asiente, recoge su jubón del suelo y sale de la habitación descalzo, con la muñeca vendada pegada al pecho. Cierra la puerta con una suavidad que me irrita más que la violencia.

Me quedo sola y respiro hondo. No lloro. Me pongo las botas que encuentro en el arcón, abro la puerta y salgo al corredor. Bajo las escaleras buscando el ruido de la vida y llego a una cocina inmensa que huele a pan reciente. Allí me encuentro con una mujer de cabello gris y mirada inteligente que me mide en silencio.

—Señora —dice con una inclinación de cabeza—. Soy Catrìona. Estoy al servicio de esta casa desde hace veintidós años. ¿Habéis desayunado?

—Todavía no.

Me sirve un cuenco de caldo espeso. Como en silencio, sintiendo cómo el calor empieza a abrirse paso en mi interior. Catrìona no se sienta, pero se queda cerca, moviendo utensilios con precisión.

—Si os hace falta algo, señora, preguntádmelo a mí. No al laird —añade de espaldas. Sus palabras suenan a advertencia y a un pacto silencioso que acepto de inmediato.

Salgo al patio y subo hasta un adarve que ofrece una vista de los alrededores. Allí, apoyada en el pretil, observo el movimiento del castillo. Sin embargo, mi atención se desvía más allá de los muros, hacia el prado del sur.

Allí están. Dos ciervos. Un macho de cornamenta imponente y una hembra a su lado. Están extrañamente quietos, con una consciencia casi humana, mirando fijamente hacia el castillo. Mirándome a mí. Les sostengo la mirada y siento un reconocimiento que vibra en mi sangre. «Os conozco», pienso con una claridad que me asusta. El macho mueve apenas la cabeza y yo me quedo allí, anclada, comprendiendo que ellos también están esperando algo que todavía no sé nombrar.

Me aparto del pretil y me ajusto el chal. Tengo que aprender cada rincón de esta fortaleza y entender qué significan esos dos animales que me observan desde el brezo. Y sobre todo, tengo que decidir qué voy a hacer con el hombre que me robó la paz de la muerte.

CAPÍTULO 15



Salgo de la alcoba del ala sur descalzo, con la muñeca vendada apretada contra el pecho y el jubón echado al hombro como quien abandona una fortaleza que ha dejado de pertenecerle. Lo que de verdad me escuece no es el estrépito del jarro estallando contra la madera, ni el agua empapando las pieles de la cama; es el peso de haber bajado los ojos. No lo hacía desde que tenía diecinueve años y el mundo me parecía un lugar inmenso y aterrador. Esta mañana, frente a una mujer a la que he entregado apenas una verdad a medias, los he bajado dos veces. La segunda he tardado en recuperar la mirada más de lo que un laird debería permitirse en su propio hogar.

Bajo la escalera de caracol procurando no hacer ruido, sintiendo la piedra gélida bajo las plantas de los pies. Ese frío es una caricia comparado con la distancia metódica que ella me ha instalado sobre los hombros, un corte limpio que busca anular cualquier lazo previo. Me ha mirado como si me reconociera demasiado bien y hubiera decidido que lo reconocido no merece el tuteo que compartimos durante dos inviernos.

Ya en mi alcoba propia me visto con una lentitud autómata. Elijo una camisa limpia y calzas secas. Me cambio el vendaje de la muñeca yo mismo, apretando el lino con los dientes para asegurar el nudo; no quiero manos ajenas sobre esta herida. Compruebo que el tajo está cerrado, aunque se haya resentido con los movimientos bruscos de la alcoba sur. Es un detalle que guardaré en silencio.

Al salir me cruzo con Duncan, que aguarda junto a la puerta de la sala de mapas. No pregunta nada; simplemente me sostiene la mirada con esa lealtad inquebrantable de quien sabe cuándo el silencio es la única respuesta digna.

—Laird —saluda con una inclinación de cabeza.

—¿Qué noticias tenéis? —pregunto, forzando la voz hacia su autoridad habitual.

—Informes de urgencia. El mensajero de Cailean llegó hace media hora y se niega a marchar sin veros.

Entramos en la sala donde el fuego ya ruge. La tiza roja todavía marca la ruta del este en el mapa de roble. Duncan cierra la puerta y se acerca a la mesa, manteniendo esa economía de gestos propia de los capitanes.

—Donn sigue con vida —anuncia, y el nombre suena como una maldición—. Logró liberarse esta madrugada con ayuda de traidores comprados. Está reuniendo a su gente.

Siento cómo se me tensa la mandíbula mientras fijo la vista en el pergamino.

—¿Cuántos hombres?

—Treinta, quizá cuarenta por ahora. Busca vengar la humillación de su propio patio.

—Tiene una deuda distinta que cobrarse —observo, y Duncan asiente porque conoce la verdad—. La mujer que él cree muerta ha regresado. En cuanto descubra que el *Ais-tilleadh* ha funcionado, su odio no se saldará con plata ni tierras.

—¿Vuestra orden, laird?

—Esperaremos. No moveremos un solo hombre hasta saber cuántos suma su bando. Mientras tanto, doblad la guardia en la muralla este. Patrullas cada seis horas hacia el paso del tejo. Si un hombre de Càrn Dubh pisa mis tierras, lo quiero atado en este patio antes del ocaso.

Hago una pausa, tamborileando los dedos sobre la madera fría.

—Otra cosa, Duncan. La señora Ealasaid se queda. Quiero que el castillo lo sepa antes del mediodía. Los guardias la saludarán como a la señora de esta casa. Las cocinas servirán lo que ella pida antes que mis necesidades. Y en el consejo, su silla permanecerá vacía a mi derecha hasta que decida ocuparla. Transmitid esto como una orden directa, no como una sugerencia.

Duncan me sostiene la mirada. Se permite el lujo de una sola duda.

—¿Ella lo ha aceptado ya?

—No —respondo con amargura.

—¿Y aun así daréis esas órdenes?

—Aun así —sentencio, dando por terminada la charla.

Él sale y me quedo solo frente al mapa. Miro el círculo rojo sobre el recodo del río. La aldea ya no existe y ella ya no habita allí, pero dejo la tiza donde está como una promesa privada.

Busco a Catrìona en la sala de armas. Está limpiando el polvo de las ballestas, una tarea que se reserva para cuando necesita decirme algo que no cabe en el bullicio de la cocina. No se gira al oírme entrar.

—Ha comido —dice ella finalmente—. Caldo, pan y leche. No ha preguntado por vos.

—No esperaba que lo hiciera.

Me apoyo con ambas manos sobre la mesa de armas. Catrìona deja el paño y la pausa que cae entre nosotros tiene el peso de las décadas que compartimos.

—Catrìona... habladme con claridad.

—Ya estoy hablando, Sloane. La mujer que habéis traído de vuelta lleva dentro todo lo que no tuvisteis el valor de darle en vida.

La frase se aloja justo detrás de mi esternón, quitándome el aire.

—Creía saberlo —replico, pero mi voz suena hueca incluso para mí.

—No lo sabéis —me corta ella—. Lo descubriréis en dosis que os van a doler más que el acero. Y no lo hará a propósito; será su naturaleza ahora. Preparaos.

—¿Qué debo hacer?

—Soportar el invierno que se avecina. No se aconseja a un hombre sobre cómo cargar con su propio fallo.

Asiento, mirando hacia la ventana. La imagino en el adarve, respirando un aire que empieza a pertenecerle sin que lo haya pedido.

—Hay algo más —añade Catrìona—. Ha visto a los ciervos. Se ha quedado inmóvil observándolos. Bramaron al alba, Sloane. Eso fue lo que la despertó.

—Los ciervos no braman en abril. Eso es imposible.

Guardo un silencio tenso, esperando que ella lo desmienta. Pero Catrìona solo me mira con la calma de quien acepta que las leyes de la naturaleza han dejado de regir en esta fortaleza.

Paso el resto del día en un movimiento frenético para no pensar. Reviso almenas, despacho mensajeros y organizo suministros para el ala sur. Veo a un guardia detenerse y cuadrarse al verla pasar a lo lejos; la orden de Duncan ya ha calado. Como de pie en la cocina, ignorado por el servicio, hasta que las sombras se vuelven largas.

Al ocultarse el sol, subo al ala sur. Llamo a su puerta.

—Pasad —dice ella.

Está de pie junto a la ventana abierta, de espaldas a mí. Viste el traje azul de noche que acentúa la palidez de su nuca. No se gira.

—Ealasaid.

—Laird.

Cierro la puerta y me mantengo a una distancia prudencial.

—Vengo a deciros que sois libre de marcharos cuando gustéis. Mis hombres os escoltarán. La casa junto al río será reparada esta semana si deseáis volver. Yo no os retengo.

Por una fracción de segundo, su perfil se suaviza, pero la máscara vuelve a caer con un peso gélido. Me mira de reojo.

—No necesito vuestro permiso para decidir mi destino, Sloane Varkas.

—Lo sé. Solo quería que tuvierais la certeza.

—Entonces sobra vuestra ofrenda.

—Por si dudabais —corto yo, sintiendo el peso de la derrota.

Me encamino hacia la salida, pero me detengo con la mano en el pomo.

—Hay ciervos en el prado del sur. No braman en abril. No sé qué significa, pero yo también los veo. No estáis sola en lo que sea que estéis sintiendo.

Ella no responde. Salgo y cierro con suavidad. Al pasar por la sala de armas vacía, me apoyo en el marco de la puerta con la mano sana. Las palabras de Catrìona resuenan en mi pecho como una sentencia. Me enderezo, ajusto los hombros y sigo caminando hacia la oscuridad de mi propia estancia, sabiendo que lo que viene no se parece a ningún invierno que haya conocido antes.

CAPÍTULO 16



La segunda noche en este castillo me revela que el cuerpo que ahora habito ha olvidado cómo entregarse al sueño. Permanezco tumbada bajo las pieles de oveja, con la vista clavada en las cuatro vigas de roble que cruzan el techo, girando de un costado al otro en una búsqueda inútil de paz. No es el insomnio que conocía, aquel cansancio que no lograba cuajar en descanso; esto es una vibración eléctrica que sube por mi piel, una energía joven y hambrienta que ha llegado con el *Ais-tilleadh* y que todavía no sabe dónde instalarse. Se mueve por mi pecho y mis extremidades como un animal encerrado en una sala demasiado pequeña. Mi cabeza registra la anomalía, pero mis músculos se niegan a rendirse a la oscuridad.

Hacia la hora tercia de la noche, comprendo que dormir no es una tarea que me corresponda hoy. Aparto las mantas y me pongo la bata de lana sobre el camisón de lino. No sé si mis pies me dirigen a la cocina por hambre o porque es el único rincón en esta fortaleza de extraños donde una mujer puede sentarse a las tres de la madrugada sin dar explicaciones.

Bajo la escalera de caracol con una vela cuya llama vacila, proyectando sombras alargadas sobre la piedra. Cruzo la sala grande, sumida en un silencio de tumba, donde el fuego es apenas un rescoldo agonizante. Al acercarme al corredor de las cocinas, una luz tenue se filtra por el umbral. Me detengo un segundo, conteniendo el aliento. No estoy sola.

Catrìona está sentada junto al hogar. Sobre las brasas descansa un perol del que emana un aroma dulce a leche caliente y

miel. Cose un dobladillo con esa paciencia infinita de las mujeres que han aprendido a ocupar las horas que el mundo les roba. Levanta la vista al verme entrar, pero no hay sorpresa en sus ojos.

—Señora —saluda con su voz de siempre.

—Catrìona. ¿Os he despertado?

—No, señora. El sueño es un lujo que se pierde con los inviernos —responde, señalando la silla de enfrente—. Sentaos. La leche ya ha hervido.

Me acomodo en el asiento. Catrìona retoma su labor en silencio. Durante unos minutos, el único sonido es el chisporroteo de la leña y el rastro rítmico de la aguja atravesando el lino. Finalmente, me sirve la bebida en un cuenco de madera. Huele a leche fresca y a miel de brezo, una fragancia que debería calmar cualquier espíritu. Sin embargo, en cuanto el cuenco toca mis manos, noto una punzada de rechazo.

Pruebo la primera cucharada y el dulzor se me queda pegado al paladar de una forma casi nauseabunda. Es una sensación de extrañeza absoluta, como si estuviera ingiriendo algo que mi cuerpo ya no reconoce como alimento. La segunda cucharada me provoca un escalofrío. Me quedo con la cuchara suspendida, mirando el vapor mientras un malestar preciso me recorre el vientre.

Catrìona me observa de soslayo, sin detener sus puntadas.

—¿No os sienta bien? ¿Demasiado dulce?

—Está bien preparada, pero... —busco el nombre de esta nueva necesidad—. No es esto. No sé qué es, Catrìona. Siento el trabajo en vano.

—El cuerpo tiene razones que la cabeza ignora, señora.

Deja la aguja con deliberación y se levanta. Se dirige a la despensa y regresa con un cuenco pequeño y un saco de tela cruda del que asoma un grano grueso y grisáceo. Sal. La deja sobre la mesa sin mediar palabra y vuelve a su costura.

Me quedo hipnotizada por el brillo mineral de los cristales. Mi mano se mueve por voluntad propia, con una memoria que no me pertenece. Mis dedos se hunden en el saco, recogen un puñado y lo dejan caer en la leche caliente. Remuevo la mezcla y vuelvo a probar.

La sensación es radicalmente distinta. El brebaje me sienta como un trago de agua a un campo agostado. El malestar del vientre se desvanece en tres latidos. La vibración que me recorría las piernas se asienta, descendiendo un grado, como si finalmente una pieza hubiera encajado en mi interior. Siento un calor real expandiéndose por mis venas.

—Gracias —murmuro, soltando el aire que no sabía que contenía.

—¿Cómo habéis sabido que era esto? —le pregunto, intrigada.

Catrìona mantiene la vista en el lino blanco.

—Lo he visto en otros ojos. En los ciervos, señora. Ellos lamen con desesperación la piedra de sal al borde del prado. Esta tarde, cuando os dejé en el adarve, me percaté de que vuestra mirada al caldo era idéntica a la que les veo a ellos. Simplemente preparé el saco por si mis sospechas eran ciertas.

Guardo silencio mientras asimilo sus palabras. La leche salada, los ciervos esperando en el linde, la tersura de mis manos... Todo empieza a formar parte de una lógica nueva. Si permitiera que el miedo entrara, me devoraría, así que decido aceptarlo como un dato más.

—¿Cuándo aparecieron esos ciervos, Catrìona?

—Llegaron anoche. El pastor Eòin los vio descender del monte al atardecer del martes. Se instalaron allí y se quedaron quietos, sin pastar. Al alba bramaron, y no es su estación para tales ruidos.

—No, no lo es.

—En este castillo, señora, desde hace una semana las cosas han dejado de obedecer a las leyes que conocemos. Nada hace ya lo que se espera de ello.

Lo dice con una naturalidad que me otorga un alivio inesperado: el de no ser una anomalía solitaria. Formo parte de esta semana de imposibles. Los ciervos han cambiado su ciclo y yo he perdido el rastro de mi vida anterior en mi propia piel.

Me bebo la leche saboreando cada rastro de sal. Catrìona, sin levantar la cabeza, deja caer un comentario que revolotea en el aire.

—El laird no ha probado bocado hoy, señora. Solo un mendrugo de pan a mediodía, aquí mismo, de pie en este rincón.

Levanto los ojos, golpeada por la confidencia.

—¿Por qué me contáis eso?

—Porque me habéis preguntado por los ciervos y he supuesto que querríais conocer el estado de vuestro señor.

—No os lo he preguntado —le espeto, recuperando mi escudo.

—No, señora. Pero lo estáis pensando. Lo lleváis escrito en la mirada cada vez que se menciona su nombre.

Me quedo callada. El silencio se adueña de la cocina mientras ella sigue con sus puntadas y yo sostengo el cuenco, notando cómo se enfría. Finalmente, formulo la pregunta que he intentado sepultar bajo capas de orgullo. Mi voz suena distinta ahora, naciendo de un lugar vulnerable.

—Catrìona... ¿vos creéis que él me quiere de verdad?

La aguja de la mujer se detiene un instante. Luego retoma su ritmo. Da tres puntadas más antes de hablar.

—Esa, señora, no es la pregunta que estáis intentando hacer realmente.

—¿A qué os referís?

—La pregunta que os quema es si lo que vos sentís por él es real, o si es solo un residuo de lo que trajo consigo la tina de la hechicera. Os preguntáis si tenéis delante a la mujer que lo amaba a pesar del secreto, o si el *Ais-tilleadh* ha sembrado en vuestro pecho algo que se le parece, pero no es vuestro.

Suspira y la aguja entra y sale del lino con precisión.

—Y eso no os lo puedo contestar yo. Ni siquiera Morvenna podría aclararlo, pues ella solo cobra deudas, no otorga paz. Eso solo lo descubriréis vos con el paso de los días.

Me quedo inmóvil, impactada por su lucidez. Catrìona le ha dado la vuelta a mi angustia como quien voltea un paño empapado. Es exactamente lo que no me atrevía a mirar. Había escondido esa duda bajo el trato formal y el jarro roto, bajo ese frío que me ganaba terreno. Y aquí, frente a una mujer que ofrece sal en la madrugada, la verdad ha salido a la luz sin necesidad de gritos. No se trata de su amor por mí, sino del mío por él. Me pregunto si la mujer que le buscaba con los ojos en la orilla del río sigue habitando en mí o si se quedó para siempre en la oscuridad de Càrn Dubh.

—Bien —digo finalmente. El monosílabo cae en mi interior como una piedra que se hunde en un pozo sin hacer ruido al tocar el fondo.

Permanecemos en silencio. A través de la ventana llega desde el prado un bramido grave y prolongado que recorre la noche como un trueno lejano. Ambas lo escuchamos, pero ninguna habla. La quietud que sigue es la de alguien que acaba de asomarse a un abismo y sabe que el camino será largo.

Me levanto y le entrego el cuenco vacío.

—Gracias por la sal, Catrìona. Y por lo demás.

—Subid ahora e intentad descansar. A veces, cuando el cuerpo recibe lo que pide, acaba por acceder al sueño.

Asiento, sintiéndome extrañamente más ligera.

—Catrìona... no le mencionéis al laird que he bajado aquí. No es necesario.

La mujer levanta la cabeza y me sostiene la mirada con sus ojos grises, fatigados pero lúcidos.

—Jamás le contaré al laird lo que hagáis en esta cocina, señora. Podéis estar tranquila. Esta es vuestra casa ahora. El ala norte es su dominio, pero este es el vuestro.

Salgo de la cocina con mi vela y asciendo la escalera de caracol. Al pasar frente a las estancias del ala norte no me detengo. No miro hacia su puerta ni hago gesto alguno de invitación. Sin embargo, al entrar en mi alcoba y echar el cerrojo, me toco la base del cuello con los dedos.

Noto que el frío no ha crecido. Se ha detenido justo donde estaba. Ese alto el fuego en mi interior es lo más parecido a un descanso que este cuerpo me va a conceder hoy. Apago la vela y me deslizo bajo las pieles, dejando que la sal haga su trabajo en mi sangre mientras el eco del bramido se desvanece en la montaña.

CAPÍTULO 17



Sé que Ealasaid no se halla en su alcoba antes de que nadie me lo comunique, antes de que Catrìona me envíe recado alguno o de que escuche por el pasillo los pasos mínimos con los que una mujer desciende una escalera de caracol a las tres de la madrugada. Este castillo posee un sonido que se aprende a descifrar al cabo de veinte años de habitarlo; cuando ella descansa quieta en su lecho al otro lado del corredor, la piedra resuena de una manera específica, y cuando se ausenta, el aire se acomoda de otra. La diferencia no sabría explicársela a un hombre que no haya nacido entre estos muros. Es algo telúrico, una vibración que el cuerpo registra antes que el intelecto. Llevo tendido boca arriba en mi estancia del ala norte desde que anocheció, con el fuego consumiéndose y los ojos fijos en las vigas del techo, y en algún momento del primer tramo de la madrugada he sentido que el peso del castillo cambiaba. He sabido que ella se había levantado.

No me incorporo para buscarla. No es mi ala. No es mi sitio. He perdido el derecho a seguir sus pasos en la oscuridad sin ser invitado.

Me giro sobre el costado derecho —el izquierdo me punza por la muñeca, que todavía tira de la carne herida— y cierro los ojos para intentar imponerme un sueño que sé que no acudirá a mi llamada. Llevo siete horas de vigilia y el descanso se me escapa entre los dedos. Me asaltan otras cosas, una a una, en turnos breves que se suceden sin pedir permiso: su rostro esta mañana frente a la ventana con el chal por los hombros, el segundo exacto en que bajó

la máscara antes de blindarse de nuevo, el silencio tras la puerta cuando le hablé de los ciervos y no obtuve respuesta. Resuena en mi cabeza la palabra *laird* con la que me ha azotado todo el día, el jarro estallando contra el poste, el «preparaos» de Catrìona en la sala de armas.

Me incorporo sobre el codo y enciendo el candil de aceite. La llama se levanta, vacila y finalmente se asienta, arrojando sombras alargadas que parecen dedos señalándome desde las esquinas. Si no puedo dormir, trabajaré. Saco del arcón el cuaderno de campaña, ese pequeño tomo de cuero que reservo para mis pensamientos más crudos. Lo abro por la última página escrita, la de hace dos días, cuando cabalgaba hacia el paso del tejo creyendo que rescataría a una mujer viva. La página muestra una línea tachada con tal fuerza que ha rasgado el papel. Un error de cálculo que casi me cuesta el alma.

«Cuarenta hombres», anoto, forzando a mi mente a regresar al terreno de lo tangible mientras el recuerdo del jarro roto contra el poste de la cama vuelve a distraerme. Donn tiene cuarenta hombres. Podría reunir sesenta en una semana si los Gordon deciden sentarse con él. Podría alcanzar los ochenta si abre las arcas de su torre; las riquezas de un hombre acorralado son las que más rápido se evaporan.

Mojo la pluma, pero mis dedos aprietan el ave con demasiada fuerza. Donn espera que me lance pronto, furioso, como el Sloane Varkas de hace años. Pero ahora hay algo distinto. Cada movimiento que haga en el tablero debe ser una protección para ella. No permitiré que Ealasaid regrese a los largos silencios de la aldea, trasladados ahora a una alcoba donde no tengo entrada. Si voy a pelear esta guerra, la pelearé una sola vez y con un final absoluto.

Anoto: «Seis semanas. Cien hombres propios. Ofensiva única». Subrayo la cifra con un trazo violento. Seis semanas es mucho tiempo para vivir en este exilio interno, pero es el tiempo que necesito para que Donn deje de ser una amenaza y se convierta en

ceniza. Cierro el cuaderno con un golpe seco que resuena en la estancia vacía.

En ese momento, el eco de unos pasos en el corredor me pone en alerta. Los reconozco sin dudar; es un paso más ligero que el de mis hombres, la economía de movimiento de quien se ha criado en el silencio. Vienen desde la escalera, pasan por delante de mí puerta sin detenerse y siguen hacia el ala sur. Escucho el chirrido breve de su bisagra, el cierre de la madera y, finalmente, el sonido del pestillo corriéndose por dentro.

Ese último sonido, el del hierro contra el hierro, tiene el impacto de un tajo en mi pecho. El castillo recupera su sonido de «ocupado». Y esa diferencia es tan nítida que comprendo que esto no es un suceso aislado. Va a ser una costumbre. Esta es la primera de muchas noches en las que estaré despierto oyendo cómo una puerta se cierra por dentro sin mí, marcando la frontera de lo que no supe valorar a tiempo.

Apago el candil de un soplido. La oscuridad me envuelve mientras mi respiración se acelera. Me levanto descalzo y me acerco a la ventana. La abro apenas un palmo para que entre el aire gélido del patio. Escucho con atención.

Desde el prado del sur llega un bramido. Es el mismo timbre grave de esta mañana, pero ahora suena más lento, más solemne. Un segundo bramido le responde desde una dirección distinta. Los ciervos siguen ahí, desafiando a la primavera. No sé si guardan relación con ella, con el *Ais-tilleadh* o con el precio que le debo a Morvenna, pero su presencia es un dato que se suma a la extrañeza de mis días.

Cerrando la ventana, camino hasta la puerta que separa nuestras alas. Me quedo allí, con la mano suspendida a un palmo del pomo de madera, sintiendo el impulso de entrar, de pedirle perdón, de obligarla a que me mire sin ese frío que le ha nacido en la mirada. El deseo de cruzar el umbral es una presión física en mi garganta, pero me obligo a soltar. Ella acaba de encerrarse y lo último que merece es que yo invada su refugio. Una mujer que ha

pasado el día pidiéndome distancia merece que yo acuda a ella sin exigirle nada a cambio, incluso si ese silencio me está matando.

Regreso a mi alcoba y me tumbo de nuevo, pero la cama se me hace inmensa, un desierto de lana y plumas. Cuento el tiempo por el consumo del fuego. Un leño, dos leños. Cuando cae el cuarto leño, me incorporo definitivamente. No puedo estar aquí.

Camino por el pasillo con el cuidado de un depredador, sabiendo que el oído de Ealasaid se ha aguzado. Llego a su puerta y apoyo la oreja en la madera. Escucho una respiración lenta y regular. El descanso le ha llegado al fin. Bajo la mano al pestillo. Sé que está echado, y poseo una segunda llave en mi arcón que abre todas las estancias del castillo. La tengo en el bolsillo, pesando contra mi pecho como un reproche. No la usaré.

Hoy no busco su lecho. Hoy busco mi lugar.

Me acomodo en la piedra helada del suelo, justo al lado de su umbral. Apoyo la espalda contra el muro, sintiendo cómo el frío atraviesa la camisa y se me clava en la columna como una advertencia de lo que vendrá. Pasaré aquí las horas que restan hasta el alba, sin moverme, midiendo el peso de este exilio voluntario.

El tiempo transcurre marcado por el latido de mi muñeca herida, un pulso rítmico que me recuerda el precio que pagué por traerla. Oigo cómo ella se mueve en el jergón, un giro leve, una pausa, y luego la vuelta a la monotonía del sueño. El frío del suelo es brutal, una mordedura constante que me entumece las piernas, pero no hago ademán de retirarme. Tras dos horas sumido en la oscuridad, comprendo algo fundamental: no volveré a dormir en el ala norte mientras ella permanezca en la sur. Esa estancia ha dejado de pertenecerme, no porque ella la haya reclamado, sino porque mi sitio ya no es un lugar, sino una guardia.

A partir de mañana, este será mi lecho verdadero. Esta piedra. Esta pared. Cada noche que ella corra el cerrojo, yo estaré aquí, vigilando su sueño sin que lo sepa, retirándome solo antes de que las criadas suban a avivar el hogar. No entraré, no forzaré su

voluntad, pero aquí estaré. Es la única forma que conozco de decirle que mi protección ya no es un secreto, sino una vigilia permanente.

Cuando la primera luz grisácea comienza a filtrarse por la ventana alta del pasillo, me levanto con las articulaciones rígidas, sintiendo cada vértebra como si fuera de cristal. Regreso a mi ala con el sigilo de un fantasma y me tiendo en mi cama vacía, con las piernas ateridas y el corazón latiendo al compás de mi nueva resolución. No he dormido, pero por primera vez en treinta horas siento que he ocupado el puesto que me corresponde en este nuevo mundo. Mañana volveré a estar ahí, entre el frío de la piedra y el calor de su aliento al otro lado de la madera.

CAPÍTULO 18



Al tercer día de vida en este castillo he conseguido algo que parecía imposible: dormir tres horas seguidas sin que los bramidos de los ciervos o el eco de mis propios latidos me desvelaran. He desayunado un caldo con más sal de la que admitiría ningún paladar humano y he decidido que ha llegado la hora de aprenderme la casa. No lo hago porque nadie me lo haya pedido; de hecho, si Sloane se atreviera a sugerirlo, es probable que me quedara encerrada solo por llevarle la contraria. Lo hago porque una mujer que se ha reconstruido tres veces aprende temprano que conocer el terreno es la única forma de no ser un fantasma en él. Así me levanté en la aldea de mi madre a los diecisiete, así lo hice cuando enviudé a los veintitrés, y así voy a erguirme aquí, aunque este cuerpo que arrastro ya no me pertenezca del todo.

Empiezo por las cocinas. Catrìona me ve cruzar con paso tranquilo y saludar con esa inclinación de barbilla que ya es nuestro código. Una muchacha me llena una cantimplora de agua al verme la mano vacía; se la agradezco con un gesto parco y sigo adelante. Registro la despensa grande: carne curada, ruedas de queso, barriles de salazón. Al pasar por la despensa pequeña, noto que Catrìona ya ha retirado un costal de sal para mí, ocultándolo tras unos botes de miel. Esa complicidad silenciosa me otorga un gramo de pertenencia que el laird todavía no ha sabido darme.

El lavadero es mi siguiente parada. Es, con diferencia, mejor que el río de la aldea, con piletas de piedra y agua canalizada. Dos mujeres trabajan allí. La joven se cuadra al verme, pero la vieja,

Bride, me sostiene la mirada como si estuviera pesando mi alma bajo el lino del vestido nuevo.

—¿Quién organiza la colada aquí? —pregunto, observando el vapor.

—Yo, señora —responde Bride con una suficiencia que reconozco.

—Bien. Si alguna vez hace falta una mano extra, avisadme.

Bride parpadea, desconcertada.

—Señora, eso no es trabajo de alguien de vuestra posición.

—Es trabajo de quien sepa hacerlo —la corto con una firmeza que no admite réplica—. He lavado ropa ajena durante dos años sin techo que me cubriera. Si os veis sobrepasadas, decídmelo.

Salgo de allí con la satisfacción amarga de haber ganado una pequeña parcela de realidad. Al cruzar el patio, los centinelas se cuadran como si pasara el propio Sloane. Me resulta incómodo, como una bota mal calzada, pero no les corrijo. El orden del castillo es una maquinaria que no deseo romper, al menos no todavía.

En los establos, el olor a cuero y paja me reconforta. Hay trece caballos y una potra joven que conserva el nervio de lo salvaje. El semental de Sloane, un zaino imponente, me observa con una mirada que no olvida ofensas. Siento una punzada de inquietud al acercarme; el animal bufa y sacude la crin, y por un instante, noto un reconocimiento eléctrico en mi propia sangre, una tensión que me obliga a apretar los puños.

—¿Sabéis montar, señora? —pregunta el caballerizo.

—Aprendí de niña. No he vuelto a subirme a una montura desde que enviudé.

—Catrìona usa una yegua mansa. Si os hace falta salir, ahí la tenéis.

Subo al adarve norte. Desde aquí, el valle se abre ante mí: pinos oscuros y el río serpenteando. Me apoyo en el pretil, permitiendo que el aire gélido me limpie los pensamientos.

Almacenes, panadería, herrería... en esta última, un hombre enorme golpea el hierro al rojo vivo, marcando el pulso de la fortaleza. Llego a la sala del consejo, vacía y solemne. La silla a la derecha del laird tiene un cojín nuevo, preparado para ser ocupado. Registro el detalle con un rechazo instintivo. No estoy lista para ser la sombra que decora su mesa.

Sigo caminando hasta que la mañana se agota y llego, casi por inercia, a la sala de armas. El aire huele a aceite de engrase y metal trabajado. La sala está desierta, pero algo en el peso de la estancia me invita a entrar. Camino por el pasillo central, ignorando las grandes claymores. Me detengo ante las espadas medianas y elijo una con la empuñadura de cuero desgastada.

En cuanto mis dedos se cierran sobre el mango, ocurre algo aterrador. Mi mano no duda. Sabe cómo sostenerla. Mi cuerpo se equilibra hacia delante un milímetro de forma automática y la muñeca se relaja en un ángulo que no pertenece a una lavandera. Hago pasar la punta por el aire y el arco que describe la hoja tiene la limpieza de un soldado veterano.

Me detengo, con el corazón martilleando contra mis costillas. Estas manos saben. Saben por el mismo motivo por el que pido sal: porque el cuerpo que me ha devuelto Morvenna lleva dentro cosas que yo nunca aprendí. Es un vértigo que me nubla la vista, una desconexión entre mi memoria y mis músculos que me hace temblar. Levanto la espada otra vez y ejecuto un tajo vertical. Luego un revés. Llevo minutos así cuando una voz me interrumpe.

—Señora.

Me giro despacio. Es Donal, el oficial joven. Está apoyado en el marco, con una expresión de cautela absoluta. Había oído sus pasos antes de que hablara; mis oídos también han cambiado.

—¿Os han enseñado alguna vez? —pregunta, midiendo la distancia.

—No.

—¿Y cómo es que vuestra muñeca conoce el peso del acero?

—No tengo una explicación, Donal. Cogí la espada porque algo dentro me lo ordenó, y las manos han obedecido. Podéis informárselo al laird si gustáis, pero hacedlo sin adornos.

Donal entra y cierra la puerta. No hay burla en sus ojos, solo una curiosidad cargada de respeto.

—No voy a apuntar nada en ningún libro —dice—. Pero decidme... ¿de quién son esas manos realmente?

—No lo sé todavía. Algún día lo descubriremos. Donal, os propongo algo. Enseñadme. Mientras este cuerpo conserve este conocimiento, quiero aprender a usarlo. Si el laird dice que no, me buscaréis a solas y me lo diréis. No pienso pedir permiso para defenderme.

Él asiente tras un largo silencio. Sabe que lo que pido es peligroso, pero hay algo en mi mirada que le impide negarse. Dejo la espada en su sitio y salgo al corredor sin mirar atrás.

Subo al adarve del sur a la hora de la comida. Por una ventana alta, veo el portón abrirse. Sloane sale montado en su zaino negro, con la capa al viento. Lo que me pasa al verlo cabalgar no tiene que ver con la rabia. Es el recuerdo entero, intacto, que me golpea como un tajo: la primera vez que lo vi en la aldea. Yo estaba en la orilla con las manos en el agua y un hombre a caballo se detuvo a mirar el cauce. No levanté la cabeza, pero sentí su peso. Vi a un hombre grande subiendo la ladera y pensé: «Este hombre va a volver».

Y volvió por mí.

Ahora, desde su castillo, le veo cruzar el puente con la misma inclinación de hombros, y me doy cuenta de que aquel recuerdo estaba guardado en algún rincón de esta carne nueva. Mis ojos han reconocido un gesto que no se puede disfrazar. El pensamiento se queda flotando, pesado e incómodo. No es odio,

pero tampoco es el calor limpio de antes. Es una complicación que me oprime el pecho.

Me aparto de la ventana antes de que se pierda de vista. Me bajo del adarve con un peso distinto en el alma. «Bien», vuelvo a decirme, pero el monosílabo no tiene alivio. Mi cuerpo nuevo no solo sabe cosas, sino que también recuerda, y esas dos fuerzas van a tener que aprender a convivir con la mujer que todavía le llama laird al hombre que acaba de ver partir.

Voy a la cocina. Hoy, definitivamente, necesito más sal que nunca para soportar el sabor de esta nueva vida.

CAPÍTULO 19



Donal entra en la sala de mapas a primera hora de la mañana con el rostro de quien carga una piedra en la boca. No es la rigidez del parte de guerra, esa mezcla de pragmatismo y urgencia que traen las noticias de Càrn Dubh. Esta expresión es distinta: es la incomodidad del hombre al que le ha tocado transmitir una petición que ya ha medido tres veces y que sigue pareciéndole un campo de abrojos. Le indico la silla de enfrente con un gesto, pero él prefiere quedarse de pie, tenso, como si sentarse supusiera una debilidad que no puede permitirse frente a lo que va a decir.

—Laird —saluda, y el silencio de la sala parece espesarse a su alrededor.

—Donal. Hablad.

—Se trata de la señora Mhor —dice, y se detiene como si el nombre le quemara la lengua.

—Decid de una vez.

Donal respira hondo, desviando la mirada hacia el mapa donde el círculo rojo de la aldea de Ealasaid parece un estigma. Se endereza antes de volver a clavar sus ojos en los míos.

—Me ha pedido que os traslade una petición. Desea que le enseñe a manejar la espada. Ha dicho que quería que se lo preguntara yo mismo, porque es consciente de que mi respuesta depende de vuestro mando.

La noticia me golpea en el centro del pecho, en ese territorio que se ha vuelto demasiado pequeño para tantas verdades

y tan pocos silencios. Apoyo las manos sobre el tablero de roble, observando mis propios nudillos. El aire de la estancia se vuelve gélido.

—¿Dónde ha ocurrido eso?

—En la sala de armas, ayer —responde Donal, tragando saliva con una dureza que me duele ver—. Yo pasaba por el corredor y vi un haz de luz. Me asomé. Era ella, laird. Estaba sola. Tenía una espada mediana en la mano y estaba ejecutando cortes y bloqueos al aire. No lo hacía como quien curiosea. Lo hacía con un propósito claro. Me aseguró que nunca le habían enseñado, pero sus manos... sus manos sabían qué hacer. Dijo que quería aprender a hacerlo bien con un maestro, y añadió que si vos os negabais, buscaría uno por su cuenta sin pedir permiso a nadie.

Me quedo inmóvil mientras el ruido interno se vuelve insoportable. No es la petición lo que me descoloca; es la lucidez de Ealasaid. No está pidiendo permiso; está notificando una decisión. Si le digo que no, engrosaré su lista de agravios, alimentaré ese frío que me lanza cada mañana. Pero si le digo que sí, si permito que un acero toque sus manos, estaré abriendo la puerta a lo que tanto me esfuerzo por ocultar.

No quiero que empuñe un arma porque sé lo que ese cuerpo sufrió en Càrn Dubh. Si aprende a luchar, si algún día recuerda, querrá cobrar esa deuda con su propia sangre. Y yo no puedo permitir que se convierta en lo que yo soy: un ser que solo encuentra paz en el filo de una hoja. Mi deber es protegerla de su propio pasado, aunque eso me convierta en su carcelero a sus ojos.

Donal aguarda. El silencio se prolonga hasta que el crujido de la madera en el hogar suena como una sentencia.

—No —digo finalmente. La palabra suena seca, final, carente de la piedad que siento por dentro.

—¿Laird? —Donal parpadea, buscando una fisura que no existe.

—No vais a enseñarle. Y si algún otro hombre lo intenta, será enviado a las patrullas del norte de inmediato. Dadle esa respuesta. Sin rodeos. El laird ha dicho que no.

Donal asiente despacio, con el semblante del hombre que sabe que su orden está condenada al fracaso antes de mediodía. Sale de la estancia y me deja a solas con el mapa. Apoyo mi mano sana en la piedra fría del antepecho de la ventana y cierro los ojos. «No te miento si te digo por qué, Ealasaid», susurro, pero el cristal solo me devuelve el reflejo de mi propia cobardía.

Paso la mañana sumido en el trabajo administrativo, intentando que las cifras y los informes sobre Donn tapen el hueco que ha dejado la negativa. A mediodía, me siento a la mesa grande; ella no aparece y yo no pregunto. Después de comer, busco el aire del adarve sur. Los ciervos ahora son tres: el macho, la hembra y una joven que se unió anoche. Me observan desde el brezo con una consciencia que me hiela los huesos.

Bajo del adarve y, al cruzar el patio hacia las caballerizas, el sonido me alcanza. Es el chasquido seco de dos hojas de acero chocando. No es la furia de la batalla, sino el ritmo metódico del entrenamiento. Oigo una voz baja corrigiendo una postura y la respiración controlada de quien se esfuerza físicamente.

Me detengo. El corazón me da un vuelco violento. Camino hacia el arco del patio principal, oculto tras el almacén, y los sonidos se vuelven nítidos, reales, inevitables. Llego al dintel y lo que veo me deja sin aliento.

Ealasaid está en el centro, con una espada corta en la mano. Lleva un mandil de cuero grueso sobre su vestido azul. Frente a ella, deteniendo sus embates con una paciencia pedagógica, está Eòghan. Y en los flancos, como una guardia silenciosa, hay otros dos hombres.

Tres hombres. Ninguno es Donal. Donal me ha obedecido, pero los otros tres han decidido ignorar mi autoridad. Eòghan me detecta en el arco un segundo antes que los demás, pero no detiene el ejercicio. Me sostiene la mirada por encima del hombro de

Ealasaid con una expresión de veterano que ha decidido que mi orden no es legítima frente a la necesidad de la señora.

Ealasaid se gira siguiendo una orden de Eòghan. Cuando sus ojos dan conmigo, no se inmuta. No baja el arma. Me sostiene el pulso desde el centro del patio, desafiante, con una postura que solo se enseña a los oficiales tras años de instrucción. El peso repartido, la pierna izquierda adelantada, el codo en el ángulo exacto. No hay un solo temblor en su hoja.

Observo la escena con un nudo en la garganta. No es una traición de mis hombres; es una elección moral. Han visto en ella lo mismo que yo intento ocultar: la necesidad de reclamar su propio cuerpo a través del acero. Eòghan levanta su espada en un saludo formal, una señal de que esto es un asunto que no admite mi interferencia.

No interrumpo. No entro en el círculo porque sé que mi autoridad hoy no vale nada en este patio. Les miro el tiempo suficiente para que comprendan que he sido testigo y me retiro con un peso nuevo en los hombros. Subo a la sala de armas y me quedo ante la mesa donde descansa la espada de mango negro que ella tocó ayer. La miro con un respeto amargo.

Paso el resto de la tarde en un mutismo absoluto. A las seis, Eòghan entra en la sala de mapas y deja una jarra de cerveza frente a mí.

—¿Cuánto tiempo lleva esa destreza grabada en sus músculos? —pregunto sin mirarle.

—Tres años, como mínimo. Quizá cuatro —responde él con una seriedad que me estremece—. No es casualidad, Sloane. Es disciplina. Y esas manos poseen el saber aunque ella no lo recuerde. Lo mejor que podemos hacer es refinarlas para que sirvan de defensa y no de peligro.

—Gracias, Eòghan.

—No me las deis —dice antes de marcharse.

Esa noche, cuando el silencio se adueña del castillo, recorro el corredor del ala sur. Saco la llave que guardo en el bolsillo, la que pertenece a la cerradura que conozco desde mi juventud. Entro con sigilo y me descalzo junto al umbral. Ealasaid duerme boca arriba, con el cabello derramado sobre la almohada. En el sueño, su rostro recupera la paz que yo le robé.

Me acuesto a su lado, por fuera de las pieles, manteniendo mi jubón puesto. No busco su calor. Me limito a mirar el nudo de la viga del techo, el mismo que ella estudia cada amanecer. Quedarme aquí es mi forma de vigilar su descanso, de estar cerca cuando el primer grito de pesadilla intente escapar. Hacia la hora cuarta, ella se gira levemente. Su mano queda abierta sobre el colchón, a un palmo de mi cuerpo. Me llega el calor de su piel como una bendición dolorosa.

No me muevo. Cuando el alba empieza a clarear, hablo en un susurro dirigido al techo, con el tono de quien confiesa un pecado.

—Mañana Donal os enseñará debidamente. No quiero más parches.

La habitación permanece en silencio. Su respiración no varía, pero noto un ajuste mínimo en la tensión de sus hombros. Ella me ha oído. Me quedo un minuto más, saboreando ese pequeño acercamiento, antes de levantarme sin ruido. Salgo de la estancia, echo el cerrojo y regreso a mi ala antes de que el primer gallo anuncie el día. Mañana Donal le enseñará. Bien. Que así sea. He aceptado mi derrota, pero me pregunto si seré capaz de soportar la mujer que el acero terminará de despertar.

CAPÍTULO 20



A la segunda semana en el castillo, he aprendido a distinguir los pasos de los siete hombres que habitualmente transitan por el ala oeste y reconozco los tres tonos de campana que marcan las comidas comunes. He descubierto —no sin cierta sorpresa— que echo menos de menos la aldea junto al río de lo que yo misma habría apostado. Mis manos siguen tersas, sin el rastro de los callos que me definieron durante años, y el frío dentro del pecho continúa instalado como un inquilino persistente, pero hay una especie de tregua diurna en la que el castillo funciona como el mecanismo de un reloj inmenso. Yo ocupo en ese engranaje la posición de una pieza nueva que, por fin, ha dejado de chirriar. Entreno con Eòghan al amanecer, desayuno con Catrìona y por la tarde subo al adarve a mirar a los ciervos. Hoy son cinco. Ayer eran tres. Siempre quietos, siempre mirándome a mí.

La escena que me tiene esta tarde sentada en el banco largo de la sala grande, con una jarra de cerveza frente a Eòghan y otros cuatro hombres del clan, no empezó como el tipo de momento que termina contándose en las cocinas durante meses. Empezó con una conversación sobre caballos. Eòghan sostiene que el zaino del laird tiene el temperamento que tiene porque lo destetaron demasiado pronto. Yo sostengo que el zaino es nervioso porque lo monta un hombre que piensa demasiado; un caballo acaba pareciéndose a su jinete como una mujer acaba pareciéndose a su marido. Eòghan se ha reído con un ruido que me han dicho que no se le oye tres veces al año y me ha pedido permiso para ofrecerme una jarra.

—Con el debido respeto, señora —ha aclarado él, puntualizando lo que no necesita explicación—, no a la mesa del laird. Aquí, en el banco corrido, con los hombres de la tarde.

—Con el mismo respeto, Eòghan, os la acepto —le he contestado, acomodándome en la madera gastada.

La primera jarra la he terminado en veinte minutos. La cerveza de Gleann Mòr es oscura, espesa, con un regusto a malta que se pega a la lengua. Los hombres beben con cuidado, midiendo si la señora va a arrepentirse de la compañía. Tras el segundo trago, se relajan y hablan de ovejas perdidas en el paso norte, usando un lenguaje que me obliga a traducir mentalmente cada frase.

A la mitad de la segunda jarra —que Eòghan me ha servido sin preguntar, porque él tiene por norma no consultar lo que ya ha decidido— noto un calor nuevo en las mejillas. Registro una tendencia a reírme un medio segundo antes de lo que me reiría sobria. A la tercera jarra, que ya me sirvo yo misma con mano firme, me entero de la verdad: este brebaje es considerablemente más fuerte que el de la aldea. Mucho más. No estoy embriagada, pero empiezo a tener opiniones sobre cosas que hace media hora ignoraba que me importaran, y las defiendo con una seguridad feroz.

Por ejemplo, la opinión que estoy defendiendo ahora, a grito medio bajo frente a Eòghan, sobre el cruce de un río con armadura completa.

—Os digo que no, Eòghan. Un hombre con coraza entera, espaldar, hombreras y grebas no se queda en pie en una corriente media. Se va al fondo y le bebe el casco al agua. No lo digo yo, lo dice la física... la lógica de los pesos. El río siempre tira.

—El río tira si vais de lado, señora —insiste él, golpeando la mesa de forma amistosa—. Si vais aguas arriba con los pies paralelos, la corriente os deja clavada en el lecho. Y ahí es donde ganáis terreno.

—Eòghan, os aprecio, pero ahí estáis hablando de un hombre que intenta suicidarse con dignidad. Eso es muerte lenta.

El mozo joven estalla en una risa que intenta ahogar en su propia jarra. Los veteranos me miran con esa cara de los hombres que presencian un intercambio teórico sobre táctica de infantería por parte de una mujer que no debería saber nada de ello y que, sin embargo, lleva diez minutos rebatiendo cada premisa del capitán. Alistair enciende su pipa con una brasa y se apoya en el respaldo con la paciencia del que sabe que la tarde va a ser memorable.

—Tercera jarra, muchacho —le susurra Alistair al joven—. Esto no se ve dos veces en la vida.

—Os lo voy a demostrar el domingo —sentencia Eòghan, que no cede un palmo—. Con armadura completa. Voy a cruzar el vado del sur.

—Vais a cruzar el *Ais-tilleadh* —suelto sin pensar.

El silencio que sigue a mi frase dura exactamente el tiempo que tardo en darme cuenta de lo que he dicho. La palabra ha salido sola, en voz alta, delante de los hombres del clan. El rostro de Alistair se congela. El mozo baja los ojos. Eòghan no se mueve, pero su mirada se vuelve un abismo. Acabo de nombrar lo que en este castillo se susurra en las esquinas oscuras. La pausa se estira, cargada de una incomodidad eléctrica que me eriza el vello.

—Perdón —rectifico, manteniendo el tono para no admitir el error—. Quería decir que vais a cruzar al otro lado. Al otro lado del río, por si hacía falta aclararlo.

Eòghan asiente, lento. La sala vuelve a respirar tras tres latidos que me han parecido inviernos.

—Pongo en juego mi espada corta nueva —anuncia él, sacando la charla del precipicio— contra lo que vos pongáis, señora, a que cruzo el vado y salgo con los pies secos del cuello para arriba.

—Acepto. Pongo contra vuestra espada el broche de plata que me prestó Catrìona.

Chocamos las jarras con un estrépito metálico. Me sirvo una cuarta jarra y el mundo empieza a volverse un lugar extrañamente acogedor. Estoy explicándoles cómo mi madre preparaba un guiso de perdiz, gesticulando con la jarra y derramando cerveza sobre la mesa con una soltura inédita. Y es entonces cuando la puerta se abre.

Lo sé antes de verlo. Noto un cambio en el aire, una caída brusca en la temperatura de la estancia. Eòghan baja la jarra en un gesto de respeto militar y los veteranos se cuadran. Yo no me muevo. Estoy en mitad de una frase y pretendo terminarla.

—... así que se le añade al final la manteca, una cucharada, no dos, y se deja tapado el perol diez minutos, que es cuando las mujeres estiramos las piernas antes de servir...

—Ealasaid.

La voz de Sloane me llega por la espalda. Es el registro sobrio que usa cuando no estamos solos. Me giro solo un poco, lo justo para verle sobre mi hombro. Está de pie, con la capa aún puesta y el aroma del acero cansado envolviéndolo. Dejo la jarra en la mesa con una precisión exagerada.

—Laird —contesto, sosteniéndole la mirada.

—Quiero hablar contigo.

—Estoy ocupada. Con Eòghan. Cerramos una apuesta.

Sloane me sostiene el pulso. Hay una leve tensión en su boca que no es rabia; es el esfuerzo de un hombre descartando opciones violentas. El silencio de los hombres es absoluto. Sloane no añade nada durante dos segundos eternos. Y entonces hace algo que mi agilidad mental, mermada por la cebada, no puede detener.

Se acerca en tres zancadas, se agacha y me pasa un brazo por la cintura y otro tras las rodillas. Me levanta del banco de un solo tirón y me carga al hombro como si fuera un fardo de lana. El mundo se vuelve del revés.

—¡Suéltame, bárbaro! —golpeo su espalda con la mano abierta.

—No.

—¡He dicho que me sueltes, os lo pido razonablemente! —protesto mientras veo sus botas pisando las losas.

—La palabra «razonablemente» con cuatro jarras dentro pierde todo su sentido —replica él con paso firme.

Cruzamos la sala grande. Escucho el suspiro de Eòghan y el sonido de Alistair dejando la pipa. Nadie habla. Salimos al corredor y Sloane me baja con cuidado contra la pared de piedra. Me sujeta de los hombros hasta comprobar que mis piernas no van a fallar. El pasillo está en penumbra. Estamos solos.

—No me hagáis eso nunca más —le espeto, recuperando el aire.

—Deja la cerveza de Eòghan. Es tres veces más fuerte que la que tomabas en la aldea.

—No me digáis qué debo beber. Mejor aún si es fuerte —le replico, notando cómo el frío del corredor empieza a disipar la bruma de mi cabeza.

—Ealasaid... —susurra él, acortando la distancia.

Nos miramos. La cerveza aún me calienta las mejillas, pero la claridad regresa con una punzada de amargura. Él me observa sin prisa, reconociendo mi nuevo rostro bajo la luz del candil.

—Las cosas que habéis dicho ahí dentro —añade en voz baja— no las había pronunciado nunca una mujer en este castillo. Se va a contar, Ealasaid.

—Pues que se cuente. No he dicho nada que no sea verdad.

El candil chisporrotea entre nosotros. Sloane me mira un momento más, como si quisiera decir algo que no se atreve a confiar al aire del pasillo.

—Buenas noches, Ealasaid.

—Buenas noches, laird.

No se acerca. No me toca. Se da la vuelta y camina hacia el ala norte con la espalda recta. Yo me quedo apoyada en el muro, esperando a que mis rodillas dejen de vibrar, y luego me dirijo a mi alcoba. Al acostarme, el sueño me alcanza rápido. Pero en algún punto de esa caída, me doy cuenta de que Sloane, esta noche, no va a entrar por esa puerta. Lo sé con la misma certeza con la que sé que los ciervos vigilan el prado. La parte de mí que se había acostumbrado a su vigilancia nocturna nota el vacío. «Bien», pienso. El monosílabo de hoy no tiene filo; tiene el hueco exacto de una costumbre que se rompe. Al dormirme, me sale del pecho una risa pequeña, cargada de una ironía que me duele. Me imagino a Sloane al otro lado del pasillo, solo, y quiero pensar que ese eco, de algún modo, le ha llegado.

CAPÍTULO 21



Amanece con el cielo bajo y una primera capa fina de niebla que se arrastra con pereza sobre el valle del sur, ocultando los límites de mis tierras como si el mundo mismo quisiera dudar de mis fronteras. Llevo dos horas despierto en el ala norte, sin haberme acostado con ánimo de dormir, revisando por tercera vez el último parte de Cailean y contando por cuarta vez los hombres de los aliados que he anotado cuidadosamente en el margen del pergamino. El papel cruje bajo mis dedos, un sonido seco que puntúa el silencio de la estancia.

Donn tiene ya cuarenta y nueve hombres, según la cuenta de mi espía, y va a alcanzar los sesenta en una semana si el clan MacBean acepta la oferta que les ha cursado esta misma madrugada. Si el MacBean declina, Donn se quedará estancado en esos cuarenta y nueve unos diez días más, tiempo tras el cual empezará a vaciar las arcas para contratar mercenarios y hombres libres del este. Eso le permitiría subir a ochenta en tres semanas largas. Ocho semanas como máximo, seis si el rumor de lo ocurrido en su patio no llega demasiado lejos, para que logre reunir a cien hombres bajo su mando.

Yo, por mi parte, puedo disponer de ciento setenta en tres semanas si los Gordon aceptan finalmente sentarse conmigo y si los MacLeod del oeste deciden, como todo indica, que prefieren ver caer a Donn antes de que este recupere sus fuerzas. Ciento setenta contra cien. Dos por uno. Si ataco en tres semanas, entro en Càrn Dubh con la ventaja del número a mi favor, sorprendiendo a un

enemigo que todavía se está reorganizando, y cierro esta guerra sangrienta en una sola ofensiva. Si espero dos meses más, la brecha se estrecha; él llegará a los cien, yo a los ciento ochenta como mucho, y la ofensiva se convertirá en un asedio de cuatro meses que desgarrará este castillo más allá de lo que el dolor puede soportar.

Tres semanas.

Subrayo la cifra con la pluma en el cuaderno y lo cierro con un golpe seco. No hay más que discutir conmigo mismo. El trabajo de la mañana consiste en poner en marcha la maquinaria: escribir a los Gordon y a los MacLeod, convocar a los capitanes del valle al consejo del miércoles e iniciar los acopios. Para el atardecer, el castillo entero ha de saber que vamos a salir a campaña en menos de un mes. No pienso retrasarlo ni un solo día.

Lo que me falta por decidir es lo que no se apunta en los cuadernos de guerra. Me falta resolver qué hago con ella las tres semanas que me quedan aquí, y qué hago con ella si marcho al combate sin haberle confesado lo que todavía me quema la garganta. La imagen de Ealasaid frente a la ventana, con ese frío nuevo en los ojos que el rito ha sellado en su alma, se interpone entre el mapa y yo. Me pregunto cuántos hombres habrán salido a campaña dejando atrás a una mujer que esperaba en el silencio porque ellos no supieron hablar a tiempo. Yo me niego a pertenecer a esa categoría de sombras.

Bajo a la sala de mapas antes de la primera comida, cuando el silencio de la piedra todavía me pertenece. Cuelgo la capa en el gancho de la puerta y enciendo el candil grande, cuya llama vacilante proyecta sombras que parecen juzgar mis movimientos. Extiendo el mapa del valle del este sobre la mesa central y lo fijo con los cuatro pesos de plomo. Escribo la primera carta a los Gordon con la letra cuidada que reservo para los aliados de peso, y la segunda a los MacLeod, más breve y directa. Sello ambas con cera roja y las dejo en el plato, listas para el mensajero.

En ese preciso instante, la puerta se abre sin previo aviso.

Catrìona entra sin llamar. Cierra tras de sí y se apoya en la madera con la espalda, quedándose allí un instante para recuperar el aliento. Ha subido las escaleras más rápido de lo habitual. Cuando se aparta y camina hacia la mesa, la expresión que trae no es la de quien viene a informar sobre las existencias de la cocina. Es la cara de las grandes verdades, la que solo le he visto un par de veces en veintidós años. La cara que pone cuando va a decirme algo que sabe que yo preferiría no escuchar.

—Laird —saluda con una solemnidad gélida que me obliga a soltar la pluma.

—Catrìona. Hablad.

No le ofrezco la silla y ella no la solicita. Se queda de pie frente a mí, con las manos enlazadas sobre el delantal. El silencio que cae entre nosotros es pesado, cargado de una electricidad que me eriza el vello. Me mira fijamente, y noto que sus ojos grises están más afilados que nunca.

—Vengo a deciros una cosa. Os la digo y salgo de aquí de inmediato —sentencia con voz firme, una voz que no admite interrupciones.

—Os escucho. Decid lo que tengáis que decir.

Ella respira hondo, midiendo la distancia física y emocional que nos separa. Siento que la temperatura de la estancia desciende varios grados.

—La señora no se va a marchar de este castillo. Lo sé. Por eso me tomo el derecho que no me corresponde de deciros lo siguiente, porque si pensara que se iba a marchar, me callaría y dejaría que cada cual pagara sus deudas. Pero se queda. Así que la deuda la pagaré yo también, por si sirve de algo.

—Catrìona, id al grano. Hablad claro.

—Fuisteis un cobarde, Sloane —suelta sin pestañear.

La frase me golpea de frente, ahí de pie en mi propia sala de mapas, con la carta a los Gordon aún tibia al lado. Siento una

punzada en el pecho, un impacto físico que me obliga a tensar los hombros. No era lo que esperaba. Creía que venía a hablarme de Ealasaid, de su apetito o de sus pesadillas, pero ha venido a desollarme el alma.

—Fuisteis un cobarde durante dos años, laird. No os lo dije antes porque vos erais el señor y yo la mujer que os crió desde los catorce años, y porque sentía que no era mi lugar. —Hace una pausa breve, y su mirada me atraviesa como un tajo—. Y porque esperaba, ingenuamente, que os dierais cuenta por vos mismo. Los hombres inteligentes suelen hacerlo cuando alguien les quiere lo suficiente como para no alimentarles la vanidad. Pero no lo hicisteis. Dos años viajando al sur para verla a escondidas, dos años sin traerla a este hogar, dos años sin darle vuestro nombre. Y al final, a vuestra mujer la torturó Fergal Donn durante una noche entera porque vos decidisteis que el nombre se le daría cuando acabara una guerra que sabíais que no iba a terminar nunca.

Guardo silencio. Aprieto los bordes de la mesa de roble hasta que los nudillos me duelen, sintiendo cómo cada una de sus palabras se aloja en mi conciencia con el peso del plomo. Ella tiene todo el derecho a juzgarme; me ha visto crecer, me ha visto fallar y hoy me ve escondido tras mis mapas.

—Vuestro silencio la mató, laird. No fue Donn. Él solo fue la herramienta, el brazo ejecutor. El que puso aquel cuerpo en el patio de Càrn Dubh fuisteis vos el día que decidisteis que protegerla equivalía a esconderla. Eso es lo primero que debéis aceptar si queréis seguir llamándoos hombre.

—¿Y lo segundo? —pregunto, sintiendo que mi propia voz me suena ajena, ronca por la humillación.

—Lo segundo es que tenéis una segunda oportunidad que no merecéis. —Catrìona suaviza apenas el tono, pero no la intención —. Y no es que seáis peor que otros hombres; sois mejor que la mayoría, lo sé bien. Sois el único laird que me ha tratado como a una mujer que piensa y no solo como a una que obedece. Pero una segunda oportunidad, después del precio que pagó ella, no se le

otorga a nadie por méritos propios. No existe un solo hombre en estas Highlands que sea digno de tal regalo. Sin embargo, la tenéis. Lo que hagáis con ella en estas semanas decidirá si el nombre de Varkas se recuerda por algo más que por una campaña militar.

Paso el pulgar por el borde del sello de la carta de los MacLeod. La cera ya está fría al tacto. Catrìona da un paso hacia delante, acortando el espacio hasta que puedo oler la harina y el tomillo de su ropa.

—Y lo tercero, laird... La mujer que habéis traído de vuelta no es la mujer que dejasteis en la aldea. No lo va a ser nunca más. Tenéis que aceptarlo hoy, no dentro de un año. Si esperáis a que el tiempo os devuelva lo que el agua de Morvenna transformó, vais a perderla por segunda vez, y esta vez no habrá hechicera ni rito que la traiga de vuelta. Esa es la condición del Ais-tilleadh. Acostumbraos a ella.

—Catrìona... —murmuro, buscando su mirada con una desesperación que trato de ocultar.

—Laird.

Nos miramos fijamente. Yo con las manos apoyadas en el mapa, ella firme ante mí. Sus ojos grises, fatigados y exactos, no ofrecen misericordia, sino la honestidad desnuda de quien me ha visto sangrar en los patios de entrenamiento desde niño. Sabe que me ha herido, pero sabe que la herida era necesaria para que la infección del orgullo no termine por consumirme.

Siento un impulso de negarlo, de justificarme con las leyes del clan o la seguridad de las fronteras, pero el peso de la verdad es demasiado grande. Mi orgullo se desmorona frente a la mujer que me enseñó a caminar.

—Lo sé. Todo lo que habéis dicho... lo sé —admito finalmente, bajando la cabeza por un instante.

—¿Sabéis qué, laird?

—Todo. Entero. Cada palabra que habéis pronunciado ha estado resonando en mi cabeza desde que abrí los ojos esta

mañana. Sé que fui un cobarde. Sé que la entregué al lobo por no querer mostrar mi debilidad ante el clan.

Ella me sostiene la mirada unos segundos más, buscando cualquier rastro de falsedad en mi confesión. Al no encontrarlo, asiente una sola vez de forma tajante, como quien cierra un trato.

—Bien.

No añade nada más. Se da la vuelta y camina hacia la salida con el mismo paso decidido. Abre la puerta y sale, cerrándola tras de sí con un chasquido suave que resuena como un trueno en el silencio que deja tras de sí. Me quedo solo con el candil, las cartas selladas y el mapa. Respiro despacio, aceptando los tres pedazos de realidad que Catrìona acaba de dejar sobre mi mesa. Fui un cobarde. No merezco este milagro. Ella ya no es la misma. Son verdades que ya conocía, pero oírlas de su boca les otorga un cuerpo físico, casi insoportable.

Apago el candil con un movimiento mecánico, enrollo el mapa y dejo las cartas en el plato para el mensajero. Salgo de la sala de mapas con los hombros cargados, sintiendo que el aire del castillo es más denso de lo habitual.

Me cruzo con Eòghan en el corredor. Él me lee la cara al instante; los veteranos no necesitan palabras para entender cuándo un hombre ha sido derrotado por su propia conciencia. Me sostiene la mirada un breve segundo, inclina la barbilla en un saludo mínimo y sigue su camino. Es el único consuelo que necesito de un guerrero a otro. Subo al adarve del sur, ignorando momentáneamente a los ciervos. Me asomo para observar el patio interior, buscando el único punto de luz en esta mañana gris.

Ealasaid está allí abajo. Lleva el mandil de cuero sobre un vestido marrón y su cabello está recogido en una trenza baja que le deja el cuello despejado. Empuña una espada corta frente a Eòghan. A un lado, Alistair fuma su pipa en silencio, y al otro, Donal vigila el entrenamiento. Me apoyo en el pretil, oculto por la sombra de la torre norte. Nadie mira hacia arriba. Eòghan le enseña una secuencia de oficial: bloqueo alto, giro de cadera, corte descendente

y recuperación de guardia. Es una coordinación compleja que requiere un control absoluto del centro del cuerpo.

Ealasaid no duda. Ejecuta la secuencia a la primera, con una economía de movimiento que me hiela la sangre. No hay tanteo, no hay error. Eòghan la obliga a repetir y ella lo hace con una estabilidad que solo dan años de brega. Noto una punzada de celos amargos, no hacia los hombres que la rodean, sino hacia ese acero que parece entenderla mejor de lo que yo lo hago ahora.

«No está aprendiendo», pienso, sintiendo cómo la piedra del pretil me muerde las palmas. «Está recordando».

No le entra el gesto nuevo; le sale uno que ya habitaba en sus fibras, un conocimiento que el rito ha despertado antes que su propia memoria. Ella no pregunta, simplemente ejecuta con la relajación de quien reconoce un camino familiar. Alistair apaga la pipa y se acerca a Eòghan. Hablan en voz baja mientras ella aguarda con la espada baja, mirando el suelo con una paciencia infinita que me resulta aterradora. Los hombres en el patio lo saben. Todos percibimos que la mujer que entrena abajo ha traído consigo algo de aquel patio de Càrn Dubh que no figuraba en mis planes.

Me aparto del pretil y bajo del adarve con el corazón latiendo al compás de los golpes del acero. De camino al ala norte, me detengo un instante al pie de la escalera que lleva a sus estancias. No subo. He jurado no invadir su espacio de día. Pero apoyo la mano en el marco de la puerta, cerrando los ojos, tratando de imaginar el calor de su presencia tras la madera. Tres semanas. Ese es el tiempo que tengo para cerrar la guerra y para decirle lo que Catrìona me ha echado en cara. Tres semanas para descubrir si la mujer que entrena abajo es la misma que amé en la aldea, o si debo aprender a amar a esta guerrera de ojos gélidos.

Bajo al salón principal y le entrego las cartas al mensajero. Le ordeno que regrese en tres días y que no se detenga por nada. Lo veo partir al galope, levantando el barro del camino, y me quedo mirando el portón hasta que la niebla lo traga. Tres semanas para

una sola ofensiva. Una sola oportunidad para confesarle mi cobardía y reclamar el lugar que me corresponde a su lado.

Subo de nuevo a la sala de mapas. Abro el cuaderno y escribo bajo las cuentas militares, con mi letra más descuidada y urgente, una frase que solo mis ojos verán: «Hablar con ella antes de marchar. Nombre. Silla. Puerta grande. Esta vez, de verdad».

Cierro el cuaderno y mantengo la mano encima, sintiendo el latido de mi propio pulso contra el cuero. El lunes llegó tarde, pero no permitiré que el adiós lo haga también. El tiempo de los silencios ha muerto en la boca de Catrìona, y ahora solo me queda el valor o el vacío definitivo. Me enderezo y me preparo para el consejo; la guerra contra Donn es solo la mitad de la batalla que debo librar antes de que el sol de mayo asome por las colinas. Me pregunto si ella me dejará acercarme lo suficiente para ver si, tras el frío del acero, queda un rastro del calor que compartimos en aquella cabaña junto al río.

CAPÍTULO 22

El atardecer cae sobre las almenas de Gleann Mòr con un peso cobrizo que me oprime los pulmones. Llevo todo el día habitada por una agitación que no logro aplacar; una vibración sorda que nace en el centro de mi cuerpo y se extiende por las costillas hasta instalarse en la base de la lengua. No es la inquietud que conocía en la aldea, ni el miedo gélido de mis primeras noches tras el despertar. Es una urgencia biológica, un reclamo de la carne que me devolvió la hechicera exigiendo su tributo. Noto cómo la sangre late en mis sienes con un compás que no reconozco como propio, una cadencia que demanda fricción, peso y el calor que solo un hombre puede otorgar para que mi espíritu no se desvanezca en este aire de piedra.

Catrìona me ha preparado un baño caliente sin mediar palabra. Sabe leer los signos: el modo en que aprieto la mandíbula o cómo mis manos se cierran en puños cuando camino por el huerto. El agua me calma apenas unos minutos, pero en cuanto salgo y el aire frío de la alcoba me roza, el hambre regresa con una ferocidad renovada. Es una necesidad de pulso ajeno, de la única presencia que mi sangre reconoce como legítima desde el primer aliento que recuperé en la tina de Morvenna. «Necesito que venga», pienso con una desesperación que me hace temblar mientras me seco la piel, ahora demasiado tersa, demasiado nueva.

La solución aguarda al otro lado del pasillo, en la penumbra del ala norte. Tomo la decisión sintiendo cómo mi orgullo libra una última batalla perdida contra mi instinto. Esta noche no echo el

pestillo. Por primera vez en dos semanas, dejo la puerta vulnerable. No es una invitación abierta, sino la retirada de la única barrera que me ha mantenido a salvo de sus entradas silenciosas. Si él prueba el pomo al pasar, entrará. Si decide respetar mi exilio una noche más, el frío terminará por devorar mi voluntad antes del alba.

Vuelvo al banco frente al hogar, envuelta en mi bata de lana. Las brasas chisporrotean, soltando chispas que mueren en la ceniza. Espero. El castillo se apaga por sectores, un orden que tengo grabado en el oído: primero cesa el murmullo de las cocinas, luego el trajín del patio y, finalmente, el silencio se adueña del ala norte. El vacío se vuelve absoluto, roto solo por el viento que silba en las aspilleras.

Oigo sus pasos. Sloane camina hacia su estancia sin detenerse. El ritmo es constante, pesado. Mi pulso cae medio grado al ver que pasa de largo. Pensaba que detectaría el cambio en el aire, que sentiría el hueco de la cerradura liberada.

El tiempo se dilata entre latido y latido. De pronto, los pasos se detienen. Hay un silencio espeso, cargado de una electricidad que me hace vibrar los dientes. Se acercan de nuevo, con una cautela que me lacera los nervios, hasta detenerse justo delante de la madera. Pasan tres segundos que parecen una vida entera, hasta que el pomo gira despacio. El crujido metálico ocupa la alcoba entera. La puerta se abre un palmo y él me ve desde el umbral, recortado contra la penumbra del corredor. Es un reconocimiento de necesidades que no admiten mentiras. Sloane baja la vista hacia el pestillo retirado y entiendo que comprende la señal. Entra sin pronunciar palabra, echa el cierre por dentro con un movimiento seco y el tiempo, simplemente, se detiene.

—Ealasaid —dice él, y su voz suena como el roce de dos piedras.

—Laird —sostengo yo, manteniendo la vista fija en las brasas para no romperme antes de tiempo.

—El pestillo estaba sin echar esta noche.

—Estaba. Lo he dejado así por una razón.

Sloane me mira con la seguridad de quien ha aprendido a leer mis silencios durante catorce días. Se acerca y se agacha a mi altura, quedando sus ojos frente a los míos. Me pone una mano en la cara, el pulgar firme en el pómulo y los dedos abiertos hasta alcanzar la oreja. No me besa. Solo me busca en el fondo de las pupilas, tratando de encontrar a la mujer que se quedó en el río de la aldea.

—¿Sentís rabia también esta noche? —pregunta en un susurro.

—Menos —murmuro, dejando que mi frente roce la suya—. Esta noche la rabia pesa menos que el resto. No hable, laird. Solo lo justo para no perdernos en esta oscuridad.

Él no rompe el pacto de silencio. Me carga del banco con una fuerza contenida, usando la potencia de su brazo derecho para evitar que el izquierdo, aún tierno por la herida, se resienta. Me lleva a la cama y me deposita sobre las pieles con una delicadeza que me arranca una punzada de angustia. Se deshace de su ropa con gestos urgentes pero precisos, y se mete en el lecho conmigo.

Piel con piel. El contacto es un choque que me deja sin aire. Siento su carne contra la mía y el hambre me arrolla. A diferencia de nuestra primera vez tras el rito, aquí ya no hay espacio para la confusión. Sloane ha aprendido a leerme, a interpretar los temblores de mi piel. No pelea contra mi ritmo; lo modula con una paciencia que me abrasa. Mis manos buscan su espalda con una desesperación que raya en lo violento, y él me sostiene, girándome cuando detecta que necesito sentir su peso para confirmar mi propia existencia.

Me subo sobre él, buscando anclarme a su centro. No hay preámbulos ni cortesías, solo una sincronía eléctrica que nos consume. Sus manos me sujetan por las caderas con la firmeza de quien sabe que hoy es mi voluntad la que marca el camino.

—Sloane... —suelto su nombre una vez, como un rezo que me purifica.

—Aquí estoy, Ealasaid —susurra contra mi cuello, y siento su aliento como un incendio.

Él me gira con un movimiento fluido, poniéndome bajo su cuerpo, y yo me entrego a su peso con una avidez que me hace arquear la espalda contra el colchón. Durante el acto, el frío que habitaba en mi pecho retrocede. No desaparece, pero me concede una tregua que aprovecho para apretarlo contra mí, clavando las uñas en sus hombros como si temiera que el mundo se desvaneciera si lo soltara. El hambre se sacia con una intensidad que nos devora. Siento su pulso golpeando contra el mío, su boca marcando mi piel sin llegar a besarla del todo, reclamando cada centímetro de este cuerpo recuperado.

Necesito el sabor de su piel, el rastro de su esfuerzo, para no perderme en la oscuridad que siempre me acecha tras los párpados. Sloane se detiene un instante sobre mí, respirando con una contención que le hace temblar los músculos de los brazos. El clímax llega con un impacto que me obliga a morderle el hombro para no despertar al castillo, un choque que finalmente me hace sentir anclada a la tierra, hecha de nuevo de materia sólida.

Nos quedamos quietos, exhaustos. El aire es denso, cargado de aroma a turba y sexo. La respiración se nos iguala en un compás fatigado mientras el calor de la lumbre se apaga. Sloane se apoya sobre los antebrazos para no aplastarme, observándome con una devoción que me duele. Nota cómo la tensión ha abandonado mis párpados.

—Tarda más en volver —dice él en un susurro apenas audible.

Sé que habla de la rabia. Sé que ha notado que el frío ha tardado un poco más en reclamar su sitio en mi pecho. No le contesto; no hay palabras que no estropeen esta tregua. Él se retira despacio y me acomoda contra su costado, cubriéndome con la piel de oveja y ofreciéndome su hombro como refugio. Nos quedamos en

silencio un cuarto de hora. No duermo —el *Ais-tilleadh* no me lo permite—, pero cierro los ojos para fingir que el descanso es posible bajo su guardia.

Sloane respira hondo y se incorpora con sumo cuidado. Se viste en la penumbra, moviéndose con la memoria de los años, encontrando cada prenda en la oscuridad. Al llegar a la puerta, se detiene. Su sombra se proyecta larga y quebrada sobre el suelo de piedra.

—Ealasaid —pronuncia mi nombre con una nota de esperanza que me atraviesa.

—Laird —replico yo, abriendo los ojos para enfrentarme a su silueta.

—Algún día... algún día no me lo dirás.

La frase queda suspendida en el aire, pesada como una losa. No aclara si habla del título o del rechazo, pero es una afirmación que deja ahí, sin retorno. No respondo. Él asiente con una resignación que me escuece, abre la puerta y sale. Oigo el chasquido del cerrojo exterior y el silencio vuelve a ser el dueño absoluto de mi alcoba.

Miro la madera cerrada, sintiendo cómo el calor de la cama empieza a disiparse. Dos palabras pelean en mi cabeza: «No» y «Quizás». La primera es mi escudo de siempre; la segunda es un germen inquietante que ha entrado en mi vocabulario esta noche. Me duermo con las dos puestas, notando que, por primera vez, el frío no ocupa todo el espacio de mi pecho. Hay un hueco, minúsculo pero real, donde la duda ha empezado a arder.

CAPÍTULO 23



El entrenamiento general de los hombres del clan se celebra los miércoles desde antes de que yo naciera, una costumbre que mi padre heredó del suyo y que yo no he osado tocar en veinte años de mando. Sin embargo, hoy me cuesta centrarme en los sesenta y dos hombres que se agrupan sobre la piedra húmeda del patio. Mis ojos, traidores, buscan constantemente la figura que rompe la simetría de la formación. Las tradiciones que se sostienen solas son las únicas que aguantan cuando el mundo se tambalea, pero hoy Gleann Mòr vibra con una inercia distinta. A mis veteranos se han sumado los reclutas de la semana y los aliados Gordon, que llegaron anoche con la intención de medir nuestro acero antes de cabalgar juntos hacia Càrn Dubh. Empuñan espadas cortas de práctica; el filo real aguarda en los armeros, pues hoy buscamos calibrar fuerzas y no derramar sangre que necesitaremos en el campo de batalla.

Superviso la jornada desde el muro alto del ala norte, donde el adarve proyecta una sombra larga. Es mi sitio habitual; desde aquí observo el patio entero sin que los que están abajo sientan mi mirada clavada en sus nucas. Eòghan y Duncan dirigen el ejercicio, pero la presencia de Ealasaid lo cambia todo. Entró hace veinte minutos, luciendo el mandil de cuero que ya se ha convertido en su uniforme de guerra. No pidió permiso. Simplemente ocupó un hueco en la fila del ala este, provocando un sutil pero perceptible oleaje de murmullos y miradas de soslayo que Eòghan cortó con un solo ladrido de autoridad.

He observado cómo ha trabajado las secuencias con él. Bloqueo alto, giro de cadera, recuperación de guardia. Ella ejecuta los movimientos con una economía que me hiela la sangre. No está aprendiendo; está recuperando un lenguaje que su cuerpo ya hablaba. A la hora y veinte, cuando los hombres se detienen para beber agua, ocurre lo que mi instinto vaticinaba. Keith, un oficial Gordon de veintisiete años con una ambición que le desborda, se acerca al rincón donde ella aguarda. Se mueve con la suficiencia del que busca lucirse, con los pulgares enganchados en el cinturón.

—Señora Mhor —saluda Keith, forzando una cortesía casi teatral—. Me han dicho que entrenáis con el viejo Eòghan.

—Llevo tres semanas en ello —responde ella, sin concederle ni un milímetro de espacio.

—Os propongo un asalto. Es tradición que los recién llegados prueben el acero con los oficiales del castillo. Y yo, señora, me sentiría honrado de ser el primero en cumplir esa costumbre con vos.

Keith ignora que Ealasaid ya ha decidido su destino. Ella asiente despacio, aceptando el reto con una calma que debería haberle servido de advertencia. Se forma un círculo de exhibición. Sesenta y dos pares de ojos se clavan en ellos. Ealasaid deja el cuenco de agua, se ajusta el cinturón y desenvaina. El gesto es tan limpio, tan despojado de duda, que desde el muro entiendo que Keith está a punto de recibir una lección que no olvidará en diez inviernos.

Empieza el asalto. Keith ataca con una estocada alta, previsible. Ealasaid la bloquea con un giro de muñeca que le retira la hoja al exterior, abriendo su flanco. No aprovecha el hueco; retrocede y espera. Lo está midiendo, permitiéndole creer que tiene una oportunidad. Keith, envalentonado, vuelve a la carga. Estocada baja, finta al hombro, recuperación. Ella lo para todo con movimientos mínimos. No suda, no jadea. Su ritmo es el de un veterano.

Cuando ella decide que es suficiente, ejecuta una secuencia que Eòghan solo enseña a los consagrados. Un engaño de hoja, un cambio súbito de trayectoria y una torsión de acero que obliga a Keith a soltar la empuñadura para no romperse la muñeca. La espada de él choca contra el suelo con un estrépito seco que resuena en todo el patio. Ealasaid mantiene su punta a dos dedos de la garganta del joven, tan inmóvil que parece una estatua de mármol. El silencio es absoluto.

Ealasaid recoge la espada de Keith y se la entrega por el pomo, un gesto de honor recuperado. Es entonces cuando yo, desde lo alto del muro, tomo una decisión. No es por castigarla; es porque el acero es la única lengua que nos queda para hablar sin que las mentiras se interpongan.

Bajo del adarve. Ealasaid me detecta antes de que mis pies toquen la piedra; noto cómo su espalda se tensa, reconociendo mi peso incluso antes de verme. Cruzo el patio hasta el centro del círculo.

—Señora Mhor —pronuncio su nombre con el respeto de quien reconoce a un igual.

—Laird —responde ella, sosteniéndome la mirada.

—Os propongo otro asalto.

El aire cambia de densidad. Desenvaino mi espada corta de práctica. Ella se pone en guardia frente a mí. El círculo de seis pasos se convierte en el lugar más pequeño del mundo.

Ataco primero. Ella bloquea con precisión quirúrgica. Segundo intercambio: lanzo una finta al flanco izquierdo y un ataque real al derecho. Ella bloquea el real sin parpadear. Tercero: cambio de ritmo, aceleración total. Tres movimientos en dos segundos. Ella los para todos y me envía una estocada rápida al muslo que bloqueo tarde, obligándome a retroceder.

Nos miramos. En sus ojos no hay rabia, sino una atención absoluta. Me está midiendo con una seriedad que no me dedica en la alcoba. El asalto continúa durante cinco minutos agotadores. Ella

no comete errores. La técnica me va a empatar, así que decido usar el peso. Cargo con la fuerza de mis hombros curtidos. Estocada media, corte descendente con el torso entero y, finalmente, una torsión que le arrebata el arma.

Su espada cae. Ella me sostiene la mirada y lo que veo es reconocimiento. Sabe que ha perdido contra la envergadura y yo sé que, de ser iguales en fuerza, mi acero sería el que estaría en el suelo. Recojo su espada y se la tiendo. Ella lo envaina sin tocarme. Entonces, hago lo único correcto: le tiendo la mano derecha, abierta y limpia.

La pausa es eterna. Al tercer segundo, Ealasaid avanza y me da la mano. Su piel contra la mía es una descarga que me recorre la columna, un contacto eléctrico que me quema los tendones. El patio estalla en un aplauso lento que se vuelve estruendoso. Nos soltamos al unísono, como si nos hubiéramos abrasado.

Salgo del patio hacia el ala norte con la palma de la mano todavía caliente, sintiendo el fantasma de su tacto. Me siento en mi cama y miro mi propia piel. Diez días. Faltan diez días para la ofensiva y ya no tengo el lujo de creer que me queda tiempo. Debo hablar con ella antes de montar en el zaino, porque el acero nos ha dado la tregua, pero solo la verdad podrá darnos la paz que el rito nos ha robado.

Bajo a la sala de mapas con la urgencia golpeándome el pecho. Hay cartas que enviar y una mujer a la que enfrentarme antes de que el destino nos reclame en el barro. ¿Será suficiente una sola conversación para desmantelar dos años de silencios, o la guerra será el único lenguaje que nos quede antes del fin?

CAPÍTULO 24



La tarde del jueves, nueve días después de que el pestillo dejara de ser una barrera y ocho tras aquel asalto bajo la lluvia, bajo a la sala grande buscando la tregua del hogar. Arrastro un cansancio denso, de los que se instalan en los hombros con un peso satisfactorio tras una mañana de acero y una tarde de tierra. Mi cuerpo reclama apenas un cuenco de caldo y una hora de silencio absoluto. Sin embargo, al cruzar el umbral, descubro que el extremo sur de la mesa larga ya tiene dueños: cinco hombres y una muchacha de la cocina que observa inmóvil, con un paño entre las manos. En el centro, sobre un lienzo de lino verde, tres dados de hueso amarillento parecen invocar la suerte.

Eòghan preside la cabecera con su parsimonia habitual. Alistair está a su derecha con la pipa apagada y Donal, frente a ellos, juguetea con una jarra de cerveza. Junto a él se sientan Iain, el mozo de establos, y un guardia joven. Al verme, el murmullo cesa un instante. Eòghan levanta la jarra apenas tres dedos en un saludo contenido.

—Señora —dice con su voz profunda.

—Eòghan.

—¿Cenáis con nosotros? Hoy inauguramos partida de *coraiche nam marbh*, y Donal acaba de perder dos peniques por su incapacidad manifiesta para sumar.

—Sé sumar perfectamente —se defiende Donal de inmediato—. Es el juego el que carece de lógica.

—El juego se entiende a la perfección, Donal. Eres tú quien resulta incomprensible —sentencia el veterano.

Me acerco, atraída por la vibración del grupo. Catrìona, que supervisa el perol grande al otro lado de la estancia, me dedica un asentimiento mínimo. Es su forma de decirme que Sloane está ocupado con los capitanes de los Gordon y que este espacio, por hoy, me pertenece. Me siento en el banco al lado de Iain, que se desplaza un palmo con una mezcla de respeto y timidez.

—¿Qué juego es ese, Eòghan? —pregunto, observando los dados de hueso.

—El dado de los muertos, señora. Cuentan que lo inventó un hombre que regresó de una campaña con media cabeza y la malicia suficiente en la otra mitad para diseñar un sistema capaz de arruinar a medio clan antes de expirar.

—¿Me enseñaríais?

—Con una jarra de cerveza de por medio, con mucho gusto.

—Sin cerveza —le corto, recordando mi última noche con la malta de este castillo.

Alistair suelta una risa chiquita que se pierde en el humo de su pipa. Eòghan se rinde con elegancia, pero impone una condición.

—Sin cerveza, entonces. Pero con apuesta firme. Un penique por ronda.

—Explicadme las reglas antes de que lance —le exijo, cruzándome de brazos.

Eòghan exhala un suspiro cargado de la paciencia de quien instruye a un recluta. Me explica lo básico: tres dados sobre el paño, las caras hacia arriba suman y las que miran al suelo restan. Si los tres coinciden, el premio se dobla. Si los dados quedan de canto o se anulan entre sí, se repite la tirada bajo una lógica que sospecho que él improvisa según le conviene.

—Vamos a la primera tirada —digo, empujando mi penique al centro.

Catrìona, con su eficiencia silenciosa, me pone delante un cuenco de agua y una moneda de cambio. Tomo los dados. Están calientes por el uso. Los ruedo, sintiendo su textura porosa, y los suelto. Pierdo medio penique de entrada bajo la mirada severa de Eòghan.

—Eso es exactamente de lo que trata el juego, señora —dictamina él.

En la segunda ronda, un dado queda de canto contra un nudo de la mesa. Eòghan me obliga a repetir la apuesta sobre la anterior, defendiendo que las reglas son inamovibles, aunque admitiendo que son demasiadas para memorizarlas en una tarde. Lanzo de nuevo y gano, recuperando el penique.

Empiezo a observar con detenimiento. Analizo la muñeca relajada de Alistair al lanzar desde lo alto, la rapidez de Iain que apenas deja rodar el hueso y el movimiento corto de Donal, casi pegado a la madera. Eòghan, por el contrario, los tira con una severidad que parece un regaño.

En las siguientes rondas, empiezo a variar mi propio tiro, imitando sus gestos según me conviene. Gano una, luego otra. En la sexta, saco un doble que duplica la ganancia. En la séptima, Eòghan pierde un penique entero. Para la octava mano, la mesa se ha sumido en un silencio cargado de asombro.

—Señora —murmura Eòghan, con una dignidad herida que resulta genuina—, eso ha tenido que ser pura suerte.

—No lo creáis, Eòghan. Solo os he estado observando.

Alistair se retira la pipa de la boca y asiente con un respeto nuevo en los ojos.

—Lleva cinco manos de ocho —dice él—. Con dos dobles.

Eòghan, con una lentitud ritual, empuja hacia el centro del paño sus monedas: tres peniques y una pieza de cobre. Me mira fijamente, con una media sonrisa torcida.

—Señora, desde este instante soy vuestro hombre. Al menos, en lo que a los dados se refiere. En el resto sigo siendo leal al laird, pero en esta mesa, vuestra palabra es ley.

La muchacha de la cocina estalla en una carcajada y Iain se le une. Donal intenta mantener la compostura y Alistair vuelve a encender su pipa con manos temblorosas de pura diversión. Yo también me río. Es un sonido que me nace desde el pecho, libre de la sospecha que suele acompañar a mis pensamientos. En la aldea me reía sola; aquí, rodeada de estos hombres rudos, el castillo empieza a tener una forma que no esperaba.

Es justo en ese momento, cuando nuestras risas se entrelazan, cuando el aire cambia. No es un ruido lo que me alerta, sino una alteración en la densidad de la estancia. Los pasos que cruzaban el corredor hacia el ala norte se detienen en seco. Alguien está ahí fuera, oculto en la sombra del arco, escuchando el eco de nuestra alegría.

Es Sloane. Lo reconozco sin necesidad de verlo, por el peso que su sola presencia impone en el ambiente.

No giro la cara. Nadie en la mesa lo hace, pero la tensión se filtra entre nosotros como la humedad en la piedra. Sloane escucha durante unos segundos largos, el tiempo exacto que tardan las carcajadas en disiparse. Luego, los pasos reanudan su marcha hacia el ala norte, constantes y pesados, sin asomarse, sin interrumpir. El laird ha pasado de largo, y el dato me deja una nota discordante en el pecho que no sé dónde archivar.

La partida prosigue con un ritmo más contenido. Gano la novena, pero pierdo la décima ante un triple inesperado de Eòghan, que celebra recuperando sus peniques. Jugamos tres rondas más entre treguas de caldo salado. Al terminar, el cansancio acumulado regresa reclamando el refugio de las pieles de oveja.

Me pongo en pie, ajustándome el chal.

—Eòghan, Alistair... gracias por la partida. Y por las reglas, por muy creativas que parezcan.

—Volved mañana, señora —pide Eòghan mientras recoge los dados.

Subo la escalera hacia el ala sur con el tintineo de las monedas en el bolsillo. Al llegar a mi alcoba, noto que la tregua de esta noche ha dejado un rastro de calor que el frío del *Ais-tilleadh* no ha logrado extinguir. Me prometo volver a tirar los dados, mientras me pregunto si Sloane, en su soledad del ala norte, también guarda el eco de esa risa que decidió no reclamar.

CAPÍTULO 25



Llevo horas acostado detrás de ella, con el brazo rodeando su cintura y mi respiración buscando refugio en su nuca, cuando el cuerpo que tengo pegado a la espalda cambia drásticamente. No es un ascenso gradual; es un giro brusco que me pone en alerta. Después de veinte noches habitando este espacio, sé distinguir perfectamente cuándo su cuerpo pasa de la tibieza del descanso al sudor gélido de la angustia. Abro los ojos de golpe. Su respiración ha cobrado un ritmo frenético: corta, alta, con las costillas vibrando bajo la piel. Su pulso golpea el lino de la almohada con una frecuencia que no pertenece al sueño.

—Ealasaid —susurro, y la aprieto con una suavidad desesperada contra mi pecho.

No quiero despertarla con violencia, pero mi paciencia no encuentra margen. Ealasaid suelta un jadeo desgarrador, arqueando la espalda como una cuerda tensada hasta el límite, y antes de que pueda sostenerla, se incorpora con una fuerza inusitada. No despierta buscando el roce de las sábanas; se incorpora como un soldado herido en un campo de batalla: con los codos pegados al torso y los ojos abiertos de par en par a una oscuridad que solo ella habita.

—Ealasaid, mírame.

No hay respuesta. Su rostro, bajo la luz moribunda del hogar, es una máscara de terror absoluto. Se aparta de mí con un movimiento seco, huyendo de mi contacto como si mi piel fuera hierro incandescente. Se retira hasta el extremo del lecho, con las

palmas de las manos hacia fuera, evaluando en su delirio si su única salida es la lucha o el vacío.

—¡No me toquéis! —grita, y su voz me hiela la sangre.

Le sale rota, cargada con la aspereza de quien no ha probado agua en días. Me incorporo con una cautela extrema, evitando cualquier movimiento que pueda interpretar como una amenaza.

—Ealasaid. Soy Sloane. Estás a salvo en Gleann Mòr.

Mis palabras caen en el vacío. Salta de la cama descalza sobre la piedra fría. El camisón, empapado por el pánico, se le pega al cuerpo marcando cada vértebra. Da cuatro pasos erráticos hacia el fuego, retrocede con tal ímpetu que choca con la mesa y el cuenco de barro estalla en mil pedazos. No registra el estrépito. Se encoge en el rincón sombrío entre la pared y el arcón, ocultando el rostro entre sus manos mientras estalla en un llanto que me desgarra.

Es un desagüe emocional, un torrente que le sube del pecho en oleadas. No hay palabras, solo sollozos que sacuden sus hombros con una violencia que amenaza con romperla. Me levanto con el corazón martilleando en mis oídos.

—No voy a tocarte —le aseguro, deteniéndome a cuatro pasos con las manos abiertas—. No daré un paso más. Solo mírame.

Oigo pasos en el corredor y dos golpes secos en la puerta. Es Catrìona.

—¡Quedaos fuera! —le ordeno con un grito sordo—. ¡Ahora mismo!

Ealasaid, en el rincón, comienza a retorcerse. Su cuerpo sufre una sacudida hacia delante, como si un impacto invisible le hubiera golpeado la columna. Suelta un aullido oprimido entre los dientes y arquea la espalda. Otra sacudida. Y otra más. Cuento cada espasmo con un nudo en la garganta, comprendiendo finalmente la magnitud de lo que vivió en Càrn Dubh.

No es una pesadilla; su carne está reviviendo cada golpe de aquella celda. Cada aullido sordo se aloja entre mis costillas. Sé que si trato de alcanzarla ahora, mi sombra se fundirá con la de su torturador.

—Ealasaid. Dime mi nombre. Soy Sloane. Aquí no hay látigos, ni cadenas. Mírame.

—No... —murmura ella con un hilo de voz, bajando la cabeza hasta las rodillas.

Se queda inmóvil unos segundos que se me antojan eternos. Cuando levanta la vista, clava sus ojos en sus propias muñecas. Las observa con una atención minuciosa, como si acabara de descubrir sus manos. Las gira con lentitud y entonces se las lleva a la boca para soltar un grito descarnado, el sonido de algo que se quiebra definitivamente.

Camina hacia el centro de la alcoba sin apartar la vista de sus brazos, susurrando una cuenta obsesiva. Se detiene bajo las vigas y vuelve a examinar su piel antes de mirarme con una expresión de extravío total.

—No están —susurra, y el vacío en su voz me aterroriza—. Los hierros... han desaparecido, Sloane.

—No hay hierros aquí, Ealasaid. Estás en tu hogar.

Ella me sostiene la mirada y, por un instante, la realidad de Gleann Mòr parece filtrarse en sus pupilas. Pero la grieta se cierra rápido. La celda reclama su presa y ella vuelve a encogerse, inhalando bocanadas de aire espasmódicas. Es el prefacio del grito definitivo. Comprendo que mis palabras y mi respeto han quedado obsoletos. Se han agotado las razones. Solo queda el cuerpo.

Cruzo la distancia en una sola zancada. Le tomo la cara con ambas manos, levantándole la barbilla con firmeza, y antes de que el grito escape de su garganta, le cierro la boca con la mía.

Es un beso desesperado, un gesto mudo para rescatar a una mujer que tiene medio cuerpo en la tumba. Mis labios se aprietan contra los suyos, mi lengua intenta imponerle la realidad de

que estoy aquí, de que el infierno ha terminado. Fuerzo mi respiración para que la suya se acompase, sujetando su rostro con la fuerza justa para que sienta mi presencia, pero dispuesto a soltarla si me empuja. Durante tres segundos agónicos, sus labios son mármol frío bajo los míos. Su mandíbula permanece bloqueada.

Al cuarto segundo, la rigidez comienza a ablandarse. Es una victoria mínima, pero la celda acaba de perder su primer ladrillo. No suelto el beso. Insisto. Al quinto segundo, sus manos suben con una torpeza conmovedora. Una queda suspendida, pero la otra encuentra finalmente mi hombro y se aferra a él como a un tablón en mitad del naufragio.

Al séptimo segundo, Ealasaid me devuelve el beso.

Es un roce urgente, hambriento, que ya no pertenece a la mujer de la celda. Sigo adelante, tomando su boca entera, y ella responde con un calor creciente, buscando mi nuca, presionando su pecho contra el mío. Su respiración se estabiliza y el pulso frenético de su cuello se calma bajo el calor compartido.

De repente, me busca con una necesidad que me arrolla. Sin romper el contacto, me atrae hacia ella y rodea mi cintura con sus piernas, anclándose a mi cuerpo. La sostengo levantándola del suelo, sintiendo su peso real, su vida latiendo contra la mía. Camino hacia el lecho entre los restos del barro roto y la silla volcada. Antes de depositarla, empujo la puerta con el pie hasta que oigo el eco del pestillo cerrándose.

Fuera, los pasos de Catrìona se alejan. Dentro, deposito a Ealasaid sobre las pieles con una delicadeza infinita, pero sin separarme. Me incorporo apenas para mirarla. Sus ojos están abiertos y me ven solo a mí. Llora en silencio, dejando que las lágrimas empapen la almohada, pero me sostiene la mirada con una entereza nueva.

—Sloane... —susurra, y el sonido finalmente encaja en la habitación.

—Aquí estoy.

—No me dejes volver nunca más a ese sitio —me pide, y su súplica vibra en mi propio pecho.

—Jamás, Ealasaid. Jamás.

Respiramos al unísono, sintiendo cómo el horror retrocede ante el pacto de piel y lágrimas. Lo que sucede después pertenece solo a nosotros, una tregua necesaria en la penumbra. Sin embargo, mientras la envuelvo entre mis brazos, noto que el frío de sus muñecas persiste bajo mi tacto, un recordatorio silencioso de que hay marcas que ni siquiera la vida recuperada puede borrar del todo.

CAPÍTULO 26



A la cuarta semana del regreso de Ealasaid, con siete días cortos por delante hasta la ofensiva final contra Càrn Dubh, recibo a los capitanes en la sala del consejo con una claridad que me era ajena. No sé si atribuirlo a las noches de sueño entero o al hecho de que Catrìona ponga ahora dos cuencos en la mesa cada mañana sin mediar palabra. Ealasaid sigue sin ofrecerme una frase de más, pero ya no me niega el salero cuando se lo pido. Son gestos mínimos, pero juntos me permiten pensar con la precisión que el acero requiere.

Los capitanes son tres hombres que huelen a cuero y a responsabilidad. Keith Gordon el padre es un veterano de sesenta años con la paciencia de quien ha enterrado a dos esposas. Owen MacLeod tiene una mandíbula de piedra que no discute dos veces la misma orden. Cailean Ross, mi espía, ocupa la silla del fondo con el barro del camino aún fresco en las botas. Duncan se sitúa a mi derecha y Eòghan permanece apoyado en la pared del hogar.

La silla de mi izquierda está vacía. La mantengo así de forma deliberada, una declaración silenciosa que para mí pesa más que cualquier hombre de armas.

—Donn ha reunido ya a sesenta y cuatro hombres —comienza Cailean—. Anteayer se le sumaron nueve MacBean y cinco mercenarios del este. Tiene pagas para un mes. Si vuestro plan es atacar, la ventana de oportunidad es esta misma semana.

—El lunes salimos —confirmo yo, clavando la vista en el mapa—. Para el jueves o viernes ejecutaremos el asalto. Ciento

ochenta contra sus setenta.

Owen MacLeod asiente, seco y pragmático.

—¿Por qué punto entraremos?

—Por el paso del tejo. El pantano del sur se ha secado y no nos otorgará ventaja. El paso del tejo nos permite llegar al alba con la tropa descansada y caer sobre su flanco este antes de que logren organizarse.

Dedicamos media hora a pulir rutas y señales de humo. Cuando el trabajo parece concluido, Gordon padre desvía la mirada hacia la ventana alta que domina el patio. Se queda pensativo unos segundos antes de volver a mí.

—Laird, hay un asunto que no atañe a la campaña, pero que me inquieta. La mujer que entrena en el patio.

Mantuve el dedo sobre la curva del arroyo en el mapa para no otorgarle a la pregunta un peso innecesario. Duncan permaneció inmóvil a mi lado.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté.

—Mi hijo regresó con una historia que me costó asimilar. Quería preguntaros, de hombre a hombre, quién es ella realmente.

La pausa fue breve, apenas el espacio de un latido, pero en ese segundo el aire de la sala se volvió sólido. Sentí un vuelco violento en el estómago, la misma presión que precede a una carga de caballería. La verdad que había callado durante años se me agolpó en la garganta con una urgencia que me quemaba.

—Mi mujer. —Levanté la cabeza y le sostuve la mirada—. Es mi mujer, Keith. Mi esposa.

Pronunciar las palabras fue como soltar un lastre de plomo. Gordon asintió sin mostrar sorpresa; los hombres que han visto tanto como él, han aprendido a no parpadear ante las revelaciones. Se recolocó la capa sobre el hombro.

—Entiendo, laird. En ese caso, recibid el respeto de los Gordon para la señora de Gleann Mòr. Mi hijo dice que jamás

conoció a un oficial con mejor giro de muñeca.

Owen MacLeod inclina la cabeza en un gesto de reconocimiento.

—Mis respetos también, Sloane.

Tras el almuerzo con los aliados, cruzo el patio interior y escucho el sonido que se ha convertido en la banda sonora de mis atardeceres: el crujido de la cuerda tensada y el impacto seco de la flecha. Me asomo al campo de tiro. Donal permanece con el arco bajado, observando a Ealasaid. Ella tiene la cuerda tensada, apuntando con una fijeza que parece detener el tiempo.

Lleva el pelo en una trenza baja y un jubón de cuero que resalta su nueva complexión. Su postura es impecable: los pies firmes, el hombro alineado. Suelta la cuerda. La flecha silba y parte el corazón rojo de la diana por la mitad. Luego otra. Y otra.

Ella baja el arco y gira la cabeza apenas media pulgada, detectando mi presencia por el cambio en el aire. Nuestras miradas se cruzan y la máscara de hielo que ha llevado durante semanas se agrieta un milímetro. La guardia de sus ojos desciende, reconociendo el espacio que compartimos. Entro en el prado con las manos enlazadas a la espalda. Me detengo a tres metros.

—Señora Mhor.

—Laird.

—Tenéis buen ojo —le digo, señalando la diana rasgada.

Ealasaid baja el arco y me sostiene la mirada antes de señalar a Donal.

—El mérito es de vuestro oficial.

—El ojo es de la señora, laird —replica Donal—. Yo solo indico dónde mirar.

Ella me observa de nuevo. Ya no hay hostilidad en sus pupilas, sino una curiosidad nueva, un rastro de algo que no logro definir.

—¿Habéis concluido vuestras reuniones? —pregunta ella, rompiendo la tensión.

—Soy libre hasta las seis.

—En ese caso, laird, Donal ha propuesto probar la distancia larga. Vos podríais indicarnos si las cuerdas del campo están bien medidas.

La invitación me golpea con retraso. Me está pidiendo que me quede. Camino hasta la marca de los treinta y cinco pasos y le hago una señal de aprobación. Ella asiente y tensa el arco. Las flechas vuelven a partir el centro exacto. Me quedo en silencio, asombrado por su destreza. De reojo, noto que tres ciervos observan desde el otro lado de la valla, con las cabezas erguidas, como si evaluaran cada tiro.

—Señora, ¿me permitís observar de cerca? —le pido en voz baja.

Ella no responde, pero me hace un gesto mínimo. Me sitúo justo detrás de ella, a un palmo de su hombro. No la toco, pero permito que mi calor se funda con el suyo en el aire frío. Ella suelta la saeta e impacta en el centro absoluto.

—Tenéis un don, señora —le susurro.

—Las manos las ha guiado Donal —insiste ella, bajando el arco pero sin girarse del todo.

—No. Donal solo os muestra el camino. Vuestras manos ya conocen este peso.

Ella guarda silencio ante la mención de esa memoria física que ambos intuimos. Donal sigue recogiendo flechas al fondo. Ealasaid gira medio cuerpo hacia mí; hay una pausa larga entre nosotros, cargada de una electricidad que no nace del deseo, sino de la inminencia de la partida.

—¿Partiréis esta semana hacia la guerra? —pregunta con una nota de algo que intenta ocultar.

—El lunes al alba.

—¿Y volveréis?

—Esa es mi intención, Ealasaid. Nada me gustaría más.

—Bien —dice ella, y el monosílabo me llega limpio de reproches, pero pesado de significado.

Se gira de nuevo hacia la diana y yo retrocedo para darle espacio. Me quedo en el borde del campo mirándola durante el resto de la tarde. En este prado, con los ciervos como testigos, reconozco por fin que ella ya es la señora de esta fortaleza, aunque el nombre aún le queme en la piel.

Entramos al castillo por caminos separados. Mientras subo la escalera, sé que los ciervos siguen allí fuera, vigilando las sombras. El lunes dictará nuestro destino, y solo me queda esperar que el acero no sea lo único que nos una cuando el invierno finalmente golpee.

CAPÍTULO 27



Subo al ala sur a última hora de la tarde con la firme intención de comunicarle que los capitanes aliados cenarán hoy con nosotros. La estancia del consejo ha quedado ya pequeña, asfixiada por los mapas y la inminencia de la guerra, y busco en ella un ancla que me permita afrontar la noche. Llamo dos veces en la robusta puerta de madera y aguardo ese «pasad» que me ha concedido los últimos tres atardeceres como una tregua silenciosa. Al no obtener respuesta, empujo la hoja con cuidado.

La alcoba me recibe vacía. La silla junto al hogar está en perfecto orden, el arcón cerrado y el chal azul descansa doblado sobre la mesa baja. No hay rastro de ella; ni un jubón sobre el respaldo ni sus botas en el rincón habitual. El fuego arde bajo pero constante, señal de que Catrìona lo ha atendido desde el mediodía, pero la mujer que debería estar aguardando la caída del sol no está. Una punzada de inquietud, fina y afilada, me recorre el estómago.

Desciendo de inmediato hacia las cocinas. Catrìona tiene las manos hundidas en la masa del pan y no se gira al oírme entrar, pero noto cómo su espalda se endereza un milímetro. Se limpia concienzudamente en el delantal antes de encararme.

—Laird —saluda con su habitual economía.

—Catrìona. ¿Sabéis dónde se encuentra la señora?

—No la he visto desde el mediodía, señor. Mencionó que necesitaba aire, que las paredes se le antojaban estrechas hoy.

—¿Y no ha regresado? Han pasado casi cuatro horas.

—Cuatro, laird —corrige ella, midiendo el tiempo con una precisión que me irrita—. El tiempo suficiente para que vuestro corazón empiece a dar vueltas.

Abandono la cocina y bajo al patio. En la puerta principal, Murdoch, el centinela veterano, se cuadra al verme avanzar.

—Murdoch. ¿Habéis visto salir a la señora Mhor?

—Salió por la poterna del norte hace tres horas, señor. Iba sola. Le ofrecí escolta, pero respondió que necesitaba caminar en su propio silencio y que no quería cargar a un hombre de bien con ese peso.

Asiento y salgo por la misma poterna. El sendero baja serpenteando hacia el riachuelo entre abedules de troncos pálidos. Al llegar al agua, busco huellas en el barro blando; encuentro hierba aplastada recientemente y un trozo de musgo arrancado por el roce de una bota. Ealasaid ha tomado el camino de la derecha, el que rodea la muralla exterior hacia el prado del sur.

La sigo con cautela, procurando que mis pasos no delaten mi posición entre el linde del bosque. He aprendido que con esta mujer las puertas se abren por dentro; si irrumpo con urgencia, solo encontraré un muro. A los diez minutos, un sonido extraño me obliga a detener el pulso. No es el viento. Son respiraciones profundas, de animales grandes. Por debajo de ese compás animal, escucho un murmullo. Es ella. Habla con un tono que no le he escuchado nunca: es una voz tranquila, despojada de armadura.

Avanzo tres pasos más, agazapándome entre dos abedules. Lo que veo me deja clavado a la tierra, con el aire detenido en los pulmones.

En el centro del prado, bañada por la luz cobriza del atardecer, se encuentra Ealasaid. A su alrededor, formando un semicírculo casi sagrado, hay cinco ciervos. El macho de cornamenta imponente está a escasos pasos de ella. Dos hembras adultas lo flanquean, un macho joven observa a la derecha y la cría pequeña

aguarda a la izquierda. Ninguno le da la espalda; todos mantienen las orejas erguidas hacia ella en una atención absoluta.

Me oculto tras un abedul viejo, sintiendo la corteza rugosa contra mi hombro. Ealasaid está quieta, sin capa. Tiene las manos abiertas a la altura de la cintura, con las palmas vueltas hacia los animales. El macho grande baja la cabeza, ofreciéndole la frente entre las astas. Mi mujer da un paso. Uno solo. Adelanta la mano con una lentitud infinita. El ciervo estira el cuello y roza sus dedos con las narinas. Ealasaid posa la palma entera en su frente y se la deja allí, en un contacto que me eriza el vello.

El ciervo no retrocede; entrega su peso al contacto. Las hembras acortan la distancia; una olfatea su cadera y la otra le roza el codo. La cría apoya el morro en la palma de la mano izquierda de Ealasaid. Mi mujer está tocando a los cuatro animales simultáneamente, habitando una escena que desafía toda mi experiencia como cazador.

Siento que el frío del páramo me cala los huesos. He nacido en estas tierras y sé que son criaturas esquivas que huyen ante el menor rastro humano. Lo que tengo ante mis ojos no obedece a las leyes naturales. Es una congregación que no posee nombre en mi vocabulario de guerrero.

La hembra de la derecha posa el morro en el hombro de Ealasaid y ella le rasca la base de la oreja con los dedos. Algo en este prado los ha convocado, algo que reside en ella. Morvenna Kyntire. El nombre de la hechicera surge en mi mente como una advertencia sorda. Ella fue quien hundió a mi esposa en el agua negra, quien cantó aquellas palabras en la lengua de las piedras.

Ais-tilleadh. El regreso.

He pasado semanas creyendo que el favor que le debo a la Kyntire era el precio por una vida recuperada. Pero esta tarde, viendo a los señores del bosque rendir pleitesía a mi mujer, comprendo que el pacto fue mucho más hondo. Lo que Morvenna me devolvió no fue simplemente a la mujer que amé. Me entregó a alguien habitado por una soberanía invisible. Los ciervos no la tratan

como a una extraña; la saludan como a una fuerza que rige este pedazo de tierra. Y yo, que creía poseer Gleann Mòr, descubro que hay dominios en mi propia casa que se escapan a mi mando.

Un peso insoportable se instala en mi pecho. Entiendo que el precio que Morvenna vendrá a cobrar un día no se medirá en oro. Me aterra pensar qué sacrificio exigirá por haber abierto una puerta que tal vez no debería haber cruzado.

Observo cómo el ritual llega a su fin. El macho grande se retira, marcando el final de la audiencia. La cría toca por última vez el bajo del vestido de Ealasaid antes de seguir a las mayores. El macho joven encabeza la marcha hacia el bosquecillo opuesto. Ealasaid se queda sola en el centro del prado, llevándose las manos al rostro durante un instante fugaz. Le sostiene la mirada al líder del grupo hasta que este desaparece entre los abedules con una última inclinación de cabeza, solemne.

Ella respira hondo y permanece inmóvil. Sé que no podré preguntarle jamás por lo que he visto esta tarde sin destruir el frágil equilibrio que estamos construyendo. Hay secretos que, si se nombran, se rompen.

Me aparto del tronco con el sigilo de un fantasma. Retrocedo sin darle la espalda al prado hasta que la vegetación me oculta. Rodearé el castillo por el este; quiero que ella me encuentre sentado en la sala de mapas, fingiendo que no me he movido de mis pergaminos. A mitad de camino, me detengo un momento para recuperar el aliento. Mi pulso golpea contra mi jubón, rápido y desordenado.

«Mi mujer». Las palabras cobran ahora un matiz cargado de misterio. Es mi esposa, sí, pero también es algo que camina por mis tierras con el respeto de las bestias. Acepto ambas verdades con la misma entrega, aunque la segunda me obligue a vigilar las sombras de mi propia alcoba.

Entro en Gleann Mòr por la puerta trasera y asciendo a la sala de mapas. Enciendo el candil y extiendo los documentos, forzando a mis manos a no temblar sobre el papel. Cuando al cabo

de un rato escucho el saludo de Murdoch anunciando su regreso, no salgo a su encuentro. Me quedo en mi sitio, con la vista fija en las rutas hacia Càrn Dubh. Esta noche no diré nada. Mañana tampoco. Algún día, quizá, me atreveré a preguntar qué parte de este misterio le pertenece. Pero hoy, Gleann Mòr ha despertado a una nueva dueña, y yo soy el primer testigo mudo de su ascenso.

CAPÍTULO 28



Subo por la escalera del ala sur cerca de la medianoche, con los pasos de un hombre que conoce de memoria cada imperfección de la piedra. Evito el peldaño gastado del rellano; no necesito que su crujido delate mi presencia. Cuando alcanzo el corredor, me detengo a ocho pasos de la estancia donde habita mi mujer. El castillo está sumido en esa quietud densa de las horas tardías, solo interrumpida por el chasquido de la madera vieja o el eco rítmico del centinela en el adarve del este. La antorcha del rellano agoniza, proyectando sombras que parecen vigilar mi avance.

Ealasaid está despierta. Lo sé por la línea dorada que se filtra bajo su puerta y por los ruidos casi imperceptibles que emanan del interior: el roce de una silla, el sonido leve de un cuenco al posarse, el arrastre de una tela. No es la parsimonia de quien se entrega al descanso, sino la vigilia deliberada de quien todavía habita la noche con los sentidos alerta.

Avanzo hasta quedar a escasa distancia de la madera de roble. Levanto mi mano derecha, disponiéndome a golpear con el nudillo. Es un gesto que mis músculos han memorizado durante estas semanas, ejecutándolo casi antes de que mi mente dé la orden. Sin embargo, a milímetros del contacto, mi brazo se detiene. No es duda lo que me frena; es una revelación que cae en mi pecho con una claridad gélida, más nítida que en cualquier otro momento de este mes.

Bajo la mano. Lo hago con una lentitud ceremoniosa, como quien devuelve un arma a su vaina. Doy medio paso atrás y apoyo el

hombro en la pared del corredor. La piedra me devuelve un frío que atraviesa el cuero de mi jubón, pero no me muevo. Me quedo allí, observando ese haz de luz bajo la puerta, respirando con una contención que me oprime los pulmones.

Siento algo nuevo. No es rabia, ni es el orgullo herido que se consumió hace tiempo. Es la conciencia plena de que, desde el día de su despertar, he estado aceptando migajas. He aceptado el hambre del *Ais-tilleadh* que nos llevó al lecho, el pestillo sin echar y aquel beso desesperado en el rincón cuando ella aún no sabía si habitaba este mundo. Son fragmentos preciosos, pero ninguno me lo ha entregado desde el lugar desde el cual yo me entrego a ella. Los he tomado como un mendigo que se agacha rápido para recoger lo que cae de la mesa, agradecido por sobras que no nacen de su voluntad consciente.

Ayer, viendo a los ciervos bajar la cabeza ante ella en el prado, comprendí que una mujer tratada con tal distinción por el páramo no merece que su hombre se aproveche de su vulnerabilidad. Entrar allí esta noche sería perpetuar el mismo silencio con el que la oculté durante años. El brazo que acabo de bajar está aprendiendo una lección necesaria, por mucho que mi propia sangre exija lo contrario.

Miro la línea de luz por última vez. Me aparto de la pared y emprendo el camino de regreso. Antes de alcanzar el rellano, me detengo un instante para mirar atrás. El castillo cruje. Fuera, un bramido largo atraviesa la oscuridad. Me alejo hacia el ala norte por la escalera opuesta, dejando que el silencio reclame su espacio.

Entro en mi estancia, la del laird, esa que lleva semanas sin recibir el calor de mi cuerpo. No me desvisto. Me siento en el borde del lecho con los pies firmes en el suelo y la espalda recta. No voy a dormir; esta vigilia es parte del precio por los silencios pasados. Paso las horas sumido en una lentitud que me obliga a masticar cada palabra que callé y cada verdad que llegó tarde. Hacia la hora quinta, la claridad grisácea empieza a lamer las rendijas de los postigos.

Me lavo con el agua fría del cuenco, buscando despertar mis sentidos. Bajo a la cocina antes de que el sol termine de alzarse. Catrìona ya está allí. Me deposita un cuenco de caldo en mi sitio habitual y regresa a sus calderos sin mediar palabra. Me siento, pero no pruebo bocado. Espero.

Cinco minutos después, los pasos de Ealasaid resuenan en la escalera. Entra con su vestido de diario y una sombra de fatiga que le marca la piel bajo los ojos.

—Laird —dice al cruzar el umbral.

—Señora —respondo.

Se sienta frente a mí. Catrìona le sirve su cuenco y el pequeño saco de sal. Ealasaid sazona su caldo con movimientos mecánicos y me dirige una mirada que se dilata más de lo habitual. En sus ojos hay una pregunta que no requiere de voz. *¿Por qué no entraste anoche?*, inquiere el arco de su ceja y la tensión de sus manos sobre la madera. La pregunta me alcanza con la fuerza de un impacto, pero no la respondo. No aquí, no entre cucharadas de caldo y vapores de cocina.

Bajo la vista hacia mi cuenco.

—Está caliente el caldo, señora —comento, tratando de que mi voz no delate la vigilia.

—Lo está, señor —replica ella, escueta.

No añadimos nada más. Catrìona se gira con un trozo de pan recién horneado y lo deja al lado de Ealasaid con un gesto protector.

—Tomad más pan, señora. Ha salido especialmente crujiente.

—Os lo agradezco, Catrìona.

Ealasaid parte el pan, dedicándome una segunda mirada, más breve y afilada que la anterior, antes de concentrarse en su comida. La pregunta sigue vibrando en el aire, sin respuesta. Catrìona, al regresar a su puesto, me roza el hombro con el codo. Es

un contacto fugaz, pero entiendo su significado. Siento su aprobación en ese roce que oficialmente no ha ocurrido.

Termino mi desayuno y me levanto.

—Señora —me despido.

—Laird.

Salgo al patio interior, donde el aire fresco me golpea el rostro. Tengo siete días antes de partir hacia Càrn Dubh. He aprendido a refrenar mi mano ante su puerta, y aunque el exilio escueza, es el primer paso real hacia ella. No entré en su alcoba, y no fue por falta de deseo, sino por la urgencia de dejar de ser el hombre que se conforma con fragmentos de un alma. Ahora debo aprender a pedirle lo que de verdad importa, antes de que el lunes nos reclame para la guerra definitiva.

CAPÍTULO 29



Me dirijo al huerto interior a media mañana con el pretexto de pedirle a Catrìona unas hojas de tomillo para aromatizar el agua del baño, aunque el motivo real, el que guardo bajo la piel, es la necesidad imperiosa de hablar con ella. Ambas razones se agolpan en mi lengua mientras cruzo el patio empedrado, temiendo que se me olviden al cruzar la puerta baja del jardín, pero mis planes se desvanecen en cuanto la veo. Catrìona está arrodillada en el bancal del fondo, con las manos hundidas entre las plantas de romero, y al observarla trabajar con esa entrega, con el delantal remangado hasta el codo y el cabello gris escapando de su recogido, la seguridad con la que traía mi discurso se esfuma por completo.

Me detengo un momento bajo el arco de entrada, respirando el aroma a tierra húmeda que parece contener el pulso de la primavera.

—Buenos días, Catrìona —saludo, tratando de que mi voz no delate mi agitación interna.

—Señora —responde ella sin levantar la vista de su labor. Arranca una hoja seca con un movimiento preciso y la deposita en el cesto de mimbre—. ¿Venís en busca de algo concreto o simplemente a que os dé el aire?

—Vengo por el aire... y por unas hojas de tomillo, si es que os sobran de la cosecha de hoy.

—Siempre sobran. Sentaos un momento, que enseguida os las preparo.

Me acomodo en el poyo de piedra que flanquea el bancal. El frío del asiento traspasa la lana de mi vestido, anclándome a la realidad. Catrìona continúa desgranando las ramas con esa paciencia infinita de quien ha repetido el mismo gesto durante una vida entera. La observo en silencio, sintiendo que el tiempo se dilata entre nosotras. No encuentro la manera de abordar el tema que me quema por dentro y ella no parece dispuesta a tenderme un puente; Catrìona no es mujer de facilitar confesiones ajenas. En este huerto, las preguntas se sueltan a cuerpo descubierto o se guardan para siempre. Finalmente, cuando el silencio se vuelve más denso de lo que la cortesía permite, me oigo pronunciar las palabras.

—Anoche no entró en mi alcoba.

Catrìona no detiene el movimiento de sus dedos, pero percibo una sutil fijeza en su postura al pasar a la siguiente rama. El crujido del romero seco suena desproporcionadamente alto en el rincón protegido.

—Lo sé —replica con sencillez.

He hablado de costado, fijando mi atención en las baldosas irregulares del suelo en lugar de buscar su rostro. La respuesta me alcanza de todas formas, obligándome a tragar saliva.

—¿Y qué significa eso, Catrìona? ¿Por qué ahora?

—Significa que el hombre está aprendiendo —dice ella, y la frase cae sobre mis hombros con un peso que no había previsto.

Había barajado otras explicaciones mientras descendía la escalera: el cansancio, los aliados, o simplemente el refugio de sus mapas. Pero «está aprendiendo» es una respuesta que no sé dónde encajar en mi mapa de rencores. Respiro hondo, clavando la mirada en el borde del bancal.

—Me enfada más su ausencia que sus visitas silenciosas.

En ese instante, ella detiene su tarea y levanta la cabeza. Me sostiene la mirada con sus ojos grises, despojados de juicio, dedicándome la clase de atención que reserva para las verdades que ya conoce pero que desea confirmar en mi rostro.

—Sí, señora. Eso suele suceder. Es el orden natural de las cosas cuando empiezan a sanar por el lado equivocado.

Vuelve al romero sin añadir más. Su respuesta me deja muda. En cualquier otra persona me habría irritado esa falta de detalles, pero tratándose de Catrìona, esas palabras son una lección de vida. Me está diciendo que mi malestar es una huella compartida, y que lo común del sentimiento no le resta ni un ápice de verdad. Descruzo las manos sobre el regazo y apoyo los codos en las rodillas.

—Fui un secreto, Catrìona. Durante dos años no fui más que un susurro en una aldea.

—Lo sé muy bien —responde ella, su voz mezclándose con el viento que agita las ramas del peral cercano.

—Pero vos no sabíais quién era yo hasta hace apenas unas semanas.

—Sabía que existía una mujer. El castillo entero lo presentía en sus ausencias. El hecho era conocido; solo vuestro rostro permanecía oculto para nosotros.

Exhalo un suspiro cargado de recuerdos que ahora se me antojan ajenos. Me resulta extrañamente fácil hablar en este rincón del castillo.

—Los domingos lo aguardaba desde que terminaba la misa hasta que el sol se ocultaba. Me adornaba el cabello con lazos de colores, por si alguna vez llegaba con la calma suficiente para fijarse en mí. Los martes aparecía al atardecer y se desvanecía con las primeras estrellas. Y mientras tanto, yo fingía ante el resto que mi vida era tan plena como la de cualquier otra mujer.

—Señora... —murmura ella con una nota de pesar que no intenta ocultar.

Catrìona deja las hierbas, se limpia las manos en el delantal y se sienta en el borde del bancal. No me mira de frente; queda de medio lado, permitiendo que compartamos el espacio sin la presión

de enfrentarnos. Es su postura para las conversaciones que importan.

—Las mujeres que hemos envejecido entre estos muros conocemos bien los domingos solitarios. No necesitáis darme detalles.

—No os lo cuento para que me compadezcáis. Me lo cuento para entender por qué me duele tanto su silencio de ahora. Acepté lo que no tenía nombre. Dos años permitiendo que aquel hombre no me nombrara ni en la oscuridad. Me traté a mí misma como un lugar de paso.

—La valentía es un lujo difícil de sostener cuando se está sola, señora —replica Catrìona con voz queda—. Yo misma, hace muchos inviernos, también fui una posada para alguien que no merecía mi espera. Cuando me cansé de las sobras, busqué mi propio camino. Las mujeres no siempre elegimos cómo empiezan las historias, señora. Lo que sí elegimos es qué decidimos dejar atrás. Y vos ya habéis tomado esa decisión al sentaros en este huerto. Aquel hombre que os ocultaba entró esta semana en la sala del consejo y, frente a los aliados, os llamó su mujer.

Me quedo petrificada, sintiendo que el aire se detiene en mis pulmones. La revelación de Catrìona me atraviesa el pecho con una fuerza que me deja sin aliento. El aroma del romero se vuelve de pronto abrumador.

—No me lo había dicho a mí... nunca lo ha dicho así.

—No os lo dirá con palabras sencillas, señora. Ese hombre ha sido educado para creer que un laird no debe explicarse. En su mundo, el señor calla y los demás obedecen el silencio.

—El mío calla más de lo que puedo soportar —susurro, sintiendo una punzada de amargura.

—El vuestro guarda demasiado dentro. Hay hombres que callan porque están vacíos, señora. Y hay hombres que callan porque el sentimiento es tan vasto que temen que las palabras lo empequeñezcan. Vos sabéis perfectamente ante cuál de los dos

estáis. Si ahora ha dejado de entrar a escondidas, es porque ha comprendido que ya no puede poseeros como a un secreto. La única pregunta que resta es si vos tenéis el valor de responder a ese silencio con la misma entrega con la que él os está interrogando.

No soy capaz de articular respuesta. Catrìona se levanta con un leve crujido de sus articulaciones, se sacude los restos de tierra y regresa a su labor con el romero como si nada hubiera ocurrido. El sol lucha por romper la capa de nubes, iluminando por un instante el verde intenso de las plantas.

—Os haré llegar el tomillo antes de que caiga el sol. Y añadiré unas ramas de lavanda; os ayudarán a conciliar el sueño ahora que la noche se presenta distinta.

—Gracias, Catrìona. Por todo.

Paso el resto de la jornada sumida en una bruma de pensamientos que no logro ordenar. Trato de ayudar en la cocina, pero mis manos no obedecen. Intento observar el patio desde el adarve, pero mis ojos solo buscan los límites del prado donde los ciervos aguardan. La inquietud me recorre la espalda como una corriente eléctrica. Ceno en soledad, consciente de que Sloane sigue ocupado con los planes de guerra. Subo a mi estancia a la hora de costumbre, pero no busco el lecho.

Me siento frente al hogar, manteniendo el vestido puesto. Escucho cómo el castillo se sumerge en el letargo nocturno, reconociendo cada crujido de la madera vieja. La tensión en mi pecho aumenta con cada minuto que pasa. Cuando la antorcha del corredor languidece y la quietud se vuelve casi absoluta, percibo finalmente los pasos que reconozco entre mil, ascendiendo por la escalera. Avanzan con una determinación nueva.

No permito que pasen de largo. Esta vez no hay azar ni duda. Me levanto y abro la puerta antes de que él llegue al umbral. La bisagra chirría en el silencio. Me quedo allí, descalza sobre la piedra, con la mano firme en el pomo. Sloane se detiene. Me mira y yo le sostengo el pulso, sintiendo el calor de su presencia inundando el corredor.

No es necesario romper el aire con explicaciones. La puerta abierta es mi respuesta. Él acorta la distancia, cruza el umbral con paso firme y entra en mi refugio. Cuando cierra la madera tras de sí, permito que sea él quien corra el cerrojo. Esta noche, el silencio ya no es un escondite, sino el pacto que sellamos en la penumbra. El frío del *Ais-tilleadh* parece, por un momento, haber encontrado su límite en el calor de esta alcoba que finalmente reconocemos como nuestra.

CAPÍTULO 30



Entro en la alcoba de Ealasaid con el paso de un hombre que lleva un mes accediendo a hurtadillas y que esta noche, por primera vez, ha sido convocado. Cierro la puerta tras de mí con una parsimonia que me tensa los tendones. Echo el pestillo con un clic metálico que suena como un disparo en el silencio de la estancia. Ella me observa desde su posición junto al arcón, con la nuca apoyada en la madera y los ojos oscuros reflejando la penumbra rojiza que emana del hogar.

Doy cuatro pasos lentos hasta alcanzar el centro de la habitación. Ealasaid permanece inmóvil, luciendo el vestido marrón con el que la vi al mediodía, el cabello derramado por un hombro y los pies descalzos sobre la piedra gélida. No me ofrece un saludo. Me sostiene la mirada, aguardando a que el hombre que ha irrumpido en su espacio diga finalmente lo que ha venido a decir.

—Ealasaid —pronuncio su nombre, dejando que el aire lo transporte.

—Sloane —responde ella.

El nombre a secas, despojado del título de *laird* que ha usado como escudo todo el mes, me golpea con la fuerza de un impacto físico. Me obligo a no reaccionar; esta noche mi cometido no es celebrar concesiones, sino demostrar que soy digno de ellas.

—He venido porque me has abierto la puerta —declaro, manteniendo la voz firme—. De forma deliberada. No porque haya

pasado por el corredor y me haya decidido a probar suerte con el pomo. Quiero que eso quede grabado entre nosotros.

—Bien —dice ella, con una economía de palabras que me obliga a continuar.

—Hay una segunda cuestión. Esta vez no voy a permitir ser usado y luego descartado cuando salga el sol.

Se endereza apenas contra la madera del arcón. Es un gesto mínimo, pero carga el aire de una electricidad estática que me eriza el vello de los brazos.

—¿Qué pretendéis decir con eso? —pregunta, y detecto el filo del título regresando a sus labios.

—Me has oído perfectamente, Ealasaid. Llevamos semanas habitando una mentira que yo he aceptado por pura desesperación. Has venido a mi cama porque tu cuerpo lo exigía, me has permitido tocarte bajo el influjo del hambre del rito, y al amanecer me has devuelto al pasillo con un «laird» en la boca. Eso se terminó hoy.

El silencio que sigue es tan espeso que la luz del hogar parece incapaz de atravesarlo.

—¿Y qué es lo que propones, Sloane? —inquiere ella, ladeando la cabeza.

—Propongo dos caminos. O nos quedamos esta noche enteros en esta alcoba —tú con el nombre que me das y yo con el que te otorgo, sin fantasmas de por medio—, o me marcho ahora mismo y mañana amanecemos cada uno en su ala del castillo, como los perfectos desconocidos que fuimos durante cinco semanas.

—¿Un ultimátum? —susurra ella, y sus pupilas se dilatan.

—Una pregunta directa. Envuelta en la claridad que nos debemos después de tanto silencio.

Se aparta finalmente del arcón y da dos pasos hacia el centro. Las brasas laten con una fuerza agónica, proyectando un resplandor cobrizo contra su rostro. Sus ojos están clavados en los míos, buscando una debilidad que no pienso mostrarle.

—Os voy a contestar con esa misma claridad —dice ella, con una voz que suena a sentencia.

—Escucho.

—Idos —sentencia, y la palabra me atraviesa el pecho con un frío absoluto.

El rechazo me alcanza donde más duele. Descubro, con una punzada de humillación, que había cruzado el umbral creyendo que la partida estaba ganada. Me equivoqué. Asiento apenas, tragándome el orgullo que amenaza con cerrarme la garganta, y respiro hondo para no tambalearme.

—Bien —concuerdo, aceptando la derrota.

Doy media vuelta, cruzo la alcoba sintiendo que mis botas pesan quintales, libero el pestillo y salgo al corredor. Cierro la puerta tras de mí. No permito que sea un portazo; cierro como el hombre que ha tomado una decisión y no necesita validarla con ruido. La madera encaja en el marco con un golpe seco. El pasillo me recibe con una quietud sepulcral. Me quedo con la mano aferrada al pomo durante un segundo, esperando un sonido del otro lado —una silla, un paso, un sollozo—, pero no llega nada.

Giro sobre mis talones y comienzo a caminar hacia el rellano. A los cinco pasos, un carraspeo rompe el silencio. Me detengo en seco. Eòghan está apoyado contra la pared, unos metros más adelante, oculto en la sombra. Sostiene su pipa apagada y una jarra vacía. Su rostro es una máscara de seriedad pétrea.

—Laird —me saluda con una voz que parece brotar de la misma piedra.

—Eòghan. ¿Qué hacéis aquí?

—Sigo mi camino, señor. Me dirigía a la cocina.

—Seguid con vuestro camino, entonces —le ordeno, deseando que desaparezca de mi vista.

No se mueve ni un milímetro. Hay una nota de advertencia en su tono que me obliga a escuchar.

—Laird... Yo no habría salido de esa habitación.

—Vos no sois el señor de este castillo, Eòghan.

—No, laird. Por eso mismo os lo digo. Porque yo sé cuándo una retirada es una derrota y cuándo es una cobardía.

La frase se me clava en un costado que no traía protegido. Antes de que pueda articular una respuesta mordaz, una voz nítida y contenida surge desde el otro lado de la puerta que acabo de cerrar. Es Ealasaid. Pronuncia una sola palabra que reverbera en el pasillo.

—Uno.

Eòghan levanta una ceja con una lentitud exasperante. Yo me quedo petrificado, incapaz de mover un músculo.

—Dos —continúa la voz de ella, ganando intensidad.

Miro a Eòghan y descubro que sus labios se mueven al compás de la cuenta, sin emitir sonido. Entiendo, con un vuelco violento, que ella está marcando un tiempo que yo no sabía que tenía. El debate interno sobre el respeto y la conquista se resuelve en una fracción de segundo con una claridad que me quema.

—Tres.

Me giro con una violencia repentina. Eòghan ya se ha apartado, mirándome con una aprobación silenciosa mientras se retira hacia el rellano. La patada que lanzo a la altura del pestillo se produce antes de que mi cerebro dé la orden. Mi bota golpea la madera con toda la fuerza de mi frustración acumulada. El hierro viejo cede con un crujido seco y la puerta vuela hacia el interior, golpeando la pared antes de rebotar. Entro en la alcoba antes de que la hoja recupere su posición.

Ealasaid está de pie en el centro exacto. Tiene la mano derecha alzada, con los tres dedos extendidos con los que acaba de marcar mi destino.

—Tardasteis un segundo más de lo que vuestro honor debería permitir, Sloane —dice, y detecto una chispa de triunfo bajo su fatiga.

—Cerrad la puerta —le ordeno, sin molestarme en mirar atrás—. Y esta noche, Ealasaid, no me habléis con voz de protocolo.

Cruzo los pasos que nos separan en un instante. Ella no retrocede; se mantiene firme. Le tomo la cara con ambas manos, sujetando su mandíbula con los pulgares, y le planto un beso cargado de la rabia de quien ha perdido la batalla contra sí mismo. Con la pierna empujo la puerta hacia atrás y el madero encaja en el marco con un estruendo que debe haber despertado a medio castillo.

Ealasaid me devuelve el beso con una intensidad desesperada. Sus manos trepan por mi cuello, enredándose en mi pelo, mientras presiona su boca contra la mía con una urgencia que ya no nace del hambre del rito, sino de una verdad largamente postergada. La levanto en vilo; ella enreda sus piernas alrededor de mi cintura y cruza los tobillos en mi espalda, anclándose a mí como si fuera su única balsa en mitad del naufragio.

La llevo hacia el lecho con pasos que no dudan. La deposito sobre las pieles y me aparto apenas para buscar sus ojos.

—Ealasaid... —susurro, jadeando.

—Dime.

—Esta noche me niego a ser vuestro señor. No quiero ese título de tus labios.

—No me queda ningún rastro de *laird* en el cuerpo esta noche, Sloane. Solo estás tú.

—Dilo otra vez. Mi nombre.

—Sloane —repite ella, y el sonido me recorre la columna.

Le callo la boca con un nuevo beso, uno que sabe a rendición. Mis manos se mueven con la precisión del guerrero que conoce su objetivo. Desato el corpiño de su vestido con una paciencia que me abrasa. La lana resbala por sus hombros. Ella me busca con la misma avidez, deshaciendo los cordones de mi jubón con dedos que no vacilan.

La tomo por los hombros, por las caderas, reconociendo cada centímetro de su piel recuperada. Beso su cuello, su clavícula y el centro de su pecho, donde su corazón martillea contra mis labios con un ritmo salvaje. Ella me recorre la espalda con las palmas abiertas, envolviéndome, y cuando finalmente la tengo desnuda bajo mi cuerpo, bajo la cabeza y deposito un beso devoto en la cicatriz que el rito dejó en su muñeca izquierda.

—Sloane... —gime ella, arqueando la espalda.

—Lo sé —respondo contra su piel—. Lo sé.

Entro en ella con la lentitud de quien comprende que hay tesoros que no se conquistan al asalto. Ella me recibe elevando sus caderas para fundirse con las mías, mientras mi nombre se convierte en su única letanía. Nos tomamos el tiempo que el destino nos robó durante dos años. Primero con una calma agónica, luego con una profundidad que nos deja sin aliento. Ella me busca la boca cuando el placer alcanza su punto de no retorno y yo la sujeto, negándome a apartar la mirada. El clímax nos alcanza juntos, una explosión que silencia el mundo exterior. Ella cierra los ojos con fuerza, clavando sus uñas en mis hombros, mientras yo apoyo mi frente contra la suya, respirando su mismo aire hasta que solo quedan cenizas en el hogar.

Me acomodo a su lado, cubriéndola con la piel de oveja. Le paso el brazo bajo la cabeza y la atraigo hacia mi costado. Ealasaid busca mi pecho con la mejilla, refugiándose en mi calor de una forma que nada tiene que ver con el pánico. Esta vez, su respiración es la de quien ha encontrado el camino.

—Sloane... —murmura, casi en el umbral del sueño.

—Dime, mi amor.

—Prométeme que no te marcharás antes de que el alba raye el cielo.

—No me iré. Me quedaré aquí.

—Bien —suspira ella, y el término ya no es una barrera.

Me dejo arrastrar por el cansancio, sintiendo que por fin ocupo el lugar que me corresponde. No me voy antes del alba. Me quedo para ver cómo la luz grisácea revela la paz en su rostro, sabiendo que el lunes la guerra nos reclamará, pero que esta noche la piedra de Gleann Mòr ha guardado un secreto que ya no necesitamos esconder. El frío persiste fuera de estos muros, pero aquí, en la penumbra, el invierno parece haber concedido una tregua que ninguno de los dos se atreve a romper.

CAPÍTULO 31



Entro a la cocina a la hora de la cena con la intención de devolverle a Catrìona un paño que me prestó esta mañana para el baño. No quiero dejarlo sobre el arcón y que el olvido lo convierta en parte del mobiliario. La escalera del ala sur está sumida en una penumbra densa, solo rota por la luz cobriza del hogar grande que asoma por el arco del salón al final del corredor. Al llegar a mitad del tramo, el sonido de voces masculinas me obliga a detener el paso. Ninguna pertenece a Sloane. Por la inclinación de las risas y el arrastre rítmico de los bancos sobre la piedra, entiendo que son sus capitanes —Duncan, Eòghan, Alistair— y que aguardan su llegada para comenzar la cena. En esta casa, la jerarquía es una ley física: nadie prueba bocado antes de que el laird ocupe su silla alta.

Me detengo justo en el arco del pasillo, donde la sombra es más protectora. La piedra me devuelve un frío punzante contra el hombro cuando me apoyo en ella, y desde ese ángulo ciego puedo observar una parte del salón sin ser advertida. Los cuatro hombres están allí. Eòghan descansa en un banco con la pipa apagada entre los dedos; Duncan, frente a él, mantiene las manos cruzadas sobre el tablero de madera con una rigidez militar. Alistair, cerca del fuego, logra por fin encender su pipa con una brasa, mientras Cailean Ross, en el extremo opuesto, apura una jarra de barro. La mesa está dispuesta con pan, queso y cuencos de estofado humeante, pero ninguno ha osado tocar la cuchara.

No entro. Algo en el tono que han adoptado las voces, justo cuando yo doblaba el recodo, me clava al suelo. Es esa clase de

murmullo bajo que emplean los hombres cuando saben que el tema tratado no conviene ser escuchado por oídos ajenos. En lugar de seguir hacia la cocina, me quedo allí, con el paño de Catrìona doblado entre las manos, convertida en una sombra que escucha.

—No, Eòghan —dice Duncan, con esa cadencia suya que parece dar la razón mientras la quita—. No fueron seis días de ayuno voluntario. Fueron seis días sin ingerir alimento sólido. Agua sí hubo.

—Agua porque se la obligabais a tragar vosotros —replica Eòghan con aspereza.

—Agua porque se la metíamos los dos, no lo olvides. Tú le sostenías la cabeza con una mano y yo le acercaba el cuenco con la otra. Tres veces al día, sin falta. Si lo hubiéramos dejado a su aire, se habría dejado morir de sed antes del segundo ocaso.

Eòghan saca un tapón de cuero viejo y lo golpea contra el borde de la mesa, un gesto final que busca cerrar una herida abierta. Alistair, tras soltar una bocanada de humo azulado, interviene sin mirar a sus compañeros.

—Yo lo vi gritar una sola vez —murmura, y la pipa oscila entre sus labios—. Fue el tercer día, en el sendero del paso del tejo. Nos topamos con aquel carbonero que juraba haber visto a cuatro jinetes con una mujer cruzando el vado. El laird desmontó del zaino y le exigió que repitiera cada palabra. A la tercera vez, cuando el pobre diablo empezó a balbucear y a inventar detalles por puro miedo, Sloane lo agarró del cuello. Le soltó un rugido que no voy a repetir aquí; no me corresponde. Fue el grito de un hombre al que se le está desgarrando el alma.

—Nadie en este castillo le había escuchado jamás emitir un sonido semejante —confirma Duncan en un susurro.

—Nadie —añade Eòghan—. Y lo conocemos desde que era un muchacho de catorce inviernos.

Trago saliva con dificultad, sintiendo que el aire se vuelve espeso. El paño de lino se arruga bajo la presión de mis dedos.

Alistair da otra calada larga, su mirada perdida en las llamas del hogar.

—Lo peor no fue el camino. Lo peor fue el patio de Càrn Dubh. Cuando la encontramos. Cuando Donn la arrojó como si fuera un fardo de lana vieja.

—Alistair... —advierte Duncan con voz de mando.

—No hace falta ocultarlo, Duncan. No voy a contarlo todo, pero quiero que sepáis lo que vi. Vi al laird recoger a una mujer muerta de los brazos de un enemigo. La cargó a pie, desde el centro del patio hasta su caballo, sin permitir que nadie le ayudara ni un segundo. Cuando la subió al arzón, le apartó el pelo de la cara con una ternura que dolía ver. En las seis horas que tardamos en regresar a Gleann Mòr, no giró la cabeza hacia nosotros ni una sola vez. Iba hablándole al oído en un susurro constante. Decía cosas que no eran para oídos humanos. Yo cabalgué a su espalda todo el trayecto; no entendí las palabras, pero la voz... la voz me perseguirá siempre.

Se instala un silencio sepulcral en el salón. Me apoyo con más fuerza en la piedra fría, notando cómo mi propia respiración se ha vuelto imperceptible. Mi cuerpo ha comprendido antes que mi juicio que el silencio es mi única armadura ahora mismo. Eòghan se aclara la garganta, rompiendo el trance.

—Dos años, compañeros —dice el veterano—. Yo le instaba a traerla. Le decía: «Señor, traedla ya, el momento es ahora». Él siempre respondía: «Aún no, Eòghan, dentro de un mes, cuando las aguas se calmen». No quiso escuchar. Y cuando finalmente decidió que el momento había llegado, el tiempo ya se le había escapado entre los dedos. Eso es algo que yo también cargo en mi conciencia.

—No fue vuestra responsabilidad, Eòghan —interviene Cailean desde la sombra.

—No, Cailean. Fue suya. Y que él lo sepa no mitiga el daño.

Alistair se retira la pipa de la boca y frunce el ceño, como si tratara de encajar una pieza rebelde.

—Lo que no logro descifrar es una cosa. El laird no ha buscado el calor de ninguna mujer en este castillo desde que empezó con ella. Morag vigila a las mozas con el mismo celo con el que guarda la despensa; si alguien hubiera subido al ala norte, lo sabríamos todos. Y sin embargo, mientras tanto, ella seguía en la aldea, esperándole cada domingo con un lazo nuevo en el pelo. Él cabalgaba al sur los lunes de luna nueva y volvía los miércoles con la misma expresión de derrota. ¿Por qué no la trajo antes? No tiene sentido.

—Porque tenía miedo, Alistair. Un miedo atroz —responde Eòghan.

—¿Miedo a qué? Es el señor de Gleann Mòr.

—A Donn. Al juicio de los clanes si se descubría que la señora era una lavandera de río. A sí mismo, quizá. Probablemente a todo eso junto. Y ese miedo le costó los seis días de tormento de su mujer.

Duncan corta un pedazo de pan, pero lo mantiene en el aire, sin intención de comerlo aún. Su mirada recorre a los presentes con una gravedad absoluta.

—Os diré algo más, y con esto pongo fin a la charla. El laird, desde la primera vez que me confió la existencia de esa mujer, jamás la llamó amante. Ni una sola vez. Me lo dijo una tarde de invierno, justo antes de partir hacia el sur. Le pregunté quién era ella, cumpliendo con mi deber de segundo. Me miró a los ojos y me contestó: «Es mi esposa». Dos palabras. Sin ceremonias, sin anuncios ante el consejo, pero sin una sola duda en su alma. He pasado dos años sabiendo que la señora de esta casa habitaba una cabaña, porque su señor ya la había nombrado en la intimidad. Y esa misma palabra usó con todos vosotros.

—Conmigo siempre usó el término esposa —confirma Eòghan.

—Y conmigo —añade Alistair.

—A mí no me habló de ella —dice Cailean—, pero Duncan me lo aclaró el día antes de que Morvenna realizara el rito.

—Entonces —concluye Duncan, fijando su vista en cada uno de ellos— no hay equívoco posible. La mujer que dormía en la orilla del río y la que descansa hoy en el ala sur son la misma. Es la esposa del laird, aunque el cura no haya bendecido el lecho todavía. Y el día que esa boda se celebre, de esto que estamos hablando aquí no se dirá ni una sílaba delante de ella. Los secretos de los hombres en una mesa mueren en la mesa. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —responden los tres al unísono, como si sellaran un pacto de sangre.

Cailean bebe un trago largo de agua antes de preguntar.

—¿Y qué hay de la campaña? La tensión en el castillo se puede cortar con un cuchillo.

—Él se está conteniendo —dice Duncan, dejando el pan sobre la mesa—. Hasta el lunes. El lunes marchamos con ciento ochenta hombres. El viernes cercaremos Càrn Dubh. El sábado entraremos en el patio. Y os digo una cosa: en ese patio, yo me lavo las manos de lo que haga el laird. Esos minutos le pertenecen a él y a lo que le hicieron a su mujer. No pienso mirar. Él sabe lo que tiene que saldar. Fergal Donn no verá salir la luna del sábado en esta tierra.

Eòghan asiente con una solemnidad gélida.

—Esta casa tiene una deuda pendiente y el laird es el encargado de cobrarla. Nosotros solo somos la escolta del cobrador.

Un silencio pesado vuelve a caer sobre la mesa. Los cuatro hombres contemplan sus platos sin apetito. De repente, el sonido de unos pasos bajando desde el ala norte rompe el hechizo.

—¿Cuánto tarda en bajar? —pregunta Cailean.

—Nunca se retrasa. Ya debe de estar en la escalera.

Retrocedo con el sigilo de un animal herido. Un paso, otro, otro más. Aprieto el paño en mi puño hasta que me duelen los

nudillos. Siento un pinchazo de frío en el hombro, pero mi mente está en otro lugar. Alcanzo el rellano de la escalera sur sin emitir un solo roce. Subo los peldaños de uno en uno, con el corazón martilleando contra mis costillas, huyendo de una verdad que me ha desmantelado por completo.

Entro en mi alcoba y cierro la puerta con el cerrojo. Me quedo con la espalda pegada a la madera, respirando de forma errática. He pasado dos inviernos habitando una historia distorsionada. Me creí la mujer de los martes, la que no era digna de cruzar el umbral del castillo, mientras bajo mi almohada cultivaba un rencor que ahora se me antoja injusto.

«No me despreció», me digo en un susurro que el silencio de la estancia devora.

Mientras yo levantaba muros de orgullo, él me nombraba esposa frente a sus hombres más leales. Cuando el tiempo se agotó, no probó bocado; cargó con mi cadáver y me habló durante horas en el camino, desafiando a la muerte misma para traerme de vuelta. El lunes, el paso del tejo, los ciento ochenta hombres... Todo lo que está por venir no es solo una guerra de clanes, es el acto final de un hombre que ha decidido no volver a esconderse.

Me aparto de la puerta y me siento frente al hogar, apretando el paño de Catrìona. Recuerdo el lazo rojo de aquel domingo de verano, la espera vana tras la misa, el martes que terminaba con las estrellas. Antes pensaba que era desidia; ahora comprendo que era una batalla interna que él libraba solo. No puedo perdonarle por haberme dejado construir esa mentira sin ayuda, pero el peso de mi indignación ha cambiado de bando.

No bajo a cenar. No puedo enfrentarme a esas miradas ni al vapor de un estofado que sabe a verdades robadas. Me meto bajo las pieles de oveja, dejando que la oscuridad me envuelva. Horas después, escucho los pasos que ya reconozco como parte de mi propio pulso. Sloane entra en la alcoba. Noto el peso de su cuerpo al deslizarse en la cama, su respiración buscando el refugio de mi nuca.

Me quedo inmóvil durante un latido largo, midiendo el calor que emana de su pecho. Entonces, hago lo único que mi cuerpo reclama. Me acerco apenas un suspiro, pego mi espalda a su jubón y permito que su brazo me asegure contra él. El frío del *Ais-tilleadh* no se ha ido, pero esta noche, en el silencio de Gleann Mòr, el nombre que él me dio en secreto finalmente ha encontrado su sitio. El lunes vendrá con su acero y sus deudas, pero mañana, cuando el sol raye las almenas, ya no habrá una lavandera y un laird en esta cama. Solo nosotros.

CAPÍTULO 32



La sala de mapas tiene, a primera hora del miércoles, el aspecto que suele presentar en las vísperas de una campaña: sobre el tablero de roble se amontonan los pergaminos desenrollados que el peso de los años ha vuelto rebeldes, los cuatro bloques de plomo que apenas logran mantenerlos extendidos y dos tinteros abiertos que exhalan un aroma a hollín y resina. Llevo dos horas de pie ante esa mesa, con las mangas de la camisa subidas, y me percato de que no estoy revisando las instrucciones de marcha. Las estoy tachando compulsivamente para escribirlas de nuevo. Es un signo inequívoco de que mi mente busca una perfección que el barro del campo de batalla nunca concede.

Unos golpes secos en la puerta interrumpen mi deriva.

—Entrad —ordeno, sin levantar la vista.

Duncan accede con esa expresión severa del hombre que trae noticias que no admiten demora. Tras él, Eòghan y Keith Gordon padre entran con la pesadez de los veteranos. Los tres ocupan sus puestos sin esperar indicación; a estas alturas, la etiqueta se ha quedado en el corredor, sustituida por la urgencia del acero.

—Cailean envió a un mensajero al alba —comienza Duncan, desenrollando el informe—. Donn ha reunido ya a sesenta y ocho hombres. Anoche se le sumó un contingente del clan MacBean: diez jinetes y ocho infantes que conocen bien el terreno del este.

—Sesenta y ocho —repito, calculando el riesgo.

—Y aguarda a cinco mercenarios —añade Duncan—. Cailean asegura que son hombres curtidos en el continente.

—Eso suma setenta y tres voluntades contra las nuestras —concluyo, inclinándome sobre el mapa. Marco con la tiza roja una cruz pequeña en el recodo donde se sitúan los MacBean—. Están a dos jornadas de marcha. Si parten para reforzar a Donn, alcanzarán el anillo exterior antes de que hayamos puesto un pie en Càrn Dubh. El tiempo nos muerde los talones.

—Deberíamos adelantar la partida —sugiere Eòghan, apretando el pomo de su daga.

—Saldremos el lunes, tal como está previsto. Si precipito la marcha, los Gordon no llegarán a tiempo con los cincuenta hombres que faltan. No atacaré en desventaja por una impaciencia que puede costarnos la vida.

Keith Gordon padre, con su pipa apagada entre los dientes, exhala un aire pesado.

—Esos hombres parten hoy al mediodía. Podrían estar aquí mañana al atardecer si se les exige cabalgar sin tregua, o pasado mañana si se les permite un descanso razonable. ¿Qué preferís para vuestra vanguardia?

—Que descansen. No me sirven hombres agotados que no puedan sostener el escudo. Que se tomen su tiempo.

—Llegarán pasado mañana, entonces. Tendrán tres días para afilar sus armas antes de partir el lunes al alba.

Duncan despliega ahora el mapa detallado del paso del tejo. Los cuatro nos inclinamos sobre la ruta, casi rozando nuestras cabezas. Señalo los puntos críticos del trayecto. El plan es de una precisión quirúrgica: un primer campamento en el vado del arroyo seco para los suministros y un segundo tras la colina redonda.

—Partiremos antes del alba del viernes para llegar al mediodía —explico—. No asaltaremos el muro principal de entrada. Cailean neutralizará los puestos avanzados con hombres infiltrados.

Si tiene éxito, emplearemos la tarde en descansar. Si falla, tomaremos esos puestos por la fuerza al ocaso.

—Es arriesgado, Sloane —murmura Keith Gordon.

—Lo es. Pero prefiero contar con ciento setenta hombres frescos que con ciento ochenta que apenas puedan levantar la espada. Al filo del anillo exterior, la noche del viernes, no permitiremos fuegos. Comeremos raciones frías. Al alba del sábado, romperemos la puerta principal del patio con los arietes. Duncan y yo encabezaremos el primer grupo. Eòghan, vos iréis con el segundo. Keith, el resto queda bajo vuestro mando para rodear el ala este. Si Donn aparece con su guardia personal por ese flanco, os corresponderá darle caza.

Dedicamos una hora más a desmenuzar la posición de los arqueros, las señales de humo y las rutas de escape. Duncan lo registra todo con una diligencia admirable, puntuando el silencio con el rasgar de su pluma. Hacia el mediodía, cuando la luz solar se filtra oblicua por la ventana alta, Keith Gordon se aparta de la mesa.

—Laird, hay un asunto que me inquieta. La retaguardia. Gleann Mòr se quedará apenas con cuarenta y dos hombres durante la campaña. Necesitaremos a alguien con la cabeza fría para tomar decisiones si surge algún incidente con los clanes menores.

—Eòghan se queda —sentencio sin dudar.

Un silencio repentino cae sobre la sala. Los tres me miran con incredulidad.

—¿Yo? —Eòghan me observa como si hablara en otra lengua—. Laird, mi lugar está a vuestro lado.

—No esta vez. Vos os quedaréis al mando de las murallas, el patio y las cocinas. Si sucede lo imprevisto, la decisión será vuestra.

—Sloane... —la voz de Eòghan sube de tono—. Llevo treinta años saliendo con el señor de esta casa. No podéis romper esa tradición a tres días de la partida.

Siento un nudo en la garganta que me obliga a apartar la vista. Mantengo los ojos fijos en el mapa, haciendo girar la tiza roja entre mis dedos.

—Tengo un motivo, Eòghan. El más importante de todos. Si el destino decide que yo no regrese del patio de Càrn Dubh el sábado, quiero que el hombre que custodie mi legado sea aquel que me crió desde los catorce años. No quiero a un capitán que me conozca de hace seis meses. Te quiero a ti cuidando de lo que dejo atrás.

El silencio que sigue es tan denso que casi se puede palpar. Eòghan se acaricia la barba, mirando el pergamino. No busca la mirada de los otros. Cuando habla, su voz ha recuperado esa quietud profunda que es su marca.

—Bien, laird. Se hará como deseáis. Solo os pongo una condición: que volváis.

—Esa es la única idea que tengo en la cabeza —respondo.

Keith Gordon asiente, comprendiendo que hay vínculos que la guerra no puede explicar. Duncan anota el cambio de mando y cerramos los últimos flecos del avituallamiento. Cuando finalmente no queda nada por discutir, Duncan enrolla los mapas y Keith se despide con una inclinación solemne. Eòghan le da una palmada en el hombro a Keith al salir y los tres abandonan la estancia. La puerta se cierra con ese chasquido familiar que marca el fin de la jornada oficial.

Me quedo a solas. La cabeza me pesa con ese cansancio que nace del recuento incesante de variables. Me bajo las mangas de la camisa hasta las muñecas, pues el aire ha empezado a enfriar la sala. Y entonces, un cambio sutil en la temperatura del aire, casi imperceptible, me pone en alerta. No he oído un solo ruido, pero sé que la puerta, que quedó entornada tras la salida de Duncan, ya no guarda solo aire.

Ealasaid está allí.

Lo noto en la vibración del silencio, en la forma en que la luz del pasillo se corta contra el suelo de la estancia. No levanto la cabeza; continúo con la tiza en la mano, repasando una línea en el vado del arroyo seco, fingiendo una concentración que se ha evaporado. Ella no dice nada. Se queda en el límite de la sombra, observándome. Puedo sentir su mirada clavada en mi nuca, en la tensión de mis hombros que me cuesta relajar. Pasa un minuto, luego otro, y la quietud se vuelve elocuente. No me giro porque comprendo que no ha bajado a pedirme nada. Ha venido simplemente a ver al hombre antes de que se convierta en soldado.

Hay una pregunta contenida en ese umbral, un peso que le impide avanzar pero que le impide marcharse. Yo, que he pasado semanas descifrando sus muros, entiendo que si me giro ahora y la interrogo, romperé el frágil hilo que está intentando tejer. Le he robado demasiado tiempo como para negarle ahora el derecho a sus propios ritmos.

Dejo que se quede allí, envuelta en su propio mutismo. Mi mano vuelve a repasar, por quinta vez, la marca roja en el mapa, pero mi piel solo registra el calor de su presencia a mi espalda. «Aquí estoy», me digo en silencio, esperando que el aire le lleve el mensaje que mi boca todavía no se atreve a pronunciar. El péndulo del reloj del salón suena fuera, marcando un tiempo que se nos acaba, pero en esta sala, bajo el resguardo de los pergaminos, el mundo se detiene hasta que ella decida cruzar la frontera de madera o retirarse a las sombras.

CAPÍTULO 33



La primera arcada me sorprende en la letrina del jardín del ala sur, justo cuando el cielo empieza a teñirse de ese gris ceniciento que precede al amanecer. He bajado de la alcoba antes de que las muchachas del hogar suban a avivar las brasas, empujada por una urgencia que no admite esperas. Llevo tres mañanas despertando con la boca pastosa y un revuelo agrio bajo el esternón que no se calma con el puñado de sal que ahora añado a todo, ni con el pan tostado que Catrìona me prepara con esmero. Al poner el pie en la piedra gélida del corredor, he sabido que no llegaría a tiempo a la bacinilla. He cruzado el patio pequeño corriendo, con el chal mal echado y el frío del alba mordiéndome la piel desnuda de los tobillos.

Me agacho sintiendo cómo el estómago se me contrae en un nudo violento. Vomito un líquido amargo; no hay comida que expulsar tras una cena en la que apenas probé bocado. Vomito hasta que las entrañas me duelen por el esfuerzo. Cuando finalmente logro incorporarme, tengo los ojos llorosos y un punzante sabor metálico en la lengua. Mis rodillas vibran con una debilidad que nace de la raíz misma de mi cuerpo, una flaqueza que me asusta por lo que confirma.

Me apoyo en el muro para recuperar el aire. En ese instante, el eco de unos pasos sobre las losas me pone en guardia. Es Catrìona. Viene del corral con un cesto de huevos y esa expresión de quien ha visto el mundo desde mucho antes de que el sol se atreviera a salir. Se detiene a dos pasos, observándome con una minuciosidad que me hace sentir desnuda.

—Señora —saluda con su voz calmada.

—Catrìona. No esperaba encontraros aquí tan temprano.

Ella no se deja engañar. Deja el cesto en el suelo y se acerca. Me pone una mano en la frente; su tacto es frío, seco y firme, la mano de alguien que ha tratado con mil fiebres. Me mira a los ojos, analizando la palidez de mis mejillas.

—¿Hace cuánto tiempo que padecéis esto, señora? —pregunta, y su tono no admite evasivas.

—Tres mañanas, Catrìona. Solo tres.

—No es la sal lo que os revuelve las entrañas, Ealasaid.

—Ya lo sé —admito, dejando caer los hombros en señal de rendición—. Lo sé perfectamente.

Ella asiente, sin mostrar sorpresa. Sospecho que lo sabe antes que mi propio cuerpo. Me acomoda el chal sobre el hombro con un gesto protector.

—Volved a vuestra alcoba antes de que os vean. Yo misma os subiré agua con limón y pan seco. Es una lección que la juventud siempre olvida: el estómago necesita algo sólido antes de despertar del todo.

—Catrìona —la detengo, sujetándola por el antebrazo—. No se lo digáis al laird. En ninguna circunstancia.

—Es un derecho que os corresponde únicamente a vos —replica ella con seriedad.

—No antes de que llegue el lunes. Cuando regrese del paso del tejo, se lo diré. No antes.

Catrìona me sostiene la mirada durante un instante denso. Sopesa mi silencio y la disciplina férrea que lo sustenta.

—Los secretos de este calibre pesan más que las armaduras, señora. ¿Estáis segura de ocultárselo?

Trago saliva, sintiendo el frío de la piedra bajo mis pies y la magnitud de lo que guardo en mi vientre.

—Si se lo digo, Sloane no saldrá el lunes con la cabeza en la batalla. La mitad de su juicio se quedará aquí, y en un patio enemigo cada segundo de distracción se paga con sangre. No podría vivir con la culpa de saber que se juega la existencia con el alma dividida. Es piedad, Catrìona. Si el destino decide que no vuelva, prefiero que no marche cargando con el peso de lo que nunca conocerá.

—Entiendo —dice ella—. Yo solo soy quien os sirve el pan seco.

Respiro hondo y noto cómo el aire fresco asienta mi malestar. Miro las losas húmedas por el sereno y luego a la mujer que me custodia. Subo a la alcoba sintiéndome liviana y pesada a la vez. Me desplomo en el banco frente al fuego, dejando que mis manos descansen sobre mi vientre plano. Dentro de mí hay una vida que mi sangre reconoce con una fuerza que me sobrepasa.

Quedan tres días para el lunes. Tres noches de silencios. He decidido que la última de ellas, la del domingo, no la pasaré en mi cama. Voy a cruzar el corredor. Voy a llamar a la puerta del ala norte por primera vez desde que regresé, y voy a entregarle a Sloane todo lo que soy, guardándome únicamente la verdad que podría matarlo.



Mi respiración aún no ha recuperado su ritmo natural cuando siento el brazo firme de Sloane rodeando mi cintura. Me atrae hacia él con un movimiento posesivo. Me deslizo el medio palmo que nos separa hasta que mi mejilla encuentra el calor de su torso. Apoyo la oreja sobre su pecho y escucho su corazón, latente y vigoroso tras el encuentro. Su mano izquierda descansa bajo mi nuca, con los dedos enredados en mi cabello.

Permanecemos así, dejando que la paz de la alcoba norte nos envuelva. Este lugar es distinto al mío; el hogar arde con más fuerza, la cama es más vasta y las vigas parecen sostener un cielo más denso. Sloane cierra los ojos, como si temiera que mi presencia fuera un espejismo que se disolvería al parpadear.

—Sloane —susurro, rompiendo la tregua.

—Dime, Ealasaid.

—¿Qué esperáis que haga yo mientras vos estéis fuera?

Sloane guarda silencio, acariciando mi hombro con una parsimonia que me estremece. Su voz es profunda, suave.

—Lo que tú decidas. Catrìona cuidará de ti y Eòghan se queda al mando de la retaguardia. Pero prométeme algo: no bajes sola al prado del sur. Y evita cabalgar.

—No lo haré —respondo, extrañada por su insistencia—. ¿Cuánto tiempo llevará la campaña?

—Cinco días, quizá cuatro. Vamos hacia las tierras de Keith Gordon; hay disturbios en el linde que amenazan la siembra. Cabalgar con ciento ochenta hombres es un argumento sólido.

—Pero... ¿volveréis? —le interrogo, clavando mis dedos en su hombro.

—Vuelvo. Te lo prometo por mi honor.

La seguridad de su voz me atraviesa. Una parte de mí toma esa promesa y la guarda como un amuleto contra las náuseas matutinas. Vuelvo a hundir la mejilla en su pecho, dejándome arrastrar por su ritmo.

—Sloane... nunca me han gustado las despedidas.

—Lo sé. En la aldea siempre era difícil.

—Allí el cuerpo se me volvía de piedra. Pero ahora es algo más físico, Sloane. Cuando te alejas, noto cómo todo se seca en mi interior. Siento que si pasaran cinco días sin saber de ti, me desmoronaría. Es como si una parte de mi carne se fuera contigo.

Él me aprieta contra sí con una fuerza que me deja sin aliento. Siento cómo traga saliva, conmovido.

—Ealasaid... volveré el sábado. Si la luna de ese día sale y no he cruzado el arco, manda a Duncan a buscarme. Dejaré cualquier asedio para regresar a tu lado.

Nos sumergimos de nuevo en un silencio cargado de promesas mudas. Su mano derecha recorre mi hombro con ese pulso regular de quien ya está procesando planes de batalla. Yo mantengo los ojos cerrados y, con una lentitud deliberada, deslizo mi mano por debajo de la piel de oveja. Poso la palma sobre mi vientre.

Está liso y firme, pero bajo mi tacto el mundo se detiene. Siento un peso invisible, una gravedad nueva que me ancla al lecho. Debajo de mi mano late un ser que ignora las traiciones de Donn y los mapas extendidos en la sala. Un ser que depende enteramente de que su padre regrese con vida del paso del tejo, y de que yo soporte el tirón agónico que ya empieza a nacer bajo mi esternón.

«¿Qué será de nosotros si no regresas?», me pregunto, y me obligo a tragarme la angustia para que el temblor no me delate. No es el momento de cargarle con esta noticia. Sloane no sabe que esta noche duerme con dos vidas en sus brazos, y no lo sabrá hasta que su caballo entre de nuevo en este patio.

—Sloane... vuelve —suplico una última vez contra su piel.

—Vuelvo —repite él, sellando el destino.

Me pego a él con una desesperación silenciosa, dejando que el sueño me alcance mientras su corazón marca el compás de mi propia existencia. El lunes aguarda tras los muros, cargado de acero y promesas, pero esta noche el mundo es solo este espacio angosto entre su pecho y mi espalda, donde el futuro respira sin saber que la guerra acaba de empezar.

CAPÍTULO 34



La segunda noche desde que la columna del laird partió por la portezuela del norte descubro que el dolor por la ausencia de mi marido no se asemeja a ninguno de los tormentos que he conocido. Llevo quieta en su lecho desde que Catrìona cerró la puerta y no he conseguido cerrar los ojos más de dos latidos seguidos. El hogar arde bajo, apenas un susurro de brasas. Las sábanas huelen a él —al aceite del arma, al cuero, al aroma a bosque y pelo mojado— y ese rastro, que debería consolarme, es lo que más me impide conciliar el sueño. Oler a un hombre que no está presente es como escuchar una voz a la que ya no puedes contestar.

Me levanto. Trazo una geografía de inquietud por las baldosas frías. Cuatro pasos hasta la mesa. Seis hasta la ventana. Cuatro hasta el arcón. El tirón bajo el esternón, que comenzó en el instante de su partida, me sube por las costillas como un hilo incandescente que alguien tensa desde el sur. Es una cuerda que me une a un sitio donde Sloane vigila, o yace herido, sin que yo tenga forma de saberlo. Los dedos se me entumecen como si la sangre se negara a circular sin su cercanía.

Voy a la ventana y la abro de par en par. Y entonces lo oigo. Un bramido largo y grave. Esta noche el sonido no viene del prado exterior, sino del patio interior, justo debajo de mi ventana. Me asomo al vacío.

El macho grande está allí, en el centro del patio, solo. Sobre la piedra pulida y bajo una luna de medianoche que le otorga un brillo espectral, mantiene la cabeza alta. Me mira con los ojos fijos

en la alcoba del laird, como si hubiera caminado hasta el corazón de la fortaleza exclusivamente para este encuentro. El bramido brota de su garganta por segunda vez, persistente, como una llamada que no admite demora.

Mi cuerpo me ordena bajar. No busco zapatos. Me echo el chal sobre el camisón de lino y cruzo el corredor sumido en sombras. Llego a la puerta lateral, levanto la pesada barra de hierro con ambas manos y salgo al aire libre.

La piedra está helada bajo mis plantas desnudas. El frío me trepa por las pantorrillas, pero no retrocedo. A seis pasos, el animal no se ha movido. Baja la cabeza entre las astas con la calma del que conoce su propósito. Me detengo a escasos centímetros. Alzo la mano derecha y poso la palma en su frente. El vapor de su respiración me golpea la cara, cargado de un olor a brezo, a tierra y a una tercera sustancia que me hace comprender que este ser habita entre dos mundos.

Él cierra los ojos ante mi contacto. Luego los abre, inclina el hocico y lo desliza con una lentitud deliberada por mi muñeca, por la cintura, hasta detenerse sobre mi vientre bajo. El morro húmedo toca la tela justo sobre mi ombligo. Y en ese contacto, se me abre por dentro una puerta que yo no sabía que estaba cerrada.

Me veo en la aldea, lavando sábanas en la orilla del río. Distingo, en lo alto de la ladera, a seis jinetes. Uno de ellos, el que cabalga en medio, se detiene. Me observa con una fijeza que no se dedica a una lavandera. Cuando hago el ademán de levantar la cabeza, él desaparece. Descubro ahora que aquel no fue un encuentro fortuito; Sloane me estaba eligiendo desde mucho antes de que yo supiera que él existía.

La visión cambia bruscamente. El río se disuelve. Me veo en mi casa, tendiendo ropa. Oigo muchos cascos. Levanto la cabeza y el terror me paraliza: jinetes con el emblema del cuervo negro. Hombres de Donn. Me arrastran por la tierra. Grito. Una mano me amordaza y un golpe seco en la sien me sumerge en la oscuridad de

un pensamiento final: «No sé defenderme. Muero por mi propia negligencia».

La visión vuelve a girar, más pesada. Me veo en la celda de Càrn Dubh. La piedra gélida, la paja podrida, el rectángulo amarillo de luz que marca mi agonía. Veo a Fergal Donn asomarse por la reja exigiendo el nombre de la mujer que Sloane visita. Mi silencio le enfurece. Veo el látigo. Quince impactos antes de que el conocimiento me abandone. Donn regresa cada noche. La quinta entra solo, con una antorcha que proyecta sombras demoníacas. Su voz me revuelve las entrañas: dice que, si voy a morir callando, él se llevará algo del laird antes de matarme. El peso de Donn. Su risa en mi oído. Mi cuerpo encadenado. El dolor sucio, definitivo, el que te arranca el alma y te deja convertida en una cáscara vacía.

Y el sexto día... Donn me arrastra hasta la muralla. Le grita a los hombres de Sloane, que ya han irrumpido en el patio, que su mujer está viva, pero no por mucho tiempo. Siento cómo mi alma se apaga antes de que me suelten.

Miro la escena desde arriba. Veo a Sloane correr con una desesperación animal. Le veo atraparme antes de que toque el suelo. Le veo caer de rodillas con mi cuerpo inerte. Escucho su grito rompiendo el cielo: «¡Ealasaid! ¡Ealasaid!».

La visión se amplía. Hay una pausa eterna de dolor antes de que el tapiz se desenrolle. Veo a Sloane cabalgar conmigo durante horas, hablándome al oído palabras que esta noche comprendo. «Te quise antes de conocer tu nombre. Si vuelves, te pido matrimonio ante el clan. Vuelve, o moriré contigo». Veo a Morvenna llegar. Veo a Sloane entregar su sangre al agua hirviendo. Escucho el canto. *Ais-tilleadh*. Mi pecho vuelve a subir.

En ese instante, mientras el recuerdo se asienta en mis huesos, nace en mí un odio puro, geométrico: Fergal Donn. La voz de la celda. El peso de su cuerpo. La risa mientras yo caía. Él está vivo, sin saber que la mujer que arrojó desde la muralla acaba de recordarlo todo y que esa mujer desea matarlo con sus propias manos.

Sé ahora por qué mis manos sabían lo que no habían aprendido. Mi último pensamiento fue un lamento por mi debilidad. Al regresar, el rito me ha devuelto lo que me faltó como una deuda de sangre. Por eso el acero me resulta natural. Porque mi último deseo fue aprender a defenderme.

El ciervo retira el hocico de mi vientre y levanta la cabeza. Me sostiene la mirada con sus ojos negros y profundos, carentes de blanco. Mi respiración es un jadeo errático. Me duele el pecho, como si la herida de la muerte se hubiera reabierto. En esa mirada, el macho me transmite una certeza absoluta: «Ve a buscarle. Si no vas, morís los tres».

—¿Los tres? —susurro.

Miro al animal con fijeza. Sloane y yo. O quizá yo y el hijo que late en mis entrañas. El ciervo mantiene el «tres» en su mirada como una cuenta innegociable. Me trago la duda y guardo ese número en mi pecho como un secreto sagrado.

—Lo haré —digo, y mi voz suena firme.

El ciervo parpadea una sola vez. Da media vuelta y camina hacia el arco del patio trasero. En el umbral se detiene, me dedica una última mirada y se desvanece en la oscuridad.

Me giro de inmediato. Cruzo el patio descalza con la mente incendiada. Subo al ala sur, entro en mi alcoba y me despojo del camisón. Me visto con el jubón de cuero, las calzas resistentes y las botas de marcha. Me recojo el cabello en una trenza apretada. Descuelgo el arco, aseguro el carcaj y la daga a mi cinto. El frío ha desaparecido, sustituido por un fuego que solo se apagará en Càrn Dubh. Desciendo a la cocina. Necesito a Catrìona antes de que el alba revele mi rastro.

CAPÍTULO 35



Cuando bajo a la cocina todavía es de noche cerrada, aunque el cielo, si una se asoma por la tronera estrecha del primer rellano, ya muestra esa cinta grisácea y fría que anuncia el primer rastro de luz. Catrìona está en pie frente al perol, avivando las brasas con el fuelle pequeño, con esa parsimonia de quien sabe desde hace rato que el umbral iba a ser ocupado. Lleva el delantal limpio y el rostro desprovisto de sorpresa. Parece que el destino, en esta casa, siempre avisa primero a las mujeres que cuidan el fuego.

—Señora —saluda ella, sin necesidad de girarse.

—Catrìona.

Me observa con el rabillo del ojo, analizando mi atuendo: el jubón de cuero ajustado, el arco al hombro, el carcaj repleto y la trenza apretada contra la nuca. Con un suspiro contenido, deja el fuelle en la repisa y se gira del todo. Se limpia las manos en el delantal como si se preparara para una confesión y me sostiene la mirada con una firmeza que me obliga a enderezar la espalda.

—La decisión está tomada —sentencia, más que preguntar.

—Lo está. No hay vuelta atrás.

—Contádmela, señora. Debo saber qué le diré al mundo cuando pregunten por vuestro rastro al salir el sol.

Me siento en el banco junto al hogar, sintiendo el peso del arco como una extensión de mi propia columna. No me quito el carcaj; necesito sentir la urgencia del acero cerca. Hablo rápido, con la voz baja pero vibrante.

—Esta noche ha ocurrido algo en el patio. El macho de cornamenta abierta ha entrado a buscarme. Me ha tocado el vientre con el hocico y en ese contacto, Catrìona, he recuperado los seis días. Los he visto enteros. No como retazos de una pesadilla, sino como la verdad que me habita los huesos. Ahora sé lo que Donn me arrebató y lo que Sloane intentó rescatar.

Catrìona no se mueve. Permanece con las manos cruzadas sobre el mandil, escuchando con una atención que eriza el vello.

—Dios nos ampare —murmura ella, y no es una exclamación vacía, sino el ruego de quien conoce el peso de la tragedia.

—Hay más, Catrìona. No es solo el recuerdo. Es una certeza que me quema el pecho: si no voy a buscarle, si no intervengo en lo que está por suceder, moriremos los tres. Sloane, el hijo que llevo dentro y yo misma. No hay error posible en la cuenta. Lo sé con la misma claridad con la que sé que el fuego quema.

Catrìona respira muy despacio, asimilando la magnitud del presagio. En Gleann Mòr, lo que viene del páramo no se cuestiona, se obedece.

—¿Cómo pensáis cruzar un valle en guerra? Estáis a tres horas de galope y vos... con esa semilla que apenas empieza a latir, no deberíais estar sobre una silla de montar.

—Si me quedo, el amanecer del domingo será una tumba para todos. No voy a quedarme sentada esperando a que el destino nos alcance. Prefiero jugarme la vida en el camino que entregarla sin luchar en esta alcoba.

Catrìona aprieta los labios. Se mira las manos, manos que han ayudado a nacer y a morir a tantos en este clan, y finalmente levanta los ojos hacia mí.

—Bien, señora. Si el destino ha hablado, no seré yo quien le cierre la puerta. Os ayudaré a salir sin ser vista. Pero escuchadme bien: el semental blanco está en el último box. No cojáis otro. Coged al blanco.

—¿El blanco? Jamás lo he visto fuera de su celda.

—El que vuestro marido reserva para cuando la vida se juega en un solo lance —insiste ella con severidad—. Está herrado y bien alimentado. Esta mañana ordené que lo tuvieran ensillado por si acaso. Las corazonadas de las viejas en estas tierras rara vez erran el tiro, señora. Sloane montará en cólera, pero la responsabilidad será mía. Yo di la orden.

—La compartiremos, Catrìona. Como compartimos este secreto.

Me levanto con una energía que me recorre la médula. Meto pan, queso y agua en la alforja. Catrìona se acerca y, rompiendo toda distancia, posa su mano firme sobre mi vientre.

—Tened cuidado, Ealasaid. Si el cuerpo os grita, escuchadlo. No luchéis contra el aviso de la sangre. Y traedlo de vuelta. A los dos.

Me sostiene la mirada un segundo antes de volver a su perol, dándome la espalda. Es su forma de despedirse. Cruzo el patio de los establos en penumbra, guiada solo por el débil resplandor de un candil. Al abrir la puerta de madera pesada, Benedict, el mozo mayor, me recibe sin sombra de asombro.

—Señora. Catrìona me advirtió que vendríais. El semental aguarda.

Me guía hasta el último box. Allí, emergiendo de las sombras, aparece el animal. Es de un blanco inmaculado, puro como la nieve que corona los picos. No se inquieta al verme; al contrario, resopla sobre mi mano con una familiaridad que me estremece, como si su inteligencia milenaria ya hubiera previsto este encuentro.

—Creo que el laird le llama Breac —murmura Benedict mientras me ayuda a subir.

Breac se tensa bajo mi peso, pero no por rechazo, sino por una disposición inmediata al esfuerzo. Benedict asegura la alforja y me desea suerte con un gesto solemne. Salgo al trote corto bajo un cielo que empieza a clarear. Alcanzo la portezuela del norte, donde

Murdoch aguarda en su garita. Ve al semental, ve mi arco y mi determinación, y decide no hacer preguntas. La pesada barra de hierro cruje al levantarse.

—Si Sloane regresara antes que yo, decidle que he ido a su encuentro —instruyo a Murdoch antes de partir—. Y si no volvemos, que Eòghan tome las riendas.

—Regresad, señora. Gleann Mòr no es lugar para viudas.

Doy un golpe de talón y Breac arranca al galope en cuanto los árboles nos ocultan. El semental vuela sobre la tierra. Conoce cada piedra del paso del tejo. Me inclino sobre su cuello, enredando mis dedos en su crin blanca, permitiendo que él marque el ritmo. El aire gélido me azota el rostro, pero no siento el frío. Durante el trayecto, el tirón en mi vientre se vuelve una presencia física, una presión sorda que me recuerda el tesoro que transporto.

Cada zancada del caballo repercute en mis riñones, un recordatorio de mi fragilidad que ignoro con la fuerza del odio recuperado. Las tres horas de cabalgata son un desfile de sombras: el despertar, la sal, el beso en la alcoba y el aviso del ciervo. Llevo la mano izquierda a mi vientre, protegiendo la vida que late ajena a la destrucción.

—Aguantad —susurro al viento—. Ya casi estamos.

Breac resopla, sus pulmones trabajando como fuelles poderosos al coronar la última colina. El sol asoma con una luz hiriente, iluminando el valle. Al fondo, tras cruzar el arroyo seco, la silueta gris de Càrn Dubh se recorta contra el horizonte. Una columna de humo negro y denso desgarra el cielo, elevándose desde el corazón de la fortaleza enemiga. El eco lejano del acero contra el acero cabalga sobre el viento.

Aprieto los talones con una necesidad desesperada. Breac relincha, detectando el olor a sangre y ceniza, y se lanza al galope final hacia el epicentro del caos. El tiempo de los secretos ha terminado; ahora solo queda el fuego.

CAPÍTULO 36



La puerta principal del patio de Càrn Dubh cede finalmente a la tercera embestida del ariete, un impacto que resuena en la piedra como el rugido de un animal herido. La madera de roble grueso, reforzada con pesados travesaños de hierro, se astilla con un lamento prolongado mientras las bisagras saltan del marco con un crujido seco. Los hombres dejan caer el tronco sobre el empedrado, jadeando, envueltos en una nube de polvo y astillas. Duncan me busca con la mirada, aguardando. Levanto la espada, sintiendo el peso frío del acero y el sabor metálico del aire matutino. No hay vuelta atrás. Entramos.

Treinta hombres avanzan detrás de mí formando una cuña cerrada, los escudos alzados a la altura del hombro y las espadas desenvainadas. Los primeros en cruzar el umbral del infierno somos seis: los veteranos de mil batallas y Duncan, pegado a mi costado. Al otro lado nos recibe una muralla de lanzas cuyas puntas brillan bajo la luz mortecina. Avanzamos al paso corto, sincronizados. El primer choque es un estallido de madera y hueso apenas tres pasos más allá del umbral.

Una lanza busca mi costado por debajo del escudo. La aparto con un giro brusco de muñeca, sintiendo la vibración del impacto subirme por el brazo, y antes de que el lancero recupere la posición, le hundo la hoja en la clavícula. El acero entra limpio. Él se desploma con un quejido ahogado que se pierde bajo el clamor del combate. No me detengo. A mi lado, Duncan despacha a un

defensor con un tajo horizontal que no deja espacio a la réplica. El aire se espesa con el olor a sangre fresca y sudor.

La cuña sigue avanzando, abriendo un surco de hierro y gritos en el patio. Detrás irrumpe la segunda ola bajo el mando de Donal, desplegándose para cortar el paso hacia el torreón. Por la puerta lateral del ala este aparece Keith Gordon con su contingente, cerrando la trampa. El estrépito es ensordecedor: el choque rítmico de los escudos, el acero mordiendo el acero y las órdenes que se ahogan en el fragor de la carnicería.

La segunda línea de Fergal Donn es más resistente. Son guerreros con jubones de cuero reforzado y ojos inyectados en sangre que luchan con la furia de los condenados. Me enfrento a un hombre de complexión hercúlea que me ataca con espada y hacha al mismo tiempo. El hacha golpea el borde de mi escudo, astillando el cuero y haciendo que mi brazo vibre con violencia. En la fracción de segundo que tarda en armar el siguiente golpe, le encastro la rodilla en el vientre con toda mi inercia. El hombre se dobla y le clavo la hoja en el cuello. Sigo adelante sin mirar atrás; en este patio, detenerse es morir.

Duncan sostiene a dos oponentes, incapaz de avanzar. Me desplazo para cubrir su flanco. Un lancero joven gira su punta hacia mí, un error que Duncan aprovecha para partir el cráneo de su otro adversario. El muchacho se queda solo, el pánico dibujado en sus pupilas mientras intenta retroceder, pero la coordinación de nuestras espadas termina con él antes de que pueda dar un paso.

—¡Laird, a vuestra izquierda! —ruge Duncan.

Giro sobre mis talones. Brodick está flanqueado junto al muro. Corro hacia ellos, matando al primero con un tajo ascendente que atraviesa el cuero como tela fina. Derribo a otro con el escudo, sintiendo el crujido de su nariz contra el metal. Brodick se ocupa del tercero. El hombre que he tirado intenta levantarse gritando una maldición, pero le atravieso la garganta antes de que termine de proferir su último insulto.

El patio empieza a quedar bajo nuestro dominio. Los defensores se repliegan hacia la base del torreón, buscando un refugio que no pensamos concederles.

—¡Donal! —grito—. ¡Cortad la escalera! ¡Nadie sube!

Donal vira con sus hombres, sellando la línea. Keith Gordon termina de despejar su sector e irrumpe con sus jinetes desmontados. La superioridad es aplastante, pero los hombres de Donn luchan con la desesperación animal de quienes saben que no hay perdón. Donn les ha prometido la horca si sobreviven a una rendición, y conocen bien su mano.

Me topo con un oficial de la guardia personal. Blande una claymore a dos manos con una destreza temible. Su primera estocada llega en diagonal, cargada con todo el peso de sus hombros. La bloqueo en horizontal sobre mi cabeza, pero el impacto es tan brutal que mis pies resbalan en la piedra empapada de sangre. Reempujamos ambos, los rostros tan cerca que puedo oler su aliento podrido. Soy más alto, pero su peso me obliga a retroceder. Saco la rodilla y la hundo en su muslo. El oficial vacila un instante, su hoja se desplaza y le corto por debajo del codo, inutilizando su agarre. La espada larga choca contra el suelo. Antes de que busque su daga, se la clavo en el pecho, justo en el hueco entre el casco y el jubón. Cae como una losa.

Duncan remata a un herido. Keith Gordon ha acorralado a los últimos supervivientes contra el muro este. Solo quedan unos pocos en pie. Es en ese momento de calma irreal cuando un grito rasga el aire desde el adarve.

—¡Laird! ¡Mirad arriba!

Levanto la vista. En el segundo nivel del torreón, enmarcado por la piedra gris, aparece Fergal Donn. Es el mismo hombre que vi hace ocho semanas sujetando a Ealasaid por los cabellos antes de arrojarla al vacío. Conserva la misma barba negra, la cicatriz que le cruza la mejilla y esos ojos gélidos que parecen incapaces de parpadear. Nos observa con una fijeza que me hiela la

sangre. No grita órdenes; se limita a contemplar la ruina de su casa con una indiferencia monstruosa.

De repente, desaparece de la ventana.

—Viene hacia abajo —murmura Duncan, apretando la empuñadura de su espada. Sus manos tiemblan ligeramente, no por miedo, sino por la tensión acumulada.

—Que venga. Lo estoy esperando —confirmo. Noto cómo la rabia late en mis sienes con un ritmo salvaje.

Donn no permite que vayamos por él. Aparece apenas unos segundos después por la puerta principal del torreón. Avanza con paso firme entre los cadáveres de sus propios hombres sin dedicarles ni una mirada. Le flanquean sus últimos cuatro guardias. Se detiene a diez pasos, en un espacio que se despeja por instinto. Donn luce una sonrisa torva, el labio superior curvado en un gesto de desprecio eterno.

—Varkas —dice, y su voz suena como el roce de dos lápidas.

—Fergal. Ha llegado el momento de ajustar las cuentas.

—Has necesitado a tres clanes para profanar mi patio —escupe un esputo sangriento al suelo—. Pensé que tenías más coraje.

—Un solo clan habría bastado para matarte, pero quería que todo el valle viera tu caída.

—¿Y ahora qué? ¿Quieres que terminemos esto como hombres, o prefieres que mis guardias se entretengan con tus veteranos mientras nosotros jugamos a ser señores?

—Tú y yo. Sin interferencias —sentencio, haciendo una señal a mis hombres para que se aparten.

Donn indica a los suyos que retrocedan. El patio se sume en una quietud absoluta. Los combatientes que aún forcejeaban callan sus aceros ante la gravedad del duelo. Ciento ochenta de los míos y los restos de los suyos forman un círculo humano, una arena

de piedra y sombras. Nos miramos fijamente, midiendo cada respiración, cada parpadeo.

Y entonces, desde algún punto más allá de las murallas, un sonido rompe la escena como un latigazo.

Un relincho. Agudo, prolongado, vibrante.

Donn frunce el ceño, pero no aparta la vista de mí. El sonido se repite, esta vez mucho más cerca, cabalgando sobre el viento que sopla desde la colina este. Es un tono que ninguno de nosotros ha escuchado antes en medio de una matanza. La lucha se detiene por completo. Las espadas bajan. Fergal Donn, por primera vez, deja de mirarme y clava su vista en lo alto del adarve.

Allí, recortada contra el sol que ya corona las cumbres, aparece una visión imposible. Un caballo de un blanco tan puro que parece emitir su propia luz. Es Breac. Mi semental secreto, con su crin larga azotando el aire. Y sobre él, una silueta que empuña un arco con una fijeza que me detiene el pulso.

Breac relincha por tercera vez, y el eco resuena contra la piedra con una autoridad que nos deja mudos. Nadie se atreve a romper el silencio. Algunos de los míos reconocen la montura y el semblante de la jinete. La silueta permanece inmóvil sobre el caballo blanco, la cuerda del arco tensada hasta el límite y la flecha apuntando directamente al centro de nuestra discordia. Lleva la trenza apretada sobre el hombro y la postura impecable de quien ha nacido para el acero.

Siento un vuelco en el pecho, una opresión en la garganta que me impide pronunciar su nombre. El arco de Ealasaid no tiembla. Su mirada está clavada en el hombre de la barba negra.

En ese instante, ella libera la flecha. El silbido de la saeta cortando el aire es lo único que queda en el patio de Càrn Dubh.

CAPÍTULO 37



La segunda flecha parte desde lo alto de la colina con el silbido seco y mortal que solo producen las saetas bien tensadas al abandonar la cuerda. Surca la distancia que separa la cima del patio en el tiempo que tardo en comprender que mi mujer está disparando. No la oigo impactar contra el suelo ni contra la piedra. Por un segundo agónico llego a pensar que el viento ha desviado su trayectoria, pero el arquero apostado en el adarve norte —aquel al que yo llevaba diez minutos intentando alcanzar— se inclina bruscamente hacia adelante. Se sostiene un instante contra el parapeto y cae al empedrado desde seis metros de altura con la saeta atravesándole el cráneo.

El cuerpo golpea las losas con un sonido sordo que silencia el fragor del combate. Nadie se mueve. En el tiempo que mis hombres y los restos de la guardia de Donn tardan en procesar la visión, Ealasaid libera la tercera, la cuarta y la quinta flecha. Lo hace con un ritmo que no pertenece a este mundo. Un segundo para encajar, otro para tensar hasta el pecho, uno más para soltar.

La siguiente saeta se clava en el cuello del arquero del muro este, justo cuando buscaba mi espalda. La otra alcanza al hombre que intentaba cerrar la puerta del torreón para encastillarse; el tiro le entra por el hombro, obligándolo a soltar el madero. La última alcanza al centinela del puesto de guardia antes de que pueda cargar su arma. En lo que dura un suspiro, el flanco norte ha quedado despejado.

En el recinto de Càrn Dubh se hace un silencio absoluto, una pausa en la que el aire parece pesar el doble. Fergal Donn gira la cara hacia mí. La arrogancia se ha escurrido de sus facciones, sustituida por una palidez lívida.

—¿Quién es esa mujer, Varkas? —pregunta, y su voz tiene un temblor que nunca le había escuchado.

—Mírala bien, Fergal. Mírale los ojos.

—No puede ser... Yo la tiré. Ella está muerta.

—Estaba muerta —lo corrijo con una frialdad que me quema las entrañas—. Ya no.

Ealasaid da un golpe de talón a Breac. El semental arranca al galope por la ladera con una velocidad suicida. Baja la pendiente en diagonal, con la crin blanca azotando el aire, y en plena carrera mi mujer dispara tres flechas más con una puntería que hiela la sangre. Mientras el caballo cubre los últimos metros, ella se echa el arco al hombro y desenvaina la espada corta. Llega armada como un guerrero que ha regresado de la tumba para cobrar una deuda.

Breac salta sobre los cadáveres del patio sin aminorar la marcha. Ealasaid salta del animal antes de que este se detenga, cayendo de pie con una gracia letal. Tiene la espada en la derecha y la daga en la izquierda. Cruza la distancia que nos separa y pasa por delante de mí, plantándose frente a Donn.

Me quedo inmóvil. Mi cuerpo comprende antes que mi juicio que este derecho no me pertenece. Retrocedo muy despacio. Duncan me mira con una urgencia febril, a punto de intervenir. Le pongo la mano en el hombro, frenándolo.

—No —le susurro, sin apartar la vista de ella—. Dejadla. Esta cuenta es suya. Si entramos ahora por orgullo, la perderemos para siempre. Dejad que cobre lo que le pertenece.

Donn retrocede un paso, con el rostro contraído en una mueca de asco y pánico.

—Varkas, esta pelea es de hombres —jadea—. No me obligues a luchar contra una sombra.

—Ya no es mi pelea, Fergal. Vos sabéis lo que habéis acumulado en su cuenta. Pagad ahora.

Donn traga saliva, pero el instinto lo obliga a levantar su pesada espada larga. Flexiona las rodillas, tratando de encontrar un equilibrio que el terror le está robando.

—Bien, perra —escupe él con una sonrisa torva—. Venid a por lo vuestro si es que el rito os ha dejado algo de alma.

Ealasaid no responde con palabras. Ataca. Su primer movimiento es una estocada al costado que Donn bloquea, pero el golpe real viene desde abajo. Ealasaid lanza su daga hacia el muslo del enemigo, por debajo del hierro pesado. La punta penetra hondo. Donn ruge y retrocede. La mujer que tiene enfrente no es una aldeana; es un verdugo que conoce cada punto vulnerable del cuerpo humano.

Él lanza un corte descendente con la fuerza de sus dos brazos, un golpe para partir un escudo. Ealasaid no bloquea; se desplaza lateralmente con un giro limpio y el acero de Donn se estrella contra la piedra, levantando chispas. Antes de que él se recupere, ella le clava la espada corta en las costillas. Donn entiende tarde que su fuerza bruta no sirve de nada aquí. Ataca de nuevo con un revés al vientre, pero Ealasaid se deja caer sobre una rodilla, pasa por debajo del acero rozando el filo y le secciona el tendón de la corva. Donn se tambalea, su pierna cede.

—Maldita seas... —jadea Donn, con la voz roncando por la sangre que empieza a inundar sus pulmones—. Te rompí en ese patio. Te tuve antes de que el aliento se te fuera. Recuérdalo mientras te mato de nuevo.

Un murmullo de rabia recorre el círculo de guerreros como una marea de fuego. Aprieto la empuñadura de mi espada hasta que me crujen los huesos, pero me obligo a no dar el paso. Duncan

tiembla a mi lado. Ealasaid no grita. La provocación de Donn solo le ha tensado el hombro. Su respuesta es el acero.

Se lanza hacia él. Donn, en un último arranque de desesperación, lanza una estocada directa al corazón de ella, una embestida cargada con todo su odio restante. Es un movimiento rápido, nacido de la rabia más pura. Ealasaid no retrocede. Gira sobre sí misma con una velocidad vertiginosa. El acero de Donn silba junto a su flanco mientras ella, en medio del giro, levanta su espada corta y detiene la punta de la espada larga en seco. El choque resuena en todo el valle. La fuerza del impacto debería haberle destrozado los huesos, pero ella sostiene el bloqueo con una fijeza absoluta.

Quedan unidos por el hierro, los rostros a escasos centímetros. Los ojos de Donn están dilatados por el pánico; los de Ealasaid son pozos de un vacío gélido.

—Esta vez no caeré —le susurra ella. Es la primera vez que habla en el patio.

Con un movimiento fluido, desvía la hoja de Donn hacia el suelo y, aprovechando su propia inercia, le hunde la espada corta en el costado hasta la empuñadura. Donn se queda petrificado con el hierro dentro. Suelta su arma, que choca contra las losas con un eco final. Ealasaid no retira el acero. Lo mantiene firme con la derecha mientras con la izquierda apoya el filo de la daga bajo la barbilla de su verdugo. Empuja. La daga secciona la garganta de Donn en un solo trazo.

La sangre brota a borbotones, empapando el vestido de ella. Donn cae. Primero de rodillas, luego de costado, hasta quedar inerte sobre las piedras de su propio castillo. Ealasaid permanece inmóvil sobre el cadáver. Levanta su espada hacia el cielo, permitiendo que la sangre gotee por su antebrazo.

En ese instante, desde fuera de las murallas, llega un bramido que hace vibrar la piedra bajo mis pies. El primero viene del este. Luego otro del sur, del oeste y del norte. Los cuatro puntos

cardinales responden a la vez. Mis hombres suben a los adarves. Yo mismo asciendo a la muralla sur y me asomo al exterior.

Las colinas que rodean Càrn Dubh están cubiertas de sombras vivas. Cientos, miles de ciervos. Machos con astas que parecen un bosque de lanzas bajo el sol de la mañana. Forman un anillo infinito, observando el patio en un silencio sagrado que eriza la piel.

Bajo al patio con las piernas entumecidas. Cuando llego al centro, veo que Duncan ya está arrodillado. Keith Gordon hace lo mismo, seguido de Donal, Brodick y cada uno de los hombres que quedan en pie. Incluso los supervivientes de Donn dejan caer sus armas e hincan la rodilla sobre las losas manchadas. Doscientos guerreros en un silencio sepulcral ante la mujer que se yergue en el centro de la matanza.

Yo, que llevo años sin inclinarme ante nadie, bajo la rodilla al suelo al lado del cuerpo de Fergal Donn. Ocupo mi puesto en la misma sumisión de mis hombres. Ealasaid me mira por primera vez. Sostiene el momento, midiendo el silencio de los guerreros y la cuenta que acaba de cerrar.

Baja la espada. Los bramidos cesan. El silencio se adueña del valle, denso y definitivo. Ealasaid camina hacia mí y, por primera vez, el frío de su mirada se ha disuelto en el aire de la mañana. El regreso ha concluido. Solo queda la ceniza y el camino a casa.

CAPÍTULO 38



Ealasaid da un paso hacia mí, con una vacilación que le tiembla en las pantorrillas, pero una fijeza en los ojos que no se amedrenta ante la carnicería. Yo doy otro hacia ella, sintiendo cómo el suelo del patio, empapado de una viscosidad oscura y tibia, se adhiere a la suela de mis botas con un sonido sordo. Entre los dos quedan apenas ocho pasos de piedra ensangrentada. Ella los empieza a cubrir con la espada corta todavía en la mano; la hoja cuelga lacia a lo largo de su muslo, goteando un carmín espeso que mancha el bajo de su vestido.

Al séptimo paso la veo abrir la boca. Sus labios tiemblan, un movimiento apenas perceptible que delata la marea emocional que le sube desde las entrañas. Entiendo que está a punto de pronunciar una palabra largamente retenida tras su muralla de silencio.

Sin embargo, la palabra muere antes de nacer. Sus rodillas ceden de forma súbita. No cae con la violencia de un guerrero abatido, sino con la entrega absoluta de quien ha agotado su alma para dar ese último paso. La espada se le escapa de los dedos y el acero golpea la piedra con un tañido seco.

—¡Ealasaid! —rujo, lanzándome hacia delante.

Los dos pasos que nos separaban los cubro en un solo salto. Llego a ella antes de que su cabeza golpee las losas, pasando mis brazos por debajo de sus omóplatos y sus corvas con una firmeza que roza la desesperación. La sostengo en el aire, sintiendo el calor que todavía emana de su piel, y me arrodillo entre los

cuerpos caídos. Mis manos tiemblan violentamente, un espasmo que no logro controlar mientras busco su rostro.

—Ealasaid. Mírame. Por favor, abre los ojos —le suplico, con la voz rota y jadeante.

No responde. Le busco el pulso en el cuello, justo por debajo de la mandíbula. Mis dedos, manchados de hollín y sangre ajena, presionan la piel tersa. Hace ocho semanas, en este mismo patio, solo encontré el frío de la nada. Esta vez, el latido está ahí. Es una pulsación lenta, rítmica, cargada de fatiga. Respira. Exhala un aire cansado que me roza la mejilla. Mi pecho se expande por completo tras una angustia que me asfixiaba.

—Duncan —llamo, sin levantar la vista.

—Laird —responde mi segundo, acercándose con cautela.

—Está viva. Es el agotamiento, Duncan. El cuerpo ha dicho basta.

—Gracias a los santos viejos por este milagro —murmura él.

Acomodo la espalda de mi mujer contra mi pecho, sintiendo el latido de su corazón contra mi costado. Le apoyo la cabeza en mi hombro, protegiéndola del viento frío que silba entre las almenas. Me quedo un momento así, arrodillado en la piedra ensangrentada, mirando por encima de su coronilla el cadáver de Fergal Donn, cuya cabeza ha caído hacia un lado con los ojos fijos en el vacío.

Me obligo a recordar mi deber. El patio sigue sumido en un silencio denso. Los hombres que se arrodillaron ante el acero de Ealasaid aguardan la voz que ponga orden al caos. Keith Gordon padre cruza el patio con pasos pesados y se detiene a cuatro pasos; lleva la espada envainada y el casco bajo el brazo.

En un rincón del ala oeste, los diecinueve supervivientes de Donn se aprietan contra el muro. Los miro con la frialdad que otorga el mando. Hablo sin levantar la voz, dejando que el silencio transporte mis órdenes.

—Keith. Càrn Dubh queda bajo vuestro mando. Cailean Ross será vuestro segundo. Al pueblo no se le toca. Las cocinas deben seguir abiertas para todos. Revisad el torreón con Donal; quiero saber qué queda en las celdas inferiores.

—Se hará exactamente como ordenáis, señor Varkas.

—Cincuenta hombres se quedarán con vos para asegurar el perímetro; los demás emprenderán el regreso con Duncan en cuanto los muertos hayan sido honrados. Quiero este clan limpio, Keith. A los que fueron leales a Donn hasta el final, no los quiero aquí cuando regrese. A los que decidan jurar fidelidad a Gleann Mòr de manera sincera, se les acogerá como hermanos. No quiero ejecuciones de odio, quiero juicio. Cuando vuelva, Càrn Dubh o es de mi casa, o no es.

—Entendido, laird. La justicia se impartirá.

En ese momento, el oficial de la barba canosa que lideraba a los prisioneros da un paso al frente. Desenvaina su espada con un movimiento rápido que hace que Duncan tense cada músculo, pero el hombre gira el acero y lo empuña por el filo. Ofrece la empuñadura hacia mí y hinca la rodilla.

—¡Laird de Gleann Mòr! —su voz suena ronca por la fatiga —. Ninguno de nosotros fue fiel a Donn de corazón. Le servíamos bajo la amenaza de la horca para nuestras familias. Queremos ser los primeros en pasar el examen. Juramos ante vos y ante vuestra esposa que no reconocemos a otro señor que no sea el de Gleann Mòr.

Tras sus palabras, los dieciocho restantes dan un paso al frente y hincan sus rodillas sobre la piedra teñida de rojo. Bajan sus armas, ofreciéndolas en un pacto de sumisión.

Y entonces, el grito comienza a elevarse.

—¡Varkas! —clama el primero.

—¡Varkas! —secunda el segundo.

—¡Varkas! ¡Varkas!

Las voces se entrelazan en una sola letanía que hace vibrar el aire del patio. El nombre recorre los muros como una marea, desde el rugido de los veteranos hasta la nota aguda de los más jóvenes. Mis ciento ochenta hombres guardan un silencio cargado de respeto.

—Os acepto —sentencio—. Pero bajo la supervisión de Keith Gordon. Él confirmará vuestro pasado. Si vuestra palabra es verdadera, seréis hombres de mi clan con todos vuestros derechos. El trato está sellado.

—Gracias, señor —murmura el oficial, golpeándose el pecho con el puño derecho. Los otros dieciocho repiten el gesto en una sincronía que resuena contra la piedra.

Me pongo en pie con un esfuerzo que me hace rechinar los dientes, cargando con el peso de Ealasaid con una delicadeza extrema. Brodick me echa por encima de los hombros una manta de montar gruesa para protegerme del frío que llega tras la adrenalina.

Duncan aparece guiando a Breac. El semental blanco avanza con una parsimonia majestuosa y se detiene a mi costado bajando la cabeza, reconociendo la carga sagrada. Duncan me ayuda a montar mientras acomodo a Ealasaid delante de mí, atravesada en el arzón. Su cabeza descansa contra mi pecho y yo la rodeo con el brazo, asegurando su posición antes de tomar las riendas.

Brodick recoge del suelo la espada corta de mi mujer. Limpia cuidadosamente el rastro de sangre de la hoja con un paño de lino y me la tiende por la empuñadura en silencio. La aseguro en mi cinto, cruzada junto a la mía. El peso del acero compartido se clava en mi cadera.

Tiro suavemente de las riendas y Breac arranca al paso. Atravesamos el portón de roble astillado, dejando atrás el humo que todavía asciende hacia el cielo gris y el cadáver del hombre que intentó robarnos la vida. El sol empieza a descender, bañando el valle con una luz dorada y oblicua que resalta la blancura de la crin del caballo. Cabalgo hacia el paso del tejo sintiendo la respiración

profunda de Ealasaid contra mi esternón y el calor de su cuerpo filtrándose a través del jubón. El semental blanco avanza con paso firme por el sendero, alejándonos de la ruina de Càrn Dubh hacia la paz silenciosa de Gleann Mòr.

CAPÍTULO 39



Catrìona aguarda en la portezuela del norte cuando Breac toma el último recodo del sendero. Tiene el chal echado sobre el delantal y las manos cruzadas al pecho en esa fijeza de quien ha desafiado al viento durante horas. Al verme aparecer, no espera a que franquee el umbral; sale al camino con la urgencia dictándole el paso. A treinta pasos se detiene en seco y se lleva la mano a la boca. Es un gesto instintivo, una defensa que le brota del alma antes de que su cabeza pueda procesar el alivio.

Entiendo su terror en cuanto nuestras miradas se cruzan. Catrìona está viendo repetirse la pesadilla: una mujer caída en los brazos de su marido sobre la silla de un caballo, con la sangre tiñéndole las manos y la cabeza colgando sin voluntad.

—¡Está viva, Catrìona! —le grito, forzando la voz para vencer la distancia—. Solo ha tenido un vahído. No es lo que parece.

Ella se aparta la mano de la boca con una lentitud temblorosa. Llega hasta el costado de Breac con los ojos anegados en un agua que se niega a derramar. Se pone de puntillas, tocando el rostro de mi mujer con el dorso de los dedos, buscando el rastro de la respiración y el pulso en el cuello con la pericia de quien ha asistido a mil partos. Cuando se convence de que hay calor bajo la costra de sangre ajena, levanta la vista hacia mí.

—No debí permitirle marcharse, laird —murmura, y hay una amargura nueva en su tono.

—Fue decisión suya, Catrìona. Sabéis tan bien como yo que no hay muro en Gleann Mòr que pueda contenerla ahora.

—Pero está en cinta, señor.

La palabra me alcanza con la nitidez de un relámpago. No es sorpresa lo que siento; es una confirmación física que mi cuerpo ya había registrado al verla aparecer en la colina. El aviso estaba ahí, en el aire, en el modo en que ella protegía su centro incluso en medio del asalto. Sin embargo, oírlo en la boca de Catrìona, con Ealasaid desmayada contra mi esternón, coloca una piedra pesada en el centro de mi pecho.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —pregunto, apretándola un poco más contra mí.

—Seis días. Me hizo jurarle que guardaría silencio hasta vuestro regreso. No quería que partierais con la cabeza puesta en su vientre en lugar de en el acero. Perdonadme por haberos ocultado tal verdad, laird.

—No hay nada que perdonar. Cumplisteis con vuestro deber hacia ella. Ahora, abridme paso.

Entramos al patio en silencio. Dos mozos acuden de inmediato para hacerse cargo de la montura. Catrìona les lanza órdenes secas sobre el cuidado de Breac y vuelve a centrar su atención en nosotros.

—Llevadla a su alcoba, laird. Es más cálida. Subiré agua caliente en un suspiro.

—Irá a la mía —sentencio, sin detenerme.

—Pero señor, vuestra estancia queda lejos de la lumbre principal y...

—A mi alcoba, Catrìona. Es mi mujer. La lavaré yo mismo. Subidme el agua, salvia, tomillo, aceite y vendas limpias. Y después, os quedaréis abajo. No quiero a nadie más allí.

Me sostiene la mirada un segundo eterno. Lo que ve en mis ojos le basta para no insistir. Asiente con una inclinación mínima.

Subo al ala norte cargando con el peso de Ealasaid. En el segundo rellano, empujo la puerta de mi alcoba con el hombro. El fuego ya chisporrotea en el hogar; alguien ha corrido para encenderlo en cuanto el semental blanco fue divisado. La deposito con una delicadeza que me hace temblar sobre mi lado del lecho, cubriéndola con la piel de oveja.

Me quedo sentado en el borde un momento, contemplándola. Tiene la trenza deshecha, hilos oscuros pegados a la frente por el sudor. La mejilla izquierda está manchada de un rojo que sé que no es suyo. Respira con un ritmo pausado. Está caliente al tacto, pero es un calor bueno, el de la vida reclamando su espacio tras el invierno.

Catrìona llama a la puerta con los pies, pues trae las manos ocupadas con la pesada caldera de cobre. Abro y la dejo pasar. Deposita el agua humeante junto al hogar y deja sobre la mesa una cesta con las hierbas y los ungüentos.

—Os dejo solos, laird. Si el pulso se acelera o el frío regresa, llamadme.

—Gracias, Catrìona.

La puerta se cierra tras ella con un chasquido suave. Me acerco a la cama con un paño sumergido en el agua de salvia. Empiezo por su rostro, como quien limpia una reliquia. El paño retira la sangre seca de su mejilla, revelando la palidez de su piel. Le limpio las cejas, los párpados y el arco de la nariz. Al terminar, deposito un beso en su frente, respirando su aroma.

Paso al cuello, donde la sangre se ha colado bajo el lino. Desato el cordón de su blusa con dedos torpes pero decididos, limpiando la clavícula. Se la vuelvo a cerrar para protegerla del aire. Luego, paso a sus brazos. El derecho está ileso, aunque sus uñas están teñidas de carmín hasta la cutícula. Las froto una a una hasta que vuelven a ser las manos de la mujer que amo.

Al llegar al brazo izquierdo, mi respiración se detiene. Al subir la manga, descubro el corte. Son tres pulgares de longitud,

una herida limpia entre el codo y la muñeca. Fue el acero de Donn, el roce que no vi durante el duelo. Sangra todavía con una pereza que me encoge el corazón. Trago saliva y limpio la zona con agua de tomillo, aplicando el aceite con la yema de mis dedos. Le envuelvo el antebrazo con la venda, asegurando el nudo con un cuidado extremo. He hecho esto mil veces con hombres en el barro, pero hacerlo con ella me desgarra.

Cambio el agua y me encargo de sus piernas. Le bajo las calzas despacio. Sus pantorrillas están enteras. Le quito las botas para que sus pies descansen y froto sus plantas con el paño caliente, agradeciendo a la tierra que la haya sostenido. Finalmente, le subo la manta hasta el pecho y la arropo.

Me quedo inmóvil, con la mano derecha apoyada sobre el lino de su blusa, justo a la altura de su vientre. Bajo mi palma, siento una verdad que me sobrepasa. Allí hay alguien. Alguien que esta mañana descendía por la ladera mientras yo ignoraba que cabalgaba con dos almas. Alguien que saltó de Breac para enfrentarse a un carnicero sin saber que su existencia se me revelaría en un umbral.

Me inclino sobre el lecho, apoyando la frente sobre su vientre, justo encima de mi mano. Respiro hondo por la nariz y el aire escapa de mis pulmones con un sollozo ahogado. Es un llanto que nace de un rincón de mi pecho que creía muerto, una compuerta que el rito de Morvenna ha terminado de reventar.

De repente, noto un peso mínimo sobre mi pelo. Una mano se posa sin fuerza, como si hubiera necesitado un esfuerzo titánico para recorrer el trayecto desde el colchón. Levanto la cara con lentitud, limpiándome los ojos con la manga.

Ealasaid me está mirando.

Sus ojos están abiertos, oscuros y brillantes por el reflejo de las brasas. Parecen infinitamente cansados, pero están presentes. La venda blanca de su antebrazo resalta en la penumbra. Me sostiene la mirada un momento y entonces pregunta con un hilo de voz:

—¿Están... están todos a salvo, Sloane?

—Todos, Ealasaid. La deuda está saldada. No queda enemigo al que temer.

Ella asiente levemente sobre el lino. Y entonces, ocurre. Sonríe. Es una curva exhausta que apenas llega a la comisura de sus labios. Sus ojos se cierran de nuevo, vencidos por el sueño. Baja su mano y la deja descansar sobre la mía, que sigue protegiendo su vientre.

Me quedo allí, en el silencio absoluto de la alcoba, sintiendo el calor de su palma sobre el dorso de la mía. Las dos manos unidas custodian el pequeño latido que respira debajo, ajeno a la sangre que sus padres han tenido que derramar para darle un nombre. Ealasaid se sumerge en un descanso profundo y yo permanezco en guardia, velando el sueño de la mujer que regresó del páramo para salvarme. Fuera, el invierno sigue su curso, pero en el centro de mi mano, la primavera ha empezado a latir.

CAPÍTULO 40



Estoy de pie al lado del altar de piedra del patio grande desde hace demasiado rato, con las dos manos cruzadas delante del cinto, la barbilla alta y la mirada clavada en las puertas cerradas del ala sur. El sol del atardecer cae por el oeste, derramándose sobre la explanada en una luz amarilla y espesa que me golpea el hombro. Siento el calor del astro sobre el rostro, una caricia física que contrasta con la tensión que me recorre la columna. Los clanes forman un círculo de acero envainado y respeto: Gleann Mòr al este; los Gordon al oeste; los MacLeod al norte; y los supervivientes de Càrn Dubh cerrando el flanco sur.

Nadie habla. El aroma de la turba se mezcla con el aire fresco. Dos gaiteros ancianos sostienen una melodía baja, un lamento continuado que vibra sobre las losas sin llegar a subir a las almenas. El aire que respiro para no quebrar mi entereza ante el sacerdote me sale temblando por la boca.

Entonces, con un gemido de madera y hierro, las puertas del ala sur se abren de par en par.

Y aparece ella.

Ealasaid cruza el umbral a veinte varas de mi posición. Camina con una gracia que parece haber reclamado del páramo mismo, con Catrìona un paso por detrás. El vestido es de un marfil bordado con espigas y florecillas azules, de cintura suave. Sobre los hombros luce el tartán de mi casa sujeto con el broche de plata de mi madre. Lleva el cabello suelto, con dos finas trenzas laterales

atadas con cintas rojas, y una diadema de flores frescas corona su cabeza.

Avanza hacia mí y el mundo se detiene. Es ella. La lavandera de la orilla del río. La mujer que me esperaba los martes.

Cada paso suyo sobre la piedra es un flash que me golpea el pecho. La ladera del camino. Mi silencio cobarde. La cuerda trenzada guardada en el fondo del arcón durante dos inviernos. El miedo que casi nos cuesta la vida. La veo venir y recuerdo el grito del carbonero en el paso del tejo. Los seis días de tormento. El cuerpo roto que recogí del suelo en el patio enemigo. El rito de Morvenna bajo la luna y la sangre en el agua hirviendo.

Sigue acercándose. El frío inicial en el castillo. El entrenamiento con la espada. Los ciervos vigilantes. La noche en que ella mató a Donn para reclamar su alma y el bramido que descendió de las cuatro cumbres.

Ella llega a tres varas. Luego dos. Se detiene frente a mí.

Catrìona adelanta el pie y se sitúa entre nosotros, envuelta en su chal negro. Su expresión es de una firmeza inquebrantable. Sostiene la mano de Ealasaid por la muñeca y el codo, mirándome fijamente a los ojos, sosteniéndome el pulso.

—Laird de Gleann Mòr —pronuncia con una voz que corta el aire.

—Catrìona.

—Os entrego a esta mujer.

—La recibo con todo lo que soy.

—Escuchadme bien antes de que el rito prosiga —advierte ella—. Laird, os la entrego con ambas manos. Pero sabed, ante estos clanes y ante Dios, que os voy a vigilar hasta mi último aliento. Vigilaré cada gesto, cada palabra y cada silencio. Si alguna vez la tratáis con menos honor del que merece, os lo diré ante vuestros hombres sin bajar la voz. ¿Me habéis escuchado bien, Sloane?

El silencio en la explanada es absoluto. Se podría oír el vuelo de un halcón.

—Os he oído, Catrìona —replico con una sinceridad que me raspa la garganta.

—¿La vais a cuidar?

—Con mi propia vida.

—¿Todas las jornadas que os resten?

—Todas y cada una de ellas.

—¿Igual en el consejo que en vuestra alcoba?

—Exactamente igual.

—¿Lo juráis por vuestro honor y por vuestra sangre?

—Lo juro —sentencio, y la palabra cae con el peso de la piedra sobre el patio.

Catrìona me sostiene la mirada un segundo más. Se inclina hacia Ealasaid y le susurra tres palabras al oído que arrancan un brillo nuevo en sus ojos. Entonces, Catrìona besa su sien con una ternura inédita y, finalmente, me entrega su mano diestra.

La mano de Ealasaid se desliza entre mis dedos. El contacto es una descarga eléctrica que me recorre el antebrazo. Siento su piel suave y firme. Ella me aprieta los dedos apenas un milímetro, una señal privada que significa el fin de todas las batallas. Le devuelvo el apretón con la misma intensidad mínima.

Catrìona retrocede y ocupa su lugar al lado de Eòghan. El veterano tiene la barba blanca temblándole de emoción. El sacerdote levanta la cuerda trenzada de seda y lana: roja, dorada y verde oscuro.

—Unid vuestras manos —dicta el sacerdote.

Ealasaid levanta la vista y me mira de frente. Sus ojos oscuros ya no tienen el frío del *Ais-tilleadh*, ni la sombra de la celda. Tienen la luz de quien ha vuelto a casa por su propia voluntad. La

música de las gaitas se vuelve más profunda, envolviendo el patio en un eco que desciende de las cumbres.

El sacerdote rodea nuestras manos con la cuerda, trazando el símbolo del infinito sobre nuestras muñecas. El nudo se cierra despacio. El sol desaparece tras el adarve, dejando al patio sumido en una luz azulada. Siento el peso del nudo contra mi piel, el pulso de Ealasaid fundiéndose con el mío en el silencio de la tarde.

Ella se inclina apenas un suspiro hacia mí, apoyando su frente contra mi hombro mientras el sacerdote termina el nudo. No hay más palabras. Solo el sonido del viento en las almenas y la mano de mi mujer, por fin, descansando segura dentro de la mía.

CAPÍTULO 41



El sacerdote alza la cuerda trenzada con ambas manos por encima de su cabeza, estirando los hilos de seda y lana para que los tres clanes del círculo la vean entera. El sol bajo del atardecer le saca al rojo y al dorado un brillo metálico que las hace parecer criaturas vivas entre sus dedos arrugados. Luego la sostiene a la altura del pecho, justo en el espacio que me separa de Ealasaid, y comienza la bendición en latín. Pronuncia las palabras con esa cadencia de cura viejo que las ha recitado cientos de veces sobre esta misma piedra; primero por mi abuelo, luego por mi padre, y hoy, finalmente, por mí. Mi mujer sostiene su mano diestra frente a la mía; sus dedos están extendidos, pálidos contra el aire fresco, y noto con un orgullo que me inflama el pecho que no le tiemblan lo más mínimo.

—In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

Termina santiguándose con una parsimonia que detiene el tiempo. Después, sin transición, pasa al gaélico. Ya no son las palabras de la Iglesia, distantes y frías. Son las palabras de esta tierra, las que brotan de las raíces de los brezos.

—Dia do bheannachadh oirbh le chèile. Tha an ceangal seo air a dhèanamh de theine, de dh'òr, is de thalamh. Nach brisear e le duine, nach gearrar e le lann.

Que Dios os bendiga. Este lazo está hecho de fuego, de oro y de tierra. Que no lo rompa hombre alguno, que no lo corte hoja ninguna. El sacerdote clava sus ojos en los míos.

—Laird —me insta con un gesto de cabeza—. Vuestros votos. Ahora.

Sostengo mi diestra extendida, buscando la mirada de Ealasaid, y comienzo a recitar las palabras antiguas. De niño no entendía por qué debían grabarse a fuego en mi memoria, pero hoy, frente a ella, cada sonido cobra un sentido devastador.

—Bheir mi dhut m'fhacal. Bheir mi dhut mo dhìon. Bheir mi dhut mo theaghlach. Bheir mi dhut an rud a tha agam, agus an rud nach bi agam gu bràth tuilleadh, oir mise agadsa a-mhàin.

Os doy mi palabra, mi protección y mi familia. Os doy lo que tengo y lo que ya nunca volveré a tener, porque soy vuestro y de nadie más. El silencio que cae sobre el patio es tan denso que casi se puede palpar. Los hombres de Gleann Mòr, los Gordon y los MacLeod permanecen estáticos.

Ealasaid respira hondo. Me sostiene la mirada con una fijeza absoluta, con esos ojos que han visto la muerte y han decidido regresar. Su voz suena entera, despojada de duda.

—Bheir mi dhut m'fhacal. Bheir mi dhut mo chridhe. Bheir mi dhut mo bheatha. An dàrna turas, oir thug thu dhomh a' chiad tè.

Por segunda vez, porque la primera me la disteis vos. La frase me golpea como un tajo de acero. No pertenece a la liturgia; se la ha inventado ella, bajo este cielo ensangrentado. Me veo obligado a morderme el labio por dentro hasta saborear el hierro de mi propia sangre para no dejar que mi entereza se desmorone delante del clan.

El sacerdote nos ata con movimientos lentos. Pasa la cuerda alrededor de la muñeca de Ealasaid y luego sobre la mía, juntando nuestras carnes. Realiza el nudo final. El nudo del *handfasting*. La lana roja, dorada y verde oscuro nos une ahora con un peso suave y tibio.

—Que nadie separe lo que Dios y los viejos han unido —sentencia el cura—. Amén.

El murmullo de las voces masculinas responde como un trueno sordo que recorre las baldosas. El sacerdote se retira y nos deja solos. Ealasaid me mira, con la diadema de flores coronando su frente, esperando. Ya no aguarda protocolos. Me espera a mí.

—Te quiero, Ealasaid Mhor.

Mi voz suena potente, rebotando contra las piedras de la muralla. Ella me sostiene el pulso unos latidos eternos.

—Yo también te quiero, Sloane Varkas.

De la primera fila llega un carraspeo que se convierte en un suspiro entrecortado. Es Eòghan, que ya no oculta el temblor de su barba. No le miro. Le paso la mano izquierda por la nuca y la atraigo hacia mí con una urgencia que me quema. La beso. Es el beso que llevo ocho semanas acumulando en el pecho; el que sellamos con una patada en la puerta y el que le debo desde que la vi lavando ropa en la orilla del río.

La levanto un palmo del suelo, rodeando su cintura. Ealasaid me rodea el cuello, hundiendo los dedos en mi pelo, y me devuelve el beso con una entrega que me detiene el corazón.

El círculo estalla. Primero un grito guerrero de Alistair, luego los Gordon y los MacLeod. La presa se rompe y el fragor de los tres clanes se convierte en una marea de vítores que retumban contra las almenas. No nos separamos. Con ella en vilo y nuestras manos unidas por el lazo trenzado, separo mis labios de los suyos apenas un centímetro.

Tomo aire. Miro a los hombres, a las mujeres de la casa y finalmente a ella. Noto cómo mi respiración se detiene un instante antes de lanzar el mensaje que cambiará la historia de estas piedras.

—¡Y que sepan los tres clanes aquí reunidos! —El patio enmudece en un pestañeo—. ¡Que la señora de Gleann Mòr lleva en su vientre al heredero de las dos tierras!

La vuelvo a besar antes de que el mundo pueda reaccionar. El rugido que sigue llega a mis oídos como el impacto de una ola

contra los acantilados. Es un estrépito de alegría que hace vibrar el suelo y me sube por las costillas.

—¡Por el heredero de Gleann Mòr y de Càrn Dubh!

Las gaitas arrancan de nuevo. Las espadas chocan con los escudos en un ritmo rudo y festivo. Eòghan grita el nombre de Ealasaid hasta quedarse sin aire. Catrìona mantiene la barbilla alta, pero sus ojos brillan con una humedad que la delata.

Pero mi mundo se reduce a Ealasaid. Ella me observa con los ojos anegados, apretando mi nuca como si necesitara confirmar que no soy una ilusión del rito. La beso por tercera vez, ignorando el estruendo. En este instante solo existe su boca contra la mía y esa tercera vida que late bajo el tartán.

Cuando finalmente nos separamos, el clamor no disminuye. No la dejo bajar al suelo todavía. La mantengo sujeta mientras deposito besos lentos en su frente y en sus mejillas. Finalmente, con la lentitud de quien rinde tributo a un templo, me inclino y tomo su muñeca izquierda. Retiro apenas la manga bordada y beso la cicatriz que el grillete le dejó en la piel. Esa marca que el *Ais-tilleadh* no pudo borrar.

Sin soltarla, giro su mano y beso también la cicatriz del corte del rito. Esa herida que sí me pertenece. Dos besos en sus dos muñecas. Al levantar la vista, descubro que las lágrimas de Ealasaid han vencido finalmente su resistencia. Le resbalan por las mejillas en dos surcos brillantes que no intento secar. Los tres clanes, a nuestro alrededor, siguen rugiendo a la noche que nace, mientras ella apoya de nuevo su frente contra la mía, en un silencio que solo nosotros habitamos.

CAPÍTULO 42



Cuatro lunas llenas después…

La litera se detiene con una sacudida mínima cuando los cuatro porteadores la depositan con precisión sobre la piedra rugosa del patio. Yo, que llevo las últimas dos horas con la mano apoyada sobre el vientre sintiendo el calor de la vida a través de la seda, percibo al niño dándome dos golpes seguidos bajo la palma. Es un movimiento enérgico, como si él también reconociera que hemos llegado al sitio donde una existencia se extinguió para que la suya pudiera ser posible. Le devuelvo el primer golpe con una presión suave de los dedos; el segundo lo dejo pasar, permitiendo que su pulso se asiente con el mío.

La cortina bordada se aparta apenas medio palmo. Mi marido aguarda al otro lado, con la diestra extendida y esa fijeza en la mirada que me pertenece solo a mí.

—Señora —dice, y su voz es un ancla.

—Laird —respondo, dándole la mano.

Me sujeta primero por la muñeca, con firmeza, y después desliza su brazo por encima de mis hombros hasta alcanzar la cintura. Me baja de la litera con un cuidado extremo, midiendo cada centímetro del descenso para mi cuerpo de cinco lunas de embarazo. Sloane ha aprendido a leer mis ritmos con una minuciosidad que me asombra; conoce el punto exacto de mi cadera que me martiriza y el

modo en que el manto me pesa si no está bien colocado. Me ajusta el cojín en la silla alta tallada con el ciervo de Gleann Mòr antes de permitir que me acomode.

—¿Bien? —pregunta en un susurro, inclinándose hacia mí.

—Bien, Sloane. No os preocupéis.

Él se endereza, recuperando su porte de mando, y cruza el círculo humano hasta el centro del patio. Allí le aguarda el sacerdote de hábito marrón y mirada mansa. Sloane se gira hacia el pueblo.

El patio de lo que fue Càrn Dubh no se parece hoy al que habita en mis pesadillas. Las losas están limpias, el muro oeste luce reparado y la puerta principal es de roble claro, nueva, sin las cicatrices de los inviernos pasados. El aire huele a pan recién horneado y a vida cotidiana. Hay niños correteando y una anciana con un huso sentada junto al torreón; una imagen de paz que reclama su sitio sobre las sombras del pasado.

A mi derecha se sitúa Eòghan; a mi izquierda, Catrìona, con su chal negro y los brazos cruzados. Me dedica una mirada fugaz, una aprobación muda, antes de centrarse en la escena. Mi marido levanta la voz, proyectándola contra los muros.

—¡Hombres y mujeres de Càrn Dubh!

El murmullo cesa de golpe. El patio se convierte en un templo de silencio.

—Han pasado cinco lunas desde que este castillo cambió de manos. No he regresado hasta hoy porque quise que esta casa se curase a su propio ritmo, lejos de mi espada. Los informes de Keith Gordon y Cailean Ross me confirman lo que esperaba: habéis sembrado los valles, reparado las brechas y enterrado a vuestros muertos.

Una mujer en el centro de la multitud se lleva la mano a la boca, conteniendo una emoción que vibra en el aire.

—Hoy vengo a comunicaros una decisión madurada con mi esposa. Ella conoció esta casa de una manera que yo nunca podré

comprender, y por ello, lo que voy a decir le pertenece tanto como a mí. —Sloane me mira un instante, buscando mi respaldo. Le sostengo el pulso y asiento apenas—. Este castillo tendrá un gobernante propio que os guiará como hermano aliado y no como súbdito. Desde hoy, nuestros clanes caminan por senderos distintos hacia un mismo destino.

Un murmullo prolongado recorre la multitud. Cailean Ross asiente con la gravedad del que ha ayudado a tejer este tapiz.

—Y por último —continúa Sloane—, este clan deja de llevar el nombre que Donn le impuso. El nombre de Fergal Donn muere hoy con mi voz. A partir de este atardecer, estas tierras se llamarán Càrn Geal: la Piedra Blanca. Y vuestro clan será, desde ahora, el clan MacBrodick.

Silencio absoluto. Càrn Geal. Lo opuesto a la piedra negra que nos arrebató el aliento. Mi marido lo pronuncia con la seguridad de lo que es justo. Borrar cualquier vestigio del captor es una necesidad de mi propia alma que él ha sabido interpretar sin palabras.

—¡Brodick! —llama Sloane.

Brodick Dunbar da un paso al frente. Su mandíbula está tensa, pero sus ojos brillan con una lealtad inquebrantable. Se detiene ante mi marido.

—Brodick Dunbar. Lleváis quince años a mi servicio. Me habéis salvado la vida y sostuvisteis este patio con valor. No conozco a nadie que hable menos y cumpla más. ¿Aceptáis ser el señor de Càrn Geal y proteger a este pueblo?

Brodick se toma tres latidos. Mira hacia la multitud y luego asiente. Hinca la rodilla, se despoja del casco y desenvaina su acero, ofreciendo la empuñadura por el filo.

—Acepto, señor. Con mi palabra y con mi acero.

Sloane recibe la espada, reconociendo el peso del mando, y se la devuelve por la empuñadura. Brodick se levanta con un leve esfuerzo; las viejas heridas de guerra se quejan bajo el frío. Me mira

un segundo y yo le inclino la barbilla, otorgándole mi bendición silenciosa.

El sacerdote se adelanta, elevando un pergamino. La bendición fluye en latín y luego en el gaélico de nuestros ancestros, consagrando el nuevo linaje bajo el cielo abierto.

—Amén —responde el patio en un murmullo que suena como el oleaje.

Los diecinueve supervivientes que juraron lealtad aquel día de sangre alzan sus espadas al cielo, haciendo que el metal brille bajo la luz dorada del ocaso.

—¡Por el laird MacBrodick! ¡Por Càrn Geal!

Las voces de los Gordon y los MacLeod se unen al clamor. Finalmente, una voz de mujer surge del pueblo: «¡Por la señora de Càrn Geal!». El grito me alcanza con una fuerza física que me hace vibrar el pecho. El nudo en mi garganta es una victoria que guardaré para la intimidad.

Duncan se acerca con el acta y la pluma. Sloane firma con trazo firme; Brodick le sigue con una caligrafía ruda. Cailean Ross, Keith Gordon y Eòghan firman como testigos, sellando el pacto entre las piedras. El sol se hunde por el oeste, bañando el patio en una luz que parece perdonar. Sloane enrolla el pergamino y lo eleva.

—¡Firmado y sellado!

—¡Amén! —responde el patio entero, a una sola voz que se eleva sobre las almenas.

En ese preciso instante, cuando el grito de libertad golpea los muros, el niño se mueve de nuevo. Es un golpe firme, una afirmación rotunda bajo mi piel. Bajo la mirada y poso mi mano sobre la seda azul, respondiendo a su llamada, mientras el eco del nuevo nombre del clan resuena en el aire fresco de la tarde.

EPÍLOGO



Gleann Mòr,1453

El clan lleva esperando desde el alba. A mediodía, son ya más de cincuenta los hombres y las mujeres que se han congregado en la sala grande del torreón principal. La noticia de que a la señora le había empezado el parto corrió por el valle con la velocidad del sol asomándose por las crestas. Eòghan aguarda al pie de la escalera del ala sur, y aunque la hora no permitiría tales licencias, sostiene tres jarras de cerveza que nadie se atreve a reprocharle. El aire en el salón es denso, cargado de una expectativa que roza la devoción.

Yo no me he sentado desde la madrugada. Camino trazando una ruta obsesiva: del hogar al ventanuco, del ventanuco al banco, y de vuelta al fuego. Mis manos están congeladas a pesar de que la leña ruge a tres varas, y el pulso me golpea la garganta con un ritmo frenético. Catrìona es la ley absoluta en las estancias superiores: yo no tengo permitido el paso.

Donal se acerca con una jarra por tercera vez y le aparto la mano sin mirarle.

—Laird, tomad al menos un sorbo —me insta—. Es infusión, no emborracha.

—Hoy no, Donal.

—Lleváis de pie desde el alba, señor. Las piernas os fallarán.

—Y así seguiré hasta que reciba noticias.

Donal se aparta y le murmura algo a Eòghan que alcanzo a captar a medias.

—El laird que sobrevivió a tres campañas está a punto de derrumbarse por un parto.

—Es lo que le corresponde —responde Eòghan con la sabiduría de los inviernos—. Esperad a tener a vuestra propia mujer dándoos un heredero al otro lado de una puerta cerrada, y entonces sabréis lo que es el verdadero miedo.

Pasan dos horas más. Luego tres. Y entonces, desde las alturas, llega el sonido que me detiene el corazón.

Un llanto.

Es fino, entrecortado. El llanto pequeño de un recién nacido. El salón enmudece al unísono. Subo la escalera de dos en dos, sintiendo que las piernas me flaquean por primera vez en años. Abro la puerta del ala sur sin llamar.

Catrìona sostiene al niño envuelto en lino blanco. Se gira y me dedica una sonrisa de aprobación.

—Laird, es un varón. Y está sano.

—¿Y ella? —pregunto con la voz rota.

—Cansada hasta la médula, pero entera.

Deposita al niño en mis brazos. Lo recibo con la torpeza del hombre que jamás ha sostenido una vida tan frágil. Pesa mucho menos de lo que mi imaginación calculaba. Le busco el rostro con los ojos empañados; tiene el pelo rubio claro de mi madre y los párpados cerrados con fuerza. Levanto los ojos hacia el lecho. Ealasaid me sostiene la mirada desde los cojines con una sonrisa exhausta.

—Sloane... —susurra.

—Lo habéis logrado, vida mía.

Me inclino y beso la frente de mi hijo con una devoción casi religiosa. El silencio de la estancia solo es roto por el chapoteo del agua donde Catrìona se lava las manos.

De repente, Ealasaid grita.

Es un alarido que rasga el aire con una violencia antinatural. No es dolor de parto; es un sonido grave que nace de las entrañas. En el mismo instante, la luz cambia. El sol desaparece como si una mano gigante hubiera corrido un telón de ceniza. La temperatura cae en picado. Una corriente gélida apesta a tierra de sepultura y brezo mojado. Las brasas del hogar mueren en un fogonazo azulado.

Aprieto al niño contra mi hombro. Catrìona cruza la alcoba hacia la cama. Su voz suena tensa, despojada de calma.

—Laird, viene otro.

—¿No dijisteis que solo había un corazón?

—¡Eso escuché! Pero al parecer no es así. ¡Aguantad a vuestro hijo! —grita ella.

Ealasaid arquea la espalda con una fuerza sobrehumana. Sus ojos se abren de par en par, negros, vacíos de entendimiento, antes de que su cabeza caiga inerte sobre la almohada. Se ha desmayado. El viento exterior aúlla contra los muros y el gris de la estancia se oscurece hasta la negrura.

La puerta de la alcoba se abre de golpe. No la toca ninguna mano; se bate por la pura voluntad de la tormenta. En el umbral, recortada contra la oscuridad, aparece Morvenna. Su pelo gris flota y su rostro está fijado en el lecho con una intensidad depredadora. Ignora mi presencia y se dirige directamente hacia Ealasaid.

Catrìona intenta interponerse, pero la hechicera la aparta con un movimiento seco.

—Laird, dádmelo —me ordena Catrìona, tendiéndome los brazos.

Le entrego a mi hijo con una urgencia desesperada y ella se retira al rincón más alejado. Morvenna eleva sus manos sobre el vientre de mi mujer y musita palabras en una lengua de raíces y sangre. De pronto, algo se desliza hacia fuera. En la penumbra, percibo una sombra palpitante que la hechicera recibe con una presteza sobrenatural. En el mismo movimiento en que la recoge, abre su capa y la envuelve, ocultándola de mi vista. Es algo oscuro, algo que se agita con una vida silenciosa y ajena.

La voz de Morvenna cambia; se vuelve ritual, cargada de una ternura que me hiela la sangre.

—Ya estoy aquí —susurra al bulto que aprieta contra su pecho—. Hijo mío, tu madre ha llegado. Ya no hay peligro.

Se gira lentamente hacia mí. Saco la espada apenas un palmo, sintiendo que el alma se me desprende del cuerpo. Siento un vacío insoportable, como si me estuvieran arrancando una parte de mi propia carne en ese preciso instante.

—¿Qué te llevas, Morvenna?

—Me llevo lo que me pertenece —responde ella con frialdad absoluta—. Recordad vuestro pacto, Varkas. Jurasteis que aceptaríais mi cobro.

Se me nubla la vista al recordar aquella madrugada de hace meses. El precio a ciegas. Siento la herida de mi muñeca arder. La rabia lucha contra el honor en mi garganta, pero sé que no puedo vencer al páramo.

—Dejadla marchar, laird —suplica Catrìona desde el rincón —. Cumplid vuestra palabra si queréis conservar lo que tenéis.

Bajo la espada y la envaino con un sonido sordo que resuena como una derrota. Morvenna inclina la cabeza, un gesto gélido de reconocimiento, y se desvanece en el corredor. No hay pasos descendiendo; simplemente se disuelve.

La puerta se cierra sola. En ese instante, el viento cesa. La luz dorada del mediodía inunda de nuevo la alcoba, recuperando su

calidez. La normalidad regresa con una rapidez insultante, como si los últimos minutos no hubieran sido más que un delirio de fiebre.

Catrìona se acerca y me devuelve al niño rubio. Su mirada es la de quien custodia un secreto que morirá con ella. Se dirige a la cama y comienza a limpiar a Ealasaid con movimientos expertos. Yo me siento en el borde del colchón y deposito a mi hijo en el hueco del hombro de su madre. Ealasaid abre los ojos lentamente.

—¿Sloane? ¿Qué ha pasado?

—Todo ha terminado, mi vida.

—¿Y nuestro hijo? He sentido algo...

—No era nada. Solo el envoltorio de carne de nuestro hijo— respondo, acercándole al pequeño.

Ella baja la vista, encuentra al niño rubio dormido contra su piel y una sonrisa inmensa, de las que no le veía desde antes de la tragedia, ilumina su rostro. Le roza la cara con la nariz, aspirando su aroma a vida nueva.

—Tiene vuestra nariz, laird —dice con una risa queda que le sacude los hombros.

—Pobre criatura, heredar mis facciones —bromeo, sintiendo que el nudo en mi garganta empieza a aflojarse.

—¿Cómo lo llamaremos?

—Ciarán —decido en ese instante—. Se llamará Ciarán Varkas.

—Ciarán... —repite ella, probando el sonido.

Asiente conforme, se acomoda al pequeño contra el pecho y vuelve a cerrar los ojos, hundiéndose en un sueño tranquilo. Catrìona dobla un paño a mi lado, en silencio. El precio se ha pagado y la deuda está saldada, pero mientras observo a mi mujer y a mi hijo, sé que hay sombras que nunca abandonarán del todo Gleann Mòr.

AGRADECIMIENTO

Gracias por dedicar tu tiempo a esta historia.

Para un autor, no hay mayor privilegio que saber que alguien ha vivido unas horas dentro del mundo que imaginó.

Si te ha gustado, una reseña es el mejor regalo que puedes hacerle a un libro.

Nos vemos en la próxima novela.

Eden Greer

SERIE CORAZONES DE BREZO Y ACERO



EL DESHONOR DE THARAN MACBRUDE

SINOPSIS

No pedí una esposa, y mucho menos a ella.

Su sangre traicionó a mi clan y su apellido debería bastar para mantenerla lejos de mis muros. Sin embargo, el Rey ha hablado, y durante un año y un día Oirig Glenmore vivirá en Dunbrude, caminando por mi fortaleza como si no supiera que pisa tierra enemiga.

Es orgullosa, desafiante y demasiado valiente para temerme. Cree que puede sobrevivir a mi desprecio sin doblegarse, como si ignorara que en estas tierras un MacBrude nunca renuncia a lo que considera suyo.

Durante un tiempo pensé que mi odio hacia ella sería lo único que nos uniría.

Hasta que comprendí algo mucho más peligroso: cuando su vida corre peligro, mi rencor deja de parecerse a la venganza… y empieza a convertirse en el miedo a perderla.


EDEN GREER
EL DESHONOR DE THARAN MACBRUDE
Corazones de Brezo y Acero · 1

SANGRE Y DESEO

SINOPSIS

Firmé el contrato sin leerlo dos veces. Él hizo lo mismo.

Era un acuerdo entre clanes, no entre personas. Una solución política para un problema político. Él protegería mis puertos. Yo le daría al clan MacCullen acceso al mar. Nadie había hablado de deseo ni de otra cosa más.

Hay una cláusula que el escribano leyó en voz alta ante el Consejo: ninguna parte tomará posesión de la otra sin consentimiento. La pronunció como si fuera una formalidad. Kaelen Drumin la repitió esa noche en silencio, como un conjuro.

No me toca. No me reclama. Cumple su palabra con una disciplina que me resulta más difícil de soportar que cualquier transgresión.

Y yo llevo meses preguntándome si un hombre que aguanta así lo hace porque no siente nada... o porque siente demasiado para arriesgarse a empezar.

https://relinks.me/B0GS2BCHK6


EDEN GREER
SANGRE
Y
DESEO
CORAZONES DE BREZO Y ACERO 2

LA AMANTE DEL LAIRD

SINOPSIS

La tengo apartada del mundo.

No porque me avergüence de ella. Sino porque hay hombres que destruyen lo que aman de otros para llegar a ellos.

Yo tengo enemigos.

Dos años manteniéndola a salvo. Sin nombrarla, sin reclamarla, sin darle lo que merecía. Dos años diciéndome que cuando esto termine, jamás se separará de mí.

Entonces desaparece.

Y entiendo, demasiado tarde, que el silencio que usé para protegerla fue exactamente el arma que necesitaban para hacerle daño.

No negocio. No razono. Arraso.

Quien la tocó aprenderá lo que significa provocar a un hombre que ya no tiene nada que perder.

https://relinks.me/B0GS1XS5FJ


EDEN GREER
LA
AMANTE
DEL LAIRD
CORAZONES DE BREZO Y ACERO 3

EL GUERRERO DE MORVENNA

SINOPSIS

Lo encontré medio muerto en el barro y debí haberlo dejado allí. Un guerrero sin nombre en mis tierras nunca llega por casualidad, y menos ahora que el miedo vuelve a recorrer los valles y la bruja de las colinas ha regresado a las conversaciones en voz baja.

Le di refugio y curé sus heridas, pero él respondió con silencios, medias verdades y un pasado que cambia cada vez que intento alcanzarlo. No confío en él, aunque mis hijos lo observan como si lo hubieran conocido desde siempre, y esa certeza infantil me inquieta más que cualquier amenaza.

Porque un hombre capaz de mentir sobre quién es, pero que cubre a mis niños con su manto en mitad de la noche para protegerlos del frío, no es el enemigo que esperaba… ni el peligro contra el que sé cómo defenderme.

https://relinks.me/B0GS4T8QBP


EDEN GREER
El guerrero de Morvenna
CORAZONES DE BREZO Y ACERO 4

SOBRE EDEN GREER

Aprendí a leer siendo apenas una niña, de la mano de mi abuelo materno, un profesor querido en el pequeño pueblo donde crecí. Desde entonces, la lectura se convirtió en mi pasión y la escritura en mi verdadero hogar.

He vivido algunos de mis momentos más felices entre páginas: primero como lectora incansable y, después, como creadora de mundos donde la pasión, el orgullo y la redención siempre encuentran un lugar. De naturaleza introspectiva y mente inquieta, escribo porque es la única forma que conozco de dar orden a las historias que me habitan.

Mis novelas exploran el amor en todas sus formas: épico, oscuro, salvaje, imposible… Porque estoy convencida de que, incluso en los corazones más indomables, siempre late algo que merece ser contado.

Highlanders hoy. Otros mundos mañana. Mientras mi imaginación continúe ardiendo, seguiré escribiendo.

Eden Greer